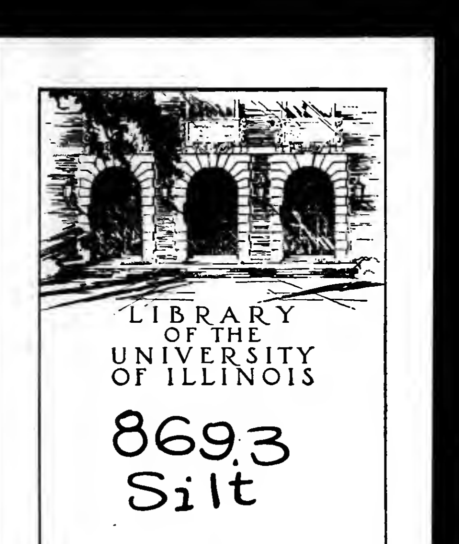
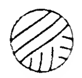


FRANCISCO A. SICARDI

TEATRO

MISERICORDIOSA
ABUELO FRENESEN - SOLEDAITA
RAMIRO EL REY - LA HORA HEROICA
LA VIRTUD MATA
LA FUENTE GENEROSA



BUENOS AIRES
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE A. MOLINARI
1256 - TALCAHUANO - 1256

1919

TEATRO

OBRAS DEL AUTOR

NOVELAS

LIBRO EXTRAÑO

GENARO

DON MANUEL DE PALOCHE

CARLOS MÉNDEZ

HACIA LA JUSTICIA

PERDIDA

POEMAS

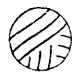
LA INQUIETUD HUMANA

LA CANCIÓN DEL INSOMNIO

FRANCISCO A. SICARDI

TEATRO

MISERICORDIOSA
ABUELO FRENESEN - SOLEDAITA
RAMIRO EL REY - LA HORA HEROICA
LA VIRTUD MATA
LA FUENTE GENEROSA



Talleres Tipográficos de A. Molinari
1256, Talcahuano, 1256
Buenos Aires
1919

A CARMEN LEZICA I

A COSTANZA SICARDI I

A SUS NOBLES MEMORIAS I

MISERICORDIOSA

Leyenda en tres actos

PERSONAJES

NELLY (Misericordiosa)

DAESY (huérfana)

WALTER (hermano de Nelly)

FREDDY (» »)

MAGDALA

ANDRÉS (sirviente)

MISERICORDIOSA

ACTO I

En un viejo castillo. Sala de estudio de Walter con retratos de abuelos y panoplias. Una puerta en el centro. A la derecha una ventana. Lateralmente, más a la derecha, puerta de entrada a los dormitorios de Walter y Freddy. A la izquierda, dormitorio de Nelly y Daesy. Un escritorio en el centro con papel, tinta, plumas, etc.

Un busto de mujer joven sobre un pedestal. Jardín a los fondos. Una chimenea en el estudio.

Escena I

Walter y Freddy

Freddy. — Te lo he dicho cien veces. Hay que trabajar.

Walter. — ¿Para qué? ¿Y yo no trabajo, acaso?

Freddy. — Es menester tener rudezas. A ti te digo que no haces sino escribir. Cantas al ideal, tú. Así se mueren, sin hacer nada nunca.

Walter. — Eso es. No podemos ser poetas, nosotros, pobres estériles! *(Con ironía.)* La forma eximia es una quimera. ¡Nada de estatuas! ¡Nada de naturalezas! ¡Ni crepúsculos, ni auroras, ni armonías, ni sol!

Freddy *(bruscamente)*. — ¿El sol? ¿Sabes tú, acaso, lo que hace?

Walter. — ¿Qué se yo? ¡Calienta una generación de doloridos y de perversos!

Freddy. — Te equivocas. El sol trabaja, ama y fecunda.

Eso hace. No lo que tú piensas. Es la fuerza que da vida al mundo; pero ustedes son los poetas de la noche. Escriben la ponzoña y se desfibran para enervar a los otros.

WALTER. — ¿Nosotros? ¿Y qué tengo que ver yo con los demás?

FREDDY. — ¡Soberbio! ¿Te crees solo, acaso?

WALTER. — Tal vez. El que no está solo eres tú. A ti son iguales casi todos. Son los idólatras del músculo. Tú lo has dicho: son rudos, sudan. Esa es la obra de arte que producen. *(Con ironía.)* Me inclino ante estos apologistas de la fuerza. Con ellos vamos en línea recta a la perfección.

FREDDY *(con seriedad)*. — Pero tienen la mejilla roja.

WALTER. — Ya sé. Por el vino.

FREDDY. — Te burlas de lo más sagrado. Hay en ellos alma sana y voluntad robusta. No acongojan a los suyos, los trabajadores.

WALTER. — ¿Qué estás diciendo? ¡Vamos! No te entiendo.

FREDDY. — ¡Que sus casas son alegres, te digo! ¡Ellos aman; ellos son ecuánimes!...

WALTER. — Es claro. Están contentos por los sacrificios a Baco. Se emborrachan con mosto; en la cabeza la guirnalda de pámpanos, en el espíritu la bacanal de los faunos. *(Riéndose.)* ¡Venga una lira! Yo voy a cantar la mejor de mis églogas. ¡Venga una lira! ¡Viva la vendimia sudorosa y los zumos rojos de los racimos pisoteados en el lagar! ¡Elogiemos a la aldeana rechoncha! Haré el panegírico de los corpulentos y mis odas serán bellas. ¡Triunfará la piel escamosa del villano, agachado sobre el surco, con el hocico a flor de tierra como la fauna! ¡Oh Praxiteles, creador de la línea exquisita! ¡Tú has encontrado en la veta el oro maravilloso de las estatuas! ¡Te voy a confesar este delito! Tu discípulo se equivocó.

¡La verdad y la belleza están en escribir alabanzas a las manos ásperas!

FREDDY. — No basta eso. Es preciso tenerlas. Que sean ásperas, como tú dices, obscuras y con grietas. Son muy caritativas esas manos. Y les hacen mucha falta a los soñadores de imaginación turbia, como tú, que entristecen todo lo que tocan.

WALTER *(con emoción)*. — ¡Háblame de una vez! ¿A quién entristezco yo? ¡Habla, pues!

FREDDY. — Escúchame. Hace dos años que falto de aquí. Ese jardín estaba lleno de plantas *(señala la ventana.)* De noche nos sentábamos en aquel banco, todavía está, bajo las estrellas, que eran nuestras amigas. Nelly las bautizaba con el nombre de una flor cuando en el cielo taciturno empezaban a brillar... ¡Ahora todo está perdido aquí!

WALTER *(con emoción)*. — ¡Oh!

FREDDY. — Los canteros están secos, la tierra árida y la maleza rastrera en todas partes. ¡Esa es tu obra! Y Nelly...

WALTER. — ¿Qué dices? ¡Temerario!

FREDDY. — ¡Nelly está triste como ese jardín! ¡No le has leído, tú, el dolor en los ojos! ¡Nelly llora!

WALTER. — ¿Por culpa mía, acaso?

FREDDY. — Escúchame. Fué en el comedor, la otra tarde, en frente de los retratos de nuestros muertos. Tú estabas hundido en el sofá, con una cosa de espectro en los ojos. De afuera, a través de las ventanas abiertas, llegaba una fiesta de aromas lejanos, desde los árboles, mientras la tarde caía cautelosa hacia el crepúsculo, lleno de oraciones serenas... Y yo, el agreste, yo, el salvaje, sentí esa honda música que me gritaba: Es necesario quererla mucho a Nelly... No debe saber nunca por qué los hermanos tienen sombra en la frente, aunque haya para cada uno su cáliz amargo.

WALTER. — ¿Tú también, Freddy?

FREDDY. — No te importe eso. Hay que apurarlo en silencio, como los vigorosos, sin lastimarse y sin lastimar a los otros, como haces tú.

WALTER. — Vamos. No te entiendo.

FREDDY. — Era el aniversario de nuestra madre, muerta. Yo me acerqué a Nelly y la besé y le dije entero mi corazón... la necesidad de vivir, las fuertes esperanzas y los nobles propósitos. Era esta misma hora. Había una melancólica religión en todas partes; la naturaleza rezaba y le decía a este rústico que te habla: Es necesario ser piadoso con los que padecen, mientras tú, el egregio, te quedaste sin acariciarla, con una mancha de espectro en los ojos y te retiraste en silencio. ¡Eso no te perdono!... ¡Tú la hiciste llorar!

WALTER. — ¿Te lo ha dicho ella, acaso?

FREDDY (*rápido*). — No. Nelly es de las que se callan y apuran la congoja en silencio, mientras tú vives en ese dormitorio misterioso, donde te escondes y de donde sales contaminado y enfermo de extraños delirios...

WALTER (*muy fastidiado*). — Estás demasiado sacerdotal. Me aburres. Prefiero no contestarte. Adiós. (*Se retira hacia su cuarto.*)

FREDDY. — ¿Dónde vas? Te prohibo que entres a tu cuarto. Quiero saber cuáles son esos peligros que hay allí. ¿Por qué te matan?

WALTER. — ¿Me prohibes? Te olvidas que ya no están los que tuvieron ese derecho?

FREDDY. — ¿Qué? Yo soy el mayor. Yo soy el rey, aquí. Sospecho que allí está escondido lo que te hace mal. Quiero saber tu secreto. Yo soy el rey, aquí...

WALTER (*habla muy lentamente y con fuerza*). — Dentro de este altar encerrado en mi pecho, tú no eres el rey... Bajo este cráneo tú no eres el rey. Hay

otras soberanías. ¡Tengo tedio, yo, un disgusto de todas las cosas! ¿Conoces, tú, a este sombrío señor? El mundo es una larva; rueda sin luz de sol; la naturaleza un yermo y el hombre un fantasma sin fe, sin esperanzas, que pugna, gipa y cae vencido por ese macizo de acero que se llama vida. ¡Oh! ¡Oh! ¿Estás asustado? ¿Quieres que trabaje? ¡Dame tú la fuerza! ¿La dicha de vivir? ¿Los nobles propósitos? ¿Eso tú quieres, no? ¿Y esta fiera que te desgarra y te hace sangrar las entrañas, este maligno señor implacable? ¿Por qué no me arrancas tú el tedio? Me hiela el cuerpo; me quita la voluntad. ¿Yo no trabajo, eh? ¿Yo no vivo? ¿No quiero a mi hermana, yo? ¡Y tú, salvame, pues! Aquí está *(señala el pecho)*. ¡Arranca, oh, fuerte! ¡Arranca de cuajo esto! ¿Tienes miedo? ¿Y tú sabes lo que se hace, cuando no lo dejan a uno concluir con este luto, de otra manera, cuando lo apostrofan o lo denigran y no le quieren permitir, como tú, ahora, entiendes, como tú, que uno sea un cuerpo con alma muerta... una estúpida inconciencia... sabes lo que se hace? Mira, pues, mira *(se precipita sobre el escritorio, abre los cajones, busca frenético, en momento que entra Nelly con violencia)*.

Escena II

Nelly, Walter y Freddy

Nelly. — ¡Freddy! ¡El puñal! ¡El puñal! ¡Teme! ¡Teme!

(Freddy y Walter se detienen, y éste dice, con tono glacial:)

Walter. — Déjame ir a mi cuarto. Allí están las visiones felices. No me cierres el paso... *(Entra a su dormitorio, puerta de la derecha.)*

Escena III

Nelly y Freddy

Freddy. — ¿Qué tiene? ¿Qué hace allí? ¡Este hombre está loco! ¿Por qué dice que yo no lo dejo concluir con ese luto? ¿Qué tengo yo que temer? ¿De qué se trata?

Nelly. — No sé, no sé, me confundo.

Freddy. — ¿Luego ustedes no han vivido con él?

Nelly *(temblando)*. — Sí. Siempre. Mucho lo hemos cuidado, te aseguro.

Freddy. — Pero, ¿por qué está así como un cadáver, con ese color lívido? Cuando yo lo dejé era un robusto, casi un hermoso. Ahora no tiene carnes. Su dicha se ha concluído. Es un sarcástico y un tétrico. ¿No has observado nada, tú, que lo quieres tanto?

Nelly. — Sí; he observado.

Freddy *(con ímpetu)*. — ¿Qué?

Nelly. — Cada vez que sale de su cuarto es otro. Decidor, con los ojos sonrientes. Se pone muy cariñoso. Escribe. Hace su estatua. Canta festivas canciones.

Freddy. — ¿Y no sabes nada más y le has permitido que se muera de ese modo?

Nelly. — ¿Morirse? ¡No! ¡Yo no quiero! ¡No quiero! ¡Sálvalo tú! ¡Que no muera! ¡Es el hijo de mi corazón! Escúchame lo que pasa: Tres o cuatro horas después de este júbilo, vuelve a caer en la tristeza.

Freddy *(impetuoso)*. — ¿Y luego?

Nelly. — A su cuarto de nuevo. Nadie puede detenerlo. Se vuelve como loco.

Freddy. — ¿Y luego? ¿Y luego?

Nelly. — Empieza a cantar de adentro otra vez, para caer a las horas en su furia triste.

Freddy. — ¡Ah! *(Se golpea la frente; aparte.)* ¡La morfina, tal vez!

NELLY *(se acerca)*. — Tú sabes ya, entonces? ¡Sálvalo! ¡Sálvalo! *(Se oye un canto de Walter en su cuarto.)* Vuelve ya. ¡Que no te vea, Freddy! ¡Hace poco han reñido!...

(Freddy se va.)

ESCENA IV

NELLY Y WALTER

(Nelly se sienta con un libro con viñetas en la mano, dando la espalda al dormitorio de Walter. Entra éste. Se acerca a Nelly y dice:)

WALTER. — ¿Leyendo?
NELLY. — Sí.
WALTER. — ¿Se puede saber qué?
NELLY. — Una novela.
WALTER. — ¿De amor y de gentilezas?
NELLY. — No.
WALTER *(sonriendo y acercándose más a ella)*. — ¡Ah! ¡Ya sé!... Un cuento medioeval... el sereno y religioso misterio de un castillo... una virgen vestida de raso, sentada en su trono de reyes, en el salón heroico, bajo las armaduras de los ancianos guerreros y un cruzado de rodillas, meditando las cortes de amor y el *epitalamio*... En el cielo luz... sobre la tierra el efluvio perfumado de su fecundidad y en el estrado muchos azahares...
NELLY. — Tampoco. No es eso. No adivinas.
WALTER. — ¿A ver ese grabado?
NELLY. — ¿A que no adivinas?
WALTER. — Ese es un parque.

NELLY. — Sí.

WALTER. — Y un lago, un cisne, y una Galatea y un esquife con remos de plata que alguien hunde y levanta para que resbale y rize las aguas. ¿Quién es?

NELLY. — Fíjate bien.

WALTER. — Una mujer... está sola. ¿Por qué?

NELLY. — Una historia de amor...

WALTER. — Me afirmaste que no era...

NELLY. — Pero sin gentilezas... una novia abandonada y un calvario más sobre la tierra...

WALTER. — Cuéntamela...

NELLY. — Erase un poeta enfermo y malo...

WALTER. — No. No era malo.

NELLY. — Así dice el libro...

WALTER. — Está equivocado...

NELLY. — Era escultor, como tú.

WALTER. — ¡Ves! No era malo...

NELLY. — La novia lo cuidaba. Le llevaba rosas rojas como los crepúsculos.

WALTER. — O como la sangre.

NELLY *(asustada)*. — ¿Por qué dices eso? No me interrumpas. Luego entre las dos...

WALTER. — ¿Cuántas son?

NELLY. — La novia y la hermana... No me interrumpas. Estaba enfermo y para que durmiera le acariciaban el rostro con un abanico de plumas y rezaban las dos una oración llena de ternura. *(Nelly junta las manos.)* Nosotras queremos que pueda trabajar sus poemas; ojalá no queden los trozos de arcilla por ahí sin forma y lo abandonen para siempre las grimas que lo aniquilan y no nos mire nunca más con la pupila glacial que aterroriza...

WALTER *(la ha seguido con hondo interés; exclama con fuerza)*. — No es cierto eso. Yo no soy cruel. Soy un triste y nada más. Han inventado alrededor de mi pobre alma una leyenda perversa...

NELLY. — ¿Luego yo no sé leer? Esa es tu opinión. Por otra parte, no se trata de ti.

WALTER. — Sí, sí. ¿Y cómo se llamaba ella?

NELLY. — Ponle nombre...

WALTER. — No importa eso. Ya te entiendo. Será igual a todas las míseras desgarradas por el amor no correspondido, solitarias entre el bullicio del mundo, con esa cruz a cuestas.

NELLY. — Fué cruel ese escultor y con una huérfana...

WALTER *(conmovido).* — ¿Huérfana? Luego es Daesy. ¡Habla! ¡Habla! ¿Qué sucedió?

NELLY. — ¿Te has conmovido?... *(Como leyendo en el libro.)* Un día él estaba sentado en un sillón con su delirio y sintió que alguien colocaba en su cabeza una corona. Eran laureles. La augusta criatura había coronado a su poeta. En el jardín las flores saludaron y las bandadas cruzaban delante de la ventana, trinando. En la arboleda la música de las hojas; en el universo los salmos de los ritos sagrados, como si eso fuera una catedral... Entonces él arrancó y estrujó hojas y pétalos que humedecieron sus manos como si lloraran, y ella, la dolorida, dobló su cabeza sobre el pecho ante el inmerecido martirio y se alejó; pero antes le dijo a El, con un eco doloroso y hondo *(se acerca al oído de Walter y lo hace temblar):* las almas desoladas como tú necesitan la eucaristía del beso materno, las sonrisas de las hermanas y el sufrir de las novias para curarse... Y se retiró lejos con la cabeza agachada con su martirio inmerecido.

WALTER. — ¿Qué sucedió con Daesy? ¡Pronto, Nelly, pronto!

NELLY. — Nada tiene que ver ella. Es la otra.

WALTER. — No. No. En ese libro está escrita mi descortesía. Es ella. Sigue, oh Nelly, sigue, porque tú eres

alegre como las mariposas. *(Muy afectuoso.)* ¿Qué sucedió después?

NELLY. — El escultor plasmó la creta; el mármol se hizo mórbido en sus manos y creó la estatua egregia.

WALTER *(con dulzura)*. — Sigue, oh Nelly, sigue, porque tú tienes el corazón sano y fresco como la flor del durazno y eres buena como la sombra del bosque!...

NELLY. — El escultor trabajó siempre...

WALTER *(interrumpiendo)*. — ¡Es cierto! ¡Es cierto! Al trabajo, al trabajo como Freddy dice que hay que hacer. Es sano de alma como tú, Nelly. Hay en su sangre las linfas puras de las selvas en que ha vivido y en sus músculos las ásperas energías de las cortezas! *(Muy afectuoso.)* Sigue, oh Nelly, sigue, porque tú eres santa como la naturaleza!

NELLY *(acercándose al oído de Walter y muy enternecida.)* — Y se oía en el nocturno silencio del parque, a través del aire quieto, en las melodías de un violoncello, el hosanna victorioso de los que dejan el sepulcro y se despojan del sudario, para amar la vida, que Dios quiere que sea fecunda. *(Se oye la melodía de un violoncello a lo lejos.)*

WALTER *(muy emocionado)*. — ¿Es Daesy que toca?

NELLY. — ¡La resurrección, Walter! ¡La resurrección!

WALTER *(con emoción)*. — ¡Sí, sí, al trabajo! ¡Por ti, por ella, por todos! ¡Nelly, gracias! ¡Cómo eres fuerte tú con ese júbilo de alondra! ¡Juguetona! ¡Misericordiosa! ¡Es cierto! Es la resurrección, aquí, en frente de todos los abuelos muertos, entre el poema de las panoplias y la elocuencia de los viejos escudos oxidados! ¡Oh, águilas imperiales que voláis incrustadas sobre los yelmos obscuros! *(Nelly lo mira con gran entusiasmo. Sigue Walter.)* ¡Himnos de las veladas nocturnas que saludan los cuentos heroicos y los elegantes amores! Narran nuestras victorias; na-

rran la gloria del emblema familiar y dicen las sinfonías que pasan reverenciando a los fuertes! ¡Ah, Freddy, Freddy! A pesar de todo, ¡cómo me impone, Nelly! ¡Qué admirable estructura de alma! En él se han acumulado las hazañas de nuestra casa. El cuidó el honor de los blasones con el sacrificio de sus horas juveniles! Se perdió por años en las malezas peligrosas de nuestros dominios; fué el pastor cerril de la montaña salvaje y derribó los troncos con hacha de montero bravío, como los viejos patriarcas!

NELLY. — Sí, Walter, sí. Eso fué...

WALTER. — Para que hubiera espacios dilatados, Nelly, y amplios esplendores de sol, para que supieran los hombres, que fué por allí por donde pasaron nuestros viejos guerreros para las nobles empresas, para las virtudes gallardas. ¡Al trabajo, Nelly! ¡Al trabajo! ¡Escribiré ahora y arrancaré del mármol, hasta donde me sea posible, los arcanos de la eterna belleza! ¡El numen serás tú! ¡Daesy será el numen!

NELLY. — Gracias. ¡Dios sea bendito!

WALTER. — ¡Oh, Nelly! ¡Tú eres como la piedad cristiana!

NELLY. — ¿Quieres que venga ella? ¡Es tan festiva como los nidos! ¿Quieres que venga?

WALTER. — ¡No vendrá! ¡Está herida! ¡Ese laurel que ella me trajo lo arrojé por la ventana! Yo he ofendido su delicadèza. ¡Está herida! ¡No vendrá! ¡Tiene las alas rotas!

NELLY. — Y las cicatrices, ¿para qué están?

WALTER. — Duelen más que la herida, cuando se hacen sobre las grandes angustias; pero si tú quieres, llámala! ¡Eres siempre la misericordiosa!

Escena V

Walter

Walter. — ¿Para qué nacen estas deliciosas? ¡Dios mío! ¡Ella ha comprendido que yo no soy sino un féretro, que busco el silencio y el eterno descanso! ¿No era mejor que ella hubiera quedado sin vida, entre las gracias diseminadas en los jardines, entre los bálsamos de la naturaleza y que su alma hubiera vivido también sin descender entre las nobles inocencias y las armonías que cruzan el espacio? ¿Por qué, si eres bueno, Dios mío, no me dejaste solo con este deseo de morir? ¡No! ¡Eso no quieres tú! Aunque sea un mal, entregas la vida a todos para el sacrificio. ¿Por qué nosotros, que somos tan siniestros, no vivimos solos y sin amores? No. Eso no qüieres tú. ¡Hay una madre! ¡Hay cunas! ¡Hay pensativos rostros sublimes y nenias cariñosas! Ellas estrechan a cada rato contra sus corazones a los adolescentes, cuando saben que están agitados por la enfermedad suicida, por esa implacable furia que serpea a través de las almas y las mata... ¡Mejor es que se vayan para siempre las pobres ancianas! ¿Y quién sabe cuántos átomos de esos cuerpos sagrados se habrán destruído por nuestra culpas y por nuestras irreverencias? ¿Y después nuestra hermanas que se acercan con tanta angustia de noche a los dormitorios para saber si estamos, para saber si dormimos y no nos muestran, como Nelly, sino las risueñas delicadezas y las piadosas coqueterías? Y hermanos como Freddy, queriendo llenarme la sangre con su varonil pujanza y no sabe que las savias generosas no están hechas para los arbustos, que se arrastran como pordioseros, viviendo de los mendrugos, entre la maraña que concluye por devorarlos! ¡Oh, Freddy! Tú adoras el

triunfo de las encinas en marcha hacia el cielo y no sabes que los arbustos esconden un verme satánico que los corroe y una sierpe que los ahoga en silencio! Allí está también mi estatua, mi Daesy adorada, con la fiesta de los nidos en el espíritu, con los estremecimientos y las aromas de los rosales en flor! ¡Yo lastimé el ritmo de tu corazón tan lleno de cortesías! No te acerques a este huraño vampiro que no tiene paz! ¡Oh, mi amable bienaventuranza! Porque hay en ti las gentilezas de las hadas que tejen las corolas y hay en ti como el regocijo de las madrugadas, no te acerques a este huraño vampiro que no tiene paz! *(Walter se sienta a escribir dando la espalda a la puerta de entrada y dice:)* ¡No tengo nada en este cráneo hueco y tonto!

Escena última

Walter y Daesy

(Daesy llega con un canastillò lleno de rosas. Arroja algunas sobre el escritorio. Walter toma algunas y dice:)

Walter. — ¿Rosas? ¡Más rosas! *(Mueve la cabeza con pesar.)*

Daesy. — ¡Recién cortadas para mi Señor! ¿Ves, Walter, el tallo? Está húmedo. Hay gotas de rocío en sus pétalos...

Walter. — Parecen de sangre.

Daesy. — No hay tal. Son rubíes. ¿Y sabes tú por qué?

Walter. — Porque están sobre las rosas.

Daesy *(sonriendo)*. — ¡No hay tal! Mi príncipe es muy ignorante.

Walter. — ¿Y por qué, entonces? *(Walter se levanta.)*

Daesy *(señala la ventana)*. — ¿No ves allá, entre los árboles, sobre el horizonte, el incendio del sol que se va? El fulgor rojo se entra en las gotas de rocío. Eso es todo, sencillamente. Y sucede todas las tardes, y yo sé más que tú, porque conozco la gentileza de las hadas que tejen las corolas...

Walter *(afligido)*. — Tú has escuchado mis palabras. Eso no se hace.

Daesy. — Te olvidas. Muchas veces me has dicho eso.

Walter. — Las hadas son alegres como tú y esta no es hora de alegrías. ¿No ves qué melancolía hay en el crepúsculo? La tarde es un altar. Todo reza. Parece que todas las cosas quieren morir...

Daesy. — Todo lo ves fúnebre tú. Te equivocas. Los campos están alegres. Desean dormir acostados en su alfombra de yerbas y de flores. Es la hora de la oración, de la mesa frugal y del reposo. La noche es la novia de la naturaleza y le da su tálamo, porque ella sabe que es santa cosa reparar las fuerzas... Hay mucha piedad divina en las *Avemarías!*

Walter *(asombrado)*. — Pero me dirás quien te ha enseñado todas estas cosas.

Daesy. — Es Nelly. Ella me hace amar la vida.

Walter. — Ya me lo imaginaba. ¿Y también te dijo que es alegre la luz que se va?

Daesy. — ¿No te acuerdas? Eso me lo dices tú.

Walter. — Lo contrario habré dicho.

Daesy. — ¿No te acuerdas? Caminabas por la alameda, solo, siempre solo, huyendo de nosotras, con un crespón en toda la persona y una lúgubre cosa en los ojos, que daba miedo, como si hubieras perdido la voluntad... y un fantasma te empujara lejos del amor nuestro. No nos sentías... Te tirábamos flores, seguíamos tus pasos y eran inútiles y perdidas las canciones que te buscaban el corazón. Eras malo. Llorar nos hiciste y el ángel de la tarde cerraba las alas sobre sus ojos para no verte pasar.

WALTER *(con ímpetu)*. — No era malo. Ya se lo dije a Nelly. Tú también llamas perversidad a la desgracia. Eso se acabó.

DAESY. — Luego yo tengo razón. Antes esta era la hora de la angustia.

WALTER. — Hoy ya no.

DAESY. — Eso es. Eso es. Tú sanarás. Nelly me lo ha dicho.

WALTER. — ¿Nelly? ¿Y cómo sabe?

DAESY. — ¿Y tus cortesías? ¿Y tus ternuras? Yo estaba tocando el violoncello. Llegó ella, me besó en la frente con un frenesí de loca y me decía apurada todas las cosas. Walter te llama. Vete. Va a trabajar. Se lo ha prometido a los abuelos muertos. *(Exaltada.)* ¡Ama la vida! ¡Quiere la gloria de sus mayores! Ya no recuerdas lo que le decías: Sigue, oh Nelly, sigue porque tú eres buena como la sombra del bosque, santa y divina como la naturaleza!

WALTER *(emocionado)*. — ¡Bendito sea el amor que te hace grande! ¡Ah, si yo tuviera alma para tanta pasión!

DAESY. — Ves, Walter. Esta es la tarde de los pensamientos santos. ¿Ves cómo Dios entrega la vida para la bondad?

WALTER. — Bendito sea el amor que te hace tan benéfica. Dame tus manos.

DAESY. — ¡Tómalas! ¡Tómalas!

WALTER. — ¡Manos piadosas, manos que perdonan!...

DAESY. — ¡Tómalas! ¡Tómalas!

WALTER. — ¡Quiero vivir en esta infinita delicia! *(Besa las manos de Daesy.)*

DAESY. — ¡Sin tedio y sin angustias!

WALTER *(con energía)*. — Tienes razón. Estos misereres que me enlutan la vida, yo los repudio, yo los odio. Dios me dé la fuerza y tú ámame con esa angélica juventud de tu espíritu.

DAESY. — ¿Escribirás, ahora?

WALTER. — Sí; una bella narración de amor. Diré cómo pueblan de ensueños la mente las hadas ligeras, vestidas de seda como tú, y cómo ayudan a vivir estas amables poetisas de la esperanza. Y escribiré la gracia arrobadora de las enamoradas del encaje y de los rasos, cuando prueban el vestido de novia frente a los espejos que las saludan...

DAESY. — Y yo también escribiré...

WALTER *(rápido, con mucha pasión, teniéndola de las manos, sonriendo)*. — Ya sé, ya sé; unos maravillosos madrigales... el alma de las fuentes de mármol que blanquean entre el boscaje florido y las muecas maliciosas de los tritones espiando a la Anadiómena que contempla su desnudez casta en la diafanidad de las aguas.

DAESY. — No. No. Ese cuento no me gusta.

WALTER. — O si no elegantes églogas de zagalas, vestidas de espumillas y de guirnaldas, con el pie de alabastro en la roja sandalia, huyendo a través de las praderas perseguidas por marqueses y pajes de blanca y rizada peluca...

DAESY *(sonriendo)*. — No. No. Eso menos. Yo te voy a dictar. Escribe. Escribe.

WALTER. — ¿Tú? *(Se sienta a escribir; ella dicta; Walter se queda mirándola.)*

DAESY. — Escribe, pues. Es la orquesta de los violines. Está escondida en las grutas de los parques ducales, cerca del estanque dormido en sus aguas obscuras, por donde navegan los cisnes, bajo la sombra de las campánulas que arrojan su toldo florido de ribera a ribera... ¡Tú no escribes; te has distraído!

WALTER *(con pasión)*. — Sí. Sí; en las dulzuras de tus ojos pienso y en el oro divino de tus cabellos.

DAESY. — No quiero eso. *(Sonriendo.)* Escribe. Escribe. Es la orquesta de los violines. Llega como un murmullo delicioso en el blando ritmo de las gavotas, que hablan de la nostalgia de lejanas patrias celestes

y del concierto angélico de la pasión correspondida. ¿No has escrito nada tú? ¿Estás callado? ¿En qué piensas?

WALTER *(sombrío)*. Es un mal presagio lo que tú dices.

DAESY. — ¿Por qué? *(Asustada. Walter se ha levantado y está cerca de ella.)*

WALTER.—¡Porque los siglos moribundos crean esas danzas! Son los gemidos de la urdimbre humana que se va a romper. Es el canto de los cisnes suicidas. ¡Esas gavotas se dan la mano con el cadalso!

DAESY *(entristecida)*. — Siempre la mala tragedia, tú. Siempre la mala tragedia. Te equivocas. Es el idilio de las rosas, te digo, es el diálogo de las plantas en las huertas felices. Es el lenguaje de la alegría en los astros, es la benignidad del sol que calienta las primaveras en el seno de los árboles. ¿Quieres más todavía? Eso te dice que la vida es dichosa y es bueno y santo vivir. ¡Qué ignorante eres, Walter!

WALTER. — ¡Y tú, buena como mi madre!

DAESY. — Yo me siento tranquila al lado tuyo como en un santuario. ¡Eres un caballero!

WALTER. — Y tú el amor, la fe y la suprema esperanza. ¡Yo amo tus gentilezas y tu sincera pasión!

DAESY *(con frenesí)*.—¡Bésame, entonces! ¡Bésame! *(La besa en la frente.)*

WALTER. — He sentido en mis labios la pureza de tu espíritu!

DAESY. — ¡Mi alma es tuya, tuya! ¡Nunca te lo he dicho! ¡He besado tu memoria! ¡He amado tu dolor! ¡Adiós, Walter! ¡Bésame! *(La besa en la frente.)* ¡Adiós! ¡Tú eres mi amparo!

WALTER. — Y tú misericordiosa como Nelly.

DAESY. — Al lado tuyo yo me siento tranquila como en un santuario. ¡Adiós! *(Se retira ella, él la sigue. Empieza a caer el telón. Ella dice entonces:)* ¿Escribirás, tú, ahora?

WALTER. — Sí. Sí. *(Entusiasmado.)* ¡Himnos, églogas!

DAESY. — No. Mucho más, mucho más...
WALTER. — ¡Una epopeya!
DAESY. — No. No. Mucho más, mucho más...
WALTER *(con gran ímpetu)*. — ¡Entonces el romancero de la luz, el murmullo de las vírgenes selvas que no dejan pasar al sol! ¿Qué quieres tú? ¿Que yo te diga el cantar de los mármoles, la elocuencia de las estatuas que miran al infinito con la pupila apagada, como si no fueran cosa terrena, sino reflejos de la increada belleza? ¡Dímelo, y yo lo haré! ¿Te callas? ¿Por qué no me contestas? ¿Quieres un poema en que yo diga el dolor de los siglos que desaparecen en la eternidad? ¡Dímelo, dímelo! ¿Quieres, acaso, que te abra el alma humana y te la entregue en un libro formidable y sintético, el amor y el odio, el rencor y el perdón, la virtud y el delito, la duda y el martirio, todos los esfuerzos, todos los sacrificios, sus triunfos, sus apoteosis, sus abyecciones y sus descensos? ¿Quieres todo eso? ¡Inspírame, amada mía, inspírame! ¡Yo lo haré! ¡Yo lo haré!
DAESY. — No. No. ¡Mucho más! *(Muy lentamente y con mucho afecto.)* Escribe las cosas que dice el corazón, las dulces cosas del amor nuestro! *(Le tira flores.)* Y di *(pausa)* cómo esta huérfana inclinó muchas veces la cabeza sobre tu hombro así *(inclina la cabeza; más lentamente)* para admirar tu genio! Escribe la bondad que educa y el sentimiento que ama y enternece. *(Se retira al fondo y le tira rosas; sigue cayendo el telón.)* ¡Escribe las cosas que dice el corazón, las dulces cosas del amor nuestro!

TELÓN

ACTO II

Misma decoración. En la penumbra.

Escena I

Nelly

Nelly *(escucha cerca del dormitorio de Walter)*.—Duerme. Eso le hace bien. ¡Cómo deseo que no despierte en muchas horas! ¡Si sanara, Dios mío! Siempre fué así, desde chico, un poco extraño, impetuoso, un solitario... Más feliz era cuando trabajaba; pero ahora no puede. Cuando se fué Daesy yo le miraba desde el jardín. Se acercó a la estatua, puso unas rosas sobre el pedestal, quiso escribir... y no pudo... Yo sentí como una lejana murmuración y vi que se alejaba hacia su cuarto. *(Nelly se va para el medio del escenario; sigue hablando.)* ¡Qué noche tan silenciosa! ¡Cuánta paz y bondad, cuánta dulzura en la sombra! ¿Por qué hay esta quietud en la naturaleza y en el alma humana no? Yo misma, que soy tan tranquila y rezo tanto, siento a veces como si estuviera de más, un deseo de descanso, como un presentimiento de que me iré temprano... para siempre, con la naturaleza, que es tan buena, dentro del manto apacible de estas sombras! ¡Oh, Dios mío!, yo quisiera ser holocausto para que Walter fuera salvado y ponerme de rodillas como ahora *(se arrodilla)* y dispersarme lejos, hacia lo Infinito, como mis oraciones.

Voz de Walter *(de adentro, alta y quejumbrosa).* — ¡Nelly! ¡Nelly! ¡Nelly!

Nelly *(se acerca otra vez, asustada, al dormitorio).* — ¡Pobre y dolorida mente! Tan enfermo estaba que yo tuve miedo. Me iba, talvez, a quedar sola con su cadáver, dentro de la estrecha caja cubierta de flores... en esta casa tan grande y tan llena de fantasmas y después a caminar por estas alfombras pidiendo a gritos un poco de consuelo, para no oir sino los ecos de mi voz, saltar por los vastos salones y a Daesy en sus ayes lastimeros... Yo la veía vestida de luto, bamboleándose de aquí para allá como las flores marchitas que cuelgan del tallo... Y me iba a quedar sola en las noches interminables, oyendo los lúgubres aullidos de los perros en los lejanos caseríos, el áspero chillar de los buhos entre las hojas y el crujir de los ruidos nocturnos en este castillo! ¿Qué hubiera sido de mí con Daesy moribunda? No. ¡No quiero estar sola! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! *(Se horripila.)*

Voz de Walter *(de adentro).* — ¡Nelly! ¡Nelly!

Nelly. — No tiene paz. ¡Nadie la tiene aquí! Entonces lo llamé a Freddy. Llegó y lo abrazó al hermano a pesar de estar enojados. No me olvido de aquella cruel escena pasada. ¡Yo me arrojé entre los dos que estaban armados para matarse! ¡Oh, Dios mío! Entonces Freddy le dijo: Todo te perdono; pero, ¡ay de ti si la haces sufrir a Nelly!... Afuera diluviaba: los relámpagos rajaban la noche con sus llamaradas. Yo lo vi perderse a Freddy en la tiniebla y encontre después a Walter con el alma desolada, sollozando... Pero tampoco tiene paz Freddy. Sus ventanas están iluminadas. *(Se acerca a la puerta que da al jardín y oye pasos: retrocede asustada.)* ¿Quién va? ¿Quién es? *(Entra Daesy.)*

Escena II

Daesy y Nelly

Nelly. — Daesy, ¿por qué has venido? Eres delicada. ¡El frío de la noche te hará mal!

Daesy. — No te quiero dejar sola. Y él, ¿cómo está?

Nelly. — Duerme; pero agitado. Me parece que en el sueño tiene el alma despierta.

Daesy. — ¿Tú sabes lo que dicen los aldeanos?

Nelly. — No. ¿Qué dicen?

Daesy. — ¡Historias pavorosas! Dicen que lo ven de noche vagar como los aparecidos y asomarse sobre las breñas en el alto barranco y estarse fijo, mirando las aguas y oyen gritos estridentes y desgarradoras canciones...

Nelly *(aterrorizada)*. — ¿Sobre el alto barranco, dijiste?

Daesy. — ¿Qué te pasa, Nelly? ¿Qué te pasa?

Nelly *(reponiéndose)*. — Nada. Nada. Han de ser fantasías. Walter se acuesta y no sale más.

Daesy. — Dicen que es su alma que tiene apuro por tirarse de allá... *(con terror)* y los viejos recuerdan que el abuelo atropelló a la carrera y del barranco se lanzó en el espacio...

Nelly *(impetuosa)*. — ¡No es cierto! Son tus congojas que te hacen soñar en esa triste leyenda. Tú has estado con él hace un rato. Nada siniestro me has contado tú.

Daesy. — Nada. Te aseguro. ¡No he conocido un espíritu más lleno de sanas cortesías!...

Nelly *(con orgullo)*. — ¡Es un gentilhombre Walter, como Freddy! Tienen en el corazón muchos siglos de estirpe. ¡Vienen de una raza de héroes! Ya no hay

de esos hombres, Daesy, porque ha muerto la Fe, porque la patria y el sol que calentó las mansiones de los abuelos ya no tienen idólatras! Los hombres dejan morir las venerandas memorias. *(Animándose.)* Y yo te diré más a ti, que lo amas, a ti, que eres la gracia de su mente, la inspiradora de sus creaciones...

DAESY. — ¡Qué santa eres, Nelly! ¡Cómo lo quieres!

NELLY. — Pero tengo, a veces, en el corazón cosas amargas..., pero te diré que es posible que tengan razón los aldeanos, porque él ama a su arte, a su patria, a su Dios y los hombres así temen la luz del día, lleno de rumores mundanos, formados de escarnios y de sarcasmos... y los hombres así se encogen dentro de sus propias fibras, como si tuvieran en el pecho una lira destrozada y buscan la noche como el alma de Walter, míseros desterrados sobre la tierra, heridos por la vulgaridad y la profanación en las hondas y exquisitas noblezas. No me sorprende eso. ¡Y no son pocos los que hieren! Piensan que los rasos cubren cuerpos sanos y almas felices y no saben que las aristocracias no han llegado a ser tales sino a través de muchos heroísmos y de muchos calvarios!... ¡Qué implacable maledicencia! ¿Por qué hieren así? ¿O es que en el alma humana hay un agrio sedimento de pasiones ponzoñosas?

DAESY. — ¡No quiero que sufras, Nelly! No quiero que estés triste.

NELLY. — ¿Y cómo no estarlo? ¡Fíjate! Aquí están los grandes salones, los terciopelos, los viejos encajes, los mármoles y las panoplias de los guerreros, los libros escritos por nuestros padres y todas las adoradas reliquias! ¡Qué quieres tú que resulte de este vivir constante entre las muertas memorias inmaculadas, de esta cariñosa religión del pasado, oh Daesy, oh mi adorable compañera *(la abraza muy emocionada)*.

DAESY. — ¡Tú eres una fuerte, Nelly! ¿Por qué dices estas cosas?

NELLY. — Cuando estoy con él soy una fuerte, porque es necesario salvarlo... pero a solas contigo te diré que el corolario de este vivir constante entre las nobles memorias, zaheridas por los indiferentes y los subalternos, es que las almas distinguidas se tornan muy tristes... *(Con desesperación.)* ¿Cómo quieres ver impasible que se pierda y se muera todo lo que has amado?

DAESY. — ¡El exceso de amor, Nelly, te hace ver muy sombrío el futuro!

NELLY. — Porque tú no sabes lo que sucede. Muchas noches pasé al lado de Walter enfermo; sola mi alma en el invierno crudo, escuchando asustada el estrépito de los huracanes a través de los valles lejanos, oyendo los gemidos por todos los cuartos, mezclados al ímpetu loco de sus delirios. Y después, cuando él sacaba los brazos afuera, yo veía sobre su piel blanca tumores obscuros y como llagas que lo lastimaban con sangre! ¡Qué horror, Dios mío! ¿Y tú no quieres que las almas distinguidas se quiebren y se entristezcan hasta la muerte?

(Entra Freddy; ha oído las últimas palabras.)

ESCENA III

FREDDY, NELLY Y DAESY

FREDDY. — Nelly, Dios manda que amemos la vida.

NELLY. — ¿Y por qué no lo cura a Walter?

FREDDY. — ¡Tú también estás perdiendo la Fe!

NELLY *(impetuosa).* — ¿Y por qué no lo cura?, te repito. ¿No se lo he pedido de rodillas? Dime, Freddy, ¿qué le he hecho yo a Dios?

FREDDY. — ¿Tú? ¡Nada! ¡Eres demasiado buena! ¡El sí!

DAESY *(con fuerza).* — ¡No es cierto! ¡No es cierto! *(Con dolor, pero sin llorar.)* ¡Eres cruel, Freddy! Ese Dios que has nombrado te va a castigar. Hablas porque tú eres sano y él no, porque tú tienes músculos de acero y él no. Pero acuérdate: nadie te dió el derecho de ultrajar las almas delicadas! Tú no eres un gentilhombre! *(Se retira.)*

ESCENA IV

FREDDY Y NELLY

FREDDY. — No. No. Walter te ha hecho perder la fe. Walter hace llorar a Daesy. Otros hay que sufren más que él y se callan. *(Eso lo dice con el ceño fruncido y el rostro duro.)*

NELLY. — Pero, ¿qué enigma hay en tus ojos? ¿Qué brillo extraño y terrible? Alguna historia siniestra están revelando... *(Freddy tenta irse. Nelly lo detiene.)* ¡No te vayas! ¡No te vayas!

FREDDY *(con gran emoción).* — Pobre Freddy, salvaje montero, bárbaro leñador de la selva! ¡Tu no tienes sangre en el corazón! ¡Lo que hay allí son zumos agrestes y brutales! ¿Acaso soy hombre yo? Mis músculos no son de carne, sino pedernales de las rocas que se asoman a los precipicios y mis manos garfios de animal carnicero y mi alma un buitre de esos que pastan sobre los cadáveres y los desgarran! ¡Eso soy!

NELLY. — ¿Yo te he ofendido, Freddy? Perdóname.

FREDDY *(como si no la oyera).* — ¡Mejor era no haber venido nunca de la selva! ¡Yo era el rey de los do-

minios paternos! Yo estaba destinado a cuidar el renombre de mi casa, para que en ella hubiera caridad, reverencias y religión de los recuerdos... Ahora soy un enano grotesco... una monstruosa máscara de hombre!

NELLY *(muy ansiosa)*. — ¡Perdóname! ¡Yo te he ofendido!

FREDDY *(con gran fuerza y dolor, sin oirla)*. — Una monstruosa máscara de hombre, te digo, porque me faltó el sol; porque no sentí más en los pulmones el sano respirar de los árboles. ¡Ya no hay humus en mi sangre! ¡Ya no hay efluvios acres y fecundos! ¡Yo estoy aquí entristecido, envilecido y raquítico! ¡Tengo mal olor en el alma, yo! ¡Hago llorar a la mujer! ¡No! ¡No! ¡No soy un gentilhombre! *(Se deja caer en un sillón, dando la espalda a Nelly. Esta se acerca y le dice al oído, afectuosamente:)*

NELLY. — ¿Te acuerdas, en nuestra niñez, Freddy, cuando me cargabas tú y mecías mi cuerpo entre tus brazos como en una cuna y cantabas las canciones guerreras de nuestros padres? ¿Te acuerdas, en la montaña, cuando yo quería las flores de las cumbres y tú te arrastrabas ladera arriba agarrándote de las matas e hiriéndote en las peñas para traerlas? ¿Y de noche, sentado tú al lado de mi cama, yo me dormía tranquila, mirando tus ojos bravos y serenos?

FREDDY. — Sí, me acuerdo.

NELLY. — Y cuando murieron nuestros padres, tú ya eras grande y nos dijiste: Benditos sean mis hijos. Y después te fuiste a trabajar a la montaña y me encargaste tú que yo fuera la madre de Walter. ¿Te acuerdas?

FREDDY. — Sí, Nelly, me acuerdo. Y para que yo no estuviera solo, allá, me diste tu retrato. Aquí está *(saca el retrato)*. Y ahora, ¿qué quieres?

NELLY. — Dime, Freddy, ¿es el único retrato que miras? ¿No me contestas? No me explico este dolor tuyo tan grande. Daesy no te quiso ofender. ¿Qué te pasa? Tú no hablas nunca. ¿Por qué? ¿Con quién conversas en estos silencios? Tú amas a una mujer.

FREDDY *(recio)*. — No.

NELLY. — Y esa mujer no te quiere.

FREDDY. — No, repito.

NELLY. — Luego es un encono torvo, un odio salvaje...

FREDDY *(glacial)*. — Te pregunté: ¿qué quieres ahora? Me contestaste con otras preguntas. Te repito: ¿qué quieres ahora?

NELLY. — ¡Que lo salves a Walter!

FREDDY. — Lo salvaré. Todos ustedes han vivido en un error muy grave. Se ha enflaquecido y no han sabido por qué.

NELLY *(ansiosa)*. — ¿Y tú sabes? ¿Tú?

FREDDY. — Sí, sé. ¡Es necesario que recupere la voluntad perdida! ¡Ah, ese frasco de veneno que yo hice pedazos contra las rocas, esa aguja oxídada y sucia y ese tubo de vidrio que se hundió en el torrente para siempre! ¿Has comprendido, ahora?

NELLY *(aterrorizada)*.—¡La morfina! ¡La morfina! ¡Por eso tiene los brazos con úlceras y el ojo le brilla con fulgor de loco!

FREDDY. — Y canta cuando se hunde el veneno en las carnes y entra en furor cuando le falta. Pero yo le venceré. El va a saber cómo calienta esta sangre mía tan espesa que me nutre las entrañas! ¡Yo le voy a dar las savias de los matorrales, cuajadas en mis músculos! ¡Tengo hierro en el cuerpo, Nelly, para fortalecerlo!

NELLY. — ¡Gracias! ¿Pero tú no temes nada?

FREDDY. — ¿Temer? ¿Qué?

NELLY *(asustada)*. — Tú ves cómo está dolorosa esta casa nuestra y cómo tiembla todo. ¿No sabes? ¡Hay

sobre nosotros presagios que aterran! Las hechiceras nos llaman la raza maldita y hace un rato, al entrar aquí, un cuervo me rozó la cara. Yo me enfrié como si me fuera a morir.

FREDDY *(muy sombrío).* — ¡El cuervo está aquí, sobre el corazón de cada uno!

NELLY *(con terror, acercándose a Freddy).* — ¡Siento, afuera, unos aleteos! ¡Ayúdame, ayúdame! ¿No será la desgracia?

VOZ DE WALTER *(de adentro).* — ¡Nelly! ¡Nelly!

FREDDY. — ¿Está despierto?

NELLY. — No. Sueña, talvez, en lo que yo creo.

FREDDY. — ¿Y qué es eso?

NELLY. — Que no sea el veneno...

FREDDY. — Luego, ¿qué? ¿El tedio, acaso?

NELLY. — No. No. Una cosa más honda, una fatiga del espíritu... un aplastamiento de todo su ser... la fría fatalidad que lo conduzca al delito contra no sé quién... contra sí mismo... Siempre miro y me horripila el alto barranco que pende sobre el abismo, para anunciar la tragedia. ¿Te acuerdas cómo arremetió contra el cajón de su escritorio, buscando el puñal? *(En este momento Nelly se pone a escuchar. Se oyen ruidos en el cuarto de Walter.)* Se despierta. ¡Vete, Freddy! ¡Vete! Yo sola le voy a vigilar desde el jardín... ¡Qué miedo tengo! ¡No te vayas lejos! *(Se van Freddy y Nelly.)*

ESCENA V

WALTER

WALTER *(muy perturbado).* — ¡He buscado la morfina y no está! ¡Será peor! Freddy, estoy seguro, la arrojó al torrente. Así creerá curarme... ¡Qué ingenuo es! ¡Como todos los fuertes! Está acostumbrado a luchar

y a vencer a las fieras y a tronchar las encinas con la violencia y pensará dominar así a mi alma altiva, y no sabe que es con la misericordia que se triunfa sobre el corazón de los caballeros, y no sabe tampoco que si no hubiera sido por ese veneno, el dios del suicidio me habría acostado en el sepulcro, qué tiempo! ¡Ay de los solitarios! ¡Yo nací para serlo. No tengo alegrías. No soy placentero como mis jóvenes amigos. Me parece tan estéril todo, tan desierto el mundo, y me digo a mí mismo, en los foscos soliloquios, que no soy nadie y que solamente pudo haberme hecho nacer la desgracia. Por eso me entra un furioso anhelo de salir de la tierra, donde nada tengo que hacer! Yo odio todo. Este cuerpo lo hubiera arrojado bajo un alud, precipitado a la hondonada, para no llegar al fondo, sino como una sangrienta e informe papilla. ¡Tú, Señor, que sabes cómo viste crespones el corazón de los que heredan la demencia, perdónalos! Pero yo no debo desaparecer porque no estoy solo. Daesy canta recogiendo flores. Es su voz un gorjeo juvenil, como el de los pájaros entre las hojas. ¡Es un amor Daesy, una gaya poesía! ¡Yo la tenía bajo mi amparo ¡Es para mi espíritu como un dolor lleno de ternuras y de gracia! ¡No estoy solo! Nelly me sigue por todas partes con su pupila piadosa, y de noche, cuando no duermo, oigo sus pasos ligeros por este cuarto y el roce de su largo vestido. ¡Es el ángel que vela en la tiniebla! ¿Debía yo morir, entonces, para que ellas fuesen detrás de mí a esconderse en el sepulcro? ¿Y si me falta la energía para luchar contra este mal hereditario, que exige el suicidio y que en este momento se irgue en todo mi tórax, como una gigantesca hidra, como una maligna crucifixión... *(con violencia)* y si me falta esa energía debía yo morir, y Nelly también, y Daesy, y pesar por los siglos sobre el decoro inmaculado de la fa-

milia una mancha de infamia... o debía buscar la morfina con sus intensas sensaciones de bienestar, con sus panoramas deliciosos, la morfina que me da paz, hilaridad y ensueños paradisíacos... y me arroja, desde mi tétrica psicología, de un salto, entre las fiestas humanas y me da fuerzas... juventud... bríos para seguir viviendo e incinera todos los lutos y mata todas las pesadumbres? ¿Debía matarme *(con furor)* yo, entonces, y Nelly morir y Daesy, o tomar morfina para no ver el barranco homicida de donde se tiró el abuelo? *(Revuelve cajones, busca por todas partes. Se desespera de no encontrar. Al ruido entra Nelly.)*

Escena VI

Walter y Nelly

Nelly *(conteniéndose, muy afectuosa)*. — ¿Has dormido poco?

Walter. — Y tú nada. ¡Como siempre!

Nelly. — Sé que has soñado.

Walter *(exaltado)*. — Es cierto. Escúchame. Te vi en el cielo, Nelly, como una admirable forma. Todo se había concluído. Esto que tu ves era una enorme ruina... una tragedia de cosas muertas y tú te ibas hacia arriba por el éter como vuelan los ángeles. Yo te llamé: ¡Nelly! ¡Nelly!, y me abalancé al espacio para alcanzarte...

Nelly. — ¿Luego ya no me quieres aquí, al lado tuyo?

Walter. — Sí, sí. Mucho, mucho. Siempre, sobre todo esta noche. ¡Yo no sé por qué me gusta tanto mirarte! *(La mira hondamente.)* ¡Me parece tu alma tan celestial y justa y tu conciencia tan perfecta! *(Con mucha pasión.)* Porque tienes así, tú, tanta bondad en el corazón y me nace decírtelo de cerca... Yo

te he hecho llorar... Tengo remordimiento... y una furia atroz en el pecho!... ¡Quiero pedirte perdón! *(Suplicante.)* ¡Será lo último, oh Nelly! ¡Oh, mi santa madre! Me voy de aquí... No puedo estar más... Hago sufrir a todos...

NELLY *(adivina que se va a suicidar, mirándolo fijamente en los ojos).* — Ya te entiendo. Yo me voy contigo.

WALTER. — ¡No quiero!

NELLY. — Sí. Me voy contigo, lejos de aquí, donde hay tanto desgarramiento y tanta sombra, y con tu novia a correr tierras, sobre los mares. Iremos a Italia; iremos a Grecia; tú vivirás allí entre los gloriosos que han creado el arte. *(Se acerca a la puerta y grita:)* ¡Daesy! Nos vamos de viaje contigo y con Freddy. Le voy a avisar. *(Entra Daesy. Nelly, a parte:)* No le dejes solo. Quédate aquí. Si tú le amas, no le dejes solo. *(Corre fuera gritando.)*

ESCENA VII

DAESY Y WALTER

(En cuanto sale Nelly, vuelve a buscar por todas partes y habla.)

WALTER. — Y si yo no puedo con este mal hereditario, con esta hidra que me lastima el corazón, ¿por qué me quitan la morfina, si ella me ayuda a vivir? Si yo la tomo para eso, para eso. *(Busca por todas partes y sigue.)* ¡No encuentro! ¡Será peor, será peor!

DAESY. — ¿Qué hay? ¿Qué buscas? ¿Por qué te brilla esa luz de sangre en la mirada? De rodillas te pido: ¡cálmate, cálmate!

WALTER *(la levanta y dice con voz conmovida).* — Tú me has perdonado, ¿no es cierto? Yo te he hecho llo-

rar. Si supieras cómo eres tú para mi espíritu una reliquia sagrada *(muy afectuoso)*, oh mi precioso alabastro! ¡Cómo te amo yo así, blanca y angelical, y cómo acaricio tu cabello de oro, cómo lo beso con mis labios en este frenesí de pasión casta, con mis labios que están tan pálidos... pálidos... Porque tú eres la gracia de mis creaciones, el ensueño sublime del artista... la celestial forma de sus mármoles...

DAESY. — ¡Cálmate! ¡Cálmate, Walter! ¡Le voy a rogar a Dios por ti! ¡Sí, soy todo eso! ¡Vive, Walter! ¡Vive!

WALTER *(en voz baja, muy cariñoso)*. — ¡Por qué me gusta tanto tenerte cerca, sentir las sedas de tus vestidos y el perfume de tu carne y mirarte... mirarte hondo, para llevarme en los ojos el regocijo de los tuyos y la primavera de tu rostro! ¡Un alma miserable soy yo, un abyecto, porque entristezco la vida de los que amo! ¿Me perdonas, tú?

DAESY. — Pero sí, Walter. ¡Sí! Bésame, si quieres. Toma mi frente.

WALTER *(la besa en la frente; sigue con más emoción.)* —Y si después, más tarde, si este buitre que me roe la vida llegara con su zarpa hasta el corazón y me lo rompiera todo entero, llenando mi pecho de sangre, ¿te acordarás tú, Daesy, de mi memoria perdonando?

DAESY. — ¡Yo te amo enfermo, pálido y enflaquecido más que mi vida, más que todos los recuerdos! ¡Infinitamente te amo, Walter!

WALTER *(como loco)*. — ¡Adiós, entonces, a todos! A mis estatuas, a los libros que soñé con alma de poeta y escribí con mano firme! ¡Adiós, congojas del creador, hurañas grimas misteriosas que sacuden al genio y lo destrozan! ¡Adiós, formas serenas, ideales, formas de la tranquila hermosura! ¡Y ante ti, tu divina naturaleza, melancólica vestal de las noches silencio-

sas, yo me inclino! ¡Yo soy el idolatra, oh inspiradora de los grandes, que hacen cantar las armonías universales en las arpas sagradas, para acercarse a la Eterna belleza. *(Se levanta muy airado y mira los cuadros.)*

DAESY. — ¡Walter! ¡Walter, no delires más! ¡Aquí estoy, mírame! ¡Soy el amor tuyo! ¡Soy la alegría de tus horas! ¡Dios de las dulzuras, sálvalo!

WALTER *(mirando los retratos)*. — ¡Adiós, abuelos! ¡Yo soy el demente! ¡Es mi alma satánica que os acusa, telas borradas... manos corroídas por los vermes... muecas cadavéricas! ¡Adiós, abuelos suicidas!, ¡abuelos homicidas! ¡Esta mi alma miserable es el corolario, tal vez, de una generación de truhanes, enemigos del sol!

DAESY. — ¡Dios mío! ¡Está loco! ¡Freddy! Freddy! ¡Virgen de la paz! ¡Un poco de dulzura para su pena tan grande!

WALTER. — ¡Y hubiera sido yo un reptil y una alimaña hozando en los muladares y la gangrena para manchar todas las purezas y un cementerio donde los cráneos rechinaran los dientes para maldecir la vida!

DAESY *(corriendo afuera)*. — ¡Freddy! ¡Freddy!

ESCENA VIII

FREDDY Y DICHOS

(Entra Freddy y dice a las mujeres:)

FREDDY. — ¡Váyanse!

NELLY. — ¡Ten piedad! ¡Ten piedad de nosotras!

FREDDY. — Te olvidas, acaso, que le quiero tanto como tú?

(Se van Nelly y Daesy.)

Escena IX

Freddy y Walter

Walter *(recio y sin ademanes)*.—¡Eres un ladrón! ¡Me has robado la morfina!

Freddy *(tranquilo)*. — ¡Ah! ¡Tú sabes?

Walter. — ¡Lo suponía; pero te perdono porque dentro de un rato habrá silencio en el universo! ¡Todo se ha concluído!

Freddy. — ¡Y también el honor y la moral!

Walter. — ¿Por el vicio, tal vez?

Freddy. — ¡Tú lo has dicho!

Walter. — Te equivocas; la morfina es el detalle. La síntesis es otra cosa. Yo me embriagué con el veneno para olvidar que tenía en el pecho alma suicida. Lo conseguía; pero tú lo arrojaste al torrente y la locura volvió con todas sus tormentas. Esta es la síntesis. ¡Y conmigo se irá Nelly, acuérdate! ¡Y conmigo, Daesy! Eres un fratricida!

Freddy. — ¡Tú estás maldito! ¡Eso sería yo, si no lo hubiera arrojado!

Walter. — ¡Es claro! Grita fuerte: ¡Tú estás maldito, borracho, morfinómano! ¡Desprecia, desprecia! ¡Eso es lo que tú sabes! ¡Y no ves que esas desgracias se traen de la cuna o se recogen por la miseria o por la deshonra! ¿Pero, acaso, se ocupan ustedes de corregir, arrojando flores sobre los hereditarios y los abandonados? ¡No, eso no han aprendido! ¡Agarran el fango y nos salpican el rostro! ¡Viciosos, al pantano! ¡Viciosos, al osario! ¡Eso es lo que saben! ¡Pero si vieran el espectro que nos persigue, si conocieran la esencia de las cosas y tuvieran almas de

caballeros, disculparían, tal vez! ¡Así han muerto a la desventura humana porque no supieron perdonar! ¿Hasta la impureza, ves?

FREDDY *(con fuerza)*. — ¡Qué tienes tú que ver con los secretos de mi vida!

WALTER. — ¡Oh! ¿Qué te pasa? *(Exaltándose.)* ¿Un áspid te ha mordido el talón o un búfalo te ha encajado la testuz en el vientre? ¡Nada tuyo me importa! ¡Eres igual a todos!... Pero hasta la impureza, cuando la veas pasar, no la arrojes al osario! ¡No insultes! ¡No le quites la esperanza de la resurrección! ¡Nelly me curaba con la piedad cristiana, pero tú me has gritado: réprobo, morfinómano! *(Asoman Nelly y Deasy.)* ¡Me has condenado! Eres un fratricida!

FREDDY. — ¡Tú ultrajas la memoria de tus padres!

(Entran Nelly y Daesy.)

ESCENA ÚLTIMA

NELLY, DAESY Y DICHOS

NELLY *(separándolos)*. — ¡Cuiden su nombre! ¡No desciendan!

DAESY. — ¡Walter, por piedad! ¡Amor mío!

WALTER *(rápido)*. — Y tú, cuando halles sobre la tierra algún dolorido, acuérdate de la piedad cristiana, y cuando veas las heridas de los que sufren no se las raspes con ortigas como a mí; pero yo te perdono, te repito, porque habrá silencio en el universo ya, ya! *(Corre afuera a suicidarse.)*

NELLY *(se acerca a Freddy y grita)*. — ¡Freddy! ¡Al barranco, al barranco! ¡Por allí se tiró el abuelo! *(Freddy corre a salvar a Walter, y las dos mujeres, abrazadas de la cintura, se adelantan al medio del escenario y se arrodillan.)*

NELLY. — ¡Padre nuestro que estás en los cielos, sálvalos! ¡Dios de las dulzuras infinitas, sálvalos, para que sea tu nombre santificado! ¡Sálvalos!

CAE EL TELÓN

ACTO III

Casa en la selva. Una sala con muebles anticuados, sillas, sillones de altos respaldos. A la izquierda una chimenea con fuego, a la derecha un escritorio. Puerta al fondo en el centro, a través de la cual se ven bosques y precipicios. Una ventana a la derecha de la puerta. A la derecha, lateralmente, una puerta que se supone de entrada al dormitorio de los hombres. A la izquierda, otra puerta lateral que da entrada al dormitorio de las mujeres. Todas las puertas son practicables.

Escena I

Nelly y Daesy (cerca de la ventana)

Daesy. — ¡Nelly, fíjate; la primera nieve cae sobre la alfombra de hojas secas! ¡Parecen sus copos alas de paloma que se hamacan lentamente en el aire! ¡Las ramas se cuajan de cristales, sábana blanca que las envuelve en el invierno largo, bajo el cielo gris!...

Nelly. — ¡La naturaleza es dichosa como tú, cuando más tarde despierta en la primavera! ¡Cuánta energía fecunda en todas partes! ¡Qué amor arcano embriaga a los tallos y a las cortezas! ¡Tú has tenido también tu invierno silencioso en la enfermedad de Wálter! ¡Eso pasó! ¡Y cuando vinimos aquí para

que convaleciera los dos se abrazaron, como la primavera a la madre tierra! ¿Te acuerdas?

DAESY. — ¡Yo estaba fuera de mí con una sobrehumana embriaguez!

NELLY. — ¡Se besaron en la frente!

DAESY. — ¡Nos dijimos todo el dolor de la ausencia!...

NELLY. — ¡Pero eso se acabó! ¡Qué hermosa boda la tuya con Walter! ¡Eso me pareció una victoria mía! ¡Cuando el organo tocaba esta mañana la marcha nupcial me sentí tan misericordiosa como Jesús! ¡Hoy son felices!

DAESY. — ¡Por ti somos, Nelly! ¡Porque fuiste como nuestra madre!

NELLY. — Y Walter, ¿dónde está?

DAESY. — ¡En la montaña! ¡Antes del viaje ha querido verla!...

NELLY *(sonriendo)*. — ¡Nosotros fuimos malos contigo! ¡En la enfermedad no te dejábamos verlo!

DAESY. — ¡Muy malos! ¡Me dijeron que tenía la frente partida! ¡Oh, ese interminable sueño suyo de tantos días sin conocer a nadie!... ¡Ese terrible augurio de muerte, ¿te acuerdas? ¡Yo lo vi a Freddy *(estremeciéndose)* cuando lo traía cruzado sobre sus anchas espaldas! ¡Me pareció que se contraían sus músculos con el vigor terrible de un Dios! ¡Toda la ropa empapada y con sangre! ¡Y nos dijo, después, que las aguas del torrente los retorcieron hacia abajo, abrazados, él y Walter, en un torbellino homicida! ¡Qué noble alma la de Freddy!

NELLY. — ¡Tú lo retaste! ¡Eso lo consternó! ¡Y si no es por Freddy, no habrían rosas, ni besos, ni los azahares de hoy, ni el poeta Walter hubiera corrido por estas viejas selvas cantando las adoraciones de las encinas a la luz del sol y Daesy nó hubiera tenido su divino mármol, y con el pobre escultor suicida hubieran muerto también sus creaciones de la

forma ideal! ¡Cuánta fiesta de nuevo en tu corazón! ¡Qué invierno tan feliz el tuyo! Pero no siempre es así el invierno humano. ¡Muchos no resurgen más!

Daesy. — ¡Tú estás triste, Nelly, hoy!

Nelly. — ¡No por ti! Estoy enferma y como herida en el pecho.

Daesy *(muy cariñosa)*. — ¡Yo no quiero eso! Esta mañana me prendiste tú misma el velo de novia y te sonreías delante del espejo, remedando los gestos de Walter. ¿Por qué estás triste ahora?

Nelly. — ¡No le digas nada a él de estas cosas! ¡Hoy se van ustedes de viaje... lejos para que la nueva vida lo ate a Walter sobre la tierra, porque yo siempre temo que vuelva el alma antigua tan siniestra a apoderarse de él! ¡Váyanse muy lejos para que olvide estos lugares tan llenos de sombras melancólicas y se ahonden en su corazón esas idolatrías por el arte, que lo sacuden tanto, y para que el espectáculo de los inmortales grabe en su conciencia con letra de fuego la ambición de ser más grande todavía!

Daesy. — ¿Y tú vendrás con nosotros? ¿Y Freddy?

Nelly. — ¡No! Eso no es posible. Necesitan ustedes la libertad de los pájaros, volar para donde quieran! ¡Los nidos deben ser chicos para poderlos llevar consigo, y no debe haber más de dos que los lleven: tú y El, porque después vienen los niños, que son como la hiedra de sangre que protege al tronco y lo obligan a echar más profundas las raíces, que se agarran a las rocas subterráneas para que el árbol no caiga! ¡Tu alma se transformará en un templo augusto, en una honda religión cuando seas madre! ¡Ves: para todo eso no se necesitan más de dos!...

Daesy. — ¡Pero tú nos ayudarás a vivir y Freddy será como la columna de granito en que Walter se apoye!

Nelly. — ¡Pobre columna tronchada, mole de granito hecha pedazos!

DAESY. — ¿Qué hay? ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Federico? ¡Es un vigoroso!

NELLY. — ¡Te equivocas! ¡Freddy es mi dolor! ¡Tiene el corazón roto! ¡Sufre angustias que no se ven! *(Animándose.)* ¡Ese sí sabe cerrar su sepulcro con chapas de bronce! ¡Ese sí es un vigoroso en esas hurañas sordomudeces que lo acompañan! ¿Entonces tú no has sabido nada? ¿No te han dicho que hay un odio en su corazón y que hace años pasea por estos lugares sus desesperaciones? ¿No sabes nada, tú? ¡Los caminantes de la montaña, entre los torbellinos de nieve no encuentran aquí sino un salvador: ¡Freddy! Me lo ha contado Andrés, el viejo servidor de la familia! Al grito de: ¡Patrón Freddy, peligro en el abismo!, se tira entre las breñas y luego aparece llevando sobre sus hombros a los moribundos... ¡Así mil veces en las heladas gargantas, dentro del macizo de estas selvas, en constante pelea con los aludes y los lobos hambrientos! ¡Ese es Freddy! ¿Has entendido? ¡Su odio lo persigue! ¡Quiere morir haciendo el bien, para que los hijos de Walter, tus hijos, Daesy, encuentren todos los respetos en esta epopeya que él escribe todos los días! Por eso está grabado en su emblema: "¡Por mi Dios y por el amor a mis semejantes!"

DAESY. — ¿Pero qué hay en todo esto?

NELLY. — ¡Una novia!

DAESY. — ¡Una novia, él!... ¡Imposible!

NELLY. — ¡Sí; y odiada como si fuera un delito!

DAESY. — ¿Y ella?

NELLY. — ¡No quiero que Walter sepa nada de esto! Allá en frente vivía *(señala la ventana)*, en aquella casa señorial. ¡Pero él supo, después, que esa fascinadora era una mala sirena! ¡Había una abominable perfidia!

DAESY. — ¡Qué infamia! ¡Oh, generoso Freddy! *(De*

lejos se oye un canto.) ¡Es Walter que llega de la montaña!

NELLY *(acercándose más a la ventana).* — ¡Ya no cae la nieve! ¡El sol rompe las nubes cenicientas!... ¡Sean felices! ¡Y tú olvida estas cosas! *(Con tristeza.)* ¡Amalo! ¡Acuérdate que los árboles para vivir necesitan hundir mucho las raíces! ¡Dale tus miradas, que tienen tanto cielo, y tus besos tan dichosos como tu espíritu. *(Muy conmovida.)* ¡A mí déjame con Freddy! ¡Voy a contarle muchas novelas en las noches frías, cerca de la chimenea prendida, y muy cerca de su corazón... cuando ustedes estén lejos! ¡Adiós!

DAESY. — ¡No! ¡No te vayas!

NELLY. — ¡Curiosa! ¡Lo que tú quieres es que yo siga el cuento!

DAESY. — ¡Es cierto! ¿Tú la conoces?

NELLY. — ¡Sí, anda por estos valles! ¡Viste de luto! ¡Siempre está sola!

DAESY. — ¿Hablaste con ella?

NELLY. — Una vez.

DAESY. — ¿Es hermosa?

NELLY. — ¡Fué! Ahora la mala vida y la pena, tal vez, la han transformado. Está lívida y parece enferma; todavía tiene el cabello negro como terciopelo y los ojos grandes y obscuros.

DAESY. — ¿Y qué te dijo?

NELLY. — Adiós, Nelly, me dijo. Cuando usted rece, acuérdese de mí. — ¡Siempre rezo por usted!, le contesté.

DAESY. — ¿Y le dijiste eso, tú? ¿Y si está maldita?

NELLY *(poniéndole la mano sobre el hombro).* — ¡Daesy, si los malditos saben que hay quien rece por ellos, pueden volver a amar la vida y recuperar la virtud!

DAESY. — ¿Y qué te contestó?

NELLY. — ¡Necesito otro perdón más! ¡Yo sé cómo lo

voy a conseguir! Y sus ojos se pusieron tormentosos. Yo bajé la cabeza y eché a andar y cuando cerca de casa di vuelta, ella no se había movido y me seguía mirando siempre con los ojos tormentosos y tristes! ¡Basta de diálogo! ¡Ahí viene Walter! No le digas que estoy enferma. No le cuentes el dolor de Freddy.

Escena II

Nelly, Walter y Daesy

Walter. — ¿Por qué te vas?

Nelly *(que se iba, vuelve)*. — ¡A preparar el viaje! ¿Tú, estás bien ahora?

Walter. — ¡Muy robusto! ¡He arrancado flores en lo más abrupto! ¡Qué desnudo está todo eso y qué desolado! ¡Vieras cómo corta la cara el cierzo y cómo silba en los desfiladeros! ¡Qué aire tan puro! ¡Es fuerte y cristalino como el diamante! ¡Una cosa me entristeció! ¡Vi una mujer con la cabellera al viento, negra como el terciopelo!

Nelly *(afligida)*. — ¿Como el terciopelo, has dicho?

Walter.— ¡Sí; la vi saltar peñas abajo como una loca, llenando el aire con los alaridos estridentes de un salvaje cancionero!...

Nelly. — ¿Y tú, qué hiciste?

Walter. — ¡Nada! No pude. ¡Se perdió, siempre hacia abajo, de roca en roca, como el ángel malo de la leyenda. *(Daesy y Nelly se acercan, asustadas.)* Pero, ¿qué hay? ¿Tienen miedo? ¿Y tú, Nelly, qué tienes? ¡Estás pálida! Dime, Daesy, ¿está enferma? ¿Por qué te vas, Nelly?

Nelly. — ¿Y tu viaje? ¡Ya se acerca la hora! ¿Quién va a arreglar tus vestidos y tus joyas, Daesy?, esas

que adornarán tu persona, después, en el comedor de la nueva casa, en la angusta caridad de las horas que siguen a la comida, cuando te sientes tú, al lado de él y te bese el cabello y te diga la historia de sus trabajos del día. ¿Quién arregla todo eso? ¿Ustedes? ¡No tienen tiempo ni saben! Ven tú, después, Daesy, a ayudarme. Además, debo decirte, Walter, que el amor quiere la soledad y la sombra del follaje para ocultar el nido. Las miradas extrañas empañan el encanto. ¡Amense mucho... la vida entera, y vivan solos! ¡Adiós! *(Sale precipitadamente.)*

Escena III

Walter y Daesy

Walter. — ¡Qué rara está! ¡Parece triste!

Daesy. — ¡Qué alma adorable! ¡Ha sido mi santa madre, cuando quedé huérfana! ¡Pero hay otras también que son adorables!

Walter. — ¡Sí! ¡Tú! ¡Toma un beso y este ramo de edelweiss... los recogí en la cumbre! *(Daesy quiere prenderlas con un alfiler en el pecho. No puede. Está nerviosa. Entonces él se acerca y dice:)* ¡Yo lo hago!

Daesy. — ¡Pero no te acerques tanto!

Walter. — ¡Es un poco recia la hoja *(lo prende).*

Daesy. — ¡La montaña te hace bien! ¡Siento el calor de tu mejilla!

Walter. — ¡Y yo el aroma de tu boca! ¡Es delicioso como el olor de las manzanas, cuando se cortan del árbol.

Daesy. — ¿Has pensado, tú, dónde iremos después?

Walter. — ¡Pero a todas partes, juntos, para que yo pueda ver en todas mis horas la bondad de tu alma

y la dicha encantadora de tus ojos! ¡Una cosa no te he dicho. Yo te sentía cerca de mí, cuando estaba enfermo, en la siniestra fantasmagoría que agitaba mis sueños!... ¡Tú llegabas hasta mí con el perfume de tus violetas, con el amoroso y callado roce de tus pasos sobre la alfombra!... ¡Huían las visiones locas; huían los sepulcros con sus silencios esquivos! ¡Bendita seas, tú! ¡Bendita sea Nelly!

DAESY. — ¿Y de Freddy, no te acuerdas? ¡Fué superior a nosotras!

WALTER. — No sé qué pasa. Hace días que lo veo poco. Esta mañana estuvo en la boda un rato y desapareció. ¡Y lo que cuentan por estos valles!

DAESY (*asustada*). — ¿Te han dicho algo a ti?

WALTER. — ¡Es el dueño de la montaña, domina todas sus escarpas, sus vendavales y sus peligros! ¡Nunca piensa que puede morir para salvar a sus semejantes!

DAESY. — ¡Escúchame! Tú lo debes querer más que a mí, más que a Nelly... porque yo te digo, en verdad, como en los Evangelios, que las bondades y las hondas dulzuras que hay en el corazón de los fuertes y que tú has conocido en él suelen ocultar grandes angustias! Dime, ¿no te parece que el corazón de los caballeros tiene algo de la infinita ingenuidad de Dios y merece todas las reverencias? ¿No te parece que es delito que la impureza empañe la urna de cristal en que encierran su corazón los caballeros?

WALTER. — ¡Sí, es delito! ¡Pero entendámonos! ¡Qué misterios son estos! ¡No comprendo!

DAESY. — No es necesario que tú comprendas; pero también te digo que el error tuyo es haber creído que las pasiones de la tierra no hayan pasado nunca por el espíritu de Freddy!

WALTER. — ¿El? ¡Las habría aplastado bajo una peña! ¡Le sobra fuerza! ¡Pero no sé dónde vas con estas filosofías! ¿Qué enigmas son éstos?

DAESY. — ¡Nelly me dijo, una vez: Si todas fueran como tú, si no hubiera en el mundo mujeres ponzoñosas! Parece que las hay, ¿no?

WALTER. — ¡Vaya si las hay!

DAESY. — ¡Y entristecen la vida de los hombres!

WALTER. — ¡Eso es cierto! ¡Sí! ¡Sí! ¡Tú los ves a ellos en las fiestas! Están como ausentes. Están mirando su propia herida. Viven sonámbulos del amor doloroso. Un gesto brusco, una palabra acre de ellas les pone el alma de luto. Nelly tiene razón. Pero, ¿qué tiene que ver Freddy con esto?

DAESY.—¡Nada! ¡Nelly dice que tú no debes saber nada, ni averiguar nada! ¿Me prometes, tú?

WALTER. — ¡Es demasiado vasallaje! ¡Con una condición prometo: un beso!

DAESY. — ¿Y no será lo mismo luego?

ESCENA IV

NELLY, DAESY Y WALTER

NELLY *(llega inadvertida)*. — ¡Así me parece!

WALTER. — ¡Ah, tú! ¡Llegas bien! ¿Quieres explicarme este asunto de Freddy?

NELLY. — ¿Qué hay? ¿Qué te ha dicho Daesy?

WALTER. — ¡Que es un enigma!

DAESY. — Esa palabra la pronunciaste tú?

WALTER. — ¡Y que no debo comprender nada! Esto lo dijiste tú. Y le pedí un beso y que no y que luego.

NELLY. — Ya sabía que estaban soñando y perdiendo el tiempo. Walter, vete, y tú también, a prepararte!

DAESY. — ¡Adiós, Walter!

WALTER. — ¡Adiós, Daesy!

Escena V

Nelly

Nelly *(sentada cerca de la chimenea).* — ¡Cuánto sufro! ¡Ya no puedo más! ¡Siento que estas carnes mías se deshacen! ¡Tengo frío y quisiera, a pesar de todo, vivir para acompañarlo a Freddy! ¡No quiero que se quede solo en esta heredad, cerca de esa vagabunda, tal vez con un odio mortal! ¡Tengo frío! *(Se calienta las manos.)* ¡Aprenderé a atizar el fuego!... ¡Lo voy a entretener a Freddy contándole las historias de los libros, que lea, para que olvide, como Walter, su mala pena!

(Entra Walter con traje de viape, se apoya al respaldar del sillón donde está Nelly sentada, y dice:)

Escena VI

Walter y Nelly

Walter *(serio).* — ¡Te encuentro sola! Deseo hablarte seriamente, yo.

Nelly *(sonriente).* — No estoy sola. Hablo con esas caprichosas quimeras que las llamas dibujan... *(señala al fuego).*

Walter. — ¡Contéstame a lo que te voy a preguntar!...

Nelly. — ¡Y tú a mí, primero... Explícame el secreto de esas espirales de humo que giran en vértigo y se lamentan volando a través del caño!... ¿Sabes, tú, eso?...

Walter. — ¡Estás muy extraña, Nelly!

NELLY. — ¡Y tú más... ¡La felicidad te ha hecho olvidar que las cosas tienen un alma... si no fuera así ya me habrías revelado el secreto de los madrigales que está escribiendo el fuego en la chimenea!...

WALTER. — ¡Tú estás enferma, Nelly!

NELLY. — ¿Eres médico, acaso?

WALTER. — No; pero te quiero y te siento enferma. Eso no es conversar... ¡eso es delirio!

NELLY. — ¡No estar Daesy para que te regañara!.. ¡Tú llamas delirio a la profunda conciencia de todo lo que me rodea!

WALTER. — ¡La tristeza tuya es saber demasiado! Y puesto que no me contestas, he llegado a pensar que yo soy el gran culpable.

NELLY *(se levanta, se acerca a él, sonríe y dice).* — ¡No! ¡No, tú tienes un alma con muchas aristocracias y tantas amables cortesanías, como no puede haber caballero más noble sobre la tierra! ¡Y después eres el menor y has sido siempre como hijo mío!

WALTER. — ¡Mucho te he hecho padecer!

NELLY. — ¡No! Tú eres el hijo de mi corazón y las madres no se enojan nunca con los muchachos traviesos; luego tú no me has hecho padecer...

WALTER *(más sombrío).* — ¡Nelly, no sigas con esta piedad tuya, tan implacable, con este amor sublime que no te deja ver mis delitos! ¡Nelly, no sigas!

NELLY. — Tú no me has dado sino alegrías, te digo. Tengo orgullo de haber formado en tí un gentilhombre y un escritor de almas y de naturalezas! ¡Yo te di toda esta raza, que me sacude las entrañas. Los hijos de uno, te repito, no cometen nunca delitos. ¡Y qué turbulento eras! ¡Qué alma bravía! ¡Me acuerdo de tus entusiasmos de chico. Lo que menos soñabas era vestir una bruñida coraza, embrazar la adarga e irte a deshacer entuertos como los caballeros andantes. Eras de este tamaño! *(Señala un metro del suelo y se ríe.)*

WALTER. — ¡Nelly, me desesperas! ¡Tú no me contestas! ¡Tú me ocultas algún secreto!

NELLY *(como si no lo oyera)*. — ¡Y después nació el poeta y la forma lo sedujo y salió la estatua egregia! Y la huérfana Daesy vino, que fué el idilio y todo lo funesto se disipó en el gran sol de la vida y ahora que está en su meridiano nupcial, dice que estoy enferma y que deliro, yo que he sido la madre de su niñez, el consuelo de sus días siniestros y el refugio de sus noches solas! ¡Basta, Walter, basta! ¡No me lastimes más! ¡Ya está bueno! ¡No me lastimes más!

WALTER. — ¡Ah! ¿Tú crees *(impetuoso)* que voy a permanecer impasible en frente de estas palideces tuyas y que voy a olvidar tus días y tus noches al lado de mi cama de enfermo, yo que te he oído sollozar en mis delirios y he leído en tus ojos el espanto de esa fatalidad, que tú creías lo irremediable y has pensado que yo, el hijo de tus sublimes maternidades, arrullado por tus oraciones, sostenido por tus consejos, amado por tus más puros amores, iba a contemplar indiferente, oh Nelly mía misericordiosa, a contemplar, te digo, indiferente que tu ardieras y te consumieras en tu caridad, en este inextinguible afecto de tu corazón por los hermanos enfermos y delincuentes? No. No. Dime, ¿qué es lo que hay que hacer? ¡Voy a arrojar al fuego todo mi pasado; pero vive! ¡Vive! ¡Yo no quiero que esta casa se quede sin su santa! ¡Pruébame, Nelly! ¡Pruébame! ¿Acaso le enseñaste inútilmente a este mísero culpable a ser generoso?

NELLY. — ¿Luego tú crees que es por ti que este fuego me devora la carne? ¡Bueno! ¡Sí! ¡Es por ti y por todos!

WALTER *(muy emocionado)*. — ¡Ordéname, pues! ¡Habla! *(Con gran energía.)* ¿Qué es lo que hay que hacer? ¿En qué calvario hay que plantar la cruz? ¿Qué es lo que tú quieres?

Nelly *(lentamente)*. — Quiero que ames la vida y sepas que Dios sólo es dueño; ámala a Daesy, sé un genio útil, para que de ti tengan orgullo los antepasados!

Walter *(muy conmovido)*. — Sí. Sí. Todo te prometo! Yo voy a escribir con tu vida la más hermosa leyenda humana, en este idioma de mis mayores, en la sobrehumana y gloriosa armonía del noble idioma. ¡Vive! ¡Vive para que yo pueda indicarte a todos y decirles: ¿Ven ustedes? ¡Esta es Nelly, la seráfica, la conciencia más perfecta y la ternura más sana y más profunda!

Nelly. — ¡Sí! ¡Sí! Te siento fuerte. La montaña te dió sus granitos, como dice Freddy! ¡Escribe, Walter, la leyenda de todas las hermanas misericordiosas, almas deliciosas de las casas mustias, serenas almas capace del sacrificio de sus horas... Cuenta esos calvarios obscuros y diles a los hermanos: No estrujen las delicadas flores de los jardines familiares; no las entristezcan; no quiebren sus alas y no hagan callar el divino canto que consuela el corazón de los hermanos enfermos! ¡En cada casa hay una, Walter, pura como el sol, piadosa como la Eucaristía!... ¡Diles a los hermanos torvos: no hagan callar las dulzuras profundas del divino canto! *(Se oye la voz de Daesy que se acerca.)* Es Daesy... Te espera... En los días como hoy ellas son las triunfadoras. ¡Adiós, Walter! ¡Amala *(muy enternecida)* y bésame las manos, para que me des un poco de tu fuerza, por si me espera todavía algún dolor! ¡Quiere mucho a Freddy, más que a mí, tanto como a Daesy!... ¡Adiós!

(Nelly se va; Walter la sigue hasta la puerta, volviendo en seguida al medio del escenario.)

Walter. — ¡Quiere mucho a Freddy! ¿Por qué me dicen eso las dos?... ¡Y Freddy se pierde los días enteros! *(Entra Freddy con escritos envueltos.)*

Escena VII

Freddy y Walter

Walter. — ¿Qué te has hecho?
Freddy. — Tú te vas. Vengo a saludarte.
Walter. — ¡Nelly te buscaba!
Freddy. — ¡Y yo a ella y a ti!... Necesito hablarte. *(Saca unos papeles; quiere dárselos a Walter.)*
Walter. — ¿Qué es eso?
Freddy. — Tus bienes. Está todo en orden. Tú te has casado y ya no es lo mismo, y después yo he aprendido que muchas veces los sueños de amor no son sino sueños o cosas peores!... ¡En fin, cuando empieza la vida nueva, todo ha de renovarse!... ¡Debes dirigir tu herencia!
Walter. — ¡Eso se perdería en mis manos! Yo no sé sumar. El libro mayor corre el riesgo de que yo lo llene de dibujos y de versos!
Freddy. — De todos modos es necesario. El futuro no se conoce y yo me puedo morir en esas aventuras de la montaña *(todo lo dice muy serio)*. ¿No me contestas?
Walter. — Nelly es la señora aquí. A ella entrégale eso.
Freddy. — ¿Dónde está Nelly? ¡Así lo haré!
Walter. — Con Daesy. Muy pálida está. Me impresiona. *(Los dos se quedan callados. Habla Walter.)*
Walter. — ¡A mi me dijo que debía quererte mucho, Freddy! *(Le da la mano.)*
Freddy. — ¡Y a mí que los hermanos deben amarse siempre. Son nuestras culpas y rencillas que la enferman. Y esto debe concluirse!
Walter. — ¡Tienes razón! ¡Debe concluirse!...
(Los dos hermanos se miran un rato y se abrazan afectuosamente. Entran Nelly y Daesy. Esta en traje de viaje y trae un ramo de azahares en la mano.)

Escena VIII

Nelly, Daesy, Freddy y Walter

Walter. — ¡Nelly, Freddy te va a dar una cosas mías!

Nelly. — ¡Muy bien! Ya estamos prontos. Yo los acompaño un rato.

(Daesy se acerca a Freddy, le da el ramo de azahares y le dice:)

Daesy. — Cuando te lo quise dar esta mañana ya te habías ido. Tómalo y ojalá Dios proteja tu alma generosa! ¡Adiós, Freddy!

Freddy. — ¡Adiós, Daesy! ¡Amalo mucho y ruega por los que se quedan!...

(Se despiden. Freddy se queda con el ramo de azahares en la mano, lo mira un rato y después dice:)

Escena IX

Freddy

Freddy. — ¡Azahares, azahares! ¡La flor feliz! No quiere ser ajada sino en fiestas de novios! ¡Se marchita con el último día virginal! ¡Si no fuera cruel y terrible yo diría que el traje de seda, el largo tul y estos cándidos pétalos son el sudario que cubre la inocencia que va a morir!... ¡Yo me acuerdo ahora que los sanguinarios de antaño vestían de blanco a las víctimas y las cubrían de flores... y a las impuras también para que se vieran mejor las manchas... para que ardiera todo en la hoguera, el vicio y la orgía babilónica, que todas, hasta las más virtuosas,

han deseado alguna vez... todo... hasta la pasión funesta, que arda también la pasión funesta, que puede enlodar el emblema, cuando no hace estéril e inhospitalario al corazón gentilhombre! ¿Amar?... ¿Para qué? *(Mueve la cabeza.)* ¡Para qué en ese santuario tan lleno de celestiales imaginaciones, con tanta nobleza, donde el alma no vive sino en las delicadas cortesías, de rodillas ante el divino altar... para que en ese santuario, repito, se enrosque la culebra verde y pérfida y lo moje con el asco de sus babas, con el limo recogido en los lodazales y transforme el blanco lino, que al altar cubre, en inmunda piltrafa, en un fango de animal corrompido! ¿Amar para eso? ¡No! ¡Pobres mis veinticinco años! ¡Cuídense los adolescentes! ¡Sean honestos! ¡Amen y sean honestos: pero cuiden la virtud inmaculada de las viejas casas insospechables, porque puede suceder que las que entren allí no traigan de diosas sino el cuerpo y guarden en la entraña el alma de los muladares! Mejor es vivir como los anacoretas, vivir bárbaros y solitarios; pero estar seguros que no se contaminen las castas memorias y cubrir con el odio eterno a las que pensaron mancillar honras, mintiendo purezas que ya se habían perdido... aunque vuelvan después, como ella, a vestir crespones y a rondar... a rondar por los sitios en que vivieron inocentes y abandonaron culpables! ¡Y no perdonar nunca la ofensa y vivir dignamente, y dignamente morir, sin tener necesidad de acordarse siquiera que alguna vez rendimos homenaje a una indecorosa y nos arrodillamos ante un muladar que creimos jardín de flores!... ¡Basta, Freddy! ¡Basta! ¡Los precipicios ya se cubren de nieve! ¡Pronto gritarás, viejo Andrés: Patrón Freddy, peligro en el abismo! ¡Aquí está mi cuerpo! ¡Lo voy a azotar por los riscos y los peñascales, para arrancar de la muerte a los que van a

perecer, o quedar alguna vez debajo de la montaña para siempre, para no ver las maldades y no sentir nunca más, nunca más, las siniestras repugnancias de las felonías! ¡Amen, adolescentes! ¡Amen y sean honestos! ¡Pero cuiden la virtud inmaculada de las viejas casas insospechables! .

(Se oye una voz de adentro, bastante fuerte:)

VOZ DE ADENTRO. — ¡Patrón Freddy!

(Este se da vuelta y ve entrar a una mujer vestida de luto, pálida y demacrada, con la cabellera suelta. Freddy hace un gesto de desagrado y le da la espalda.)

ESCENA X

MÁGDALA Y FREDDY

MÁGDALA. — ¡Tu casa está sola y yo te he buscado tanto para hablarte sin poder conseguirlo! ¡Yo te he seguido en tus fugas! ¡Ahora estoy aquí!

FREDDY *(sin darse vuelta)*. — ¡Esa puerta siempre está abierta, y fueras tú la encarnación de la ignominia, no serías de mi casa arrojada! ¡Es demasiado hospitalaria!

MÁGDALA. — ¡He arrastrado mi cuerpo por estos sitios donde fuí inocente y he querido con mis lágrimas limpiar sus manchas!

FREDDY. — ¡Muchas toneladas de agua te hacen falta para eso! ¡Para limpiarlas fuera necesario que los torrentes de la comarca te arrancaran la piel a trozos y a trozos te despedazaran el alma. Es allí donde se incrusta el lodo!

MÁGDALA. — ¡Freddy, he venido a pedirte perdón!...

FREDDY *(recio y dando la espalda)*. — ¿A mí? ¡Está

demás! ¡Tú no eres mi mujer! ¡A Dios has ofendido. Busca un sacerdote!

MÁGDALA. — Así lo haré: pero te aviso que a través de la vida he conservado sano el corazón!

(En este momento entra Nelly; los ve y se detiene. Ellos no la ven a ella.)

FREDDY. — ¡Tienes suerte; porque esa es la víscera que la corrupción primero se come! ¡A Dios debes decirle eso para que te absuelva!

MÁGDALA *(con gran tristeza y sacando un bulto envuelto en papel de seda).* — ¡Estos recuerdos están así envueltos desde que fuí tu novia! ¡No he querido mancharlos tocándolos con mis manos! ¡Están tan puros como el día que de ti los he recibido! ¡Te los traigo!

FREDDY. — ¡Puedes llevarlos, porque fueron recuerdos; ahora son cosas muertas!

(En este momento Nelly avanza un paso con gestos de disgusto.)

MÁGDALA. — ¡Observo que mi deshonra te ha hecho implacable! ¡Tal vez tú has creído que yo quería renovarme en tu alma para ser lo que fuí; te equivocas! ¡Yo sé bien que eso es lo irremediable y no es con lágrimas que se lava la infamia! ¡Adiós, Freddy! ¡Yo traía muchos besos para tu mano piadosa! *(Se acerca a Freddy y éste retira la mano fríamente.)* ¡Haces bien en rehusarlos; pero antes de irme te diré que hay una cosa que todo lo purifica y lo iguala y hace perdonar todas las culpas: es morir! ¡Adiós, Freddy! ¡Hasta la eternidad!

(Nelly junta las manos al cielo, dando otro paso adelante.)

FREDDY *(muy recio, dando la espalda).* — ¡Hay una esperanza en eso, siquiera: la resurrección al fin de los siglos! ¡Peor es vivir con el corazón seco y mudo como los troncos de los árboles muertos y tener las pupilas abiertas obligadas a ver a la carcoma que

engorda, tragando apurada a esta cosa tonta y árida que me late en el pecho; peor es sentir en todas las horas de la vida haber amado y rendido homenaje a un espectro de osario!...
(En este momento Nelly da un grito, se precipita sobre la mujer, la abraza y exclama:)

Escena XI

Nelly, Freddy y Mágdala

Nelly. — ¡Ven conmigo! ¡Ven conmigo! ¿No ves, tú, que es un bandolero ese hombre? ¿No le ves en la frente la frialdad de los locos criminales? ¿No ves que odia, ese hombre? ¡Yo te abrazo y te acaricio, mártir dolorosa, pobre y querida alma llena de angustia! ¡Ven conmigo a mi aposento! ¡Todo lo que hay allí es tuyo, yo me voy a arrodillar para verte en tu sueño de arrepentida! ¡Vamos lejos de aquí, vamos! *(Ella se lleva a la mujer mientras Freddy queda consternado en la escena, presa de una gran agitación.)*

Escena XII

Freddy y Nelly

Freddy. — ¡Tú me has oído, Nelly! ¡Tú estás sollozando!
Nelly. — No. No estoy sollozando. Vine para acercarme al fuego a conversar con las llamas azules... ¡Tú no

mereces que te oiga... y a preguntarles adonde van, hacia arriba, y dónde se pierden cuando se han apagado! Y ellas me iban a contestar que se van lejos de la tierra, donde los hombres no aman y no perdonan, donde no usan misericordia! ¡Yo le dije a Daesy: Lo voy a acompañar a Freddy cuando ustedes no estén! ¡Pero no lo haré, no lo haré porque tú has manchado la tradición! ¡El odio te ha hecho insensato! ¡Tú no mereces que yo te oiga, porque has lastimado a una moribunda! ¡Vete, Freddy, porque ahora yo sé lo que voy a hacer!

FREDDY. — ¡Oh, Nelly! ¡Nelly! No me condenes sin oirme!

NELLY. — ¡No! Vete; soy la sensitiva de esta casa. Yo perfumé tu vida y la de Walter, y ustedes, desgraciados, me aplastan a cada rato con manopla brutal! ¿Saben, acaso, algo de delicadezas? ¿Conocen, ustedes, lo que sucede cuando maltratan a las almas corteses? ¡Vete, Freddy, yo también me voy!...

FREDDY. — ¡No me condenes! ¡No me condenes sin oirme!

NELLY *(siempre exaltada)*. — ¡Me voy a arrugar allí, en ese sillón, como la sensitiva *(indica el sillón)*, hasta secarme, hasta morirme! ¡Bárbaros! ¡Bárbaros! *(Freddy se estremece. Nelly, muy agitada:)* ¡Tú crees que me falta mucho! ¡Toma mis manos: tienen fiebre! *(Se las da.)* ¡Pon tu oído aquí, sobre mi corazón, no tengas miedo! *(Le toma la cabeza y la coloca sobre su pecho.)* ¡Oyes qué carrera! ¡Oyes qué vértigo!... ¡No quiere verlos más! ¡No quiere verlos más! ¡Se quiere ir puro como nació y candoroso como ha vivido!

FREDDY. — ¡Nelly, yo te pido perdón! ¡Tú estás enferma! ¡Por el Dios de nuestros padres, no delires más!...

NELLY. — ¡Tú has lastimado a una moribunda arrepen-

tida! ¡Tú has ofendido al Señor! ¡Tú has ofendido a nuestros padres! ¡Tú has ajado la nobleza de los dioses tutelares! *(Avanzando impetuosa hacia Freddy:)* ¡Arrodíllate! ¡Arrodíllate! ¡A ellos, a ellos pídeles perdón! ¡Era más sublime tu silencio! ¡Te has olvidado de todo, tú! ¡Ya no conoces la historia de tu casa y tu lengua fué malvada aquí, donde no se hablaba, antes, sino de hazañas, de empresas augustas y de glorias! ¡Tu palabra es odio! ¡Tus gestos son odio! ¡Era más sublime tu silencio! ¡Tú no eres mi hermano! ¡No! ¡No! ¡Tú no eres mi hermano!

FREDDY *(con la cabeza baja y voz grave y melancólica).* —¡Nelly, yo amo a Mágdala infinitamente, y Dios perdonó siempre a los que mucho amaron! ¡Nelly, el amor es dolor!

(Ella se acerca a él y le toma de las manos con dolorosa sorpresa.)

NELLY.—¿Tú, Dios mío? ¿Tú la amas todavía? ¡Pronto, Freddy! Sinceramente, dime: ¿no es odio? ¿Tú la amas a pesar de todo? ¡Ves, yo me sonrío! ¡Te pido perdón! ¿No es odio? ¿Tú la amas, a pesar de todo?

FREDDY *(interrumpiendo).*—¡Sí, Nelly! ¡Es una idolatría infinita hacia aquella mujer y una mortal crucifixión de mi espíritu! ¡Y si ahora tú te vas, ya no me quedará sino un desierto y una vida perdida y desconsolada! ¡Desde niños era, Nelly!... ¡Jugábamos!... ¡Yo le traía las flores de la montaña!... ¡Me sentaba al lado de ella en el columpio, en aquella casa maldita! *(Señala la ventana.)* ¡Yo la hamacaba, rodeando su cintura con mi brazo y eran sus risas como los gorjeos, como el murmullo de las hojas en la canción de primavera!... ¡Había tanta gentileza en su persona y tanta alegría!... ¡Y una vez, ya más grandes, corriendo por la montaña, la tormenta se arrojó por los desfiladeros y se deshizo

en centellas! ¡Un turbión de nieve volaba por los aires y yo, con este brazo, la tomé así, ¿ves? *(la toma de la cintura),* la estreché contra mi corazón, la levanté en alto en la fuga hacia las casas, dando gritos de triunfo y mostrándola como un glorioso trofeo! Me dijo ese día: ¡Sí, Freddy, sí! ¡Tuve todo el cielo en el espíritu! ¡Nelly, esa mujer mentía! ¡Era una impura! ¡Qué dolor salvaje tuve! ¡Me habría hecho pedazos!

NELLY. — Pero, ¿qué hubo? ¡Qué terrible tragedia! ¿Por qué, Dios mío, nacen esas sombrías criaturas?

FREDDY. — ¡Ah, Nelly, Andrés me tomó de la mano, una noche, y yo la vi en la selva, perderse malvada y convulsa!

NELLY. — ¡Dios perdone ese crimen!

FREDDY. — ¡Mis ojos se secaron; mi corazón se enfrió! ¡El mundo fué una cosa tonta y glacial! ¡Yo no hablé más!... ¡De casa a los matorrales, siempre callado como los que no perdonan! ¡Llegué a convencerme que ella había muerto! ¡Después supe que se había perdido en los bacanales! ¡Ahora está aquí y yo me he vuelto cruel, me he vuelto infame! ¿Por qué esta ofensa a mi alma? ¿Por qué mintió? ¿Por qué tengo, Nelly, tanto encono yo? ¡Mírame! ¡Mírame! ¡Tengo en el pecho un abismo traidor! ¿Por qué fuí tan infame con una arrepentida? Dime, Nelly, ¿es que el amor ultrajado se hace rencor, acaso? ¿Por qué no perdono? ¿Por qué tengo en mi pecho este horror de cementerio?

NELLY.—Porque tú no has comprendido que las mujeres, que llegan tan abajo, han sido azotadas por muchas torturas y han recibido muchas bofetadas en el rostro, y no has perdonado porque ignoras que esos seres desconsolados delinquen muchas veces sin saber lo que hacen y es preciso hacerlo, Freddy, para que Dios los ame en la eternidad a ellas, que no bebieron

sobre la tierra sino ignominia, a las pobres arrepentidas que vuelven a los lugares donde han sido virtuosas, como se vuelve a las piadosas Eucaristías a pedir paz, como si esperaran encontrar la inocencia de otros tiempos allí donde han sido inocentes!... *(Voz de Andrés, de adentro.)*

VOZ DE ANDRÉS.—¡Patrón Freddy, peligro en el abismo!

FREDDY *(apurado).* — ¡Nelly, alguno muere! ¡Adiós! *(Corre por la puerta del centro. Se oyen grandes voces entre telones.)*

ESCENA XIII

NELLY

NELLY. — ¡Cómo corre, Dios mío! ¡Ha desaparecido en el precipicio! ¡Qué angustia horrible! ¡Sálvalo, Señor! *(Queda un rato ansiosa observando y exclama:)* ¡Asoma; trae un cuerpo sobre su hombro! ¡Es Ella! ¡Una mujer de luto! ¡La ha acostado sobre una peña! ¡La besa! ¡Pobre Freddy! ¡Y El, qué hará ahora, que la ama con tanta pasión!
(Entra Freddy acompañado de Andrés y colocan sobre un sofá el cuerpo de Mágdala.)

ESCENA ÚLTIMA

FREDDY, NELLY Y MÁGDALA

FREDDY. — ¡Suavemente, Andrés! ¡Tiene frías las manos; tiene el cuerpo frío! ¡Nelly, abrigos para ella, abrigos! *(Nelly trae y la cubre. Freddy se arrodilla al lado de la muerta. Andrés se retira.)* ¡No se queja, Nelly! ¡Parece que no respira! ¡Acércate, acércate!

¿No ves? ¡Tiene los ojos abiertos y las pupilas dilatadas! *(Muy agitado.)* ¿No me contestas? ¿Estará muerta? ¿Así miran los muertos desde la eternidad, Nelly? ¡Te pregunto! ¡Contéstame! ¿Los muertos dilatan las pupilas para mirar desde la eternidad? ¡Contéstame!

NELLY. — ¡Tú no tienes la culpa! ¡No! ¡No!

FREDDY *(como demente)*. — ¡Eso no es contestar! *(Dirigiéndose al cadáver.)* ¡Háblame! ¡Háblame! *(La besa.)* ¡Qué fríos están tus labios! ¡No es odio! ¡Te juro, no es odio! ¡Te amo, yo, te amo! ¿Te acuerdas? ¡Sonríe un poco, sonríe, como en las divinas mañanas de tu balcón de primavera! ¡Habla, Mágdala!

NELLY. — ¡Tú no tienes la culpa!

FREDDY. — ¡Yo la maté!

NELLY. — ¡No! ¡Ella quiso morir! ¡Ella te dijo! ¡Hasta la eternidad! ¡Pobre Freddy, alma generosa!

FREDDY. — ¡No soy generoso! ¡Soy un asesino! ¡Tengo un lobo en el corazón! ¡Le voy a triturar las mandíbulas!

NELLY *(en la mayor consternación)*. — ¡No, Freddy, no!

FREDDY. — ¿Yo no soy un cementerio maldito, una gusanera?

NELLY. — ¡Te está oyendo! ¡Te está mirando! ¡No la aflijas así! ¡Te habla! ¡Te habla!

FREDDY. — ¡Perdón, Mágdala! ¡Vive más! ¡Vive más!

MÁGDALA. — ¡Vive tú para mi memoria!

FREDDY. — ¡No quiero la vida! ¡Es una congoja que no acaba nunca! ¡Estará siempre delante de mis ojos como un lento suicidio!

NELLY. — ¡Freddy, no pierdas la Fe, Dios mío!

MÁGDALA. — ¡Acércate, Freddy! ¡Hablas de pena! ¡Tus palabras son lágrimas!... Tú no tienes la culpa de nada... porque todas las almas siguen su destino! ¡Reza por mí tus oraciones, cuando esté muerta!... ¡Acércate más, más! *(Freddy se acerca a los labios*

de Mágdalá y se estremece.) ¡Tú no me podías querer corrompida, y purificada por la muerte sí... por eso quise irme!

FREDDY. — ¡No quiero que mueras! ¡Tengo la soberbia tristeza de este amor doloroso! ¡Te amé siempre! ¡Quiero que lo sepan todos, y mucho más después de tu vértigo, toda mi vida, porque el amor no distingue, el amor ama; es la sangre del alma!

MÁGDALA. — ¡Yo te quiero tanto y soy tan culpable! ¡Tuve miedo que no me perdonaras!

NELLY. — ¡No, Mágdala! ¡Estás redimida! ¡Eres santa como los niños!

FREDDY. — ¡Vive un poco más! ¡Vive! ¡Vive! ¡Dios de mi corazón, dale tu cielo!

MÁGDALA *(muy lentamente)*. — ¡Cuida mi memoria, Freddy! ¡No quiero quedarme sin flores! ¡Quiero sentir cerca de mí el calor de tus ojos heroicos y adorados! ¡No me dejes sola en ese sepulcro tan frío y tan lleno de miedo! ¿Recuerdas? Tú me decías: ¡Voy a llenar de rosas tu camino y a pedirle a las fuentes su canción de cristal para tu sueño y a decirle al ruiseñor que cante para ti su endecha, ave errante y melancólica como mi alma... enamorada del más allá misterioso que no se alcanza nunca, sino muriendo! ¡Gracias, Dios mío! ¡La muerte me dió tu perdón; me dió los azahares que me negó la vida!... ¡No me dejes sin flores... arrodíllate cerca de mí... quiero la luz de tus ojos! ¡No me dejes sola en ese sepulcro tan frío y tan lleno de miedo! *(Muere.)*

FREDDY *(sollozando)*. — ¡Mágdala, vive un poco más! *(La besa.)* ¡Mágdala! ¡Mágdala!

NELLY. — ¡Gran Dios de la bondad! ¡Cuida su alma solitaria!

FIN

ABUELO FRÉNESEN

Drama en tres actos

PERSONAJES

FRÉNESEN, padre de

OLOF y de

HARALD

HEDDA, mujer de Harald

SELMA, hija de Harald y de Hedda

AXEL, hijo de Olof

ABUELO FRÉNESEN

ACTO I

Un gran patio con plantas. Dos puertas, una que da al exterior y otra por donde se divisa una gran fábrica en movimiento.

ESCENA I

OLOF Y HARALD

OLOF. —¡No quiero artistas ni guerreros aquí! ¡El arte y la guerra han hecho venir a menos a nuestro apellido! ¡Ahí lo tienes tú al viejo! Durante cincuenta años no ha hecho otra cosa que pelear y escribir poemas. Y cada sonido de lira aglomeraba la polilla sobre nuestras sedas. Del blasón ya no quedan sino arambeles. No quiero inviernos sin fuegos, ni días con hambres. Y que mi hijo sea como el abuelo, a pesar de mis consejos... eso no lo tolero... Y que él destruya más tarde, con sus quimeras, esta obra robusta que yo he forjado en las fraguas y las tierras de nuestros mayores, readquiridas por el trabajo de mis músculos y las energías de mi corazón, vuelvan a ser profanadas por usureros malvados y perdidas otra vez... eso es lo que no quiero...

HARALD. —¡Ten cuidado! ¡Ese Axel tiene alma muy brava! No la estrujes demasiado. Cuando tú lo retas sacude la cabeza como un león y huye a la selva. La

bondad y la misericordia triunfan mejor. ¡Es hijo tuyo! ¿Qué habrías hecho, tú, si no hubieran sido buenos contigo?

Olof. — ¿Buenos? ¿Y quién lo fué ¡Tú no sabes nada! Has vivido en el mar toda tu vida. Desde niño no vienes acá. No conoces las pobrezas que hemos pasado. Me arrastré en el trabajo como los miserables. La familia quedó semidesnuda y nuestra madre murió de hambre y de dolor, el mismo día que en la ciudad coronaban de laureles al gran poeta Frénesen, que estuvo loco mucho tiempo! ¡Entonces la miseria arreció! Hacía frío y no había ropas. Trabajé como un esclavo, sufriendo las iras de los patrones... y con los músculos fatigados dormí, por muchos años, bajo el techo de los tugurios, sin amor! ¡Eso no se concluía y toda la adolescencia la pasé en esas salvajes asperezas, obligado a escuchar en la noche los aullidos del viejo en sus delirios de guerra! ¿Quién fué bueno conmigo? ¡Esto no es una queja! ¿Crees, acaso, que mi alma de acero fué quebrada? ¡Arrendé esta campaña! De sol a sol, bajo las lluvias, entre la nieve, todos los días sin alegría, sin fiestas, yo trabajé la obra lenta y fuerte. Cultivé las praderas. Haché la selva furiosamente, porque no daba sino sombra, humedad sucia y ponzoñas... Hice carbón y lo vendí. Las mieses florecieron. Las vendí. Agarré los renos, le quebré la nuca, les hundí el cuchillo en la carótida para vender todo... huesos... carnes... pezuñas. Se apoderó de mí como una brama de dinero. ¡Odiaba a los usureros que lo habían robado a Frénesen! ¡Quería pagarles para que fueran míos los dominios de mis antepasados... y cuando *(con violencia)* vieron que yo se los arrebataba palmo a palmo, triunfando con mi sacrificio y mis avaricias sobre las avaricias de ellos, los usureros se retiraron para no volver, llevándose *(con gran fuerza)* para

siempre sus osamentas de truhanes!... ¡Por eso costó mucho, Harald!

HARALD. — ¡Todos hemos sufrido en la vida un gran dolor!

OLOF *(con el ceño contraído).* — ¡Costó mucho, te repito! ¡Mi mujer murió!

HARALD. — ¡Qué pena!

OLOF. — ¡No! ¡No! ¡Qué crimen!

HARALD. — ¿Qué dices?

OLOF. — ¡Yo he sido un bandido! ¡He muerto a mi mujer!

HARALD. — ¡Eso no es posible!

OLOF. — ¡Yo la arrastré conmigo en mi vida de miserias! ¡Se comía mal! Nos vestíamos con andrajos sucios. Se dormía en cuchitriles que no tenían sol! ¡Cuando nació Axel, no había caldo para darle! Ella no tenía leche para alimentar a su hijo. Entonces se enflaqueció y poco a poco dobló la cabeza sobre el pecho... siempre sonriendo... sin una queja!... ¡He sido un bandido! ¿Por qué me casé con ella? ¡Yo hice pedazos a ese corazón con mis violencias... con mis rencores... y cuando murió la cargué, como si fuera un niño, y la enterré en el campo solitario, bajo los pinos... ¡No tuve tristezas! *(Con gran ímpetu.)* ¡Se apoderó de mí una brutal inquina contra Frénesen!...

HARALD. — ¡Desgraciado! ¡Odiabas a tu padre!

OLOF. — Y él, ¿por qué dilapidó nuestras riquezas?

HARALD. — ¡Le pertenecían!

OLOF. — ¡No! ¡Eran el esfuerzo de muchos siglos de rudos trabajos! Era una herencia. Debió entregarla a los nietos...

HARALD. — ¡Sentirás, acaso, tú, haber trabajado para recuperarlas!

OLOF *(con fuerza).* — ¡No! ¡Eso es mi triunfo; pero mi mujer me falta! La pobreza la aniquiló. ¡Eso no

perdono! ¡Nuestra madre ha muerto! ¡Eso no perdono! ¡Y lo peor es que Axel heredó el alma del abuelo! Es un guerrero. Hace versos, como él. No quiere trabajar. Toda mi obra va a ser destruída. El estrépito de las fraguas va a callar aquí, después de haber creado tanta virtud! ¡Los madrigales, vale decir la imbecilidad, el zumbar de los batallones en marcha y los alaridos de la guerra, vale decir, el delito... el arte que enerva y las batallas que matan, van a reemplazar a este gigantesco himno de las fraguas, en que resuenan las llamaradas fecundas del carbón, el chirriar de las poleas y el estampido de las mazas de hierro, forjando los metales incandescentes... sobre el yunque... en medio de las chispas, entre el resoplar de los fuelles enormes... donde los hombres de cara negra y sucia y de brazos como robles son los varoniles temerarios porque doblan el acero... lo quiebran, lo vencen, porque son más fuertes que la naturaleza... Y aquello va a colocarse donde yo he edificado todo esto, y manos mercenarias van a empañar de nuevo los vastos talleres por culpa de Axel, de mi hijo!... ¡No! ¡No! *(Con rabia.)* ¡Cómo he odiado al abuelo porque empobreció la casa, a éste también lo voy a odiar, porque la va a empobrecer!!!

HARALD. — ¡Cuidado! ¡Axel es un león y no lo dominarás a latigazos!

OLOF *(con rabia)*. — ¿Luego prefieres que, en el futuro, el desierto se apodere de estos lugares y la soledad eleve sobre los campos sus tiendas silenciosas? ¿Prefieres a la brega enérgica la indolencia taciturna, la vida contemplativa y estéril o los criminales exterminios?

HARALD. — ¡No digo eso; pero sí sé que el alma de los generosos se reduce con la bondad y con las cortesías!

OLOF. — ¡Va a resultar esto, Harald: Los que vengan después perderán de nuevo estas tierras! ¡Serán pobres! Nuestro apellido se borrará de la memoria humana. Los nietos de los nietos concluirán la vida en las buhardillas de las ciudades... en la cárcel los hombres y las mujeres siendo carnes de dolor y de infamias! ¡Ese es el corolario del lujo derrochador y de la inconciencia indolente! ¡Y yo seré un cobarde si Axel sigue en sus tendencias, Harald! ¡Tú no amas las glorias de tu casa! ¡Tú estás ciego!

HARALD. — ¡Vamos, Olof! ¡La ira te enloquece!

OLOF. — ¡Estás ciego! ¡No ves, a lo lejos, el anónimo siniestro! ¡No ves que el alma obscena de las bajas cosas... el alma obscena de los descensos plebeyos... los tufos de las sentinas y el asco de la crápula amenazan a los que no trabajan y a los que no ahorran! ¡La vida es sacrificio para conservar el presente y preparar el esplendor del porvenir! ¡Axel irá a la fragua! *(Con gran energía.)* ¡Yo he de torcer su voluntad como tuerzo el hierro!

HARALD. — ¡Ten cuidado, te repito! ¡Axel es un león y no lo domarás a latigazos!

OLOF *(con fuerza)*. — ¿Luego tú me aconsejas ceder? ¿Crees, acaso, que yo soy un vil? ¿Qué hombre eres tú? ¿De dónde sacas esas dulzuras? ¿Qué te ha enseñado el mar a ti? ¿No has sido el dominador de tu barco? ¿Has cedido a las rebeliones y los marineros te han hecho besar la cubierta? ¿Has tenido miedo de las tormentas? ¿Dónde está tu voluntad de bronce? ¿Dónde está ese terrible capitán, Harald? ¿Qué te ha enseñado el mar a ti?

HARALD. — ¡Olof, la ira te enceguece! ¡Yo te perdono! ¡¡El mar me ha enseñado a ser bueno!!

OLOF. — ¡No era esa tu fama! ¡Te tildaban de cruel! ¡La tripulación tenía miedo! Decían esto: ¡Hay en el alma de Harald el ímpetu despótico de las olas!

Harald *(sacude los hombros).*—¡El mar me ha enseñado a ser bueno... y también que cuando uno ofende a los hijos, éstos se vengan! *(Esto lo dice acentuando las palabras.)*

Olof.—¿También eso? ¿Un sacrilegio? ¡Un sacrilegio!

Harald.—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Se vengan muriendo!

Olof.—¡Extrañas cosas dices tú! ¿Estás narrando alguna historia?

Harald.—¡Tal vez! En esa infinita soledad de las aguas, bajo el cielo que te cobija con su ojo volcado y silencioso, mientras el barco a toda vela huye crujiendo, nosotros, sentados en el castillo de popa, pensamos en lo que hay más allá de aquel horizonte que nos cierra el paso... *(con gran tristeza)* en la vieja casa... en los ancianos que han entrado en los sepulcros sin vernos! ¡Entonces todas las bravuras se hacen pedazos en la honda pena de esas ausencias... Se sufre mucho, y cuando nuestros hijos se matan porque hemos sido brutales!...

Olof.—¿Se matan? ¿Qué estás diciendo?

Harald.—...¡porque hemos sido brutales, te repito, y las madres se enloquecen sobre sus cadáveres... entonces adiós hombrías!, ¡adiós asperezas! ¡No nos quedan sino sollozos que saltan del corazón a la garganta... y un anhelo profundo de que todos amen... todos esperen y nadie padezca! ¡Tú me has creído cobarde!... ¡Yo te perdono!

Olof.—¡Harald! ¡Tú has cambiado mucho! ¡No te entiendo!

Harald.—¡Es porque no sabes que más de una vez he saltado con el pecho desnudo en medio de las sublevaciones y hacha en mano morder hice a esos galeotes las astillas de la cubierta ensangrentada! ¿La borrasca? ¡He tenido para dominarla el frío de mi alma impasible! ¡Me ataban al timón, entiendes? ¡Yo estaba allí los días enteros, rígido como una ba-

rra de bronce, intrépido como los vickings, y yo pasé siempre entre la tormenta con mi barco, triunfante como el espíritu de Dios sobre las aguas! *(Exaltándose.)* ¡Eso es duro! ¡La vida no cuenta! ¡Es más fácil manejar siervos, Olof! ¡La vida no cuenta! ¡El huracán es su dueño! ¡Corre, salta, se hace pedazos por el aire proceloso como un bisonte salvaje mugiendo! Silban las jarcias. Las vergas y los palos desnudos se balancean en el éter gris como gigantescos esqueletos en amenazadora protesta contra la desolación plomiza y solitaria!... ¡El mar se hunde; busca las pavuras del infierno; luego se yergue en las alturas, bramando de exterminio... y el barco en el abismo... y el barco arriba como un espectro en la cresta de una cordillera bamboleante... mientras las olas galopan, galopan, barren la cubierta... bramando... clamoreando... y la trinquetilla adelante... sola... hincha su buen corazón de paloma blanca... rajada al fin por la racha salvaje!... ¡La vida no cuenta! ¡Es mucho más fácil manejar siervos! ¡El capitán Harald no se movía del timón! ¡No bajó nunca la cerviz! ¡Es un dominador de hombres! ¡Más que tú! ¡Fué más fuerte que los ciclones, pero cuando los hijos se mueren y las mujeres se enloquecen, te repito, a los marinos se nos llena el alma melancólica de tristes dulzuras!... ¡Amamos y perdonamos! ¡Eso nos enseña el mar!... ¿Quieres mi historia? ¡Ahí la tienes! *(Señala a Hedda, que llega.)* *(Entra la loca Hedda con un cestillo lleno de fresas.)*

Escena II

Hedda, Olof y Harald

Hedda. — ¿Ya volvió nuestro hijo, Harald?

Harald. — ¡No; pero vendrá!...

Hedda. — ¿El Señor lo resucitó al tercer día, no es cierto?

Harald. — ¡Sí, es cierto!...

Hedda. — ¡Mientras tanto yo le traía estas fresas!... Las recogí en la selva. ¡Son para su novia! ¡Y si tú, Olof, le das a mi hijo una bofetada, el Señor te castigará!... ¿Tú no sabes que también los chicos se mueren y se ponen fríos... muy fríos, que da miedo?... ¡Y cuando uno despierta por la mañana y ya no los oye conversar como los pájaros... porque los chicos conversan por la mañana, como los pájaros, entonces los padres miran las camitas vacías y los llaman a gritos... con todas las desesperaciones... pero no están! ¡Se los llevaron en la caja estrecha cubierta de flores... para siempre! ¿Y después, sabes tú lo que hacen los padres? ¡Se arrodillan al lado de las ropitas y de los juguetes... y los empapan con lágrimas!... ¿Ves? ¡Esta es la lanchita roja! *(La saca del pañuelo.)* La hacía navegar en el mar, cerca de la orilla y se sentaba en la playa a mirarla... y cantaba las barcarolas marineras!... ¿Te acuerdas?

Harald. — ¡Sí; pero ahora es tarde y tú has abandonado a Selma! ¡Vamos, Olof, ayúdame a llevarla!...

Hedda *(a Olof)*. — ¡No! ¡Tú no, porque no amas!

Harald *(a Hedda)*. — ¡La noche llega! ¡Selma se ha quedado sola! ¿Me quieres, tú?

HEDDA. — ¡Sí, mucho!

HARALD. — ¡Luego acompáñame!

HEDDA. — ¡Pero más lo quiero a mi hijo! Y cuando vuelva del viaje, porque el Señor lo ha prometido, yo me voy a arrodillar al lado de su cama dorada y le diré: ¡Yo no voy a dejar que te vayas más! *(Saca un retrato; le habla.)* ¿Por qué quieres que yo viva como una planta solitaria, sin que el sol la bese? ¡Bésame, pues! *(Besa el retrato.)* ¡Eres un ingrato! ¿Te has olvidado que las madres pasan la noche al lado de las cunas y estrechan a los niños contra el corazón, cuando hace frío?... ¿Te has olvidado que tiemblan cuando están enfermos?

HARALD. — ¡Qué pena, Dios mío! ¿Por qué no hemos desaparecido todos ya?

HEDDA. — ¡Los hijos no tienen compasión de las madres melancólicas... de las pobres santas que vagan por la casa sola, cuando se los llevan para siempre. ¿Te acuerdas? *(Mira el retrato.)* ¡Yo quería para ti un lecho de musgos, en las manos entrelazadas una corona de algas, mientras sobre tus pies descansan los caracoles marinos que tú acercabas al oído para oir las melodías de las aguas! ¡Tu cuerpo exhalaba aromas frescos y salinos!... ¡Había olor a mar en la mortaja blanca, el olor de las rocas tapizadas de yerbas y de mejillones! ¡Tú no querías al mar, hijo mío! ¡Tenías miedo que te llevaran lejos, con las naves balleneras, hacia el sol de media noche, de donde ya no se vuelve!... ¡Te gustaba el fiord tranquilo que cruza los valles y la selva de pinos. ¡Pero Harald era malo!... ¡Te ataron a los pies una barra de hierro!...

HARALD. — ¡Mírame en los ojos! ¡No ves cómo sufro? ¡Yo te amo tanto y estoy tan triste que si tú no vienes, también a mí me vas a colocar sobre la frente una corona de algas! ¡Vamos!

HEDDA. — ¿Dicen que tenía una novia? ¿Sabes lo que son las novias? ¡Son la flor del muguet que adorna los jardines; son las corolas de los valles marinos! ¡El alma de ellos es blanca como los témpanos, como luz de luna sobre las aguas plácidas... y buena como el altar que teníamos a bordo, donde nos arrodillábamos los dos a rezar!

HARALD. — ¡Vamos a buscarlo a nuestro hijo! ¡Debe haber vuelto a nuestra casa!

HEDDA *(mirando lejos)*. — ¡Dicen que la novia se enloqueció y corría por la ribera vestida de seda, con los cabellos rubios sueltos, brillantes de luz de sol! ¡Se oían en la noche cantar los dolores del abandono y la muerte de los viajeros en las noches polares... sin fuego, sin auroras! ¡Después Dios se la llevó para acostarla entre las estrellas!

HARALD. — ¡Me desgarra esta mujer! ¡Ayúdame a llevarla, Olof!

HEDDA *(con fuerza, a Olof)*. — ¡No! ¡No! ¡Ese no ama! ¡Ese no ama! ¡Vete! ¡Vete!

OLOF. — ¡En tu vida hay una tragedia!...

HARALD. — ¡No me preguntes! ¡Ayúdame!

(Olof hace por ayudarlo.)

HEDDA. — ¡Olof le pega a nuestro hijo! ¡No! ¡No!

HARALD. — ¡Déjame solo! ¡Vete! *(Se va Olof.)* ¡No quieres ver a Selma! ¡Tú la abandonaste! ¡Nos espera!...

ESCENA III

HEDDA

HEDDA. — ¿Selma? ¡Es como las novias!... ¡Es alegre como las gaviotas que vuelan alrededor de los buques anclados!... ¡Es como el muguet delicioso... nues-

tra Selma! ¡Tiene el cabello de oro... tiene hebras de seda en el cabello de oro... frágiles como las algas secas!... ¡Mira con ojos verdes como la marina y su persona es cándida como el fiord en invierno! *(Le da la mano a Harald y se van retirando lentamente. Sigue la loca como cantando:)* ¡Vamos cantando... a ver a Selma... cantando las tragedias de la ola infinita y solitaria y la angustia humana en las naves, que la surcan, blancos fantasmas, donde los marineros aman... recuerdan... y mueren!...
(Salen de la escena.)
(Entra Axel. Ha visto salir a los dos hermanos.)

Escena IV

Axel (sombrío)

Axel. — ¡Se van! ¡Qué diferencia! ¡No parecen hermanos! ¡Harald es bueno como el sol, y el otro se retira solo y sombrío!... ¡Ese no ama! ¡Ya me lo dijo Frénesen: Los que no aman son áridos como la estepa! ¡La sangre de ellos es dura como el granito y si la arrojaran al surco, la tierra no sentiría fecundidad de savias, sino ponzoñas, babas y malas inercias! ¿Y yo, qué le he hecho a mi padre para merecer sus odios? ¿Por qué me entristece la vida? ¿Por qué entristece a mis bosques, a mis cielos y a mis héroes? ¿Y ese es mi padre? ¡No! ¡Tiene los brazos velludos y el alma hirsuta del oso salvaje! ¡Ha carbonizado en la fragua sus sentimientos! ¡Yo no sé qué sensación de crimen acompaña todos sus pasos! ¿Por qué no quiere la luz él? ¡Es lúgubre como un cementerio ese hombre! ¡No tiene sino músculos y no sueña sino con dinero! ¿Qué lo agita?

¿Qué teme en el porvenir? ¿Por qué me persigue con su ladrido de mastín hambriento? "¡A la fragua, haragán! ¡Ponte el delantal de cuero! ¡Arremángate la camisa! ¡Revienta!" ¡Yo tengo una voluntad que debe respetarse y he de escuchar, el día entero, el ultraje a los amores de mi inteligencia, el aseo de mi alma y de mi cuerpo, a las aguas lustrales donde mojo la pluma para escribir el arte, las glorias de los genios y las bizarrías victoriosas de nuestros héroes! ¡No! ¡No! ¡Eso no! ¡Mejor es la blusa sucia con manchas de grasa! ¡Mejor es tener sobre la piel incrustados sudores, viejas roñas, cenizas y lodos! ¡Yo no vilipendio a los que trabajan! ¿Por qué me humilla Olof? ¿Por qué no deja a mi mente nutrirse de lo que ama? ¿Por qué me violenta? *(Con desesperación.)* ¡Dios mío! ¿Qué haré yo de mi vida, obligado a soportar esta ignominia de todos los días? ¡Y delante de Selma y de Harald, el generoso! *(Se arrodilla.)* ¡Yo te pido, bondad infinita, que me ilumines! ¿Por qué me sacuden ya las olas negras de la desesperación? ¡El furor me hará olvidar que soy su hijo! ¡He sentido correrme por las manos un soplo de exterminio! *(Se va levantando poco a poco.)* ¡Eso me transforma en un abominable monstruo! ¡Y tú eras santa, oh naturaleza, para mi espíritu! ¡Tú, alma humana, eras santa! ¡Eso ha muerto! ¡Ahora veo las fuerzas malvadas que serpean dormidas en todas las cosas con alientos de crimen, con infamias de patíbulos, y despiertan de repente para enunciar los siniestros presagios y la hora de las desoladas tragedias! ¿Qué haré de mi vida yo, Dios mío!

(Entra Selma. Ha oído las últimas palabras.)

Escena V

Selma y Axel

Selma. — ¡Amar y perdonar!

Axel. — ¡Oh, Selma!

Selma. — ¡Esperar siempre!

Axel. — ¡Oh, Selma!

Selma. — ¡Tener 20 años y no pensar sino las cosas de los 20 años!

Axel. — ¡Dame siempre la celestial dulzura de tu alma, Selma!

Selma. — ¿Qué harás tú? ¡Ayudarme a recoger las flores de los jardines que perfuman la casa! ¿Qué harás tú? ¡Bendecir la mansedumbre del cielo azul y bueno y la alegría del sol!

Axel. — ¡Alabado sea tu nombre y bendita la caridad de tus palabras!

Selma. — ¡Y esperar, Axel, como los marinos, en la hora en que el huracán se enrosca alrededor de la nave... y gira y brama para triturarla... esperar, te digo, en la bonanza, que traiga la calma de las aguas!

Axel. — ¡Oh, amable compañera! ¡Cómo respeto yo tu vida angélica y el alegre sacrificio de tus días juveniles!

Selma. — ¿A mí madre te refieres? Yo la buscaba. ¿Dónde está ella?

Axel. — ¡Se retiró con Harald!

Selma. — ¡Entonces no temo! ¿Quieres que me quede un rato contigo?

Axel. — ¡Sí! ¡Mucho rato, porque el tiempo no pasa para los solitarios... porque el tiempo es muy largo cuando la mente lúgubre acaricia el delito!

SELMA. — ¿El delito? ¿Por qué? ¡Me parece tan raro eso aquí, donde la luz es clara, fértil la pradera, el bosque armonioso y el mar tan sano!

AXEL *(emocionándose)*. — ¿Y tú no has pensado alguna vez, Selma, en el barco negro que vaga sin timón y sin hombres... y vaga hasta que los témpanos lo encierran y lo aprisionan y queda, como un féretro, entre las blancas montañas heladas?

SELMA *(asombrada)*. — ¡No he pensado! ¡No! ¿Por qué me preguntas?

AXEL. — ¿Y no has pensado que las almas abandonadas sobre la tierra, azotadas por el desamor y por la injusticia andan, como el buque negro, de aquí para allá, sin encontrar jamás el puerto y yacen al fin vencidas y para siempre en la inmunda fosa de un osario cualquiera?

SELMA. — ¡Tú me afliges! ¿Por qué me preguntas? ¡Yo estoy alegre! ¡Amo las flores, los espejos de mi aposento, la seda amorosa de mis vestidos! ¡Qué vana soy! ¡Amo el cariño de mi pobre madre loca y me embeleso en el arrullo de tus dulces palabras! ¡No creo que el dolor sea eterno y que pueda haber almas tan solitarias!

AXEL *(con pasión)*. — ¡Y si hubiera sobre la tierra una así... ofendida... ultrajada, y si esa alma se arrodillara a besar el ruedo de tu vestido y te dijera: ¡Santa, ayúdame a vivir! ¡Tengo veinte años, soy capaz de todos los heroísmos! ¡Idolatro las quimeras y los sueños! ¡Soy un apasionado de la gloria honesta! ¡Creo en el genio humano... en las virtuosas fecundidades del genio humano!... ¿Qué dirías tú, Selma?

SELMA. — ¡Oh, Axel! ¿Qué tienes? ¿Por qué te turbas así? ¿De quién hablas tú?

AXEL *(con más pasión, como si no la hubiera oído)*. — ¡Y si esa alma se acercara a la casa paterna y la

rechazaran de allí, como a las infamias... si quisieran humillarla... enlodarla... si irritaran sus altiveces y entristecieran sus fibras caballerescas, usando el sarcasmo para sus idolatrías y el veneno para sus triunfos... y si ella fuera sangre de tu sangre y hubiera aprendido de tu corazón tan divinamente humano las honestas gentilezas... y *(con gran fuerza)* si tú la vieras retroceder con las pupilas secas y fúnebres... con las alas caídas... lúgubre, sonando como los tambores que redoblan y marchan a la funerala... y si a esa alma la arañase el delito... *(con gran fuerza)* y si hubiera en ella la trágica soledad de los naufragios... y si yo fuera... si yo fuera esa alma?...

SELMA *(con ímpetu)*. — ¡Si tú fueras, yo te diría: Ven conmigo! ¡Voy a calentar tu frente con los besos de mis labios! *(Lo besa.)*

AXEL. — ¿Y si es una tenebrosa frente, contraída por el odio?

SELMA. — ¡Te diría lo mismo: Ven conmigo! *(Lo abraza y le acaricia el cabello.)* ¡Yo te amaré por los que no te aman! Acércate a mi casa. Hay muchos árboles... Hay nidos. Susurran entre las hojas las fiestas de la vida! ¡Aquí todo ama... el cielo... el mar y las montañas, cada uno con el sublime lenguaje de sus armonías! ¿Vendrás a mi casa si te rechazan?

AXEL. — ¡Sí, vendré!

SELMA. — ¡Mi madre te cree su hijo! Siempre habla de ti como si fueras mi hermano. Harald es el corazón más piadoso que haya sido jamás creado!

AXEL. — ¡Pero Olof no es así!...

SELMA. — ¿Y por qué? ¡Dios mío!

AXEL. — ¡Es un tétrico! ¡Siempre en la fragua, abofeteando a los obreros... avaro y cruel! ¡Ayer me aferró esta muñeca! *(Se la muestra.)* Sus manos eran tenazas de acero... y yo sentí cruzar por mis ojos

como una luz de sangre..., Selma! ¡Yo lo hubiera muerto!

SELMA. — ¡Qué horror! ¡A tu padre!

AXEL. — ¡Quería arrastrarme a la fábrica como si yo fuera una cosa vil!... Eso no he aprendido yo... Eso no me ha enseñado el abuelo Frénesen en mi niñez... *(Asustado y teniéndola.)* ¡Tú no me dejes, Selma! ¡Yo tengo miedo de esta alma mía, que se vuelve tan torva, y de estas tinieblas que la obscurecen de repente!

SELMA. — ¡Ven a mi casa! ¡Yo te acompañaré como cuando éramos niños y escuchábamos el crujir de los retoños que revientan en la luz de primavera y oiremos las palabras de los árboles cuando se visten de hojas en paz y florecen y el tranquilo murmullo de la esperanza! ¡La tormenta de tu inteligencia se irá lejos!

AXEL. — ¡Qué bálsamo son tus palabras! ¡Qué sosiego entra en mi corazón! ¡Tú eres buena, oh Selma, como la calma de los puertos, como la noche que cubre y hace dormir a los barcos inamovibles!

SELMA. — ¡Yo te narraré las leyendas del mar! Allí las aprendí. Los marineros las cuentan en las largas travesías... donde se ama tanto a los hijos lejanos... a las novias lejanas... a la pobre casa paterna!

AXEL. — ¡Yo escribiré la novela de tu alma, Selma, y la delicia de tu encantadora persona y te amaré mientras tenga vida!...

SELMA. — ¡Y después de la muerte! Yo pensaba eso muchas veces a bordo de nuestro barco!

AXEL. — ¿Tú pensabas eso? ¡Gracias!

SELMA. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Sinceramente te lo digo!... Yo pensaba eso como una cosa natural! ¡Ya se lo había dicho al abuelo Frénesen!

AXEL. — ¡Y yo me había creído solo como un anacoreta... como un galeote!... ¡No había sentido alrededor mío la luz de tus pupilas, ni las ternuras de tu alma buena... ¡Sí, Selma... hasta después de la muerte!... ¡Los dos abrazados entraremos en el silencio del impenetrable misterio!

SELMA. — ¡En el silencio no, Axel!... En el amor eterno del impenetrable misterio... Y yo se lo había dicho, te repito, al abuelo Frénesen!... ¡Era una tarde como esta... en frente del mar sereno... bajo el cielo azul como las turquesas! ¡Estábamos sentados sobre una roca... en frente del mar sereno... El abuelo hablaba de la dulce y adorada poesía del tiempo viejo, mientras la noche surgía del Oriente poco a poco y se levantaba en el cielo color violeta... La naturaleza rezaba una plegaria llena de virginales inocencias! ¡Nos acordamos de ti... Y yo le dije entonces: ¡Yo le amo, abuelo, porque sufre! ¡Yo le amo porque tiene una gloriosa mente!...
(Entra el abuelo Frénesen, que ha oído las últimas palabras.)

ESCENA VI

AXEL, SELMA Y FRÉNESEN

FRÉNESEN. — ¡Eso es tan cierto como que hay un Dios, que mueve y anima a todas las cosas!

AXEL y SELMA. — ¡Oh, abuelo! ¡Oh, querido abuelo! *(Lo abrazan.)*

FRÉNESEN. — ¡Y sobre todo esta pasión de ustedes es el triunfo de la vida y de las delicadas energías! ¡Es más lógico en los jóvenes que el crecer de los árboles y que la multiplicación de las mieses, y las flores re-

galadas son tan puras como los trofeos conquistados en la guerra, como las insignias puestas por el Dios de las batallas sobre el pecho de los héroes!

AXEL. — ¡Las gloriosas, oh abuelo, que sobre tu pecho fueron colocadas para proteger tus cicatrices! ¡Oh dichosas! ¡Vieron de tus heridas manar sangre de patricios!

FRÉNESEN. — ¡Y mientras haya almas como la tuya, Axel, ha de vencer la virtud de los honestos amores! ¡Amalo, Selma! ¡Este sabe que son útiles las cargas de los batallones que por la patria pelean! ¡El brazo de éste *(se lo aferra)* defenderá siempre lo bueno y la verdad! ¡En frente de las tiranías y de las fortalezas erguidas para cuidar sus ignominias y en frente de las mazmorras, que transforman en galeotes a los caballeros de todos los pueblos y a los poetas de todas las redenciones, este Axel será el apóstol intrépido y el paladín fuerte!

AXEL *(con emoción)*. — ¡Tú eres un héroe! ¡Tú me enseñaste todo eso! Muchas veces me has dicho: ¡Es mentira! ¡No han muerto los cruzados! ¡Hay muchos santos sepulcros para redimir! ¡No están mancillados por manos profanas! ¡Hay muchas sombras dolorosas, desterrados misérrimos, fuera de las patrias esclavas! ¡Cómo padecen! ¡Cómo protestan!

FRÉNESEN. — ¡Ah, sí! ¡Tú eres el hijo de mi sangre! *(Lo abraza.)* ¡Esta raza mía ha saltado sobre una generación y se condensó en tu alma! ¡Vivan los hombres de generosa estirpe! ¡Aquí, al lado de esta noble criatura *(señala a Selma)*, tú me has de jurar esto: Amarás la guerra y las armas de tus abuelos; amarás los batallones, los combates, el hambre y las penurias de las marchas y los salvajes silencios de la muerte! ¿Tú sabes lo que sucede? ¡El enemigo amenaza al territorio!

Axel. — Ah, viles! ¡Sí, juro! ¡Sí, juro! *(Extiende la mano.)*

Frénesen. — ¡Porque es cierto! ¡Los cruzados no murieron! ¡Ha de llegar la hora de la justicia! ¡Ellos deben vivir! ¡Todavía será honesto que las corazas brillen al sol y los bridones cubiertos de hierro salten y caracoleen con el belfo rojo de espuma sangrienta! ¡Y las castellanas amarán en todos los tiempos a los valerosos arrodillados y será necesario morir para que triunfe el bien sobre la tierra! *(Exaltándose.)* ¡Qué lejos está el bien, Axel! ¡Qué lejos está el alma universal de las gentilezas de tu alma, Selma! ¡Hay muchos pobres! ¡No encuentran amor, ni caridad! ¡Hay muchos ilustres! ¡Hay muchos apóstoles! ¡Comen el pan amargo del destierro! ¡Mueren en el cadalso! ¿Y los débiles, Axel? ¡Esos languidecen! ¡Son corazones melancólicos! ¡Sollozan de rodillas ante su propio calvario! ¡Al lado de ellos, los torvos viven en la tiniebla! ¿Y los déspotas? ¡Tienen muladares en las arterias! ¿Y los avaros? ¡Se alimentan con la sangre de los miserables! ¡Estos han dicho: la era de los caballeros se ha concluído! ¡La fuerza y la bacanal triunfan! ¡Así mintieron! ¡Así pretendieron detener la marcha hacia adelante del espíritu humano! ¡Glorificaron el vasallaje! ¡Hicieron la apología de los autócratas y creyeron en la victoria definitiva de la crueldad y del escándalo! ¡Sobre la naturaleza que huele a cosas sanas, han creado la marisma pútrida! ¡Hieden a cadáver... a cadáver! ¡Han pregonado la muerte de la misericordia y del heroísmo! ¡Así han mentido! ¡Los caballeros no se matan con decretos! ¡Los habrá siempre! ¡Son necesarios para que no perezca la humanidad! ¡Son necesarios para ayudar a los que no pueden llevar la cruz, a los cansados caminadores de la montaña! ¡El mal se destruye con los cañones; las ergástulas se derriban con los caño-

nes, y los parias se redimen con sangre de mártires! ¡Hablan mal de los soldados! ¡Les temen y saben esto: la guerra es la aniquiladora de sus covachas de fieras salvajes! ¡Es la civilizadora de la barbarie! ¡A pelear, Axel! ¡Hay que ayudar a subir la cuesta a los cansados caminadores de la montaña!

AXEL. — ¡Benditas sean tus palabras, porque enseñan la abnegación y arrancan los odios!

FRÉNESEN. — ¡El enemigo está en la frontera! ¡Muchas hogueras iluminan la noche desde las cumbres, anunciando el peligro!

AXEL. — ¡Yo soy el hijo de tu sangre! ¡Ordéname!

FRÉNESEN. — ¡Y tú ámalo, Selma! ¡Cuando yo muera he de vivir en sus ojos y en sus intrepideces!

SELMA *(muy conmovida).* — ¡Sí, abuelo, bendícenos!

AXEL. — ¡Bendícenos! ¡Bendícenos!

(Se arrodillan a un lado y otro del viejo.)

FRÉNESEN *(extendiendo cada mano sobre la cabeza de los jóvenes).* — ¡Yo te bendigo, Axel, por las glorias de la guerra y por la sangre derramada en los combates generosos... por las sombras de los héroes que cuidan en la noche el sueño de las ciudades virtuosas!... ¡las gigantescas sombras erguidas hasta el cielo, como espectros obscuros!... ¡Yo te bendigo por los navíos de la patria, heridos y náufragos, silenciosamente descendiendo en la entraña de las aguas, con la bandera al tope... agitada y abofeteando en la muerte a los cañones enemigos!

SELMA *(junta las manos).* — ¡Padre nuestro que estás en los cielos, sea tu nombre santificado!

AXEL. — ¡Sean benditos los dolores de los mártires que han redimido al mundo!

FRÉNESEN. — ¡Yo te bendigo, Axel, por los cantos del vivac, por los himnos viriles alrededor de los fogones nocturnos, en frente de las tiendas de los campamentos, diseminadas sobre las colinas... por el fra-

gor de las batallas, el jadear de los ejércitos que avanzan, el estampido de las caballerías en el ímpetu de la carga, el retronar lejano de los cañones y el satánico clamor de los manípulos en el asalto, el imperio del mando concitado y la rápida obediencia!... ¡Te bendigo por el corazón del soldado *(se detiene conmovido)* que se duerme bajo las tiendas pensando en la ternura materna y en las tristezas de las novias solitarias, el corazón del soldado alegre y melancólico, severo y risueño, heroico y hermoso siempre en la batalla fuera de lo humano!!

SELMA. — ¡Padre nuestro que estás en los Cielos, sea tu nombre santificado!

FRÉNESEN. — ¡Yo te bendigo, Selma, por las reverencias que merecen las novias, por la poesía de tus flores y por las castas blancuras del aposento en que tú rezas! ¡Y se arrodillen a tu paso las maravillas del arte y digan los mármoles y las armonías escondidas en todas las cosas el tesoro de sentimiento que guardas en tu delicada persona! ¡Qué tú seas feliz, Selma, como el susurro del mar y festiva como el murmullo de las selvas! Y el cielo de la noche proteja tu sueño y tu rostro dormido sea iluminado por la serena luz de los astros! ¡Yo te bendigo, Selma, porque tú lo amas! *(Señala a Axel.)*

SELMA.—¡Sí, abuelo, infinitamente! *(Con gran emoción:)* ¡Sí! ¡Sí!

FRÉNESEN. — ¡Porque Axel es creador!...

SELMA. — ¡Sí, abuelo, sí!...

FRÉNESEN. — ¡Porque sufre! ¡Porque Olof es un demente!

SELMA. — ¡Dile tú que el padre lo quieres, que las pasiones dominan a Olof... ¡El tiene miedo si el padre lo ofende!

(Se oyen cuatro o cinco tañidos de campana.)

Axel. — ¡Sí, tengo miedo! Esa es la campana de la fragua! ¡Llama al trabajo nocturno. Los obreros se precipitan a los crisoles, donde nada el metal fundido... Yo soy el jefe de ellos... No quiero ir... Yo los respeto a esos hombres que trabajan noche y día... Pero mi padre es cruel. No duerme. Da vueltas a todas horas como un espectro por la fábrica!! ¡La patria está amenazada! ¡Yo quiero ir a la guerra y tú no me dejes, Selma! ¡No me dejes solo! ¡Siento que si mi padre me ofende, voy a cometer un delito! *(Con furor.)*

(Entra Olof con una blusa de obrero en la mano.)

Escena VII

Selma, Axel, Frénesen y Olof

Olof. — ¡Axel! ¡Los trabajadores te esperan! ¡Toma tu blusa! *(Se la tira. Axel no la recoge.)* ¿No la recoges? ¡En marcha, de una vez! ¡No quiero perder tiempo y dinero! ¡Hay que concluir la máquina!

Frénesen. — ¡Axel no irá a la fábrica!

Olof *(con violencia)*. — ¿No irá? ¡Eso sucedería si tú mandaras!

Frénesen. — ¡No irá, te repito! ¡El enemigo amenaza el territorio! ¡Axel irá a la guerra! ¡Es necesario cuidar el honor de la casa!

Olof. — ¿La guerra? ¡Ese es el triunfo de la bestialidad humana! ¡Se pudo evitar! ¿El honor de la casa? ¿Cuál? ¿El que tú perdiste deshaciéndola? ¡Entre tú y yo están sus ruinas y el cadáver de mi mujer!

Axel *(avanza un paso)*. — ¡Ultraja al abuelo!!

Frénesen. — ¡Mal hijo! ¡Miserable!

OLOF. — ¡Abrete! ¡Piensa en tu mujer, que murió de dolor y de miseria!

SELMA. — ¡Perdón! ¡Perdón!

AXEL. — ¡Ultraja al abuelo! ¡Ultraja al abuelo!

OLOF. — ¡Axel, obedece! ¡A la fragua! ¡A la fragua!

AXEL. — ¡Tú has lastimado a Frénesen! ¡Yo te odio, monstruoso!

OLOF. — ¡Obedece! ¡A tu padre un insulto! ¡A la fragua! *(Le echa mano.)* ¡A tu padre un insulto! ¡Yo soy el señor aquí. *(Le da una bofetada.)*

(En ese momento entran Harald y la loca. Axel descuelga una espada y lo atropella al padre. Frénesen y Selma lo contienen mientras Harald contiene a Olof.)

SELMA. — ¡Axel! ¡Es tu padre!

AXEL *(a Olof, contenido a duras penas y agarrándose la mejilla)*. — ¡Esta es una mancha de sangre infame! ¡Te acordarás de mí!

TELÓN

ACTO II

Parque frente a la casa de Harald. Hay un largo banco. Una ventana al costado y una puerta. En el fondo, y central, por donde se ve el cielo lejano.

Escena I

Axel

(Entra Axel, corriendo. Está pálido y flaco. Entra agarrándose la mejilla.)

Axel. — ¡Yo soy una ruina! ¡Sobre mi cuerpo han pasado las víboras y entre el escombro se enroscan y silban! ¡Una cosa sucia soy... una mugre... la roña acumulada de todas las edades! ¡Me escondí en la caverna!... Los sapos se reían de mí, y cuando yo pasaba huyendo, debajo de los árboles, éstos se reían de mí! ¡Todos me ven la bofetada! ¡Entonces eché a correr, en la noche tenebrosa, ululando... como las almas desesperadas! *(Con gran voz y agarrándose la mejilla:)* ¡No me duele, no! ¡Qué me va a doler si ya no soy honesto! ¿Y Olof? ¡Qué villanía! ¡Las tripas le hubiera sacado afuera y azotádole el rostro y con los dientes hubiera desgarrado sus músculos para correr por el mundo con el hocico en sangre y los pedazos de carne caliente entre las mandíbulas!! ¡Pero es mi padre! ¡Ahí está todo! ¡Yo no me puedo vengar! ¿Y ahora, qué hago? ¿Morir? ¡No! ¡Eso es

cobarde! ¡Y Dios que me mira desde el cielo y Selma que está en esa casa afligida como mi corazón! ¡Yo lo veo al abuelo Frénesen arrodillado cerca de mi cadáver, con la mano extendida para maldecirme!... *(Se detiene)* ¡Oh! ¡Abuelo, yo no soy honesto! *(Se enternece.)* ¿Qué voy a llevar yo a la frontera si viene la guerra? ¡Hay lodo en mi mejilla y tengo podredumbre en todo mi cuerpo! ¿Qué voy a llevar yo a la frontera, si viene la guerra? *(Se detiene, muy enternecido.)* ¡Gusanos! ¡Gusanos! *(Estalla en sollozos y cae sentado sobre el banco, que debe colocarse apartado en la sombra.)*

Escena II

Selma y Axel

(Entra Selma, asustada.)

Selma. — ¡He oído un sollozo! ¡Todo se oye en este silencio... en esta soledad de mi alma... en el dolor de la noche! ¡Gran Dios! ¡Me siento abandonada como los náufragos, como los que viven en el pecado!... ¡Estoy triste, triste, como las madres que pierden los hijos! *(Saca un ramo de flores.)* ¡Pobres flores, que Axel me regaló!... ¡Yo las he ajado de tanto besarlas!...

Axel *(la ve y la llama)*. — ¡Selma, mi buena Selma!

Selma *(se acerca y se sienta al lado de él; un poco más de luz en la escena; se ve salir la luna del mar, a lo lejos)*. — ¿Axel? ¿Tú? ¡Yo te esperaba! ¡Has hecho bien en acercarte a mi casa!... ¡Te hemos buscado tanto!... ¿Dónde has estado?

Axel. — ¡No sé! ¡He huído... entre los precipicios... entre las rocas... para dejar escondidos los girones

de mi vergüenza, lejos de la mirada humana! ¡Hace dos días que no duermo! ¡Tengo sed! ¡Una sed devoradora!...

SELMA. — ¡Espera, Axel! ¡No te vayas! *(Se levanta, entra y vuelve con un vaso de agua. Axel lo toma y dice:)*

AXEL. — ¡Qué buena es tu agua! ¡Gracias, Selma!

SELMA. — ¿Quieres comer? ¡Tú tienes hambre! *(Quiere retirarse a buscar comida.)*

AXEL. — ¡No! Quédate. ¡No me dejes solo con esta exasperación que no me da paz! ¡Si supieras! ¡Mi corazón está árido como los desiertos!

SELMA. — ¡Yo le he rezado tanto a Dios para que te trajera entre nosotros!

AXEL. — ¡No sentí eso en mi fuga! ¡Estaba como ciego con esta bárbara tiniebla de exterminio que obscurecía mi camino!

SELMA.—¡Estás muy cansado! ¡Acuesta tu cabeza sobre mi regazo! *(Axel se acuesta a lo largo del banco, con la cabeza colocada sobre el regazo de Selma. La luna empieza a iluminar el grupo.)*

AXEL. — ¡Gracias! ¡Qué dulzura hay en este jardín! ¿Ya duermen todos en tu casa?

SELMA. — ¡No! Mamá está en su cuarto. Harald y el abuelo han salido a tomar lenguas... ¡Allá lejos se ven hogueras que anuncian el peligro!

AXEL. — ¿El abuelo está con ustedes?

SELMA. — ¡Sí!

AXEL. — ¿Y... el otro?

SELMA. — ¡Solo en la fragua!... ¡Frénesen lo abandonó!...

AXEL *(muy sombrío)*. — ¡Ese hombre tiene los días contados! ¡Las bofetadas suelen dar muerte!

SELMA. — ¡Axel! ¡Es tu padre!

AXEL. — ¡No temas! ¡No será mi mano! ¡Lo que ha hecho conmigo es una gran tristeza... pero allí hay

trabajadores que han sido por él abofeteados! ¡Reza por él, Selma! ¡Es un moribundo!

SELMA. — ¡Por ti ha preguntado estos días!

AXEL. — ¡Se habrá olvidado que soy un muerto!

SELMA.—¡Me apenas, Axel, con esas palabras dolorosas!

AXEL. — ¡Selma! ¡Yo ya no soy honesto! ¡Mi hidalguía está manchada! ¡Y fuera él más santo que un templo... y se macerara con cilicios el cuerpo... y bramara por la pradera como un animal herido... sería lo mismo! ¡Para él yo soy un muerto más frío y más empedernido que el hielo de las montañas polares! ¡No hablemos más de eso!... ¡Estoy cansado! ¡Quiero dormir! *(En este momento se oye una melodía suave como una nenia muy baja y la luna se va levantando en el horizonte e ilumina todo el grupo. Axel sigue hablando:)* ¡Qué tranquila melodía! ¿Quién toca?

SELMA. — ¡Es mamá! Hace dormir al pobre hermano muerto. Se acuerda de ti y te hace dormir. ¡Cree que tú eres su hijo!

AXEL. — ¡Mísera! ¡Pero en su inconciencia no sufre! ¡Qué fresco es tu jardín, Selma! ¡Siento que la brisa mueve las hojas nacientes!

SELMA. — ¡Siempre es así a esta hora! ¡Las ramas se hamacan suavemente... los fiords cantan su nenia en voz muy baja y el mar murmura a lo lejos su canción de la noche!

AXEL. — ¡Qué perfume de flores! ¡Hasta aquí llegan las aromas de los árboles! ¡Qué paz profunda hay aquí... como la de una ermita!

SELMA. — ¡La luna navega, Axel, en el éter hacia algún silencioso enigma; las estrellas plácidas asoman en las alturas, derramando sobre la tierra sus penumbras misteriosas... sobre las huertas felices... sobre los nidos callados... y alumbran los amores arcanos de las aguas tranquilas!...

Axel *(empezando a dormir)*. — ¡Sí, tranquilas... como la conciencia de los honestos... como las pasiones seráficas!...

Selma. — ¡Y después el universo reposa y sueña!... ¡Todo duerme!

Axel. — ¡Sí, todo duerme!

Selma. — ¡Y sueña... mecido por la blandicie de las sombras quietas, llenas de místicas misericordias... cuando la mano leve de la novia acaricia el cabello del poeta cansado y enfermo!... *(Le acaricia el cabello.)*

Axel. — ¡Sí!... ¡Muy cansado!

Selma. — ¡Y le cierra los ojos para hacerlo dormir *(lo hace)* y los labios se posan sobre la frente blanca y abatida con un beso casto *(lo hace)*, dulce y piadoso como las vísperas del mar!...

Axel *(como dormido)*. — ...¡las vísperas del mar!

Selma. — ¡en la hora en que la tripulación, de rodillas, reza en frente del sol que se va... y la noche llega con sus hondos silencios... bajo la religión del cielo sereno... sobre las aguas quietas y tenebrosas, que besan la quilla inmóvil en la inmensa quietud solitaria!... ¡Cuando la ausencia reina y las arpas de la leyenda cantan en sus armoniosas sordinas las baladas del mar!

Axel *(dormido)*. — ¡Amor y paz!...

Selma *(en voz muy baja)*. — ¡Amor y paz!... ¡Y novias!... ¡Y suspiros de la brisa entre los rizos del agua... y ensueños, Axel... que vagamente dibujan en los crepúsculos lunares las blancas formas de los amantes, que caminan abrazados... entre la rima eólica... a través de la noche!... ¡Amor y paz!! *(Cesa la música. Axel duerme. Selma sigue hablando.)* ¡Pobre Axel! ¡Cómo lo amo! ¡Cuando navegábamos

lejos con mi padre, yo pensaba siempre en él!... ¡Era como otra persona que estuviera con nosotros a bordo!

(Hedda, la loca, asoma por una ventana que está sobre una puerta lateral.)

ESCENA III

HEDDA, SELMA Y AXEL (dormido)

HEDDA. — ¡Selma!

SELMA. — ¡Chist! *(Pone un dedo sobre los labios.)*

HEDDA. — ¡Ven tú... Selma! ¿Por qué no vienes?

SELMA. — ¡Chist! ¡Baja tú! ¡Tu hijo está aquí *(señala a Axel.)* ¡Trae una almohada!

(La loca baja con una almohada, que colocan bajo la cabeza de Axel dormido.)

HEDDA. — ¿Le cantaste?

SELMA. — ¡Sí!

HEDDA. — ¿Para que se durmiera?

SELMA. — ¡Sí! ¿Y tú qué hacías?

HEDDA. — ¡La cama para él, con sábanas frescas y blancas! ¡De aquí se va a la guerra... y cuando lo echamos al agua, ¿te acuerdas?..., las sirenas del mar lo recogieron y lo acostaron en el fondo sobre los corales y los musgos... y después ellos cantaban... como las madres al lado de las cunas y le decían a Harald: "Tu hijo vendrá después de la guerra!... ¿Tú crees eso?

SELMA. — ¡Sí, creo!

HEDDA *(muy cariñosa)*. — ¡Luego será necesario adornar la casa con guirnaldas y con flores... poner papel nuevo en los cuartos... alegre papel blanco, como las conchas marinas y regar el jardín... y si llega



de noche iluminarlo con farolitos rojos y azules!... ¡La guerra ya ha empezado y se concluirá pronto! *(Se oye un lejano redoblar de tambores que cesa en seguida.)*

AXEL *(dormido)*. — ¡Ya no soy honesto!...

HEDDA. — ¿Está soñando? *(Se acerca.)*

SELMA. — ¡No te acerques tanto!

HEDDA. — ¡Quiero besarlo!

SELMA. — ¡Lo despertarás! ¡Está cansado y enfermo!

HEDDA. — ¡Y así soñaba antes... y decía: Adiós, mi novia! ¡Divina flor del mar!... ¡He visto flotar tu cuerpo sobre las aguas como una diosa de mármol dormida y sobre el vestido de raso, sobre tu piel de terciopelo rosa las perlas y el coral se incrustaron para formarte un féretro! ¡Qué hermosa eres! ¡La muerte ha respetado las carnes frescas y mórbidas de tu belleza porque el agua salina da vida como la sangre! ¡Después, alrededor, crecieron las algas y flotaban como encajes de un largo peinador verde y envolvieron tu persona, retorciéndose en un matorral oloroso que se llenó de flores en el lento viaje, sobre la inquieta superficie!... ¡Era como una isla vagante en el plenilunio... y los marineros creen es el sepulcro de los muertos amores!... ¡Quiero besarlo, Selma! ¡Es mi hijo!

SELMA *(oponiéndose)*. — ¡No! ¡No! ¡Tiene sueño! ¡Déjalo!

(Entra Harald, agitado.)

ESCENA IV

HARALD, SELMA, AXEL Y HEDDA

HARALD. — ¡Selma! ¡La guerra! ¡El enemigo asola los campos, destruye los caseríos, mancha el candor!

SELMA. — ¡Pobre Axel! ¿Y el abuelo?

HARALD. — Frénesen corre por todas partes como un loco, echando las campanas a rebato y llamando los somatenes!

HEDDA. — Mejor es la guerra, que nos devolverá a nuestro hijo!

(Se oye un redoblar de tambores y voces de adentro gritan:)

VOCES. — ¡Somatén! Somatén! ¡Viva la guerra!

SELMA. — ¡Dios proteja nuestras armas y la vida de los valerosos! ¡Padre, ahí está Axel dormido!

(Redoble de tambores más cercanos.)

VOCES. — ¡Exterminio! ¡Exterminio!

(Siguen los tambores. Axel se despierta, se incorpora y escucha; los tambores se alejan y se oyen gritos:)

VOCES LEJANAS. — ¡La guerra! ¡La guerra!

ESCENA V

AXEL, SELMA, HEDDA Y HARALD

AXEL *(levantándose)*.—¿Selma, ya? ¿Harald, la guerra?

SELMA. — ¡Sí, Axel, el enemigo ha pasado la frontera!

HARALD. — ¡Han profanado los templos! ¡Han muerto a los rendidos! ¡Son execrables!

AXEL. — ¡Al fin! ¡Al fin! ¡Esa es la venganza, Selma! ¡Al fin! ¡La nobleza llega; la mejilla se limpia, la dignidad se readquiere en el culto al peligro y en la voluptuosidad del martirio! ¡Es el carácter que Dios pone a prueba en el hombre, en la sed y en las desnudeces con frío. *(Con gran furor.)* ¡Es la intrepidez en las batallas, cuyos fragores rajan el aire caliginoso! ¡Es la exasperación del valor humano por la rabia del sufrir, por la rabia con que se busca la muerte, por las heridas que rutilan al sol! ¡Es el furor de las agonías amenazadoras con el pecho arriba y sobre los charcos de sangre!

HARALD. — ¡Dios quiere que se cumpla el deber; pero no ama a los temerarios!

AXEL. — ¡No sé! ¡No sé! ¡Es la venganza, te repito!... Es la nobleza que se readquiere y la mejilla que se limpia! *(Exaltándose.)* ¡Oh, mi bandera! ¡Oh, emblema honesto! ¡Oh, amor del guerrero, que proteges las valerosas vanguardias! ¡Oh, sudario glorioso de los que perecen!

SELMA. — ¡Cálmate, Axel! ¡Cálmate!

AXEL. — ¿Y el abuelo, dónde está?

HARALD. — ¡Con los reclutas, que serán soldados!

VOCES DE ADENTRO. — ¡Viva Frénesen!

AXEL *(asomándose)*. — ¡Viva Frénesen! ¡Paso a los héroes!

(Entra Olof. Axel lo atropella. Selma lo detiene. Harald contiene a Olof.)

Escena VI

Olof, Axel, Harald, Selma y Hedda

Axel *(sin dejar a Selma).* — ¡Tú vienes a manchar la pureza de los que van a morir!

Olof. — ¡Manchados están! ¡Esa guerra es un crimen! ¡Han podido evitarla!

Harald. — ¡Olof, modérate!

Olof. — ¡No temas! ¡Axel se va! ¡He venido a saludarlo!

Axel. — ¿A mí? ¡Eso podría aceptar si no tuviera aquí mi gran vergüenza! *(Se toca la mejilla.)*

Olof. — ¡La vergüenza está en no haber sido superiores a las degeneraciones homicidas del populacho! ¡Cuándo aprenderán que es necesario tenerlo siempre bajo el dogal como a los brutos! ¡Los sueltan y las fieras abren las mandíbulas para desgarrar!

Axel. — ¡Selma! ¡Abrázame! ¡Veo la luz de sangre... la luz de sangre!

Harald *(con gran voz y dominando a Olof).* — ¡O te contienes... o te abandono a tu suerte!

Olof. — ¡Nada temo! ¡Soy un inflexible! ¡Los dos pueblos no son hombres!... ¡Son la horda salvaje!... ¡Son almas locas de montaraces... pero yo no me olvido que soy tu padre!

Axel. — ¡Tú no eres nadie! ¡Tú no eres mi padre! ¡Hasta las bestias cuidan a sus cachorros; pero tú eres inferior a ellas! ¡Tienes sucio el hocico y vives restregándolo en los chiqueros! ¡Vete! ¡Quema tu derecha en la fragua y vuelve cuando tu brazo sea un muñón ardiente! ¡Aunque yo quisiera, Dios no te perdonaría!

OLOF. — ¡No he venido a eso! ¡No necesito el perdón!

AXEL. — ¡El de Dios sí... algún día!

HARALD *(a Olof)*. — ¡Ven conmigo! ¡Vamos!

SELMA. — ¡Si tú me quieres, acuérdate de tu madre, a quien Olof amó tanto!

AXEL. — ¡Para matarla! ¿Qué quieres tú que ame esa alma pordiosera?

HEDDA *(a Olof, enojada)*. — ¡Tú no estás arrepentido! ¡Confiésalo! ¡Y después no te laves ni te peines! ¡Deja crecer la cerda de tu cabeza y las greñas de tu barba hasta la cintura y retírate a la caverna como los anacoretas!

HARALD *(con gran fuerza)*. — ¡Vamos, Olof! ¡Obedéceme!

OLOF. — ¡Sí; pero no de miedo! ¡Es inútil poner vallas a la demencia! ¡Los hombres y los pueblos locos no se convencen si no se desgarran y no se desmoronan!

VOCES DE ADENTRO. — ¡Viva Frénesen! ¡Viva Frénesen!

AXEL. — ¡Ahí viene el abuelo! ¡Tú has de querer que se caiga muerto! ¿Por qué te quedas?

OLOF. — ¡Sí! ¡Adiós! ¡Y todo esto, Harald, después de haber redimido a la familia... y cuando yo quería estar al lado de él... sin importarme dar toda mi sangre! ¡Mentecatos!

(Se retiran los dos. Al rato vuelve Harald.)

ESCENA VII

HARALD, SELMA, HEDDA Y AXEL

HARALD. — ¡Axel, tú estás enfermo de rencor! ¡No te pareces al abuelo Frénesen! ¡Tú has empañado la gloria de este gran momento!

AXEL. — ¿Yo? ¡No! ¡Después vendrá la que tú quieres cuando la metralla me haya despachurrado el vientre!...

HEDDA. — ¡También tú eres malo! ¡Te enojas con Harald! *(Lo abraza al marido.)*

AXEL. — ¡No! ¡Me ofenden! ¡Yo le perdonaré tirándole con mi cadáver! ¿Rencor yo? ¡No! ¡Mi alma es tan blanca y tan sana como el rostro de Selma, y podría irme de la tierra sin remordimientos porque no he sentido sino amor para todos! Ahí está mi vida. Lo he respetado. He sido bueno. He obedecido. Trabajé como un obrero para no irritarlo; ¡pero él debió saber cómo era mi alma! ¿Por qué me ha infamado? ¡El debió matarme, pero el fango de la calle no está para enlodar a los hijos! ¡Defiéndeme, Selma! *(Con tristeza.)* ¡Yo no me quiero ir sin el perdón de tu padre!

HARALD. — ¡Los magnánimos olvidan las ofensas! ¡Y los padres quieren a los hijos a pesar de todo! ¡Por eso ha venido Olof! ¡El ha redimido a la familia: por eso merece reverencia! ¡Pero tú no has vivido! ¡No sabes que la vida enseña la piedad? ¿Quieres ser un cadáver? ¡No olvides! ¿Quieres ser un fantasma y sentarte al banquete siniestro de los facinerosos? ¡No respetes el dolor de los demás! ¿Quieres ser un antro frío, sin luz de sol y sin gritos de amor humano? ¡No acaricies a los que sufren y lo habrás conseguido!!

AXEL. — ¡Selma! ¡Selma! ¡Tu padre me ofende! ¡Defiéndeme tú!

SELMA *(muy triste)*. — ¡Oh, padre querido! ¿Por qué te transfiguras así?

HARALD. — ¡Sabía que eras un bravo! ¡Creí que debieras ser un justo! ¡Me he equivocado!

SELMA. — ¡Tú eres bueno, padre! ¡Yo no he oído de tus labios sino palabras de caridad! ¡Yo siento que Axel no miente. En su corazón no ha habido nunca sino amor para todos!

AXEL. — ¡Déjalo, Selma! ¡Está escrito! ¡Nosotros somos

cuerpos para los cementerios y almas para el infierno! ¿Para qué me habrán enseñado a rezar?

HEDDA. — ¡Se ha entristecido nuestro hijo! ¿Quieres matarlo de nuevo? ¿Te acuerdas que se puso de rodillas y tú no le perdonaste?

HARALD *(muy sombrío)*. — ¡¡Y por eso murió!!

HEDDA. — ¡A mí me abrazó y me besó en los ojos, y temblaba de ternura todo su cuerpo! ¡Y tú no lo perdonaste!

HARALD. — ¡Por eso murió! *(Se retira llevándose a Hedda.)*

ESCENA VIII

AXEL Y SELMA

AXEL *(con pasión)*. — ¡Mírame las pupilas, Selma... hondamente, y acuérdate de mí! ¡Adiós! ¡El aire se estremece; los campos tiemblan! ¡Son las legiones que van a la guerra! *(Se arrodilla.)* ¡Adiós, adorado rincón de mi tierra nativa... praderas... fragancias y rocíos! ¡Adiós, larva de mi madre, que paseas por estos jardines en las noches de las divinas primaveras! ¡Adiós niñez, oh Selma! ¡Adiós recuerdos y flores regaladas! ¿Te acuerdas? ¡Pensábamos en la felicidad de los nidos entre las ramas; sentíamos sobre nuestras cabezas los trinos de las bandadas! ¡Adiós! ¡Adiós!

SELMA *(lo abraza)*. — ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Tú no vas a volver más! ¡Pelea; pero vuelve! ¡Sé más valiente que Frénesen; pero vuelve, como él, de cien batallas! ¡Yo amaré tus cicatrices y las medallas que cubran tu pecho!

AXEL *(triste)*. — ¡Adiós, Selma! ¡Eres buena como la germinación del bosque! ¡Eres más buena que ese

mar sereno *(lo señala)* que da frescuras a la casa paterna... y más santa que el sol de los días largos cuando hace brotar las mieses y da luz a los aposentos, la alegre luz del poeta que escribe las fiestas juveniles! ¡Adiós, en la hora *(muy sombrío)* en que voy a entrar en las desconocidas regiones... en el misterio de las últimas cosas... en las pavorosas incertidumbres de ese Dios que nos espera... en el más allá... en el más allá... en el eterno anonadamiento!...

SELMA *(desesperada).* — ¡No quiero, te digo!

AXEL. — ¡Es inútil! ¡Está escrito!

SELMA. — ¡Te repito no quiero! ¡Tu vida no es tuya! ¡Tu vida es mía! ¡Tú me la diste!

AXEL. — ¡Mi padre me ha abofeteado!

SELMA. — ¡Pero vino a saludarte!

AXEL. — ¡Tu padre me desprecia!

SELMA. — ¿No comprendes que ama al hermano? ¡Tu vida es mía! ¡Tú me la diste! ¿Sabes lo que va a suceder si tú mueres?... ¡Yo también, entiendes... yo también!...

AXEL. — ¡No! ¡No! ¡No! ¡Perdóname!

SELMA. — ¡Dios te salvará! ¡Yo tengo este cendal. Lo bordé con mi madre. ¡Si te arrodillas yo voy a circundar tu cuello con él! *(Se arrodilla Axel. Ella le coloca el cendal y sigue hablando.)* ¡Recemos para que los heridos sanen y tengan lecho, amor de hermanos y lágrimas de madres, para que los muertos tengan sepultura en el siniestro campo y la cruz señale sus huesos! ¡Ojalá sus cenizas descansen, al fin, en las urnas de las familias, bajo las flores votivas!

AXEL. — ¡Recemos, Selma, y ojalá Dios me perdone! ¡Ojalá los míos perdonen a esta mente tan dolorida! *(Se oyen voces que se acercan.)*

VOCES. — ¡La guerra! ¡La guerra! ¡Viva Frénesen!
(Entran Harald y Hedda. Axel se ha levantado.)

Escena IX

Harald, Hedda, Axel y Selma

Harald. — ¡Axel, llega Frénesen! ¡Vengo a estrecharte la mano!

Selma. — ¡Oh, padre mío, mi buen padre!

Axel. — ¡Gracias! *(Le estrecha la mano en momentos en que entra Frénesen, muy agitado, seguido por el pueblo, hombres y mujeres.)*

Escena X

Frénesen, Axel, Harald, Hedda, Selma y el pueblo

Frénesen. — ¡Axel, ha llegado el día de la gloria!

Axel. — ¡Y de las redenciones!

Frénesen. — ¡La vanguardia marcha! ¡Las águilas chirrian sobre las montañas y abren la zarpa carnicera! ¡Las banderas se abren al viento para ser desgarradas por la metralla! ¡Nada de cuartel! ¡Todo es bueno; las bayonetas que rompen el vientre, el degüello y la sangre a torrentes! ¡Las tumbas de los próceres han sido violadas!

El pueblo. — ¡La guerra! ¡La guerra!

Frénesen. — ¡Y los trofeos arrojados al fango y pisoteados por la horda salvaje!

El pueblo. — ¡La guerra! ¡La guerra!

Frénesen. — ¡Que se lave la página negra, escrita en la historia por invasores brutales!

Harald *(adelantándose)*. — ¡Aquí estoy! ¡Vuelvo a mi barco!

FRÉNESEN. — ¡No! ¡Quédate! ¡Cuida la casa de nuestros abuelos! ¡Defiéndela si es necesario! ¡Nuestro mar es un santuario! ¡No será contaminado! ¡Es en la frontera! ¿Saben ustedes lo que ha sucedido? *(Se revuelve entre los grupos mientras habla.)* ¡Han profanado los templos! ¡Han hecho pedazos los altares! ¡Con la seda de los doseles cubrieron los cuerpos de las rameras borrachas, y bajo las bóvedas augustas, donde nuestras mujeres rezaban sus oraciones, resonó la estridente blasfemia de las bacanales desnudas! ¡Trajeron al territorio los alaridos salvajes de los manicomios! ¡Los presidios han vomitado sus asesinos y sus ladrones! ¡Han formado un ejército delincuente, sediento de sangre y de ignominias, con los degenerados de la mente, del sexo y del sentimiento, bárbaros iconoclastas! ¡Destruyeron en un cuarto de hora la religión de muchos siglos! ¡Infame horror! ¡Las iglesias están contaminadas!

MUCHAS VOCES. — ¡Horror infame! ¡El odio! ¡El exterminio!

FRÉNESEN *(sigue revolviéndose entre los grupos)*. — ¡Malditos sean en sus hijos, en sus mujeres, en sus ancianos! ¡Sus hogares no tengan honra, ni pan, ni agua, ni fuego! ¡Más que personas, vaguen como hambrientos mendigos, sobre sus pastos quemados, a través de sus bosques en llamas, blasfemando como las almas caídas, como los vagabundos sin Dios!

VARIAS VOCES. — ¡El odio! ¡El odio! ¡La guerra!

FRÉNESEN. — ¡Qué las fuerzas del mal se acumulen para hundir a los arteros! ¡Que queden deshechos los cráneos de los profanadores! ¡Ay de ellos! ¡Los dioses de la espesura violada, los mármoles rotos, las telas, los poemas a la hoguera arrojados y las honras muertas canten la furia horrenda de las matanzas sin lástima! ¡Tú tienes mujer! ¡Tú tienes una novia! *(Se revuelve entre los grupos.)* ¡De ellas siempre has

pensado cosas celestes! ¡Pueden ser violadas! *(Se revuelve entre los grupos.)* ¡Los viejos ven venir de lejos el hambre y la muerte y las casas donde están, los comedores donde están las cunas, donde murieron los idolatrados de nuestras almas, pueden desmoronarse, los ancianos morir y las novias arrastrar por las praderas, huyendo, el velo virginal, manchado de sangre! ¿Irás tú? ¿Irás tú? ¿Irás tú? *(Se revuelve entre los grupos.)*

VOCES. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Todos! ¡Todos a la guerra!

FRÉNESEN. — ¡Caigan sobre los enemigos los delitos de la frontera! ¡Se desplomen los mundos, los terremotos abran cráteres y sepulten la orgía homicida!... ¡Sea ella por los siglos una muda ruina y la nada flote sobre ella con su tiniebla infecunda!

(Entra Olof, corriendo, y se para en frente de todos, airado.)

ESCENA XI

OLOF Y DICHOS

OLOF. — ¡La maldición debe caer sobre los que pudieron evitar la guerra! ¡Ahora triunfan los locos del homicidio! ¡Van a hundir la trompa entre el estiércol de las vísceras rotas!

VARIAS VOCES. — ¡Es un traidor! ¡Mátenlo! *(Todos se alborotan y pretenden rodearlo.)* ¡Te hubieras quedado en tu casa! ¡Avaro, miserable!

UNA VOZ. — ¡Me pegaste una bofetada! ¡La vas a pagar!

OTRA VOZ. — ¡Mis hijos murieron de hambre! ¡Yo me lastimé en el trabajo y él no me dió dinero para mantenerlos!

OTRA VOZ. — ¡Es un sucio! ¡Un infame que no tiene piedad!

OTRA VOZ. — ¡Ha robado sus riquezas al sudor de los pobres!

MUCHAS VOCES. — ¡A él! ¡A él!

OLOF. — ¡Mi muerte, eso es lo que quieren! ¡Fratricidas!

HARALD *(conteniendo a Olof)*. — ¡Vamos! ¡Calma!

MUCHAS VOCES. — ¡Mátenlo! ¡Mátenlo!

AXEL. — ¡Dios los libre! ¡Ustedes no son asesinos! ¡No son asesinos!

VOCES. — ¡A usted también le ha pegado! ¡No es su padre!

FRÉNESEN *(muy airado, atropellando al pueblo y conteniéndolo.)* ¡Frénesen no va a mandar un ejército de asesinos!

(En ese momento hay espacio central entre el pueblo. Por ese espacio penetra Selma, con las manos juntas, rezando. El pueblo, poco a poco, se calma. Selma se arrodilla y dice:)

SELMA. — ¡Recemos por los que sufren, por los héroes que van a morir, como reza el cielo de la noche, la melancólica plegaria sobre las novias abandonadas.

(El pueblo se retira, rápido. Va bajando el telón. Cuando el escenario está libre quedan Axel y Selma.)

ESCENA XII

AXEL Y SELMA

AXEL. — ¡Adiós, Selma! ¡Reza por nosotros!

SELMA. — ¡Axel, adiós! *(Se estrechan la mano y se retiran, ella hacia sus habitaciones y él por el fondo. Antes de desaparecer él se da vuelta y dice:)*

AXEL. — ¡Adiós, Selma! ¡Adiós!

SELMA. — *¡Adiós! (Desaparecen.)*

(Se oyen rumores adentro y la voz de Olof que grita:)

VOZ DE OLOF. — ¡La guerra es un crimen abominable! ¡Fieras! ¡Fieras! *(Entra al escenario agarrándose un costado, tambaleándose y seguido de Harald. Sigue hablando.)* ¡Me han herido! ¡Han empezado a ser valientes, esos heroicos del instinto... esos cobardes de la voluntad! ¡Abominables! ¡Fratricidas! *(Llegan Selma y Hedda y cae el telón.)*

ACTO III

Cuarto de Axel. Bibliotecas. Libros sobre el escritorio, papeles polvorientos.

Escena I

Olof

Olof. — ¡Esa es la guerra! ¡Empezaron por mí y no lograron matarme! ¡Ahora ya estamos en la carnicería y en el incendio! ¡Charcos de sangre, miembros despedazados y escombros! ¡Ciudades, selvas, praderas destruídas... la desolación del exterminio, sobre el gran cementerio sin cruces! ¡Esa es la guerra! ¡El luto en todas partes... ancianos sin hijos, muchachas sin amantes, muchas lágrimas y desesperanzas, hambres y pestes para el futuro , las fecundidades y las fiestas de la vida en marcha, detenidas por el triunfo de la muerte! ¡Dios ha sido dominado por la bestia humana, la razón ahogada por los sanguinarios! ¡Los siniestros homicidios entenebraron su esplendor! ¡La ciénaga reemplazó a los jardines, a los hogares las covachas de los brutos!... La voz melodiosa y suave del amor humano se fué lejos de la tierra, donde se enseñorea y estrépita el bramido del instinto! ¡La guerra es como el invierno! ¡Todo está solo y mudo! ¡La noche reina sobre las selvas

sin savias, sobre las ramas sin hojas! ¡La forma muere! ¡Triunfa el esqueleto rígido! ¡Esa es la obra del silencio moral, que transforma a los campos en yermos y a los afectos en inconsolables soledades! ¡Ya no hay fraguas! ¡Los obreros han ido a la guerra! ¡La bestia humana destruyó al trabajo y ahora canta la apoteosis del escombro! ¡En las casas ya no hay almas!... ¡No quedan sino retratos... y congojas! ¡Hace seis meses que ha empezado y que la fragua calla! ¿Cuántos volverán? ¡Y los vemos salir como para una fiesta entre las sinfonías militares y no saben que esos son los preludios de la fúnebre marcha! ¡Después, sobre la tierra, queda el dolor! ¡Lo sufren los inocentes... las mujeres que no saben sino amar, los niños, que no ofenden a nadie! ¡Y los obreros se van sin saber por qué, arrastrados por los crueles, sirviendo casi siempre inconfesables lascivias de autócratas! ¡Se van como los rebaños, que balan y lamen la mano del que los degüella! ¡Una cosa me inquieta! ¡Tal vez yo no he amado a los trabajadores, no he perdonado bastante; pero Dios me perdone a mí también si he hecho mal! ¡Yo quise que fueran libres a través de la brega sin descanso, a través del ahorro intenso, haciendo padecer al cuerpo y ejerciendo la voluntad férrea para que fuera creada la familia altiva, que no necesita el mendrugo y las sobras del festín ajeno! ¡Yo los traté como si fueran caballeros! ¡Los creí gallardos y suficientes para bastarse solos; pero los otros los hacen matar en las batallas como bastardos y después aumentan los pobres, los esclavos... y las deshonras! ¡A ellos los victorean... y a nosotros nos lapidan! ¡Siempre ha sucedido así, desde siglos! ¡Los reyes y los conductores de razas, en vez de oponer baluartes a las ideas homicidas, las visten con un ropaje de inmortalidad y las hacen amar como una esperanza

de gloria! ¡Mentira es eso... mentira! ¡Y no se acaba! ¡Vencedores y vencidos, a los años, vuelven a empezar! ¡Olvidan la razón y los muertos! ¡Olvidan las soledades que produce la guerra! ¡Así está mi casa! Ha perdido los suaves aromas. Los árboles concluirán por secarse, porque les faltará la mano que les dé agua y el hacha que los pode! ¡Entonces las ratas y los insectos pululan en las casas solas, las corroen y ensucian! ¡La carcoma marchita las hojas, pulveriza las cortezas y mata la medula de las plantas abandonadas! ¡Así en este cuarto de Axel ya no hay amor! ¡Es triste como las ruinas y húmedo como los sótanos! ¡Nadie viene aquí hace seis meses! ¡Está lleno de tierra y de moho! Estoy seguro que los vermes y la polilla han mordido esos libros *(señala la biblioteca)* y estos manuscritos tan amados por él. Hoy es el día de su cumpleaños. ¡No sé qué fuerza extraordinaria me arrastró hasta aquí! ¡Me parecía que todos estos muebles iban a hablar y a saludarme! ¡Nada! ¡Qué fría sordomudez! ¡Yo creí que estando esto tan lleno de su vida, podrían sus átomos formar una estatua que tuviera su hermoso rostro y su gallarda persona! ¡Nada!... ¡El frío y el silencio en todas partes! ¡Su retrato allí en la obscuridad, como si no quisiera mirarme! ¿Si será capaz la guerra de matar hasta los recuerdos?
(Entra Harald.)

Escena II

Olof y Harald

Harald. — ¡Amanecer hermoso, Olof!
Olof. — ¡Sí! ¡Desde este cuarto!
Harald. — ¡Hoy especialmente!

OLOF. — ¡Es cierto; estaba pensando en Axel! Es el cumpleaños de él y no está. ¡Eso fuera triste si los hijos nos amaran!...

HARALD. — ¡Y más triste todavía si no nos aman!

OLOF. — ¡Yo no merezco eso! ¿Por qué no me ha escrito? ¡Porque he sido violento, porque no entiendo la vida de los que pelean y no sé qué hacerme con los contemplativo y con las liras que suenan a hueco? ¿Y qué hay con eso? ¡Si fuera un poderoso, mi manopla de hierro se impondría sobre la testuz de los que destruyen en la guerra! ¿Qué han fecundado? ¡El humus se empapa con sangre! ¡Las casas se llenan de lágrimas! ¡Los vencidos se agotan y los vencedores se corrompen! ¡Se hacen orgiásticos! ¡Y cuando esa demencia se apodera de los nuestros y uno usa la mente y los músculos para anonadarla... entonces los hijos se alejan, maldicen a los padres y los castigan con el abandono!...

HARALD. — ¡O los castigan muriendo!...

OLOF. — ¡Yo lo he predicado! ¡El trabajo crea; eso es honor en la vida, virtud y ejemplo para los que sobreviven!

HARALD. — ¡Y a pesar de eso los castigan muriendo, y te sucediera, tal vez, fuera quebrada tu alma de bronce! *(Muy sombrío.)* ¡Date vuelta! ¡Llega Axel muerto!

OLOF. — ¡Qué sombrío estás! ¡Eso es feroz!

HARALD *(le aferra una muñeca)*. — ¡Date vuelta, te repito! ¡Ahí llega Axel muerto! ¡Ah, te has conmovido! ¡Te has conmovido! ¡Este es el fuerte! ¡Mírenlo! *(Suelta una carcajada.)*

OLOF. — ¿Tú estás loco? ¿Qué te pasa? ¡No te equivoques! ¡El bronce no estalla así nomás!

HARALD. — ¡Ah! ¿No estalla? *(Cierra todas las puertas y se acerca con violencia.)*

Olof *(con fuerza).* — ¿Por qué cambias así? ¿Qué luz bárbara tienes en los ojos?

Harald *(le da una silla).* — ¡Siéntate aquí! *(Se sientan los dos.)* ¿Sabes tú lo que es superior al trabajo y al dinero que guardas en tus talegas? ¿Sabes lo que es mejor que el ahorro, mejor que la gloria, mejor que el apellido? ¡Es la bondad! ¡Eso nos falta a los dos! ¡Es la misericordia! ¡Eso no hemos conocido nunca! ¡Es la justicia de que carecemos y nos hace inhumanos!

Olof *(levantándose, con fuerza).* — ¡Estás en mi casa! ¡Cuidado! ¡No quiero olvidarme de la hospitalidad!

Harald. — ¡La avaricia sórdida nos hace brutos! ¡No te agites! ¡Yo he sido peor que tú! ¡No he venido a retarte... sino a confesarme! ¡Tú has muerto a tu mujer!...

Olof. — ¡Fué la miseria!...

Harald. — ¡Tú me lo dijiste: ¡Murió por culpa mía! ¡Yo la arrastré sin lástima a través del hambre y de los tugurios!... El oro te fascinó con su brillo ponzoñoso! ¡Era necesario el tesoro; luego, lo más sencillo era llegar a él obligando a producirlo a los que nos aman, haciendo que todos trabajen para ti y para eso... aunque queden muertos en el camino, como tus obreros y tu mujer *(con gran fuerza)* y como va a quedar Axel, que ha ido a la guerra con intenciones de no volver!... ¡Ese es el resultado de nuestras degeneraciones!...

Olof. — ¡Virtudes son que han enriquecido mi casa! ¡Luego, para nada sirven los años que he pasado trabajando! ¡No continúes! ¡No quiero olvidarme que eres mi hermano!

Harald. — ¡No! ¡La virtud no mata a los hijos! ¡La virtud no edifica destruyendo! ¡No me olvido que soy tu hermano y más feroz que tú!

Olof. — ¿Me amenazas todavía? ¿Qué te pasa?

Harald. — ¡Yo lo he muerto a mi hijo, sí! ¡Yo he enloquecido a mi mujer!

Olof. — ¿Estás delirando?

Harald *(se sienta con el ceño duro y contraído).* — ¡Era de diez y ocho años mi hijo, bueno como Axel, hermoso como una estatua! ¡Tenía una novia y no le gustaba el mar! ¡Quería los libros! ¡Amaba la ciencia! ¡Estudiaba el día entero; pero yo quise hacer pesar sobre él el dominio paterno: Has de ser capitán tú! ¡Ese barco será tu herencia! ¡Has de ser capitán tú, le gritaba a cada rato! ¡La madre imploraba y él resistía con seriedad y tristeza! ¡Lo encajé de grumete a bordo y un día, en una tormenta ensordecedora, lo mandé echar rizos a una vela y desobedeció! ¡La tripulación estaba presente! ¡No toleré la indisciplina! ¡Crucifíquenlo en las jarcias!, grité. ¡Y cuatro marineros lo aferraron y lo ataron de pies y manos en los obenques! ¡Lo crucificaron así *(se detiene)*, y él, sin hablar, con el pecho al mar y el dorso sobre los flechastes... con los brazos abiertos y las muñecas amarradas hasta saltarle sangre y los pies juntos, no dió un grito solo, ni una queja sola y duró no sé cuánto tiempo entre los relámpagos, en el aire obscuro!... ¡Cuando lo bajaron, besó a la madre en silencio y lo acostaron en su camarote! *(Se detiene.)* ¡Al día siguiente amaneció ahorcado... con la cara negra... y la lengua gruesa, mordida entre los dientes! *(Se detiene.)* ¡Por la noche fué amortajado! *(Se detiene.)* ¡Dos marineros lo sostuvieron bajo los hombros; otros dos lo agarraron de los pies y de la ferralla, que de allí colgaba!... ¡Yo vi que los demás se arrodillaban a rezar... y un bulto blanco saltó por el aire y se hundió en el mar con una centella! *(Se detiene.)* ¡Era su cadáver! ¡Un horrible alarido, que dominó los rumores del huracán, lo acompañó en la caída!...

¡La madre estaba loca... y yo caí sobre cubierta con un sollozo sin lágrimas, que me rompía el vientre y que no se acababa nunca... *(se detiene)* y los marineros me dijeron, después, que durante tres días había marchado el barco sin capitán, sin gobierno y sin rumbo a través de la lúgubre inmensidad de la borrasca!... *(Se detiene, agitado.)* ¡Si Axel llega de la guerra... ámalo!... ¡Ahora sabes la causa de mis dulzuras!... ¡Ese bulto y esa ferralla que se hundieron en el mar se llevaron también las gallardías del capitán Harald!... ¡Eso me ha enseñado a ser misericordioso con los míos... y con todos los que padecen!... ¡La piedad es sublime, la bofetada es sucia y el remordimiento enseña a perdonar!... ¡Y, te repito, si llega Axel de la guerra, ámalo *(se detiene y le dice al oído, con voz dolorosa)* y no la mates a Selma!

OLOF. — ¡Horrible es tu cuento! ¿Por qué me dices eso?

HARALD. — ¡Porque Selma lo ama y tú no has visto! ¡Se comprende! ¡En la fábrica hay mucho humo y más hollín! ¡No se ve! ¡En tu mente el hierro y el acero que es necesario transformar, en grandes arcos para puentes, en gruesas columnas, en máquinas gigantescas, a ti también te han transformado en un cíclope bárbaro y la única pupila de tu frente está tapada con una plancha de hierro! ¡Por eso no has visto que se aman, se buscan, tiemblan cuando están cerca y se regalan fresas y helechos, y no has comprendido que no deben lastimarse esas divinas purezas; *(con voz agria:)* pero si tú quieres puedes aumentar los sepulcros!... ¡Has muerto a tu mujer!... ¡Haz lo mismo con Axel!... ¡Ten cuidado! ¡Selma no come, no duerme, no vive, y si ella muere, ay de nosotros, porque puede acontecer que tú te abraces con este Harald, que crucificó al hijo *(con gran fuerza)* y los dos nos trituremos el espinazo contra las rocas!

Olof. — ¿Tú me amenazas?

Harald. — ¡No; pero si eso sucede estaremos de más, porque habremos sido verdugos! ¡Nuestra familia se habrá extinguido y nos ahogaremos los dos en el mar!...

(Se oye, de adentro, la voz de Selma.)

Voz de Selma. — ¡Olof! ¡Olof!

Harald *(muy triste)*. — ¡Es Selma! Yo me voy. No quiero que me vea así. ¡Y a ti, Olof, te pido perdón y te estrecho la mano, porque tú no has de querer que Selma se muera!

Olof. — ¡Por mi conciencia, te lo prometo!

Harald. — ¡Gracias, Olof! *(Los dos hermanos se abrazan. Harald se retira.)*

Escena III

Olof y Selma

(Selma llega con una canasta de flores: rosas y muguetes.)

Selma. — ¡Buenos días, Olof! *(Abre una ventana.)*

Olof. — ¡Gracias, Selma! ¡Buen día!

Selma. — ¡Hoy es el día de Axel! He venido a saludarte. ¡He abierto esa ventana para que entrara el sol y el aire fresco de otoño! ¡Hoy es el día de Axel!

Olof. — ¡De eso me estaba acordando; pero él se ha olvidado de nosotros!

Selma. — ¡No! Me ha escrito. Pronto vuelven. Dicen todos que la guerra ha concluído!

Olof. — ¿Y Frénesen? *(Silencio de Selma.)* ¿Y Frénesen? *(Nuevo silencio de Selma.)* ¿Ha muerto, acaso? ¡Dímelo, Selma, sin ambajes! ¡Estoy tan solo que no me importa una soledad más!

SELMA. — ¡Aquí está la carta! *(Saca una carta de adentro de la canastilla.)*

OLOF. — Léela!

SELMA *(lee)*. — "¡Hace cuatro días hemos peleado; Frénesen ha sido herido en la frente! ¡Si es posible lo llevarán a casa! ¡Cuídalo! Ese es un héroe! ¡El ejército presentó las armas cuando lo llevaban en la parihuela! ¡La victoria es nuestra; pero estamos de nuevo frente al enemigo! Yo tengo un brazo lastimado. ¡No es nada! Mañana es la decisiva. ¿Quién sabe lo que sucederá? ¡Llega el día de mi cumpleaños! ¡Amame mucho ese día... *(se detiene, conmovida)* más que antes! ¡Visítalo a mi padre!... ¡Sé que mejoró de la herida; pero también sé que está muy solo! ¡Acuérdate de mí! *(Se detiene.)* ¡Tú me dijiste: Yo te amaré hasta después de la muerte... en el eterno amor del impenetrable misterio!

OLOF *(conmovido)*. — ¡A ver eso! *(Toma la carta, la lee y la besa a Selma.)*

SELMA. — ¡Es una carta melancólica; me aflige; pero Dios lo salvará!

OLOF. — ¡A los dos los salvará, Selma!

SELMA. — ¡He traído esta canasta de flores para ponerla delante de su retrato!... Son las últimas rosas... Tal vez él sienta, allá donde está, su perfume... y se pondrá contento!

OLOF. — ¡Dios te bendiga!

(Selma va a colocar la canasta sobre una cómoda, cerca del retrato, se vuelve y dice:)

SELMA. — ¿Pero cómo está todo esto?

OLOF. — ¿Qué hay?

SELMA. — ¡Mucho polvo!... Los muebles están cubiertos de moho y húmedos... Voy a limpiarlos por si ellos vinieran... *(Saca un pañuelo de seda y empieza a limpiar)*. ¡La luz no ha entrado acá! ¡Los muebles

y las telas quieren al ozono para no apolillarse! ¡Tú has tenido cerrado esto! ¿No es cierto?

OLOF. — ¡Sí! ¡Axel me indignó mucho y desde entonces no quise ver nada de él!

SELMA. — ¡Pero su aposento no tiene la culpa! ¡Estaba acostumbrado a mirar al bosque por esa ventana y a saludar el sol todas las mañanas! ¡Quería ver la aurora! ¡Le gustaban los gorjeos de los pájaros! ¡Amaba los nidos, el olor de la huerta y el aroma sabroso de la fruta madura! Tú le has cerrado los ojos y el aposento se ha entristecido. Abramos la otra ventana... ¡Ayúdame! *(Lo hacen.)* ¡Qué hermosa luz! ¡El abuelo se va a alegrar mucho cuando vuelva aquí! *(Mira el escritorio.)* Y estos manuscritos están mojados y polvorientos. ¡Se perderán! ¡Todo lo voy a limpiar!

OLOF *(muy sombrío)*. — ¡Ellos tienen la culpa de esto! ¡Pudieron impedir la guerra; pero se emborrachan con los clarines y se enloquecen con el estruendo! ¡Están enfermos de heroísmo y esa es planta malsana! ¡Después las casas se enferman! ¡Sobre ellas cae el otoño!...

SELMA *(siempre limpiando, se interrumpe, se encara con él bruscamente, con ímpetu)*. — ¡Y esa es estación triste y silenciosa, como los niños que no juegan porque no tienen salud y se van pronto a la eternidad; pero yo también te digo que es preferible morir antes que perder el decoro y verse obligados a arrastrar por el suelo la frente, condenados por la humillación a no mirar el cielo!...

OLOF. — ¡Selma! ¡Dios no quiere que los hombres se maten!

SELMA *(siempre arreglando y limpiando)*. — ¡Pero Dios dijo también: "No hagas a los demás lo que para ti no quisieras".

OLOF. — ¡Selma! ¡Selma! ¡Y en este día!...

SELMA. — ¡No lo digo por ti! Toma esta rosa. ¡Si todos fueran buenos! ¡Si supieran que el sarcófago es muy tétrico cuando encierra a los jóvenes! ¡Tienes razón! En vez de matarse, ¿por qué no se ayudarán entre ellos como se hace con los árboles nuevos? ¡El amor los rodea! La mano del labriego los sostiene; la tierra les da sus linfas a raudales y la luz sus rayos. ¡Así la planta florece entre las fiestas del sol; pero los hombres hacen lo contrario... lo contrario! *(Sigue en su faena de limpiar con el plumero.)*

OLOF. — ¡Estás muy agitada! Siéntate. Quiero conversar mucho contigo. ¡Qué buena eres! ¡Y yo que había pensado que todos me odiaban!

SELMA. — ¡No me siento porque me parece que hoy va a venir el abuelo; pero a ti te repetiré lo que Harald decía: "el mar es rudo, pero es un caballero. El mar no odia. Sus aguas son puras; el aire salino es fresco y sano y el alma de los marinos es cristalina y limpia como los manantiales..." Esa pasión torva no la conocíamos a bordo... Y yo soy Selma. He crecido en el barco. Soy buena como el corazón del mar y tranquila como la noche en los puertos... mientras tú nos has ofendido!... ¿Pensabas que te odiábamos? ¡Y te has guarecido aquí como en una fortaleza sin ver a nadie, como los forzados, y no te asomaste a la ventana el día de tu cumpleaños cuando yo pasé cantando!... Y te traía muchas fresas... Entonces le dije a mi padre: ¡Olof es un perverso! ¡No voy más a saludarlo!

OLOF. — ¿Y no ibas a venir más, tú?

SELMA. — ¡Me olvidé de mis propósitos y eran tan lindas estas rosas! Yo dije: Puede ser que a Olof le gusten. Las voy a llevar a su casa. Ven ¡Ayúdame a colocarlas en los floreros! *(Así lo hacen y colocan los floreros sobre una chimenea.)*

OLOF. — ¡Me gusta mucho oirte hablar, Selma! ¡No te calles!

Selma. — ¡Pienso en Axel, que es tan temerario! ¡Se fué con el alma conturbada! ¿No te dió miedo su mirada? ¿No te fijaste que era siniestra y amenazadora? *(Con un reproche.)* ¡Tú hiciste mal en pegarle! ¿Y si ha muerto en la última batalla?

Olof. — ¡Selma, yo he venido a su cuarto! ¡Yo te he ayudado a perfumarlo con tus rosas! *(Con afecto.)* ¡Tú me has enseñado a ser amable con su recuerdo! ¿Qué más quieres, ahora?

Selma *(con ímpetu)*. — ¡Qué lo ames, quiero, con este fervor mío... con este ímpetu mío... porque *(transfigurándose)* esta pasión calienta toda mi sangre... porque es la tristeza salvaje que es capaz de hacerme morir... porque, si no lo sabes, yo voy a concluir por perder esta dulzura de mi corazón, esta religión piadosa que me dió hasta ahora la fuerza!...

Olof. — ¡Selma! ¡Selma! ¡Cálmate!

Selma. — ¡No! ¡No! ¡Mi hermano ha muerto! ¡Mi madre está loca! ¡Harald tiene una pena secreta y un remordimiento en los ojos! ¿Crees tú que mis diez y ocho años son de fierro y no temes que me haga añicos como un cristal?... ¡Y yo adoro todas sus cosas, entiendes, desde niña!... ¡Lo he venerado como a un Dios y los recuerdos que tengo de él son sagradas reliquias! ¡Me acompañan siempre... ¡Por el sollozo; por el rezo! ¿Y podrá venir algún día, eterno Dios, en que llegue a convencerme que la vida es maldad y blasfemia y en que yo no pueda arrodillarme a rezar en el oratorio? ¡Y después, tú que has gritado tantas veces: solamente la fragua es trabajo! ¡Es preciso sudar y tener las manos sucias para amar encorvados como los esclavos, como si escribir, crear, sentir el arte, defender la patria, proseguir en una vida noble, como la de Axel, en una vida de martirio y de heroísmo, las tradiciones honestas y la memoria inmaculada de los que ya pasa-

ron... como si eso no fuera trabajo, como si eso no fuera amar a Dios!!

Olof. — ¡Selma, no te agites! ¡Si llega el abuelo se entristecerá viéndote así!

Selma *(sin oirlo)*. — ¡Tú se lo has dicho... y con el ultraje... y él me repetía: "No temas. Yo sé que es mi padre. ¡Acuérdate de mí, porque ahora voy a entrar en el arcano de las últimas cosas... en el eterno anonadamiento!... *(Con gran tristeza.)* ¿Sabes lo que quería decir con eso? ¡Tú lo rechazaste! ¡Tú lo rechazaste! Quería decir: "¡Es inútil, Selma, que tú riegues las rosas y te sientes bajo el pino del patio a bordar el emblema de la familia... como antes, cuando te leía mis versos y tú me narrabas las leyendas de amor que en el mar se cuentan!... *(Muy triste.)* ¡Yo llegaré en un féretro, traído por ocho soldados, los compañeros de armas! ¡Estaré rígido, cubierto por la bandera, y te miraré como antes... con las pupilas grandes y fijas... y dulcemente serenas!..." ¡Has entendido que ha ido a morir! ¡¡Has entendido que ha ido a morir!!

Olof. — ¡Selma! De eso no tienen la culpa los padres; pero si yo te he ofendido, si por mí sufres; yo te pido perdón... sinceramente!!...
(Entra Hedda corriendo.)

Escena IV

Hedda, Selma y Olof

Hedda. — ¿Has visto lo que pasa? ¡Es pavoroso! ¡Mira! *(Delirante, señala una ventana.)*

Selma. — ¿Por qué has venido? ¡Me prometiste no moverte! ¿Y el pañuelo que ibas a bordar para regalarlo a tu hijo cuando volviera?

HEDDA. — ¡Tengo miedo! ¿No ves lo que pasa? ¡El cielo se ha puesto obscuro! ¡El mar salta del abismo, braman las olas en las alturas y los buques vuelan sin gobierno como fantasmas locos!

SELMA. — ¡Pero mamá, si hay sol! ¿No ves que hay sol?

HEDDA. — ¡Las nubes disparan grises y amontonadas como un ejército en derrota! ¡Los pájaros se azotan y se atropellan huyendo en la carrera!

OLOF. — ¡Eso es cierto, Selma! ¡Fíjate cómo huyen las bandadas! ¿No será el ejército que vuelve?

(Hedda se acuesta y pone el oído en el suelo.)

SELMA *(asustada)*. — ¿Qué haces? ¿Qué estás oyendo?

HEDDA *(acostada y levantando la cabeza)*. — Pelean! ¡Retruenan los subterráneos! ¡Las granadas revientan en la calígine... Todo tiembla... Las artillerías pasan al galope... Oh, horrible estruendo! ¡Las baterías hacen fuego! ¡Siguen! ¡Parece que estallara el mundo en ese bárbaro fragor!

SELMA. — ¡Levántate! ¡Es un delirio!

HEDDA. — ¡Sigue el retumbar... y de más lejos contestan! ¡Son como andanadas! ¡La tierra se despedaza en hondas grietas y yo sigo los rumores ondulantes a través de la entraña, como lamentos lúgubres!

SELMA. — ¡Levántate! ¡Por tu hijo, levántate!

OLOF. — ¡Obedece a Selma, que tanto te quiere!

HEDDA *(siempre en el suelo)*. — ¡Repiquetea! ¡Repiquetea! ¡Fuego! ¡Fuego graneado! ¡Es la fusilería! Ahí los veo! ¡Caen! ¡Caen! ¡Caen los unos sobre los otros, rígidos... contraídos... céreos... sobre los cuajarones de sangre! ¡Qué golpes secos! ¡Záz! ¡Záz! ¡Son las balas que matan a los cadáveres!... ¡Ahora los ruidos se van lejos, lejos... como la vergüenza de los esqueletos en derrota... y los soldados se van, con las banderas en girones... con las ropas en girones... arrastrándose en grupos que miran para atrás de miedo!

SELMA. — ¡Dios de misericordia! ¡Cuánto sufro!

HEDDA *(en un brutal delirio)*. — ¡Y de nuevo un tropel... un sacudimiento de ferocidad en el aire... relámpagos de sables... abalanzarse de caballerías húmedas de sudor y de sangre... y un largo alarido... la lubricidad canalla de la matanza sin cuartel... y un estentóreo rumor de avalancha que se desgaja a saltos... un siniestro zumbar de tromba en vértigo a través de los muertos... lejos hacia los fugitivos despavoridos!... ¡Ahí los matan! *(Se levanta aterrorizada por la escena.)* ¡Les rompen los cráneos... los pasan a degüello!... *(Selma llora.)*

ESCENA V

HARALD, HEDDA, OLOF Y SELMA

(Entra Harald, la sujeta de las muñecas y la trae al medio.)

HARALD. — ¡Basta! ¡Basta! ¡Has hecho llorar a Selma! ¡Vete con ella!

SELMA. — ¡Dios mío! ¡Dame tú la fuerza!

HARALD. — ¡Llévatela! ¡De una vez! *(Se van las dos mujeres.)*

ESCENA VI

HARALD Y OLOF

OLOF. — ¿Qué hay? ¿Estás dolorido tú? ¿Es la derrota, acaso?

HARALD. — ¡No! El enemigo huye... ¡Ha dejado todo en el camino... cañones... vituallas... parque!...

Olof *(rápido)*. — ¿Y luego, por qué estás aquí?

Harald. — ¡Frénesen gravemente herido en la primera batalla!...

Olof. — ¿Y Axel?

Harald. — ¡En las dos batallas herido! ¡Los traen a los dos!... ¡Axel viene muy adelante!...

Olof. — ¿Los has visto? ¿Están vivos?

Harald. — ¡Sí! ¡Axel ahí está! ¡Ya llega!

Olof. — ¡Dios nos castiga! ¡Dios nos castiga!

(Entran otra vez Selma y Hedda.)

Escena VII

Selma, Hedda, Harald y Olof

Selma. — ¡Padre, llegan heridos! ¡Perdóname!... ¡No quiero estar sola en casa! ¡Allá hay un tumulto de gente! *(Se asoman a la ventana. Se oyen clamores de victoria más cercanos. Se ven soldados y aldeanos.)* ¡Serán ellos que vuelven, oh mi padre!

Harald. — ¡Sí! ¡Sí! *(La abraza a Selma.)*

Selma. — ¿Hablaste con ellos?

Harald. — ¡Con Axel! ¡Ahí está!

Selma. — ¡Frénesen ha muerto, entonces, Dios de mi vida!

Harald. — ¡Lo traen muy despacio!... ¡Está mal herido!

(Entra la multitud, gritando:)

Multitud. — ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Vivan los héroes!

(Entra Axel con el pueblo. Tiene el brazo izquierdo vendado y en cabestrillo. La casaca militar puesta en el brazo derecho y echada sobre la espalda izquierda. Entra acompañado por Harald. Tiene la tez bronceada.)

Escena VIII

Axel, Hedda, Olof, Selma y Harald

Axel. — ¡Selma! ¡Selma!

Selma. — ¡Me he puesto de rodillas!... ¡Yo te venero, y bendigo al Señor que te ha salvado!

Axel. — ¡Ven, Selma! ¡Levántate! ¡Ayúdame con Harald! *(Selma se levanta y se acerca.)*

Selma. — ¡Estás muy pálido! ¿Padeces mucho?

Axel *(lo sientan en una silla)*. — ¡Estoy mejor!... ¡Me hirieron en las dos batallas! ¿Y mi padre, no está? ¡No lo veo!

Selma. — ¡Sí... allá en el tumulto!... ¡Está arrodillado rezando por el abuelo! ¡Leyó tu carta y me besó en la frente!

Axel. — ¡Llámalo! ¡Llámalo!

Selma y Axel. — ¡Olof! ¡Olof!

(Este se levanta y le extiende la mano, con mucha emoción, a los dos.)

Axel. — ¡Padre! ¡Yo no he podido morir! ¡Tal vez Dios pensó que eso no era bien hecho! ¡Yo te pido perdón!

Olof. — ¡Tú eres un bravo y un generoso! ¡Yo he sido culpable; pero Selma ha triunfado! ¡Me dió siempre su noble corazón! ¡Me ha hecho bueno en estos seis meses de silencio!

Axel. — ¡Yo te ofendí desobedeciendo! ¡Si supieras el respeto que me inspiran tu virtud y tus sacrificios!

Olof. — ¡Tú eres heroico y grande como Frénesen! ¡Benditas sean las rosas, Selma, que trajiste esta mañana!

Hedda. — ¡No le vuelvas a pegar, Olof! ¡Ha vuelto de la guerra! ¡Es mi hijo! ¿Entiendes? *(Se sienta al lado de él y lo acaricia.)*

Axel. — ¡Mísera! ¡Cuánta pena me causa!

Selma. — ¡Te cree mi hermano!

Axel. — ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!

Olof. — ¿Y habiendo tanto dolor fatal e irreparable, todavía buscamos nosotros más calvarios?

Hedda *(a Axel)*. — ¡Yo te he esperado tanto! ¡He puesto sábanas blancas en tu cama y un ramo de muguets en la mesa! ¡Ahí está también tu barquito de oro con que tú jugabas de chico! ¡He llorado tanto y tanto lo he besado! ¡No te irás más!... ¡Yo no quiero!... Cuando te tiraron al mar, Dios me dijo: "Yo le voy a resuscitar al tercer día. Después vendrá la guerra y él volverá con una corona de encina, como los héroes!..." ¡Ahora estás aquí! ¡Ya no te irás!

Axel. — ¡Melancólica y mártir! *(La acaricia.)* ¡Cuánto he pensado en ti, pobre corazón muerto!

Selma. — ¡Ya no se irá!

Hedda. — ¡Te han herido! ¿Por qué tienes el brazo vendado? *(Llama con voz fuerte.)* ¡Harald! ¡Harald!

Harald *(con gesto)*. — ¡Vamos! ¡Tú afliges a todos! ¡Cálmate!

Olof. — ¿Se va a mejorar Axel?

Hedda *(airada, a Olof)*. — ¡Tú calla! ¡Haz penitencia! ¡Macérate en la disciplina y vete al desierto! ¡Tú no eres su padre!

Selma *(a Olof)*. — ¡No te ofendas! ¡Piensa que Dios es piadoso y da alegrías hasta a los inconcientes!

Olof. — ¡Sí, Selma! ¡Y transforma el odio en caridad y abre la mala tiniebla para que la luz de la razón lo obligue a uno a ser justo!

Hedda. — ¡Estás muy pálido! ¡Que huela tus rosas, Selma! *(Esta trae algunas y lo hace.)* ¿Estás mejor, ahora?

Axel. — Sí, mi buena madre!

Hedda. — ¿A ver? ¡Repite eso! *(Se pone a escuchar.)*

AXEL *(muy afectuoso).* — ¡Sí, mi madre adorada!
HEDDA. — ¡Es su voz! ¡Qué dicha! ¡Es su voz!
(Se oyen rumores más cercanos.)
HARALD. — ¡Olof, Frénesen está cerca! *(Se asoman.)* ¡Los soldados que lo traen empiezan a subir la cuesta!
OLOF. — ¡Vamos! ¡Adiós, Axel! *(Se van los dos hermanos.)*
HEDDA *(a Axel).* — ¡Yo te beso! ¡No quiero que sufras!
SELMA. — ¡El te pide quietud! ¡Te pide que lo esperes en casa! ¡No le has preparado las sábanas blancas!
HEDDA. — ¡Si tú quieres, hijo mío!
AXEL. — ¡Sí, mi buena madre!
HEDDA. — ¡Te espero, ven pronto, y tú *(a Selma)* cuídalo, cuídalo! ¡Después que llegue Frénesen vengan todos a casa! Los espero. La fragua es mala. ¡No se queden acá! ¡Adiós! *(Se va. Quedan Axel y Selma, sentados los dos cerca.)*

ESCENA IX

SELMA Y AXEL

SELMA. — ¿Y cómo fué, Axel, esa horrible cosa?
AXEL. — ¡Así fué! Los enemigos huían, dispersos, arrojando las armas. Un reducto resistió. La artillería diezmaba a nuestros soldados. Frénesen me dijo: ¡Vamos a tomar eso, Axel!, y le contesté: ¡Vamos! Entonces, por un atajo, con cien soldados, caminando agazapados entre los matorrales y las breñas, por la espalda saltamos adentro y los vencimos... Se hizo una carnicería de sangre y de vísceras... El reducto fué tomado; pero yo recibí un balazo aquí *(señala el brazo)* y al abuelo lo vi caer... con la frente herida mortalmente!

SELMA. — ¡Oh, generoso Frénesen! ¡El mundo va a llorar su muerte!

AXEL *(le estrecha la mano con gran emoción).* — ¿Sabes por qué estoy triste?

SELMA. — ¡Axel! ¡Axel! ¿Te desvaneces tú?

AXEL. — ¡No! ¡Yo estoy triste porque el alma de la patria va a morir con él! ¡Se van las hidalgas tradiciones y el heroísmo ingenuo y sagrado! ¡Se pierde toda una leyenda! ¿Te acuerdas, Selma? ¡Era un enamorado de los helechos y de las fresas ese fuerte! ¡Idolatraba el emblema de la familia y lo fecundó con su sangre! *(Con gran dolor.)* ¡Pobre y grande poeta del fiord tranquilo, oh cantor de las glorias del mar! ¡Eres el último gentilhombre de tu raza! ¡Déjame, Selma, que te diga todo, déjame que solloze! ¡Yo sufro como los árboles que lloran antes de secarse y ojalá sobre mi mejilla se cristalice el llanto como se cuajan las lágrimas sobre las cortezas! ¡Era intrépido como los negros osos de nuestras selvas! ¡Perdonaba y rezaba! ¡Ya no veremos cruzar por estos jardines la gallarda figura! ¡Nuestro comedor estará solo, cuando él ya no se siente en la cabecera... con el pelo blanco... la mejilla rosada y fresca y el alma distinguida en toda su persona! ¡Qué inviernos nos esperan! ¡No habrá cuentos al lado de la chimenea! ¡Nadie narrará las hazañas de próceres muertos, ni las cortesías exquisitas de las abuelas! ¡Frénesen es un ejemplo que se va, una forma de varón ideal que desaparece y consigo se lleva el culto de la gloria! ¡Si yo pudiera, como él, amar los helechos y derramar toda la sangre peleando por el honor de nuestras montañas! ¡Hubiera muerto yo también para que me sepultaran aquí... para que tú nos miraras siempre con tus ojos serenos y virginales!...

SELMA *(interrumpiendo con angustia).* — ¡No, Axel! ¡No te desesperes más!

Axel *(como si no oyera).*—¡Y nos miraras hasta la vejez extrema... hasta que te llamáramos lejos del mundo... hacia los cielos de Dios... hacia las ternuras eternas!!

Selma.—¿Y si hubiera esperanzas, y si el Señor lo conservara todavía para nosotros?

Axel *(con viveza).*—¡Hace tiempo, Selma, que ese hombre está fuera del mundo! ¡Esas grandezas ya no se comprenden! ¡Era el poeta de la Naturaleza! ¡Era su caballero! ¡Por eso ella se entristece y se arrodilla para ver pasar su féretro! ¿Por qué quieres impedirlo? ¡Déjalo morir! ¿Para qué quieres tú que viva? ¡Se iría lo mismo después, consternado, como los corazones inconsolables, cuando viera como olvida el pueblo a sus héroes muertos! *(Con gran viveza.)* ¡Nos entierran en una estepa, en un informe montón de osario, Selma... donde no hay cruces, ni madres *(se detiene)*, donde no se oye más plegaria que el chirriar de las águilas y el mugir del viento a través del desierto solitario *(se detiene)*, donde los osos pisotean y enlodan la tierra sagrada, melancólica urna de nuestros huesos, y donde los renos escarban con las astas, enfurecidos por el olor de la sangre cuajada en el siniestro podridero y los lobos hambrientos se lamen el hocico y rechinan los dientes para desgarrar los despojos descubiertos! ¡Tú has visto a los soldados perecer en la cruzada! ¡Muriendo conquistaron las soledades! ¡Han dominado a los bárbaros! ¡Busca un túmulo, Selma, en todo el desierto! ¡Fíjate si hay un mármol, un solo epitafio en el cementerio de los anónimos, que murieron para arrojar a la horda salvaje fuera del territorio! ¡Qué le importa a los que viven, de los jóvenes cruzados y de los viejos patriarcas moribundos! *(Se detiene, conmovido.)* ¡Dejen a los cráneos tirados sobre los pastos! ¡El huracán hará sonar las costillas de la osamenta mon-

dada como si fueran cuerdas de lúgubres arpas! ¡Déjenlos solos! ¡No han de impedir que vaguen sus almas alrededor de los sepulcros abandonados! ¡Ingratos! ¡Malvados e ingratos! ¡Y no les ha de faltar nunca los rocíos del cielo, ni los aromas de las malezas salvajes, ni el hielo, con su profunda y blanca mortaja, ni la eterna noche que los oculte a las miradas profanas! ¡Eso no muere, como los mármoles que se ennegrecen y se destrozan! ¡Déjalo que se vaya, Selma, y que los hombres lo olviden! ¡La Naturaleza derramará las buenas lágrimas... por los siglos... sobre su memoria venerable!!

(Se oyen grandes rumores adentro y una música suave y triste. Entran el pueblo y soldados, llevando a Frénesen en una camilla. Entran Olof, Hedda y Harald. Colocan a Frénesen en medio de la escena. Está envuelto en una capa negra, con la frente vendada. Todos se arrodillan. Olof, Harald y Hedda están parados al lado derecho y Selma y Axel a la izquierda del abuelo. El pueblo arroja flores al generoso.)

Escena X

Axel, Selma, Frénesen y dichos

Axel. — ¡Selma, ayúdame! ¡Quiero acercarme a él! *(Se acercan los dos.)*

Selma. — ¡Yo ruego a Dios por ti y beso tu mano benéfica, querido abuelo!

Frénesen *(acariciándole y delirando)*. — ¡Tú eres Selma... mi nietecita... a quien yo sentaba sobre mis

rodillas... la caperucita roja del libro de los cuentos... la hada gentil que pasea por el bosque con el largo vestido de raso y el negro cono de terciopelo sobre la cabeza, tachonado de estrellas... Tú consuelas el dolor de las princesas que tienen ceniza en la frente y miserias en la vida!... ¡Dichosos los abuelos... que tienen chiquitas para contarles cuentos!!!

SELMA. — ¡No te fatigues! ¿Quieres acostarte en tu cama?

FRÉNESEN. — ¡No... aquí... en el cuarto de Axel!... ¡Quiero morir al lado de su alma! *(Se desmaya.)*

AXEL. — ¡Olof! ¡Una copa de vino! ¡Está mal Frénesen!

FRÉNESEN. — ¡Sí! ¡Sí! ¡El vino tiene luz de sol... pero más hermosas que la vid de otras tierras son nuestras manzanas y las fresas... debajo de los abedules y de los pinos!...

AXEL. — ¡Pronto, Olof, pronto! ¡Está mal Frénesen!

OLOF. — ¡Padre, yo fuí malvado! ¡Yo ultrajé todos tus amores!

FRÉNESEN. — ¡No! ¡No! ¡En esta hora, en que va a llegar la eterna sombra... yo saludo en ti al fuerte Señor de las fraguas... porque el trabajo es sano y la guerra purifica!... ¡Son dos formas distintas de civilizar! ¡Son dos ejércitos de valerosos los trabajadores y los guerreros!... ¡Son los redentores del mundo!... ¡Eso existirá siempre, mientras viva el alma humana! ¡Estoy cansado! ¡Dame ese vino! *(Lo toma.)* ¡Yo lo conozco!... ¡Se bebía en la fiesta de la familia... para bendecir los novios... y cuando nacían los hijos!... Es fresco y sano como el mar... ¡Sean alegres como este vino! ¡Amen y sean alegres mis nietos! ¡Regálense muchas flores y dense muchos besos... bajo los nidos! ¡Sean novios! ¡En la vida, los que aman están muy cerca de Dios! *(A Axel y Selma, poniendo juntas sus manos.)* ¡Yo los bendigo!

(Se queda el abuelo con las vista fija como si tuviera una visión.)

SELMA. — ¡Se muere! ¡Está mal! ¡Está mal!

AXEL. — ¡Es el delirio, Selma!

FRÉNESEN *(delirando en voz baja primero y señalando con el dedo a los que pasan en su alucinación).* — ¡Los héroes! ¡Los héroes! *(Los ve pasar.)* ¡Salen de las tumbas erguidos... y rígidos en las armaduras oxidadas! ¡Marchan hacia la gloria, envueltos en los trapos corroídos de las banderas, sobre los trofeos conquistados! ¡Desfilan! ¡Paso redoblado! ¡Oh, espectros gloriosos! ¡Ahí van! ¡Ahí van! ¡Harald! ¡Harald!

HARALD. — ¡Padre mío! ¡Oh, virtud santa! ¡Dios salve tu vida venerable!

FRÉNESEN. — ¡No! ¡No! ¡Cuiden el mar! ¡Acuérdate de los Vickings! ¡Miren cómo las proas temerarias tajan las aguas en son de conquista! ¡Paso! ¡Paso! ¡Son los poetas de Escandinavia! ¡Adoran las tormentas, las plácidas calmas! ¡Adoran las noches de los mares solitarios! ¡Cantan el enigma de los misteriosos plenilunios! ¡Descubrieron al mundo! ¡Dominaron las hordas! ¡Oh civilizadores! ¡Habéis transformado el alma humana! ¡Ya no hay dolor! ¡Ya no hay fríos, ni hambres! ¡Todos son justos! ¿Los ves pasar, Harald? ¿Los ves pasar? *(Se desvanece.)*

SELMA. — ¡Ha muerto! ¡Ha muerto, Dios de los cielos! *(Lo abraza.)*

FRÉNESEN *(volviendo en sí.)* — ¡Te siento! ¡Eres tú, Selma! ¡Eres tú, Axel! *(Los acaricia.)* ¡Amense! ¡Cómo murmuran los fiords las leyendas de mi tierra divina! ¡Adiós! ¡Amense, mis nietos! ¡Eso es la bondad infinita! ¡Enseñen a los hijos la leyenda! Oh, fiords! ¡Oh, Vickings! ¡Oh, tierra divina de Escandinavia! *(Muere.)*

(Llega un soldado con la espada del guerrero y Axel dice:)

AXEL. — Selma, es su espada; ponla tú sobre su corazón. *(Selma toma la espada y la coloca sobre el cuerpo del guerrero muerto y lo besa en la frente, en silencio. El pueblo y los soldados están arrodillados, baja el telón y se oyen todavía notas de música.)*

FIN

SOLEDAITA

Drama en tres actos

PERSONAJES

FERNANDO DE RIALTO, padre de

SEBASTIÁN DE RIALTO, y de

SOLEDAD DE RIALTO

AMPARO DE RIALTO, hermana de Fernando

CONRADO, huérfano

SOLEDAITA

ACTO I

Salón lujosamente amueblado. En un cuadro, el blasón de la familia de Rialto. Puerta-vidriera en el centro que da al jardín. Montañas y mar a lo lejos. A la derecha una puerta. A la izquierda otra. La primera da a los dormitorios de Soledad, Fernando y Sebastián; la segunda a los dormitorios de Amparo y Conrado.

Escena I

SEBASTIÁN Y FERNANDO

FERNANDO. — ¡Conrado no debe vivir con nosotros! ¡No puede ser novio de Soledad!

SEBASTIÁN. — ¡Creo como tú; pero el amor es pasión y congoja! ¡No seas cruel con ella! ¡Cuando el alma está así puede morir si la maltratan! ¡Amé una vez; pero me llamo Rialto y, cuando fué necesario, ásperamente estrujé mi pasión y la hice pedazos!

FERNANDO. — ¡Ni una palabra le he dicho a Soledad! ¡Venero su bondad! ¡Nunca le causé pena; pero no voy a permitir, para que no padezca, que ese truhán la martirice! ¡Es mi hija!

SEBASTIÁN *(con ímpetu).*—¿La martiriza? ¿Cómo? ¿Por qué? ¡Yo no sé de dónde viene ése! *(Fernando se inmuta.)* ¿Te conmueves? ¿Qué hay? ¡Ha crecido al lado mío y tú estás siempre en silencio cuando Conrado está presente! ¿Y Amparo? ¡Eso me sorprende! ¡Qué adoración por ese hombre! ¡Juega! ¡Vive su

día con las meretrices! ¡No hay noche que no esté en una bacanal! ¡Vive borracho! ¡Pierde, y Amparo paga! ¿Por qué han metido en esta casa a esa mala entraña? ¿Qué misterio hay? ¡Quiero saberlo, padre! ¡Quiero saberlo! ¿Quién es Conrado?

FERNANDO. — ¡Te puedo decir que viene de cepa abominable y no me preguntes más; pero tú debes guardarte de la maledicencia, porque exagera, porque es pérfida y sañuda!

SEBASTIÁN. — ¿Maledicencia? ¡Ni alma, ni lengua tengo para eso! Tú ignoras lo que pasa. Escúchame. De los garitos, a través de las puertas y ventanas cerradas, fuera de las penumbras, cuajadas de humo, donde los jugadores meditan la trampa, agachados y pálidos, de los garitos, te repito, filtran voces infames. En uno de ellos se bebió champagne, que Conrado pagaba, entre cínicos sarcasmos, brindando por sus amores con Soledad de Rialto, con tu hija... ¡Después de eso le busco y estas manos mías han de ser tenazas de acero, porque si ha perdido la honra no tiene derecho de manchar la ajena!

FERNANDO. — ¿Hasta ese punto? ¡Qué miserable!

SEBASTIÁN. — ¡Nada te hubiera dicho si Soledad no sufriera tanto! ¡Ha perdido su alegría!

FERNANDO. — ¡He observado eso! ¡No conocía la causa!

SEBASTIÁN. — ¡En este escritorio hay papeles escritos por ella!

FERNANDO. — ¡Suelen ser trozos de alma esos escritos! ¿A ver?

SEBASTIÁN. — ¡Escucha! *(Lee unos papeles que toma del escritorio.)* "¡Mi clavel está solo! Quiere secarse. Lo riego mañana y tarde; pero no renace, ni siente el aroma de la tierra negra, que yo mezclo en su maceta. ¡Oh mi buena Andalucía! ¡Los árboles viven de la fecundidad de tu cuerpo; tú creas los jardines! ¿Por qué no le das savia al clavel que él me regaló?

¿No ves que se va a morir como los corazones abandonados? ¡Está de luto, como mi alma!"

FERNANDO. — ¡Tienes razón! ¡Es necesario concluir con ese hombre! ¿Pero, cómo se le saca de casa después de tantos años? ¡Hay muchos que sufren por él aquí!

SEBASTIÁN. — ¿Cómo se le saca? ¿Hay muchos que sufren? ¿Quiénes son? ¿Qué misterios son estos? ¡De la calle lo recogiste! ¿Por qué te has equivocado? ¡A tu casa has traído fango de lodazales! ¿Qué estás esperando?

FERNANDO *(muy sombrío)*. — ¡He dicho que muchos padecerán en esta casa!

SEBASTIÁN. — ¡Tú debes, padre, revelarme ese arcano!

FERNANDO. — ¡No puedo; pero aunque cueste, yo te digo que es necesario salvar a Soledad! Convéncela tú. Dile que lo abandone. ¡Dile sus indignidades; pero no seas áspero con ella! ¡No te dejes arrebatar por la cólera! ¡Es muy delicada Soledad!

(Se oye la voz de Soledad que canta adentro.)

SEBASTIÁN. — ¡Viene! ¡Déjame! ¡Estoy resuelto a terminar esto!

(Fernando se retira. Sebastián queda oculto detrás de la puerta que da al jardín. Entra Soledad. Trae una maceta de claveles. La coloca sobre el escritorio, la riega y mueve la tierra con una espátula de acero.)

ESCENA II

SOLEDAD

SOLEDAD. — ¡Se va a morir como yo! Es la primera vez que pienso en esto. Luego uno puede irse para siempre, antes de haber vivido. Me da miedo. ¡Estoy marchitándome como sus pétalos! ¿No será mi ho-

róscopo? ¿No tendrá mi destino esta planta? ¡No quiero que se seque! ¡El mar la resuscitará con su olor de sal, con sus purezas! ¡Allá lo llevo! *(Toma la maceta.)* ¿Y si fuera inútil todo, si fuera mejor irse? ¡Anoche soñé con una caja larga, estrecha! ¡Yo estaba allí, estirada, rígida, muda, con un ramo de claveles entre las manos, rojos como la sangre! ¡Tuve miedo! ¡Llamé a Conrado y no vino! ¿Dónde estará? ¡Si yo pudiera llamarlo, cantando sus versos! *(Sigue removiendo la tierra en la maceta y canta:)*

¡Yo soy un náufrago, tú la ribera!
¡Dame tu mano, Soledaita!
¡Estoy tan cansado!
¡Yo soy un náufrago!

(Sebastián se acerca.)

Escena III

Sebastián y Soledad

Sebastián. — ¡Buen día, Soledad! ¿Dónde llevas ese clavel?

Soledad. — ¡Al mar! ¡Está mustio! ¡Se va a morir como yo!

Sebastián. — ¿Por qué estás triste, Soledad? ¿Por qué dices eso?

Soledad. — ¡No sé por qué! Es un pesar. Cuando no hay razón para tener pesares, son más hondos todavía. ¡La imaginación los agiganta!

SEBASTIÁN. — ¡Así no serás feliz! La filosofía apena y tú eres demasiado filósofa. Cavilas mucho. ¡A tu edad las niñas juegan y son alegres!

SOLEDAD *(con bríos)*. — ¡Ustedes también cavilan; ustedes no son alegres! Papá no me besó esta mañana. Pasó al lado mío en silencio. Y tú, tú, Sebastián, me miras con dureza. ¡No eres como antes! ¿Qué les he hecho yo? ¡Yo me apoyaba en tu valor! ¡Yo me apoyaba en el cariño de mi padre! ¿Qué me queda que hacer? ¡No puedo vivir rechazada como los bastardos! ¿Por qué me tratan así? ¿Qué les he hecho yo?

SEBASTIÁN. — ¡Tú, nada! ¡Eres una santa; pero perdonas demasiado a los delincuentes que están cerca de ti!

SOLEDAD. — ¿A los delincuentes? ¿A quién? ¡Tú me ofendes!

SEBASTIÁN *(con ternura)*. — ¡Tú eres, Soledad, para mí, la criatura más sagrada! No te ofendo. ¡Quiero imitar la belleza de tu corazón! ¿Ves cómo no te ofendo? ¡Escúchame! Ven acá. ¡Yo también soy un triste, un solitario!

SOLEDAD *(interrumpiendo)*. — ¡Ya lo presentía! ¡Treinta años, siempre trabajando... sin amar, tan vehemente, tan bueno... siempre huraño, siempre lejos de todos!... ¡Yo presentía que eras un solitario!

SEBASTIÁN. — ¡Tengo mi secreto! ¡Te lo voy a confesar, Soledad! *(Agitado.)* ¡Ni a Dios se lo he dicho!

SOLEDAD. — ¡Estás inquieto! ¡Cálmate, Sebastián!

SEBASTIÁN. — ¡He cometido un delito! ¡He amado una mala mujer!

SOLEDAD.—¡Tú, no! ¡Imposible! ¡Un caballero con tanta estirpe! ¡Déjame mirarte los ojos!

SEBASTIÁN. — ¡Digo la verdad! No he perdido la razón. Era una mala mujer. No tuve la culpa. Es un veneno eso. Es una garra salvaje. ¡El corazón se vuelve un

espectro demoníaco! ¡Medita las cosas bajas y facinerosas. Es una trampa. Allá vamos... cabeza abajo, atraídos, fascinados por las sedas venales, entre los acres aromas de los aposentos contaminados. Yo tocaba la deshonra, manchaba mi apellido. Lo sabía y me quedaba. No tenía fuerzas; me pudría en la sentina. Era un galeote siniestro. Mi madre me esperaba sonriendo, por la mañana, cuando yo llegaba con el cuerpo baboso y sucio por los pedazos de carne que los vampiros me escupían de noche! ¿Has entendido? ¡Y nada de respetar esas penas, Soledad! ¡Yo iba en pos de la leona lúbrica que me esperaba con las fauces abiertas para chuparme la sangre y desgarrarme, como los cuervos a la osamenta, hasta la saciedad, hasta el asco!... ¿Y yo era el señor de Rialto, el heredero de tanta vieja nobleza? ¿Dónde habrán ido a esconderse, lejos de la mirada de Dios, arrojados por el nieto depravado, por la infame figura del nieto depravado?...

SOLEDAD. — ¡Me aterrorizas! ¿Estás hablando de ti en este momento? ¡Dime que no!...

SEBASTIÁN. — ¡De mí, te repito, de mí hablo! ¡Sentía la deshonra y me quedaba! ¡Eso era lodo y yo me quedaba! ¡Una noche llegué borracho a casa!...

SOLEDAD. — ¿Tú, tan severo, Sebastián? ¿Tú, tan honesto? ¡Eso no es posible!

SEBASTIÁN. — ¡Déjame que te cuente! ¡No me interrumpas! Llegué dando tumbos, sarcástico, perverso, hediendo a mala noche, con las ropas en desorden. Fernando estaba allí, sin dormir, cerca de la chimenea, prendida. ¡Se irguió airado, apostrofándome duramente! ¡Yo contesté acre, frío y violento!

SOLEDAD. — ¡Me horrorizas!

SEBASTIÁN. — ¡Tienes razón! ¡Pero cuando lo vi retirarse con la cabeza agachada, lleno de tristeza, tuve un remordimiento aquí dentro del pecho y me ende-

recé como una fiera herida, al borde del abismo, que ya me arrastraba en su hueco pavoroso! Huí como un demente, con todas las furias en la entraña, huí lejos de la mala leona, de mis delitos, corriendo por estas montañas, solo como los cenobitas. ¡Oía a cada rato los cantos de la sirena y la odié con un odio helado y mortal y la habría hecho pedazos hasta dar en la nada con su memoria, si a manos la hubiese tenido! ¡Así triunfé! ¡Qué transfiguración la mía! ¡Mis músculos estaban sanos; mi alma contenta! ¡Fernando me abrazó! ¡Yo me había redimido con ese martirio!

SOLEDAD. — ¿Para qué me cuentas todo esto? ¡Tu confesión no era necesaria!

SEBASTIÁN. — ¡Para que tú te redimas!

SOLEDAD. — ¡Yo no he cometido tus faltas!

SEBASTIÁN. — ¡Ya sé! No es lo mismo. Lo que yo vencí fué una pasión. ¡Vence tú también, Soledad, tu pasión dolorosa!

SOLEDAD. — ¿Quién te dió el derecho de escudriñarme? ¿Qué sabes tú de eso?

SEBASTIÁN. — ¡Ya sé! No tengo derechos. Yo imploro. ¡Yo te imploro, Soledad!

SOLEDAD. — ¡Lo que haces es angustiarme! No respetas mi alma. ¡Tú profanas el misterio de mi conciencia! ¡Déjame sola con él!

SEBASTIÁN. — ¡No es misterio! El amor no se oculta. Has perdido tus alegrías. Tú quieres irte de la tierra. Te has apercibido que Conrado es un alma tenebrosa. ¡Entonces empezó tu calvario y has resuelto irte en silencio, como un noble espíritu ultrajado! ¡Tú eres el corazón de esta casa y nosotros no queremos que te vayas! ¡Eso no puede ser! ¡Tienes raza, mucha raza! ¡Arranca de tu espíritu esa podredumbre, Soledad! ¡Uno es ciego cuando se enamora y eso disculpa todo!

SOLEDAD *(con desesperación).* — ¿El amor mío es podredumbre, no es verdad? ¡Eres un verdugo! ¡Has destrozado el alma de tu hermana! ¡Para eso uno es frágil! ¡Para que la quiebren! ¿Y quién? ¡Los hermanos! ¡Tú! ¡Los obligados a sostenernos! Me has herido en mis adoraciones! ¡Conrado no es alma tenebrosa! ¡No haré lo que me pides!

SEBASTIÁN. — ¡Juega!

SOLEDAD. — ¡Tú también!

SEBASTIÁN. — ¡Se embriaga hasta la soez! ¡Es un sacerdote deshonesto de los templos impuros!

SOLEDAD. — ¡Tú hiciste lo mismo y no eres un truhán!

SEBASTIÁN. — ¡Zahiere tu renombre! ¡En las malas casas menoscaba tu reputación!

SOLEDAD. — ¡Te repito: tú no eres un truhán! ¡Tú te salvaste! ¡Te amaron! ¡Te perdonaron! ¡No me exijas lo contrario! ¡Yo lo voy a salvar!

SEBASTIÁN. — ¡Tú no tienes fuerza! ¡Tú sucumbirás! ¡Ya no tienes salud! ¡No quiero eso! ¡No quiero que sucumbas! ¡No podrás vencer a esa alma diabólica!

SOLEDAD. — ¡No es un alma diabólica! ¡Es un desterrado sobre la tierra! ¡No ha tenido una madre piadosa! ¡Esa seré yo! ¿Oyes? *(Se oye un canto a lo lejos.)* ¡Viene Conrado! ¡Déjame!

SEBASTIÁN. — ¡Tú no le conoces, Soledad! ¡No se salvará! ¡Estamos pagando cara la caridad que le hemos hecho recogiéndolo! ¡No ha tenido padres! ¡No tiene apellido! ¿De dónde viene ese hombre? ¡Tú no te casarás con un bastardo! ¡Te suplico, Soledad! ¡Eres una Rialto! ¡Arranca eso de tu corazón! ¡Eso es lodo! ¡Tíralo lejos, puesto que de nada tienes la culpa! ¡Le creíste un desventurado y le amaste porque no le conocías!

SOLEDAD. — ¡Le conozco! ¡Es un huérfano! ¡Necesita una madre! ¡Yo voy a serlo! ¡Tú sigue nomás! ¡Tortura este cuerpo lacerado, esta profunda piedad que no conoces!

SEBASTIÁN. — ¡Será peor, entonces! ¡Ese hombre ya no entrará aquí!

SOLEDAD. — ¿Me amenazas?

SEBASTIÁN. — ¡No! ¡Te cuido! ¡Cuido el honor de mi casa!

SOLEDAD. — ¡La violencia no es necesaria! ¡Conrado se irá solo! ¡Además, pienso que no se dejará tocar! ¡Si tú lo arrojas, los dos van a cometer un delito!

SEBASTIÁN. — ¡Lo arrojaré! *(Se oye la voz de Conrado más cercana.)*

VOZ DE CONRADO. — ¡Soy un bastardo! ¡Soy un escombro humano!

SOLEDAD *(con violencia)*. — ¡Tú no respetas a tu hermana! ¡Tú no respetas el corazón de tu hermana! ¡Estás todavía entre las zarpas de los bandidos! ¡Tu arrepentimiento es una mentira! ¡Tu hidalguía es una mentira! ¡Eres un esclavo de la mala mujer, de tu manceba, de la mala némesis! ¡Dios mío! ¡Me vuelvo loca! ¡Me condeno al infierno! *(Corre adentro, gritando.)* ¡Padre mío! ¡Padre mío!

(Entra Fernando y detiene a Sebastián del brazo.)

ESCENA IV

FERNANDO, SEBASTIÁN Y SOLEDAITA

FERNANDO.—¡Te desconozco, Sebastián! ¡Has sido cruel con tu hermana! ¡Vete! ¡Vete!

SEBASTIÁN.—¡Nos deshonra ese hombre! ¡Nos deshonra!

(Se retira sacudiendo los hombros, malhumorado.)

Escena V

Fernando y Soledaita

Soledad. — ¡No me dejes sola! ¿Si tú no me defiendes, qué haré yo? ¡Tengo tanta pena!

Fernando. — ¡Hija mía! ¡Es necesario ser fuertes! ¡Tú debes olvidar a ese hombre! Así alejarás tu desgracia!

Soledad. — ¡No es un malvado! ¡La desgracia no es malvada! ¡Sebastián se redimió! ¡Yo lo voy a redimir! ¡Ahí viene! ¡Déjame con él!

Fernando. — ¡No es lo mismo, Soledad! ¡Sebastián tiene tu sangre! ¡Las redenciones tienen por base la bondad, mientras ese hombre viene de mala casta!...

Soledad. — ¡Dime todo, sin ambajes! ¿Por qué te pones sombrío? ¿Qué hay?

Fernando. — ¡Oh, nada! ¡Te dejo, Soledad; pero será inútil contrariar el destino de ese hombre! *(Se va. Soledad se oculta detrás de una puerta. Entran Conrado y Amparo. Conrado está borracho, vestido con smoking, la corbata suelta.)*

Escena VI

Amparo y Conrado

Amparo. — ¡Anoche no has dormido! ¿Por qué no te recoges temprano? ¡Ya no estudias! ¡Los libros están allí, esperándote siempre! ¡Te aman como nosotros!

CONRADO. — ¡Ese... es un error suyo! ¡Ni el sol ama a los bastardos! ¡Unas porquerías perdidas son esos hijos de nadie! ¡De repente un bandolero ebrio tuerce una virgen, se abate sobre ella como un buitre, le echa baba sucia en la cara y dominándola, como los genios del terror, la despedaza y nacemos nosotros, los monstruos, los hijos del miedo y del delito! ¡Crecemos solitarios como espectros! Todos huyen, porque asustamos como el peligro. Nadie alienta nuestra vida de sombras, venidas de la perversidad y en marcha hacia el aguardiente... hacia el aguardiente, que produce olvido y nos quema vivos las entrañas y nos enloquece las pocas células sanas! ¿Nos echan? ¡Pues al juego! ¿Nos echan? ¡Pues a los abyectos cuchitriles a confundirnos con nuestras iguales, a pedir amor a las rameras y a llorar, borrachos, sobre sus vientres desnudos! ¡Puede ser que alguna de esas hienas feroces, de esas abofeteadas, que dejan mechones de greñas en los puños de los ladrones, que las arrastran, puede ser que alguna ame al forajido abandonado de sus padres, aunque sea con ese amor de lodo, con las furias de las ninfómanas, y lo ame con un poco de piedad al forajido... vilipendiado como animal sarnoso... y le tienda una mano... y le caliente el cuerpo frío en los inviernos sin ropa!... *(Amparo llora en ese momento. Soledad asoma y escucha. Sigue Conrado.)* ¿Tú lloras? ¿Por qué? ¿Por qué lloras?

AMPARO. — ¡Eres injusto! ¡Nadie te amará como nosotros! ¡Has estado en la casa de Rialto como un hijo! ¡Te han educado como a Sebastián!

CONRADO *(sigue borracho)*. — ¿Sebastián? ¡Me desprecia! ¡Me odia! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Me arrojan de la sala! ¡Me ofenden con sus silencios y no quieren que yo caiga en la zahurda a buscar el barro, más amable que sus jardines!...

AMPARO. — ¡Eres injusto! ¡Te cuidé, en la niñez, con una pasión que no has comprendido, con una caridad sin límites! La mejor cuna de la casa fué para tu cuerpo abandonado. ¡Te calenté en mi regazo! ¡Te velé enfermo!... ¡Te sostuve en la adolescencia! ¡Los más tiernos besos de mis labios fueron para ti! ¡He jadeado para educarte... como una hermana mayor... como una madre! *(Se da vuelta para ver si hay quien la oiga.)* ¡Mucho más, mucho más... como las madre malditas que no deben besar a sus hijos!...

CONRADO. — ¡Esos setimientos son enfermedad, Amparo! ¡Soy un extraño! ¿Por qué me quiere usted? ¿Dicen que hay santas? ¡Usted será una, pero está enferma, porque no es mi madre! ¡Yo la veo a ella... *(delirante)* a mi madre, una mendiga rotosa... apoyada a una columna de iglesia... implorando, con la cara lívida y la nariz escarlata de alcoholista... y la sigo... la sigo hasta una covacha inmunda, un burdel plebeyo, donde contamina doncellas de casas miserables... y la veo morirse entre un montón de pingajos manchados y revueltos... entre la carcajada irónica de una bacanal de sátiros...
(Entra Soledad.)

ESCENA VII

AMPARO, SOLEDAD Y CONRADO

AMPARO. — ¡Soledad, ayúdame! ¡Sostenme tú! ¡Qué angustia, Dios mío!

SOLEDAD. — ¡Tú tienes la culpa! ¿Por qué eres así? ¡El no es nada tuyo! ¡Es mejor no asilar huérfanos, si se ha de concluir por quererlos como a hijos hasta el sacrificio!

AMPARO. — ¡Creo que se va a enloquecer! ¡Me da miedo su rostro lóbrego!

CONRADO *(delirando).* — ¿Y él? ¿Mi padre? ¿Quieren saber quién es mi padre? ¡Una jeta de homicida... un salteador de encrucijada... un buho noctámbulo, ebrio de ajenjo! Le torció a mi madre el espinazo una noche.. para desaparecer... Lo sigo *(camina por la escena como si tuviera una visión).* Lo veo en el extremo de su vida, tirado en una cama de hospital de asesinos, mientras las culebras le muerden las carnes, como a mí... como a mí! *(Huye por la escena.)* ¡Me espeluzno! ¡Qué frío! ¡Yo soy como él un espectro delirante... un corazón por donde salta una sangre hedionda con rumores de mala vida... un arbusto parásito erguido en una estéril estepa y el espíritu tengo enfermo de deshonestos silencios como los canallas taciturnos! ¡Huyo de esos que vienen... y mi padre con ellos... Se ríe con su cara de fantasma idiota! ¡No quiero que me toque! ¡Horroroso! ¡Huyo! ¡Huyo! *(Quiere irse: las mujeres lo detienen.)*

SOLEDAD y AMPARO. — ¡Conrado, por Dios! ¿Dónde vas? ¿Qué ves? ¿Qué ves, Conrado?

CONRADO. — ¡No me detengan! ¡No he hecho nada! ¡No tengo culpa! ¡Todos me desprecian y me humillan! ¡Para mí no hay luz ni misericordia! ¡Bastardo! ¡Bastardo! ¿Y Fernando? ¡Yo lo quería! ¡Me pareció mi padre mucho tiempo! ¡Y El pasa, me mira callado y le doy asco, como si yo fuera un delito!

SOLEDAD. — ¡No todos son así contigo! Amparo es buena. Yo te quiero. No es exacto. Nadie te odia. ¡Eso es pasión inferior!

CONRADO. — ¡Sí, inferior al rencor! ¡Sí! ¡Sí! ¡Esto es lo que acaricio ahora! ¡Ay de ellos si se me atraviesan en el camino! ¡Ay de ellos! ¿Saben por qué me voy? ¡Porque soy una bestia lúbrica! ¿No tienen miedo que yo los contamine?

AMPARO. — ¡No! ¡No te vayas! ¿Quieres matarme, tú también? ¡Dios mío, si será cierto que los nacidos de la maldad no se salvan jamás!

CONRADO. — ¡Eso es! ¡He nacido de la maldad! ¡Somos mefíticos como los pantanos! ¡Sería más fácil torcer la marcha del sol antes que hacer virtuosos a los nacidos del fango malo de la calle!

AMPARO *(aparte)*. — ¿Por qué me callo? ¡Yo debiera confesarme, decirle todo para que se salvara! *(A Soledad.)* ¡Salvémosle, Soledad! ¡No le dejemos salir! ¡Lejos de aquí se muere! ¡Yo no quiero que se muera!

SOLEDAD. — ¡Pidámosle perdón por los que lo ofenden!

AMPARO. — ¡Dios te bendiga! ¡Hazle comprender que hay mucha bondad sobre la tierra!

SOLEDAD *(suplicante)*. — ¡Te pido perdón por los que te ofendieron! ¡Amamos en ti a la desgracia! ¡Porque eres huérfano, a Dios le rezamos para que guíe tu camino y conforte tu vida! ¡Estás equivocado! ¡Hay muchos corazones generosos, y quién sabe si te han despreciado realmente, porque cuando estás como ahora ves todo sombrío! ¡Todo es un desaliento, un impulso terrible! ¡Ya no recuerdas nada, Conrado... nuestra niñez, los juegos, la vida alegre de las horas juveniles y nuestras esperanzas! ¡Todo te has olvidado, hasta este amor mío, que quiere consolar tu martirio!

CONRADO. — ¡Eso no borra el estigma! ¡Tú amas a un hombre, venido de linaje degenerado! ¿Si no fuera esto cierto, por qué no tengo apellido? ¿Por qué me rechazan todos?

SOLEDAD. — ¡No te rechazan por eso! ¡Es por la vida enferma que llevas!

AMPARO. — ¡Tu madre era buena! ¡Fué una sacrificada!

CONRADO. — ¿Quién es, pues? ¿Tú la conociste? ¡De una vez!

AMPARO. — ¡La obligaron a callar para salvarte! ¡Tú no puedes comprender el inmenso sacrificio!

CONRADO. — ¡Luego es una deshonesta!

AMPARO. — ¡Dios mío! ¡Qué dolor!

CONRADO. — ¿Y el otro? ¡Un galeote vulgar con surcos de grilletes en los tobillos! ¡Déjenlo, pues, al vagabundo errar solitario por el desierto del mundo! ¡Déjenlo que odie, juegue, se embriague y se manche!

SOLEDAD. — ¡Así se suicidan ustedes, Conrado! ¡Sebastián y Fernando te respetaron cuando eras bueno... cuando estudiabas! ¡Ese es el mérito: conquistar el triunfo con el trabajo, con la virtud, con el genio! ¿Qué te importa no tener apellido, si así lo puedes conseguir glorioso?

CONRADO *(delirando)*. — ¡Yo veo lo que pasa con los pordioseros!

SOLEDAD. — ¡No! ¡No! ¡Mírame los ojos! ¡He sido la compañera de tu vida! ¡Escúchame! ¡Tú no eres un pordiosero! ¡Yo estoy al lado tuyo! ¡No eres un pordiosero! ¡Más peligro corren los que vienen con prosapia y riquezas! ¡Esos no hacen nada! ¡La inercia los mata! ¡Por eso se han hundido muchas familias! ¡Muchos descendientes de ilustres yacen carcomidos en los desvanes sin sol! ¡Tú empiezas recién! ¡Estás en la aurora! ¡Falta mucho, Conrado, para tu noche! ¡Dios mío, Amparo! ¡No me oye nada! ¡Convéncelo tú! ¡Convéncelo tú! ¡Dile que falta mucho para su noche! ¡Dile que el origen no es delito! ¡Dile que el delito está en no usar bien de la vida!

CONRADO *(mirando fijo, como loco)*. — ¡Yo veo lo que pasa con nosotros! ¡Salimos entre harapos, rechinando los dientes en una burla homicida! ¡Enemigos del hombre somos los repudiados! ¡Sembramos dolor y crímenes sobre la tierra y nos vengamos para entrar al osario con una burla homicida! ¡La aurora es de los que tienen padres y honor!...

Amparo. — ¿Y si tú conocieras a tu madre y si viniera ella a arrodillarse y a pedirte perdón y si hubiera estado siempre cerca de ti, para amarte en una honda, larga y sollozante idolatría? Y si te dijera: ¡Hijo mío, hijo mío, toma mis besos, toma mis besos! *(Aproximándose, vehemente y cariñosa.)*

Conrado. — ¡Eh, vamos! ¡Basta! ¡He venido a despedirme, les repito! ¡Y a esa mi madre, de quien hablas, a esa loba que se entregó a un borracho, hambrienta de carne lasciva, le diría: ¡Ven conmigo! ¡Aquí está tu bastardo hecho de alcohol y de siniestra tiniebla! ¡Ven conmigo! Te arrastraré por el mundo. ¡Te haré expiar tu delito mostrándote a los dolorosos, a los hijos de la calle! ¿Ves? ¡Ahí vienen!... ¡Es la marcha del remiendo y del hambre! ¡Duermen en los sótanos, en los helados umbrales de piedra! ¡Es el hacinamiento y la gangrena que arrojan sus estercoleros sobre los felices! ¡Míralos! ¡Vienen rodando a través de los siglos! ¡Se llamaron esclavos primero, seres malditos sin patria, sin familia, sin nombre, vivos para todas las infamias, muertos para todas las estepas, donde se pudren sin sepultura! ¡Se llamaron soldados, pasto para ser devorado en todas las carnicerías, vísceras sin derechos, sangre y músculos para fecundar autocracias y campos de batalla! ¡Se llamaron obreros, féculas para saciar hambres de epidemias, parias destinados a morir en la hedionda tristura de talleres grises y ponzoñosos! Le diría: ¿Ves? ¿Ves? ¡Allá va tu hijo con ellos, saltando entre los abandonados, lívidos de sed, de hambre, de insomnio, corolario del vicio, corolario de la infamia! ¡Van a la venganza, Amparo! ¿Y sabes cómo? ¡Se enferman, se gangrenan en vida, como las osamentas, para caer muertos en cualquier parte y contaminarlos, porque en cualquier parte hay una hiena que ha tirado a la cloaca a sus hijos! ¡Eso le diría yo a mi madre, a esa loba!...

AMPARO. — ¡Dios de misericordia! ¡Protege tú nuestras ternuras ultrajadas! ¡Sálvalo tú! ¡Sálvalo tú!

SOLEDAD. — ¿Y si tu madre hubiera sido una mártir, como dijo Amparo?

AMPARO. — ¡Eso ha sido! ¡Tómalo de los brazos! ¡Hazle comprender eso, Soledad!

CONRADO. — ¿Qué me importa? ¡Me abandonó! ¡Me desterró! ¡Yo no perdono! ¡Sería una sola! ¡Las otras han sido hienas!

SOLEDAD *(con gran ímpetu y enojo)*. — ¡Bueno! ¡Vete! ¡Vete! ¡Voy a hacer lo que Sebastián quiere! ¡El me lo dijo: tú no lo harás bueno! ¡Eso es podrido! ¡Voy a matar mi cariño! ¡Voy a morir; pero tú te irás de aquí! ¡Vete ¡Vete! *(Corre hacia él para arrojarlo.)*

CONRADO *(marcha hacia ella también, con gesto lujurioso)*. — ¡Me iré contigo! ¡Tengo la mala herencia! ¡Voy a hacer lo que hizo mi padre!

AMPARO. — ¡Guárdate! ¡Guárdate!

CONRADO. — ¡Encontró una virgen, se abatió sobre ella como un buitre!

AMPARO. — ¡Lo impediré! ¡Virgen de los Dolores, protégenos!

CONRADO *(siguiendo adelante)*. — ¡Vamos! ¡Atrás! ¡Soledad acarició a la bestia! ¡Ahora la hiere! ¡Peor para ella! ¡Siento en la entraña la brama de la mala herencia!... *(Toma de la cintura a Soledad.)*

SOLEDAD *(queriendo desasirse)*. — ¡Suéltame, villano!

AMPARO. — ¡Eres un maldito!

CONRADO. — ¡El blasón de Rialto se va a acordar de mí!

SOLEDAD. — ¡Villano, toma! *(Le da un empujón, se desprende de él y entra gritando:)* ¡Sebastián! ¡Sebastián!

Escena última

Sebastián, Fernando, Amparo y Soledad

Sebastián. — ¡Padre, hoy se acaba la deshonra!
Fernando. — ¡Cumple con tu deber!
Sebastián. — ¡Conrado! ¡Ahora es conmigo!
Conrado *(terrible y sombrío)*. — ¡Así sea!
Sebastián. — ¡Ya!
Conrado. — ¡Así sea!
Amparo. — ¡Conrado! ¡Serías un sacrílego!
Soledad. — ¡Te batirás, Sebastián, con un demente!
Fernando. — ¡Tu deber!
Sebastián. — ¡Conrado! ¡Ya! ¡Ya!
Conrado. — ¡Así sea! *(Sale en medio de la consternación de todos.)*

Telón

ACTO II

Misma decoración.

Escena I

Fernando

Fernando. — ¡No he podido perdonar! ¡No olvido al miserable que nos quitó la honra! ¡Le fracturé el cráneo! ¡El debió morir con el honor nuestro y esto es lo que debe quedar limpio a través del tiempo, aunque se pierda la vida en holocausto! ¡Es religión que debe fecundarse con el sacrificio! ¡Tal hizo Sebastián! ¡Los dos se hirieron; pero su victoria está en haber alejado para siempre al bastardo! ¡Solamente Amparo lo busca día y noche. ¡Siempre maldita esa mujer! ¡Por su culpa murió nuestro apellido! ¡Por su culpa fué herido Sebastián y Soledad tiene en los ojos no sé qué brillo de loca!... *(Entra Soledad con su maceta de claveles, con el pelo suelto.)*

Escena II

Soledad y Fernando

Fernando. — ¿Y Sebastián?

Soledad. — ¡Mejor! ¡Me ayudó a echar agua en la maceta! Otra vez se está secando el clavel. ¡Sus hojas están arrugadas, amarillentas como mi cara! ¡Yo también me estoy secando!

FERNANDO. — ¡Hace mucho que no duermes? ¿Por qué no te acuestas?

SOLEDAD. — ¡La cama del dolor tiene espinas; el sueño del dolor no da descanso! ¡Es pesadilla! ¿Para qué quieres que me acueste? ¡Mejor sería apagarse en silencio, sin sufrir y borrarse como las estrellas en la madrugada!

FERNANDO. — ¡No digas eso! ¡Es ofender a Dios!

SOLEDAD. — ¿Dios? ¡Ya no lo siento! ¡Creo que nos ha abandonado!

FERNANDO. — ¡Cosas tristes estás hablando!

SOLEDAD. — ¡Tú odias! ¡Tú también ofendes a Dios! ¡Tu lo precipitaste a Sebastián! Ese duelo es un delito. Desde ese día no duermo y ya no voy a dormir más! ¿Quieres que te cuente una leyenda?

FERNANDO. — ¡Cálmate, hija mía, cálmate!

SOLEDAD. — ¿Hija? Si soy tu hija, ¿por qué has roto mi corazón? ¡Conrado está herido, muy lejos de aquí! ¡Tal vez ha muerto en algún desfiladero! Si soy tu hija, ¿por qué has roto mi corazón? ¡La leyenda es muy vieja! Los ruiseñores trinan en la espesura. El áspid los llama con el ojo terrible y se enrosca alrededor de sus cuerpos. Los asfixia en una fascinación ponzoñosa. Nosotras somos los ruiseñores; ustedes la culebra. No quieren la dicha de los hijos. ¡Los hacen morir!

FERNANDO. — ¡Tú me ofendes, Soledad! ¡No merezco que tú me ofendas!

SOLEDAD. — ¿Ofender yo? ¡Para eso se precisa un poco de odio y mi alma es limpia como un cristal! ¿Y mi mente? ¡Esa narra leyendas! ¡Ya lo has oído! Aquí tienes otra! ¿Conoces el cuento de los claveles rojos? ¡Voy a hablar yo! ¡No me interrumpas! Silencio!

FERNANDO. — ¡Dios mío! *(Aparte.)* ¡Está loca!

SOLEDAD. — ¡Qué dices, eh! ¡No me interrumpas! Es

Consuelo una morena. Sobre el alféizar cultivaba una maceta de claveles. ¡Eran blancos como la Hostia!... ¡Pero al mozo ella le había dicho que le buscara por los jardines claveles rojos. El mozo llegó y dijo que no había. Yo quiero poner sobre mi almohada claveles rojos. Echaron los blancos sobre la almohada. Se acostaron los dos y él le buscó el cuello con una navaja, ferozmente, y después se partió el corazón y los claveles blancos se tiñeron de sangre y rutilaron en el sol. ¡Desde ese tiempo nacieron por el mundo, en las macetas, los claveles rojos! ¡Lúgubre cosa! ¡Lúgubre cosa!

FERNANDO. — ¿Por qué dices estas cosas, Soledad? ¿Ya no me conoces?

SOLEDAD. — ¡Tú no me conoces a mí! Entre todos me han quitado el sueño! ¡No saben nada, ustedes. Se olvidan que al amor tronchado le pasa como a los árboles cuando se podan. Retoñan con más ardor!

FERNANDO. — ¡Tu pasión es imposible! No debes pensar más en ella. ¡Nosotros, consintiendo, crearíamos tu desgracia!

SOLEDAD. — ¡Ya no pienso! ¡Ustedes son como el huracán! ¡Arrancan el tallo de las plantas; pero no pueden desarraigar el tronco! A nosotras nos arrebatan lo que pueden; pero esta lira de aquí adentro, que gime y llora en el corazón, esa se queda para saltar con las cuerdas rotas y sollozantes. ¡Es nuestro Calvario! ¡Yo me había acostumbrado a vivir con la memoria de Conrado! ¡Era mi pan! ¡Era mi Dios! ¡Con Amparo lo amábamos infinitamente! ¡Hoy es Conrado un recuerdo lejano, un dolor que no tiene consuelo... una pena grande como la desesperación!

FERNANDO. — ¡Si te casaras con ese... tu vida habría sido un martirio!...

SOLEDAD. — ¡Eso no piensa Amparo! Ustedes no creen en el arrepentimiento, ni en la bondad. Ustedes lla-

man vicio a la desgracia. ¡Llaman delito a la tiniebla del corazón que ha vivido sin amor! ¡Me lo ha dicho Amparo! ¡Esos hombres, como Conrado, son sedientos! ¡Si en la casa no les dan agua para saciarse la buscan en cualquier parte! ¡Ustedes lo arrojan de acá! ¡No le permiten amar! ¡Amparo me lo ha dicho! ¡Conrado ahoga su dolor en la orgía!

FERNANDO. — ¡Amparo nunca pensó la verdad! Está ciega. ¡No puede juzgar a ese hombre!

SOLEDAD. — ¿Por qué no puede? ¿Qué hay? ¿Qué misterio, qué enigma hay acá?

FERNANDO. — ¡Además, Amparo se irá también de esta casa!

SOLEDAD. — Qué maldad! ¡Serían capaces de echarla!

FERNANDO. — ¡Ah, no! ¡Se irá sola! ¡Se irá sin que la echen! ¡Tú ves lo que hace! ¡Ese hombre ha pretendido ultrajarnos y ella, a pesar de eso, lo busca por todas partes! Empieza a alejarse de nosotros. Es necesario no oponerse. Si sigue aquí la desgracia no se acabará. Ella es la causa de todo. ¡Si lo halla se irá con ese hombre!

SOLEDAD *(con dolor)*. — ¡No les basta haberme destrozado! ¡Amparo es como mi madre! ¡Echenla! ¡Echenla! ¡Así puedo beber el cáliz hasta las heces! Y tú, acuérdate que voy a perder la razón! Ya está perdida. No veo sino sombras. Siento el horror de la inconciencia. Tengo una tortura en el cráneo como si estuviera en el potro. ¡Me pesa el cabello; me hiere la carne! ¡Pobre mi cabello negro, suave como la seda, hermoso como las noches de primavera! ¿Para qué peinarte más delante de la alegría de los espejos y para qué voy a adornar tu belleza con la flor de la madreselva? ¡La demencia lo agitará! ¡La demencia! ¡Te enredaré con los abrojos del pantano! ¡Serás una crencha tupida y sucia, una maraña de

asquerosa cerda, una guarida de insectos! ¡Qué miserable y repugnante larva voy a ser!

FERNANDO. — ¡No, Soledad! ¡Tú no has entendido! ¡Nosotros no la echaremos! ¡Ella se irá por voluntad propia! ¡Nuestro honor ya no la consiente aquí!

SOLEDAD *(sin oir la palabra del padre y muy agitada).* — ¡Todos huirán de mí! ¡Daré asco! ¡Qué hediondez en mi piel verdosa! ¡Los gusanos roen mi cuerpo; mis ojos amables han criado una podre! ¡Oh, ángeles buenos de las casas honestas, ángeles de alma serena, preparaos a morir antes que os enlode y devore la maldad humana! ¡Entren antes en el féretro con el cuerpo limpio, vírgenes apasionadas! ¿Sabéis lo que pasó con Soledad de Rialto? ¡Lo han herido a Conrado! ¡Ahora la arrojan a Amparo! ¡Ha sido como mi madre! ¿Y saben por qué la echan? ¡Por el honor! ¿El honor? ¡Eso es una cosa sagrada, que se vuelve un crimen en manos de los hombres! ¡Por el honor matan! ¡Por él martirizan a la bondad! ¡Por él ultrajan todo, el amor materno, la desgracia, todo! ¡Por él se han herido los dos y ahora tú has inventado un honor para alejarla a Amparo! ¡Pronto llegará mi turno! ¡Lo espero! ¡Soledad, te enamoraste de un borracho! ¡A la calle tú y él! ¡Has manchado a la familia! ¡A la calle! Fué inútil que yo les dijera: ¡Déjenme a mí! ¡Yo lo voy a persuadir! ¡Tengo muchas caricias para esa pobre alma enferma! ¡Vuestro honor es una mentira abominable! ¡Conrado no es malvado! ¡Se encuentra fuera del mundo con una sed de afectos que no puede saciar, con un anhelo de virtud que no le consienten ustedes por sus desventuras! ¡Y ustedes, nada! ¡A la taberna con él! ¡A la pocilga! ¡Verdugos! ¡Se comprende! ¡Es necesario salvar el honor! ¡Y para eso lo manchan con sangre, lo atiborran de injusticia, lo envenenan, lo agostan con la crueldad hasta hacerlo

raquítico! ¿Para qué respetar el corazón de los hijos? ¡Nada de amor! ¡Nada de misericordia! ¡Oh culto salvaje del honor humano, que no perdona! ¡Pobre Jesús equivocado! ¡Tu piedad salvó al mundo; *(agitadísima)* pero ven aquí, a la casa de Rialto! ¡Aquí está la religión nueva que hiere, desprecia y humilla para salvar el honor!...

FERNANDO. — ¡Soledad! ¡Soledad, esta desesperación tuya es injusta!

SOLEDAD. — ¿Desesperación? ¡No! No! ¡Es conciencia! ¡Es conciencia de las cosas! ¡Adiós! *(Se quiere ir. Es detenida por Amparo, que entra.)*

ESCENA III

AMPARO, SOLEDAD Y FERNANDO

AMPARO *(muy resuelta)*. — ¿Dónde vas, Soledad?

SOLEDAD. — ¡Lejos de éstos! *(Señala al padre.)* ¡Han transformado en crimen al honor humano! ¡Me echan de aquí!

AMPARO. — ¿Qué estás diciendo? ¡Vuelve!

SOLEDAD. — ¡Y a ti también!

AMPARO. — ¿Qué? ¿A mí?

SOLEDAD. — ¡Sí, a ti! ¡Te echan de aquí!

AMPARO. — ¡No es necesario! ¡Me iré sin eso! ¿No te ha bastado, Fernando, el martirio de toda mi vida y este silencio mío? ¿Por qué me hiciste jurar?

FERNANDO. — ¡Cuidado! ¡Si tú hablas delante de Soledad serás perjura!

SOLEDAD. — ¿Ah sí? ¿Yo no me puedo quedar? ¿Serás perjura? ¡Adiós, Amparo! ¡Dame un beso! ¡Me voy para que tú puedas hablar! ¡De todos modos soy una pobre lacerada! ¡Han herido mi alma! ¡Tengo

las alas quebradas! ¡Mi alma era dulce como una paloma! ¡Yo amo a un borracho! ¡Ese es mi delito! ¡No quiero arrancar esta pasión de mis entrañas! ¡Eso es todo! ¡Adiós, Amparo! ¿Ves allá? ¡Es la eterna sombra que llega! ¡Adiós! *(Se va.)*

Escena IV

Amparo y Fernando

Fernando. — ¡Amparo! ¡Esa es tu obra! ¡Soledad ha perdido por ti la razón!

Amparo *(recia)*. — ¡No entiendo!

Fernando. — ¡Has deshonrado tu casa!

Amparo. — ¡Estoy redimida! ¡Tantos años de dolor me han redimido! ¡No te temo!

Fernando. — ¡Sebastián fué herido por tu culpa! ¡Soledad ha perdido la razón!

Amparo *(con ímpetu)*. — ¿Eres tú que me acusas? ¿Y tu vida cuál ha sido? ¿Has conocido alguna vez la piedad? Verdugo de todos los que tuvieron la desdicha de estar cerca de ti, ¿tu vida cuál ha sido? ¡Acuérdate de tu mujer! ¡Fué una mártir de tus odios torvos, de tus rencores desenfrenados! ¿Eres cristiano, acaso, con tus instintos feroces?

Fernando. — ¡Yo soy el señor aquí! ¡No he de consentir menoscabo!

Amparo. — ¿El señor, tú? ¡No! ¡Eres un esclavo de tu maldad! ¡Tantos crímenes has cometido! ¡Ya se acabó el callar! ¿Dónde está Conrado? ¡Sebastián le hirió en el duelo! ¡Dónde es su refugio! ¡Lo ando buscando como loca! ¡Estará muerto entre las gargantas de la montaña! ¡Ustedes deben saberlo! ¡No me exasperes, Fernando!... ¡No me exasperes con

reproches! ¿O crees que yo no puedo azotarte el rostro? ¿Te has olvidado? ¡Tú hiciste morir a tu mujer! ¡Era una flor delicada y tú, salvaje, la has deshecho con tu alma tenebrosa de celos y de crueldades! ¡Delante de sus ojos...

FERNANDO. — ¡Concluye, pues! ¡Concluye! ¿O quieres que yo siga siendo homicida?

AMPARO. — ¡No te temo! ¡Delante de sus ojos, a cien varas de su cama de puérpera, cuando nació Soledad, tú mataste a un hombre!... ¡Ella era inocente! ¡Era angelical como luz de sol! ¡Pero tú no puedes vivir sin el homicidio! ¡Tú mujer murió besando tu retrato, verdugo!

FERNANDO. — ¡Amparo, teme! ¡Puedo seguir siendo homicida!

AMPARO. — ¡No me importa! ¡Haz lo que quieras! ¡Yo soy una fiera! ¡Me han arrancado mi cachorro! ¿Quieres también impedirme que brame de dolor y de rabia? ¡He corrido por la montaña, como loca, el pelo al viento! ¡He llamado a gritos y no he oído sino el eco lúgubre de mi voz saltar de ladera en ladera! ¡Conrado ha muerto! ¡Tú eres el asesino! ¡Tú has empujado a Sebastián al duelo!

FERNANDO *(exasperado)*. — ¡Vete, Amparo! ¡No me obligues a no ser caballero! ¡Quiero respetarte!

AMPARO. — ¡Tú no me has respetado nunca! ¡Hasta mi nombre has suprimido! ¡Aquella noche horrible tú me dijiste: Ya no eres mi hermana! ¡Desde hoy te llamas Amparo! ¡Huiremos de aquí! ¡Voy a quemar el emblema y toda nuestra historia, y me arrastraste contigo, fuera de nuestras montañas, como una cosa tonta!

FERNANDO. — ¡He cumplido con mi deber!

AMPARO. — ¡Yo te pedí compasión por el hijo que se moría en mis entrañas y tú nada! ¡Ay de ti si revelas tu secreto! ¡Ese bastardo no vivirá! He pa-

sado más de veinte años al lado de tus hijos sin hablar! ¡Tenía miedo de la terrible amenaza! ¡He pasado, como una extranjera, en frente de tu gesto de espectro! ¡Has sido un carcelero soez, el carcelero de una muerta! ¡Pero ahora se ha concluído! ¡Diré quién soy! ¡He perdido a mi hijo por culpa tuya y yo te voy a manchar la cara con esta sangre, llena de ira... con la sangre agria y disgustada de tanta humillación! ¡Diré quién eres! ¡Diré que has perseguido el alma de tu hermana hasta transformarla en un crespón facineroso y que al soldado villano que me quitó la honra!...

FERNANDO *(con gran furor)*. — ¡Calla! ¡Has jurado! ¡Haz ahora lo que no hiciste entonces! ¡Vete a morir! ¡He huído de mis montañas por tu deshonra! ¡Inventé un apellido para mis hijos, porque el nuestro quedó sepultado bajo tu infamia... con toda su virtud contaminada! ¡Fuera! ¡Crees tú que te voy a perdonar las heridas de Sebastián y el honor muerto! ¡Fuera con tu bastardo!!

(Entra Soledad corriendo.)

ESCENA V

SOLEDAD, AMPARO Y FERNANDO

SOLEDAD. — ¿Por qué la arrojas de aquí? ¿Por el honor, no es verdad? ¿Quién es el bastardo?

FERNANDO. — ¡Esta mujer nos deshonró, Soledad! Y no le basta. Ahora me acusa. Yo soy un lobo feroz. Castigué un malvado. Le hice morder la roca ensangrentada. Había ultrajado la fama de tu madre. Fué en un duelo y para ésta yo soy un asesino. Por mí ha muerto tu madre. Eso dice Amparo. Y este presidiario que no sabe perdonar, según ella,

lloró sobre su féretro, veneró la memoria de esa virtuosa y ninguna otra mujer tuvo después altares en mi casa, ni adoraciones en mi espíritu! ¿Y tú quieres que yo deje aquí todavía a esta alma de infierno?

AMPARO.—¿No ves? ¡No entiende nada tu padre! ¡Siempre fué una bárbara naturaleza! ¡Lo que sabe es matar en las guerras civiles, matar en los duelos! ¡Tiene la locura del exterminio! Nadie le enseñó cómo habla el amor materno, insultos le parecen mi desesperación y mis congojas y almas de infierno las madres que se mesan el cabello y huyen ululando el nombre de los hijos heridos! ¡No comprende nada ese salvaje! ¡Me voy para siempre!

SOLEDAD. — ¡Tú eres mi madre! ¡Quédate! ¡Conrado está herido! ¡No me dejes sola! ¡Sebastián! ¡Sebastián!

AMPARO. — ¡Adiós, Soledad! ¡Adiós para siempre!

SOLEDAD. — ¡No quiero! ¡Me voy contigo! ¡Esta es una cárcel! Aquí no hay sino galeotes! ¿Quieres tú que yo me vuelva perversa? ¿No dicen que en las cárceles los buenos se hacen malos? ¡No quiero saber nada más! ¡Vamos!

AMPARO. — ¡Sebastián está herido! Es un caballero! ¡No lo abandones; y a ese hombre *(indica a Fernando)* perdónale tú como yo le perdono! ¡Tú y Sebastian crecisteis al lado mío! Yo los amo como si fueran mis hijos. Te beso en la frente, en los ojos. A ustedes dos les debo mis pocas alegrías. A ti te agradezco más porque amas, como Jesús, a los abandonados! ¡Adiós! ¡Cuida tus claveles! ¡Ama y espera! ¡Ruega por Conrado! ¡El vive! ¡Mi alma de madre lo presiente!

SOLEDAD. — ¿De madre? ¿Tú eres, entonces? ¿Tú eres? ¡Sebastián! ¡Sebastián! ¡Ven! ¡Me deja sola... sola! *(Entra y vuelve con Sebastián. Este lleva el brazo en cabestrillo.)*

Escena Última

Soledad, Sebastián, Amparo y Fernando

Sebastián. — ¿Qué hay? ¿Por qué te vas?

Amparo. — ¡Pregúntale a Fernando!

Sebastián. — ¡Esta casa es tuya! ¡Todos te veneramos como una mujer sagrada!

Soledad. — ¡Fernando la echa de aquí!

Sebastián. — ¿Tú? ¡Eso no es posible! ¿En qué te ha ofendido?

Amparo. — ¡No puedo seguir siendo una mancha!

Sebastián *(impetuoso y sombrío)*. — ¡Explícame eso, Amparo! ¡No me hagas pensar que hay en tu vida cosas abominables!

Fernando. — ¡Eso hay: deshonras abominables!

Soledad. — ¡No, Sebastián! ¡Amparo tiene una grande alma! ¡Yo lo juro por los Evangelios!

Sebastián. — ¡Pronto, Amparo! ¿Oyes lo que dice Soledad? ¡Tú tienes una grande alma! ¡Ella lo jura por los Evangelios! ¡Te quiero como a mi madre! ¿Por qué he de pensar que tú no has sido la buena santa? *(Amparo solloza.)* ¡No llores! ¡Te abrazo! ¡Te respeto más que antes! ¡No te vayas! ¡Esta casa se quedará triste!

Amparo. — ¡Conrado es mi hijo! ¡No lo abandonaré jamás! ¡Está herido! ¡Está lejos! ¡Quiero vivir con El!...

Sebastián. — ¡Dios mío! ¡Ese es un delirio!

Soledad. — ¡Virgen de los dolores! ¡Ruega por ella!

Amparo. — ¡Juro por Dios! ¡Es mi hijo!

Fernando. — ¡Ira de los infiernos! ¡Juraste no revelar tu secreto! ¡Perjura!

Sebastián. — ¡Cuenta, padre! ¡Cuenta! ¡De una vez! ¿Qué agravio hay aquí? ¿Qué deshonra hay aquí?

Amparo. — ¡El no! ¡El no! ¡Yo voy a hablar! ¡Tengo los días contados! ¡No te temo, Fernando! ¡Si Conrado ha muerto, puedo morir! ¡La vida no me importa! ¡Ya no seré la sometida! ¡Ya basta! ¡Ven, Sebastián! ¡Ven, Soledad! ¡Yo me voy a confesar con ustedes! ¡Ahora van a saber mi delito! *(Los abraza de la cintura a los dos y los lleva a un costado. Sigue hablando.)* ¡Era la guerra civil! ¡Estábamos vencidos! ¡Las boinas yacían esparramadas por la montaña desierta! Los cadáveres de padres y hermanos se podrían en las laderas, entre los tajos de las peñas. Nuestra casa era un baluarte. Nos atacaron. De cada tronera salía un fusil. Era un antro de humo y de fuego. Los enemigos caían al subir el repecho; pero los cañones derribaron los muros; rodaban los trozos de piedra en el aire sin luz. Penetraron... La lucha fué a cuchillo. Mi padre murió. Fernando quedó en el suelo con cinco heridas y yo fuí arrebatada en aquel vértigo de sangre y de ignominia! ¡No supe nada más! ¡Y cuando desperté vi mis ropas en girones y por el cuarto, lleno de humo, se difundió acre y malsana la hediondez de un vómito de orgía!... ¡Rechacé al soldado canallesco que comprimía mi cuerpo en desmayo con sus garras de vampiro!... ¡Corrí por todos los aposentos, llamando a gritos a mi padre, a Fernando, y no oí sino lúgubres ecos!... ¡Salí como loca por el valle... lo encontré herido a Fernando en una garganta profunda! ¡Lloré los días enteros a su lado y le lavé las heridas con mis lágrimas! ¡Más tarde observé que alguna cosa se movía en mis entrañas! ¡Se lo dije a Fernando! ¡Estábamos solos! ¡El viento bramaba afuera en la soledad de la noche; los relámpagos abrían la tiniebla! ¡El me aferró una muñeca hasta hacerme arrodillar y me gritó: ¡Muere! ¡Arrójate al torrente! ¡Búscalo! ¡Allá abajo está! ¡Las cente-

llas lo iluminan! ¡Yo imploré por mi hijo; lloré con tanta amargura que mi llorar se dilató por los vastos salones como un lamento! ¿Quién es El? ¿Quién es? ¡Arremetió Fernando! ¡Confesé! ¡Salió Fernando esa misma noche, arrancó de su choza al infame; pelearon a cuchillo en medio de la tormenta!... ¡Fernando lo derribó y alzando del torrente una enorme piedra le despachurró el cráneo! *(Fernando se acerca amenazador.)* ¡No me importa que te acerques! ¡Todo lo voy a decir! ¡Después alzaste al cuerpo sobre tu cabeza, una sombra cruzó entre los relámpagos, sobre las aguas que reventaron por todas partes, dejando pasar al cadáver! ¡Tú me lo dijiste cuando llegabas a mí manchado de sangre y tus ojos resplandecían en un fulgor de crimen! ¡Entonces *(a Sebastián)* me dijo éste: Desde hoy te llamarás Amparo! ¡Iremos lejos de aquí y si revelas tu secreto no vivirá ese bastardo que te ensucia las entrañas! ¡Si tú dices alguna vez quienes somos y de donde venimos, tú morirás!

FERNANDO. — ¡No en vano lo dije! ¡Todavía puedo estrujarte el cuello, perjura!

SOLEDAD. — ¡Brutal! ¡Primero mi cuerpo! *(Se interpone.)*

SEBASTIÁN *(impetuoso, contra el padre)*. — ¡Tú vas a matar a Soledad!

FERNANDO. — ¡Amparo mancilló nuestro apellido!

SEBASTIÁN. — ¡Tú vas a matar a Soledad!

AMPARO *(airada y señalando a Fernando)*. — ¡Ese no sueña sino con el osario! ¡No ve sino cadáveres! ¡Nunca hubo fiestas en su corazón, ni un poco de luz buena! ¡Yo te voy a decir, Sebastián, antes de irme, cómo es esa alma!

SEBASTIÁN. — ¡Amparo, tú estás ofendiéndonos!

AMPARO. — ¡No! ¡Yo los amo hasta las lágrimas!

SOLEDAD. — ¡Perdón! ¡Padre, perdón!

SEBASTIÁN. — ¡Perdona, padre! ¡Amparo se va para siempre!

FERNANDO. — ¡Nuestro honor ha muerto! ¡Cuida tú, Sebastián, que nadie enlode su sepulcro! ¡Ahí está el desierto! ¡Echale encima toda su arena! ¡Dispérsalo! ¡Que los huracanes lo dispersen! ¡Que desaparezca antes! *(Se retira un poco.)*

AMPARO. — ¡Sí! ¡Vete! ¡Llévate tus cementerios, las calaveras corroídas y el putrílago! ¡Llévate todo en el alma perversa!

SOLEDAD *(arrodillada)*.—¡Yo rezo, Dios de bondad! ¡Espíritu y perdón! ¡Soy una pecadora! ¡Voy a flagelarme con un cilicio hasta que toda mi sangre caiga gota a gota! ¡Sálvalos a todos, Dios de bondad! Martirízame a mí sola, hasta morir de hambre y de sed! ¡Iré al desierto para hacer penitencia!...

SEBASTIÁN. — ¡Padre! ¡Soledad se enloquece! ¡Ven con nosotros, Soledad!

SOLEDAD *(levantándose)*. — ¡Nunca! ¡Son el desamor, ustedes! ¡Son el odio! ¡Son la crueldad!

FERNANDO. — ¡A cada cual su destino! ¡Sebastián, no dejes solo a tu padre! ¡Vamos! *(Se retira.)*

SEBASTIÁN. — ¡Nadie debe irse de esta casa! ¡Nadie! ¿Qué oyes, Soledad? ¿Por qué miras así tan fijo?
(A lo lejos se empieza a oir la voz de Conrado que canta:)

VOZ DE CONRADO. — ¡Yo soy un náufrago, tú la ribera, Soledaita!

AMPARO. — ¡Es Conrado! ¿No oyes, Soledad? ¿No oyes?

SOLEDAD *(con los ojos extraviados)*. — ¡Es un hijo de Nadie! ¡Es un bastardo!

AMPARO. — ¡Es mi hijo! ¡Para ti lo voy a salvar! ¡Sebastián, cuídala a Soledad! ¡Mi hijo me llama y esta desventurada me detiene! ¿Qué hago? ¡Dios mío!

SEBASTIÁN. — ¡Es tu hijo! ¡Ayúdalo; pero no lo lleves lejos! ¡Ese hombre está mal herido! ¡Además esta

es casa hospitalaria! Ayúdalo! ¡Déjame con Soledad! *(Se va Amparo. Sigue Sebastián:)* ¡La violencia entristece la vida! ¡Qué pena tengo! ¡Soledad, hermana mía! *(La abraza.)*

SOLEDAD. — ¡Ya se secó el clavel! ¡Toma mis besos, plantita mía! ¡Toma! ¡Toma! ¡Yo beso a tu alma! ¡Yo beso a tu alma!

(Se oye de nuevo la voz de Conrado, más cerca, y mientras canta va bajando lentamente el telón.)

VOZ DE CONRADO. — ¡Qué triste canto, Soledaita! ¡Soy un bastardo!

TELÓN

ACTO III

Misma decoración.

ESCENA I

FERNANDO Y SEBASTIÁN

SEBASTIÁN. — ¡Esa tragedia ha sido innecesaria! ¡Soy un gran culpable!

FERNANDO. — ¡No hubo tragedia! ¡Conrado está sano de su herida! ¡Tú me lo has dicho!

SEBASTIÁN. — ¡Pero sus enfermedades lo traen moribundo! ¿No las habré despertado yo con ese duelo terrible?

FERNANDO. — ¡No! ¡Es la mala vida! ¡Así se termina cuando se vive en la bacanal! ¡Hay un orden en la naturaleza que no se debe violar! El día es para el trabajo, la noche para el descanso. ¡Ay del que haga lo contrario! ¡Hay una resistencia orgánica! Si se ultrapasa, el corolario es la enfermedad y la muerte. ¡Tú no has cometido ningún crimen! ¡Ellos sí, los noctámbulos, los devoradores de la existencia! ¡Han torcido el destino humano! ¡Han destruído la célula que quiere vivir! La envenenaron con alcohol, con insomnios. ¡Han sido tahures! ¡Han sido desesperados y siniestros! ¿Cuál es tu culpa? ¡Defendiste a tu hermana! ¡Has cumplido con tu deber!

SEBASTIÁN. — ¡No me arrepiento; pero también te digo que la violencia daña! ¡Quisimos salvar a Soledad;

ella se enloqueció! ¡Tú quisiste limpiar el alma de tu casa arrojando a tu hermana y el amor materno y el martirio la han transformado en un ser superior! ¡Hemos odiado; la consecuencia es el desastre y la humillación! ¡Ella ha perdonado todo! ¡No piensa sino en su pobre moribundo, mientras tú no abandonas tus rencores!...

FERNANDO.—¡Eso es superior a mí! ¡No perdonaré nunca! ¡Esas manchas no se borran jamás! ¡Esas ofensas no se perdonan! ¡Eso es aceptar el deshonor! ¡Con estas claudicaciones no se purifican las casas; no desaparece el pasado!... Yo no puedo cambiar mi corazón. ¡No soy hipócrita; no puedo mentir! ¡No he sido cruel, a pesar de todo! ¡Tú lo sabes! ¡Tú se lo dijiste: esta es casa hospitalaria! ¡De aquí no han sido arrojados nunca los que padecen!

SEBASTIÁN. — ¡Pero tú eres cristiano, padre!

FERNANDO. — ¡Basta, Sebastián! ¡Mi resolución está tomada! ¡Tú eres el jefe de la casa! ¡Dirígela tú! ¡Yo me voy a esconder muy pronto en una celda de claustro! ¡Allí viviré con mi psicología, sin reproches de nadie, sin que nadie la ultraje! ¡No pretendas arrebatarme estas pasiones que yo acaricio!...

(Entra Soledad, corriendo, con el pelo suelto.)

ESCENA II

SOLEDAD, FERNANDO Y SEBASTIÁN

SOLEDAD. — ¿Qué hacen acá? ¡Ah, ya sé! ¡Miran al cielo! ¡Está gris como el corazón de ustedes! ¿Ven allá? ¡Nubes color ceniza!... ¡Cada una guarda en la entraña una tormenta! ¡Ese cielo odia, como ustedes!... ¡Rueguen al Señor que les perdone!... ¡Si

eso sucede, el cielo tomará un maravilloso color de zafiro... y esta peligrosa inquietud de la naturaleza se transformará en una paz seráfica, como la de los altares! ¡Ven, Sebastián! ¡Acércate! ¡De una vez, pues, acércate! ¡Escucha! ¿Los antiguos creían en la metempsícosis? ¡Contéstame, pues!

SEBASTIÁN. — ¡Sí, creían, Soledad!

SOLEDAD. — ¡Las almas angelicales no morían! ¡Entraban volando en el pecho de nuevos ángeles y después transmigraban hacia otros más jóvenes! ¡Tenían la vida eterna; pero los torvos, los protervos, esos perecen para siempre!... ¡Así es que si ustedes quieren ser inmortales, pídanle al Señor un alma angelical para guardar en el seno! ¿No te parece, Fernando?

FERNANDO. — ¡Sí, hija mía, mi buena Soledad!

SOLEDAD. — ¡No les va a dar nada Dios! ¡Está enojado con ustedes!...

SEBASTIÁN. — ¡Si tú rezas por nosotros, sí nos dará esa alma!...

SOLEDAD. — ¡No! ¡Aunque yo rece! ¡Dios me lo dijo: "Eso no es para los que odian, para los que no tienen corazón!" ¿Han entendido? ¡Adiós! ¡Voy a decirle a Conrado que ustedes no tienen corazón! ¡Adiós! *(Se va.)*

ESCENA III

SEBASTIÁN Y FERNANDO

SEBASTIÁN. — ¿Has oído? ¡Nosotros no tenemos corazón!

FERNANDO. — ¡Qué dolor! ¡Pobre hija mía! ¡Los hijos entristecen la vejez! ¡Hemos enlutado su vida! ¡Mejor fuera que Dios nos llevara para siempre!

SEBASTIÁN. — ¡Tal vez no sea eso irreparable! ¡Le hemos quitado la dicha! ¡Devolvámosela! ¡Yo le pediré perdón! ¡Tú también, mi padre, tú también!

FERNANDO. — ¡A ella sí! ¡Se enamoró porque no sabía el origen canallesco de Conrado... pero a ellos nunca!... ¡Han ultrajado a nuestros mayores! ¡Amparo debió apuñalearse antes! ¡Y tú no debes olvidar las ofensas! ¡Tú no debes olvidar que esa Amparo!...

SEBASTIÁN. — ¿Y esa Amparo, qué?... ¡Ya te lo he dicho! Es un alma superior! Aceptó la ignominia para conservar a su hijo. ¡Cuánto vale ella y qué poco los que los esconden, o los niegan, o los arrojan a la inclusa, esclavas raquíticas del respeto humano, cobardes o infanticidas! ¿Y cómo fué eso, al fin? ¡Un asalto, un incendio, un delito nefando contra un cuerpo lastimado y sin conciencia!

FERNANDO. — ¡Debió morir!

SEBASTIÁN. — ¿Dónde está la deshonra? ¿Y los años de expiación? ¿Y las hondas ternuras de su alma de madre? ¿Y el espectáculo angustioso de sus únicos amores moribundos, el hijo que perece y Soledad enloquecida y su día sin afectos y la tierra desierta para ella, hasta la vejez extrema, sin obtener de nadie las reparaciones que se deben a la virtud sacrificada, todo esto, mi padre, no es más doloroso que la vergüenza del blasón manchado, de la casa desmoronada, del apellido muerto? ¡Escucha, Fernando, la razón sana y vigorosa! ¡Contéstame si conoces sobre la tierra un poema de redención más admirable y si no sientes pasar sobre estas pecadoras un esplendor de cielo y la piedad por la desgracia que no tiene culpa! ¡Estos martirios sombríos significan el triunfo del sentimiento sobre las degeneraciones delincuentes! ¡Si no perdonas, qué se debe hacer con las criminales que a los zaguanes tiran a sus hijos o los arrojan a los baldíos desolados a morirse de hambre y de frío,

o los niegan, o los esconden? ¿Qué se debe hacer con esas?

FERNANDO. — ¡Sebastián, no prosigas! ¡Te olvidas de los respetos que yo merezco y de los que merece tu casa! ¡Cristiano es cuidar el nombre de la familia! Dime, ¿ha cesado la culpa si tú perdonas? ¿Se ha limpiado de manchas el nombre nuestro si tú perdonas? ¿Amparo dejó de ser una impura si tú perdonas? ¡Déjame de actos inútiles, de sensaciones enfermizas y cobardes! ¡Tus reproches están de más! ¡Los rechazo!

SEBASTIÁN. — ¡Te pido disculpa! ¡Yo te respeto y quiero que seas feliz! ¿Por qué no abandonas añejos y dolorosos resabios?

FERNANDO. — ¡Tú no comprendes las ofensas! ¡Eres frío como las piedras! ¡Concluiré por creer esto; tú has abandonado las tradiciones de los abuelos!

SEBASTIÁN. — ¡No! ¡No! *(Impetuoso.)* ¡Quiero seguirlas! ¡La vida es larga, Fernando! ¡Necesitamos apoyarnos en los que nos aman para pasarla!

FERNANDO. — ¡Vamos! ¡Si no eres capaz de vivir solo no vivas!

SEBASTIÁN. — ¡El amor fortalece; el rencor mata a las casas, a los hermanos! ¡Nuestros muertos, Fernando, nos miran desde sus sepulcros! ¡Ellos sufren por nuestras discordias, porque la caridad por la familia dura más allá de la vida! ¡Es inhumano hacer sufrir! ¡No debe ofenderse a nadie!

FERNANDO. — ¡Tú padecerás mucho cuando sepas que las pasiones son como yo las siento y no como tú las supones!

SEBASTIÁN. — ¡Te leo en tu alma, Fernando! ¡Tú me quieres decir: la casa es un santuario! ¡La historia de la familia es un libro donde los varones no deben escribir sino capítulos de fuerte virtud y las mujeres de casta y divina gracia, pero también te digo que

cuando la mala suerte hace desmoronar la casa, en lugar de hundirla y hacerla desaparecer, como has hecho tú... con los fragmentos sanos es necesario construir otra para esperar a los hijos pródigos, a las mujeres extraviadas, si vienen a pedir amparo y refugio, *(con gran fuerza)* aunque hayan sido muy deshonestas, porque es un delito no defender nuestra sangre de acechanzas ajenas, de ajenos bofetones y rechazar a las abandonadas, a las doloridas que vuelven, es repudiar la más elemental nobleza, es no ser caballeros, es querer saber más que Dios!

FERNANDO.—¡Vamos, Sebastián! ¡Hemos concluído! ¡Yo no he rechazado a nadie! ¡Pero te repito: perdonar no es lo humano! ¡Hemos concluído! ¡Me voy a encerrar en mi vejez solitaria!

SEBASTIÁN.—¡No te ofendas, Fernando! ¡Tú eres una noble alma! ¿Por qué luchas contigo mismo? ¿No crees que es necesario querer a los hijos, aunque prevariquen? ¿Hemos de agregar nuestro desamor a la maldad de los indiferentes, a la sorna impúdica de los de afuera, corroídos por la envidia? ¿Y para qué, Fernando? ¡Para destruir todo, para que no quede ni la esperanza de hacer rebrotar la honra muerta, para que la ruina sea siempre ruina y la maleza la cubra con su fúnebre trama y nunca más la caliente el esplendor de la vida y dónde existió el apellido surjan otros para sepultarlo para siempre! ¡No, Fernando! ¡Defendamos a los escombros! ¡Están llenos de lágrimas, de heroísmos y de tristezas! ¡Hagámoslos vivir, mi padre! ¿No quieres que nuestra familia tenga su resurrección? ¡Construyamos la nueva casa! ¡Será fecunda por la unión, por el trabajo! ¡La fe la engrandecerá como el hogar viejo de nuestras montañas!

FERNANDO.—¡Eres fuerte! ¡Eres generoso; pero, te repito, me voy a encerrar, en mi vejez, como los soli-

tarios! ¡No puedo cambiar mi alma! ¡Me iré a encerrar en cualquier parte; pero me voy cómo he sido y cómo no dejará de ser! ¡Abdico! ¡Dirige tú la casa! ¡Te entrego la honra de los abuelos! ¡Lava sus manchas! ¡Sé tú el arquitecto de la obra nueva! ¡Yo quiero morir sobre mi emblema purificado en cualquier forma! ¡No me quites el pasado! ¡No me quites su dolor! ¡No me quites las iras! ¿Qué haré yo sin ellas?

SEBASTIÁN. — ¡Sí, mi padre! ¡Tomo la herencia! ¡Yo haré revivir la ruina! ¡Lo grito con la fuerza de mis treinta años! ¡Abrazo los fragmentos de la honra muerta, los pulverizo, los riego con el llanto de las arrepentidas y de los sufrientes! ¡Hago la argamasa! ¡Empiezo los cimientos de la nueva casa! ¡La lleno de hijos! ¡La lleno con la alegría del espíritu nuevo, que salva a los caídos y respeta a la desventura delincuente, ignorante y sin culpa!

FERNANDO. — ¡Yo no puedo mentir! ¡No perdono, repito! ¡Lo tuyo, Sebastián, es una generosa quimera! ¡Te he sentido intrépido! ¡Ojalá la vida no te obscurezca el hermoso sueño! ¡Me retiro! ¡Te abandono mi casa! ¡En la ermita hay celdas para vivir con su propio pasado! ¡Tú eres el señor de Rialto! *(Se va lentamente.)*

SEBASTIÁN. — ¡No, mi padre, no! ¡Quédate con nosotros!

FERNANDO. — ¡Adiós! ¡Deja que los árboles viejos se sequen antes que los tronchen!

SEBASTIÁN. — ¡Ahí viene Amparo!

FERNANDO. — ¡Sebastián! *(Lo abraza.)* ¡No entristezcas el camino del destino!! ¡Adiós! *(Se va Fernando.)*

(Entra Amparo.)

Escena IV

Amparo y Sebastián

Sebastián. — ¿Estás llorando? ¿Cómo está Conrado?

Amparo. — ¡Con Soledad! ¡En su sillón de enfermo! ¡No quise llorar al lado de El!

Sebastián. — ¡Tanto frío y tanta bruma le han hecho mal; pero la primavera está próxima! ¿No seremos nosotros como los árboles? ¿No revivirá Conrado en el sol de primavera?

Amparo. — ¡Tengo miedo! ¡Solamente un milagro puede salvarlo! ¡Dios es bueno infinitamente!

Sebastián. — ¡Y con las santas como tú más!

Amparo. — ¡Así no han pensado todos!

Sebastián. — ¿Te refieres a Fernando? ¿No le has perdonado? ¡No tiene culpa! ¡Obedece a un sistema! ¡Es un caballero de su tiempo!

Amparo. — ¡Hacen tanto daño esas almas tan aceradas! ¡Yo soporté por mi hijo; pero ahora creo que me iré... después, cuando ya no viva Conrado!

Sebastián. — ¡Y Soledad se quedará sin madre!

Amparo *(impetuosa)*. — ¡Ah, no! ¡Es la hija de mi corazón! ¡No quiero abandonarla! ¡Dame fuerzas, Señor, para eso!

Sebastián. — ¡Perdona, Amparo! ¡Tú no has hecho sino amar! No has vivido sino para el bien y el sacrificio. ¡Yo no he visto en tu vida sino actos angelicales! ¡De tu persona ha emanado siempre una ideal religión de caridad para todos, aun para los que te dañaron! ¡Te debemos gratitud! ¡Ha sido la madre de nuestra niñez la guía de nuestra adolescencia! ¡Queremos que nos sigas amando! ¡Queremos que no abandones esta casa!

AMPARO. — ¡No he tenido otra, Sebastián! ¡La amo por mi largo martirio! ¡Está llena de mis amores! ¡He rezado tanto aquí! ¡Aunque la abandone no puedo sino adorarla hasta las lágrimas!

SEBASTIÁN. — ¡Estás bendita! ¡Has sido una santa madre!...

AMPARO. — ¡Si me fuera, no llevaré contra ustedes ninguna protesta! ¡Me iría perdonando, bendiciendo... a ti porque eres un hidalgo y a Fernando porque no supo lo que hacía! ¡Con ese corazón de acero no vió lo que pasaba en mi alma! ¡La pasión no deja ver! ¡Fernando es todo pasión! ¡Y después la fatalidad!... ¡Conrado se pierde! ¡Conrado ultraja! ¡Se pierde porque lo humillan! ¡Ultraja en la embriaguez, es decir en la inconciencia! ¡Pero te digo, en verdad, no hay nada acerbo en mi espíritu! ¡Sólo me queda un anhelo de martirio! ¡Sólo me queda el deseo de morirme en este infortunio!

SEBASTIÁN. — ¿No quieres vivir para Soledad? ¿Y si Conrado se salva, no quieres vivir para El?

AMPARO. — ¡Dios te oiga!

SEBASTIÁN. — ¡Tú me enseñaste que no se debe desesperar! ¡La felicidad llega siempre después del dolor! ¡Seguirás siendo nuestra madre! ¡Para ti serán nuestros más profundos quereres! ¡Y si yo te dijera que adoro tu blanca cabeza para poderla besar como ahora *(la besa)* y que quiero mirarte los ojos tristes y venerables que amaron y toda la vida lloraron... tan santos como los de mi madre... y si yo te dijera que necesito aprender de ti cómo he de vivir toda mi vida y tú fueras una abuela santa para mis hijos más tarde, nos dejarías, Amparo, asimismo? ¡Contéstame! ¿Quieres que te jure sobre los Evangelios que yo no lo odio a Conrado?

AMPARO. — ¡No! ¡Tú eres un hombre de verdad! ¡Gra-

cias, Dios mío! ¡Viviré para ti, para Soledad, para todos!

SEBASTIÁN.—¡Yo escuché tu historia! ¡La mente me dió un vuelco! ¡Comprendí toda tu vida! ¡Desde entonces no odio! ¡Tú me enseñaste eso con esa alma tuya, tan perdonadora de nuestras culpas! ¿Serás la santa abuela después? ¿Me lo prometes?

AMPARO.—¡Te lo prometo, Sebastián!

SEBASTIÁN.—¡En nuestra casa habrá fiestas! ¡Pondremos flores montañesas en nuestro comedor! ¡En la chimenea ha de chisporrotear en invierno la leña de nuestros robles! ¡Sentados cerca, hablaremos en las veladas nocturnas de esperanzas y de gallardos propósitos! ¡Hay que rehacer la casa! ¡Hay que llegar a todos los sacrificios! ¡Hay que rehacer la patria, Amparo! ¡Hay que llenarla con los ideales del espíritu nuevo! ¡Ya se lo dije a Fernando! ¡Discúlpame, Amparo, estas confidencias! ¡Hasta morir hay que llegar para su grandeza! ¡Qué contento estoy porque te quedas! ¡Tú conoces toda la elocuencia de nuestra ruina! ¡Vamos todos, Amparo, a rehacer la gloria! ¡El pasado nos llama para mostrarnos sus trofeos, para decirnos que fué creado por la virilidad y por la fe! ¿No te parece, Amparo? ¡Para rehacer las casas, para rehacer la tierra nuestra no debe haber sino una sola alma, una brega sola y bravía! ¿Por qué odiamos? ¿Por qué nos dividimos? ¿Por qué somos fratricidas? ¿Si muriendo se hizo nuestra anciana grandeza, hagamos causa común en la muerte, siquiera en eso, para hacer la grandeza presente! ¡Qué bien me han hecho tus palabras! ¡Qué resurrección en mi espíritu! ¡Discúlpame, Amparo, en tu dolor, este canto de esperanza!

AMPARO.—¡Eres valiente y bueno como tus abuelos!

(Entra Soledad corriendo.)

Escena V

Amparo, Sebastián y Soledad

Soledad. — ¡Amparo, Conrado quiere venir! ¡No tengo fuerzas para traerlo! ¡Ayúdame tú! *(Amparo entra y con Soledad traen a Conrado, rodando en sillón.)*

Escena VI

Conrado, Amparo, Sebastián y Soledad

Conrado. — ¡Quería ver el jardín! ¡Tanto día gris, madre mía, tanto día gris!

Amparo. — ¡Estaba con Sebastián!

Sebastián. — ¡Tú eres, Conrado, un alma caballerosa!

Soledad *(impetuosa)*. — ¡Pero lo has herido!

Conrado. — ¡Sebastián es un generoso, Soledad!

Amparo. — ¡El me dijo: trae a Conrado con nosotros! ¡Esta es casa hospitalaria!

Conrado. — ¡Yo presentía eso! ¡Toma, Sebastián! ¡Estrecha la mano de un desventurado!

Sebastián *(estrecha la mano de Conrado)*. — ¡Deseo sinceramente que sanes!

Conrado. — ¡Lo creo! ¡Yo te conozco! ¡Lo creo; pero, quién sabe? ¡Soledad, me has prometido traer claveles rojos! ¿Por qué no vas? ¡Esa es flor con sangre de la tierra nuestra! ¿No me dijiste que la planta está llena? ¡Tráeme, Soledad! ¡Flores de las leyendas tristes, ardientes flores del amor muerto! ¡Tráeme, Soledad! ¡Acompáñala, Sebastián! ¡Es una frágil delicadeza! ¡No la dejes, Sebastián! ¡Vuelve, Soledad, vuelve pronto!

(Se van Soledad y Sebastián.)

Escena VII

Conrado y Amparo

Conrado. — ¡Mal tiempo, mi madre! ¡Turbulento como el alma del hombre!

Amparo. — ¡Hay que pensar, Conrado, en los días serenos!

Conrado. — ¡No llegan hace dos meses! ¡Ya no tengo fuerzas! ¡El corazón se me ha hinchado como si quisiera romper el pecho! ¡De noche sopla y chilla como un presidiario maldito! ¡No ha sido la herida! ¡Son las orgías acumuladas que lo destrozan! ¡No me arrepiento! ¡Somos muchos los vagabundos! ¡Debemos salir pronto de la tierra! ¡No se sabe para qué nacemos! ¡Y vamos apurados al alcohol, a la mala noche y al esfacelo! ¡Irse y pronto, entrar temprano en el silencio! ¡Para eso estamos! ¡Una cosa me apena: haberte hecho sufrir! ¡No llores más! ¡Quiero vivir todavía para quererte!

Amparo. — ¡Has estado mejor estos días! ¡Dios te conservará para nosotros!

Conrado. — ¡Tengo el cuerpo lleno de agua... en las piernas, en el vientre, en todas partes! ¡Soy como un muerto abandonado en medio del campo, hinchado y podrido por la lluvia! ¡Cuando me vaya, dile a los Rialto, dile que lo he hecho sin quejarme, sin odios, altivamente, como un espíritu que de más hubiera estado sobre la tierra!

Amparo. — ¡Sebastián te estima! ¡Ha venido siempre a preguntar por ti!

Conrado. — ¡Bravo brazo el de Sebastián! ¡Sentí su espada, fría como losa de sepulcro, atravesarme las carnes! ¡Es un noble espíritu; pero no me com-

prende! ¡No sabe que la tristeza lo hace beber a uno! ¡No sabe que esa inquietud enferma domina la voluntad! ¡Estas cosas están escritas! ¡No se pueden evitar!

AMPARO. — ¡Te causas mucho hablando! ¿Por qué no duermes un poco?

CONRADO. — ¡No puedo! ¡El corazón salta como un león herido; el enorme vientre me incomoda!

AMPARO. — ¡Pon tu cabeza sobre mi hombro, así! *(Lo hace.)* ¡Yo te conversaré, como cuando eras chico, para que te duermas! ¡Te hablaré de Dios, de la esperanza!

CONRADO. — ¡Qué pena! ¡Dios y la esperanza se acaban con la niñez! ¡Voy a tratar de dormir! *(Apoya su cabeza sobre el hombro de Amparo. Al rato ella lo besa. Conrado sigue.)* ¡Me has besado, mi madre! ¡Qué tarde llegan los besos, como si fuera una despedida!

AMPARO. — ¡Hijo mio, duerme!

CONRADO. — ¡Estaba soñando mi madre, deliciosamente!

AMPARO. — ¡Duerme! ¡Vuelve a soñar!

CONRADO *(con los ojos fijos en un tranquilo delirio, siempre recostado en el hombro de Amparo, muy lentamente.)* — ¡Yo vi un alma con más blancura que los mármoles de Grecia, con un perfume de Eucaristía en todas sus fibras y un olor a incienso de divino templo! ¡La vi cruzar a través de la vida... entre el fango, entre la perversidad y el delito! ¡Las flores brotaban a su paso! ¡Y cruzaba esa alma por la vida! ¡Y los sótanos, los mechinales y las buhardillas, donde viven los miserables con hambre, con insomnios, se alegraban porque era la misericordia! ¡Olía a cedros seculares y a lágrimas de sándalo! ¡Y todos repetían: es la humana misericordia! ¡Confortaba los caídos, endulzaba el dolor! ¡En las ergástulas era como luz de piedad en las almas tenebrosas! ¡Así,

a pesar del lodazal, a pesar de su paso a través de la colmena humana, de entraña corrompida y lengua malvada, siguió siendo una visión blanca y seráfica, adquirió persona en el camino! ¿Ves, mi madre? ¡Ahí viene! *(Estremecido y queriendo incorporarse.)* ¡Adquirió la divina efigie de Soledad de Rialto!... ¡Ahí viene!

(Entra Soledad, con una bandeja de claveles, con la cabellera suelta, como al principio. Coloca la bandeja sobre una mesa.)

Escena VIII

Conrado, Soledad y Amparo

Conrado. — ¡Te esperaba! ¡Eres en mi sueño como una cítara amable!

Soledad. — ¡Yo dije: vuelvo pronto, porque Conrado está triste! ¡Voy a llevarle las flores de su clavel! ¡Lo puse al lado del mar! ¡Ha sanado! ¡Fíjate qué hermosos! *(Le ofrece algunos claveles.)*

Conrado. — ¡Sí! ¡Eso sucede antes de morir! ¡Todo se anima en el cuerpo enfermo! ¡Se respira mejor! ¡Hay mucha beatitud! Es muy bueno el sol con los moribundos, pero dura poco!

Soledad. — ¡Y yo dije también: en el corazón de las novias no se extingue nunca la luz! ¡El amor no transmonta!...

Conrado. — ¿Luego tú no me rechazas?

Soledad. — ¡Soy tu novia!

Conrado. — ¿A pesar de mis delitos?

Soledad *(exaltada)*. — ¡Soy tu novia! ¡Soy tu novia!

Conrado. — ¡Qué infortunio, mi madre! ¡Ahora que se acaba todo!

SOLEDAD. — ¿No te digo que estás delirando? ¡Recién empieza todo!

CONRADO. — ¡Cuánta esperanza, Soledad! Dime, ¿cómo es eso? ¿Quieres contarme tu divino cuento?

SOLEDAD *(muy animada)*. — ¡Sí! ¿Te acuerdas? ¡Era la estación gloriosa en que triunfan las flores; era la primavera, llena de nidos y de perfumes!...

CONRADO. — ¡Sí, me acuerdo! ¡Caminábamos de la mano, bajo el cielo azul!...

SOLEDAD. — ¡Entre los pinos armoniosos, frente al susurro del mar, sobre las praderas de amapolas y de margaritas!...

CONRADO. — ¡Sí, me acuerdo! ¡Caminábamos en silencio, frente al susurro del mar!...

SOLEDAD. — ¡Los pájaros se cernían en bandadas sobre nuestras cabezas... bajo el cielo azul... y tú tenías veinte años!...

CONRADO. — ¡Había en la naturaleza una alegría de aurora y las yemas brotaban en las ramas de los árboles!...

SOLEDAD. — ¡Y tú tenías veinte años... y yo apoyaba mi corazón sobre tu pecho gallardo y sentí a través de mi sangre una amorosa fuerza!...

CONRADO *(alzando la voz)*. — ¡Fué entonces que mi voz se alzó sobre todas las armonías y se dilató por el éter inconmensurable! ¡Yo te amaré, Soledad, mientras el mar murmure y la primavera cante!...

SOLEDAD. — ¡Ah! ¿Te acuerdas? ¡El jardín era como una iglesia; las rosas perfumaban a la luz del sol!

CONRADO. — ¡Y los dos arrodillados, en las pupilas hondas nos mirábamos y nos besábamos así... así... *(Se besan. En este diálogo Amparo se ha arrodillado a rezar.)*

SOLEDAD. — ¡Yo sentí una tranquilidad augusta y religiosa como si el Señor hubiera descendido en mi alma!

Conrado. — ¡Tú me dijiste: es la hora de la comunión, y los dos nos arrodillamos al lado del altar!...

Soledad. — ¡Comulgamos entre los salmos del órgano y luego salimos a caminar de nuevo de la mano, entre el susurro de los árboles!...

Conrado. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Entre el susurro del mar sereno! ¡Cómo bendije la dulce lumbre de tus pupilas, Soledaita! ¡Cómo bendije a las melodías universales, al amoroso poema!... ¡Horas felices! *(Conrado se desvanece.)*

Soledad. — ¡Qué tienes, Conrado! ¡Amparo! ¡Amparo!

Conrado. — ¡Melancólico recuerdo! ¡Horas muertas!

Soledad.—¡Háblame, Conrado, háblame! ¡Amparo, ayúdame tú!

Amparo *(abrazando al hijo)*. — ¡Hijo de mi corazón! ¡Despierta! ¡Vuelve en ti! ¡Dios mío, sálvalo!

Soledad. — ¡Ahí despierta! ¡Qué dicha!

Conrado *(volviendo en sí)*. — ¡Tú rezas, mi madre, para todos, hasta para los que ultrajan y humillan a los otros!

Amparo. — ¡La plegaria triunfa!

Soledad. — ¡El amor y el martirio triunfan!

Conrado. — ¿Quién sabe? ¡He visto tantos galeotes complacerse en el mal y tanta inocencia mancillada! ¡He visto a los hombres ocupados en sus sórdidas avaricias morder y robar lo ajeno, como canallescos mastines, y entregarse al culto de bestiales cinismos, depravados y tramposos, y más de una vez he deseado que el caos se apoderase de hombres y ciudades y todo desapareciese en sus bestiales cataclismas! ¡Conocer la vida enferma, el alma, mi madre, y yo he rodado mucho entre el fango como un terrible astro! ¡Hay una niñez encantadora! ¡La manchan! ¡La arrojan al vicio prematuro! ¡Es ludibrio y mercado de lenones impunes y jactanciosos! ¡Hay una virilidad honesta! ¡Son trabajadores! ¡Son artistas! ¡Son

padres que plasman el alma del hogar con los rudos vigores del brazo, con purezas de amor y de ternuras! ¡Yo los veo empobrecidos, como Lázaro, asistir a la ruina de sus predios y de sus fábricas! ¿Por qué este destino? ¿Por qué no triunfan? ¡Los malos contaminan a las casas en marcha! ¡Las llevan hasta la cárcel, hasta la deshonra! ¡Desespera esto, mi madre! ¿Por qué vencen los siniestros? *(Tiene un desvanecimiento.)*

AMPARO. — ¡No te agites así! ¡Te hará daño!

SOLEDAD. — ¡No habla! ¡Está muerto!

AMPARO. — ¡Vive, Conrado, para los que te aman!

SOLEDAD. — ¡Yo te amo! ¡Yo te amo! ¡La tormenta se ha ido! ¡Los nidos cantan! ¡Enamorada estoy como el fuego, que consume todo!

AMPARO. — ¡No te acerques tanto! ¡Déjalo respirar, Soledad! ¡Ya vuelve en sí!

CONRADO *(volviendo en sí)*. — ¡Siempre ustedes al lado mío! ¡Pobres mártires! ¿Ven allí? *(Señala alguna visión, delirando.)* ¿Ven allí? ¡Son ancianos que pasan! ¡Los jóvenes los desprecian, los escupen! ¡Se mueren de tristeza ellos! ¡Cuántos son! ¿Y esos? ¿Esos? ¡Son los adolescentes! ¡Aman! ¡La canalla escarnece a los sensitivos con sus perras socarronerías y lastima al amor esa celeste religión, esa sin par hermosura! ¡La lleva a la demencia! ¡La lleva al suicidio!

SOLEDAD. — ¡No, Conrado! ¡No sufras! ¡El amor es más fuerte que los hombres, más fuerte que el mal, todopoderoso como Dios!

CONRADO *(muy agitado y sombrío)*. — ¡Ya te lo he dicho, Soledad! ¡Yo he rodado entre el fango como un astro terrible! ¡He visto el triunfo del mal! ¡Qué gigantesca mole de vicio! ¡Qué montaña enorme de infamias sacudidas por las griterías de la bárbara horda! ¡Son satiriásicos! ¡Son ninfómanas! ¡Son las

desnudeces contaminadas y victoriosas! ¡Manípulos de arteros, cohorte de ladrones y de homicidas, sayones y tiranos, suben la cuesta envueltos en banderas sangrientas cubiertas de laureles! ¡Paso! ¡Paso! ¡Ahí va la humanidad en triunfo pero no la buena... la de los novios, la de los trabajadores humildes, no la humanidad piadosa que ama, espera, sufre, reza, bendice, sino la que está amasada con las mugres de las cárceles, con los putrílagos de los manicomios! ¡Esa triunfa! *(Se desvanece.)*

AMPARO. — ¡Qué horror! ¡Sálvalo, Soledad! ¡Llama a Sebastián! ¡No ves que se muere! ¡Sebastián! ¡Sebastián! *(Corre a llamar. Entran Sebastián y Fernando.)*

ESCENA ÚLTIMA

SEBASTIÁN, FERNANDO, AMPARO, CONRADO Y SOLEDAD

AMPARO. — ¡Está muerto, Sebastián! ¡Tiene las manos frías y la frente fría!

SEBASTIÁN. — ¡Es un desmayo! ¡Su corazón late, Soledad!...

AMPARO. — ¡Parece que Soledad no ve, Sebastián!

FERNANDO. — ¡Hija mía! ¡Hija mía! *(Se acerca a ella.)*

SOLEDAD. — ¡Miro allá lejos, allá lejos! ¿Ves una zambra? ¿Oyes las peteneras? ¡Bailan las mozas, bajo los naranjos, sobre las margaritas, y las guitarras suenan escondidas en las glorietas de madreselvas! ¿Oyen? ¿Oyen? ¡Los surtidores murmuran la canción de cristal sobre las fuentes de mármol y los pájaros besan los nidos, trinando en el regocijo creador de la primavera! ¿Ves, Sebastián, allá? ¡Bailan las

mozas! ¿Oyes las peteneras? ¡Ellas son lágrimas, lágrimas!

SEBASTIÁN. — ¡Pero Soledad, si su corazón late, si es un desmayo!

FERNANDO. — ¡Soledad, ven conmigo! ¡Yo te suplico!

SOLEDAD *(arrastrando al padre)*. — ¡Tú ven conmigo! ¡Cerca de Conrado! ¡Pídele perdón! ¡Ah, no quieres? ¡Acuérdate de la leyenda de los claveles rojos! "El le buscó el cuello con una navaja y le abrió una boca ancha y sangrienta! ¡Acuérdate! ¡Pídele perdón!

SEBASTIÁN. — ¡Padre mío, disculpa su inconciencia!

FERNANDO. — ¡Me desgarra tanto dolor! ¡Pero yo estoy de más en el mundo! ¡Ya te lo he dicho! ¡Pobre hija mía! ¡Sostenla tú! ¡Que sea tu hija! *(Se va.)*

SEBASTIÁN. — ¡Conrado vive, Soledad! ¡Respira! ¡Respira!

AMPARO. — ¡Soy una réproba! ¡Ya no hay misericordia para mí! ¡Soy un alma muda, una noche de cementerio, una ermitaña funesta!

SEBASTIÁN. — ¡No desesperen así! ¡No ofendan a Dios de esa manera!

CONRADO. — ¡Bravo brazo, Sebastián! ¡Alma generosa!

SEBASTIÁN. — ¡Vive, Conrado! ¡Vive!

CONRADO. — ¡Ya te lo he dicho! ¡Tienes el pulso firme y la pupila bravía! ¡Todo es inútil! ¡Ya verás cómo abandonaré la tierra sin quejarme! ¡Soledad! ¡Soledad!

SOLEDAD. — ¡Aquí estoy, Conrado!

CONRADO. — ¡Tengo una sombra en los ojos! ¡Quiero amar todavía! ¡Te voy a llamar mi novia! ¡No te ofendas, Sebastián! ¡He conquistado su amable espíritu! ¡Si yo pudiera arrodillarme ante tu belleza, si tú me dejaras besar tu cabellera negra, ángel querido de mi vida torva!

SOLEDAD. — ¡Conrado, tómala! ¡Es tuya! *(Le da la cabellera.)*

CONRADO. — ¿Ves? ¡Aquí está entre mis manos! ¡Yo me sonrío! ¡Huele a claveles! ¡Es blanda como la espumilla! ¡Antes, cuando yo dormía afuera, más de una vez sentí que tus cabellos se movían sobre mi mejilla impura como un casto abanico! ¡Fuí un bandido! ¡Yo te he ofendido, Soledaita! ¡Perdón!

SOLEDAD. — ¡Yo te amo!

CONRADO. — ¡Y después... cuando yo me vaya!...

SOLEDAD. — ¡No te vayas! ¡Una víbora mala me muerde la cabeza! ¡Ten compasión de mí!

CONRADO *(abriendo desmesuradamente los ojos)*.—¡Toda te veo, Soledad!

SOLEDAD. — ¡Ten compasión! ¿No me has dicho que soy tu novia?

CONRADO. — ¡Toda te veo!... ¡Tu cuerpo tiene una transparencia de cielo! ¡Eres pura como el martirio! ¡Tus ojos son seráficos... dulcemente, serenamente! ¡Cuéntame otra vez tu divino cuento! ¡Recemos, Soledaita! ¡Caminábamos de la mano bajo el cielo azul, entre los pinos, frente al susurro del mar, sobre las praderas de amapolas y margaritas! ¡Y nuestra voz se alzó sobre todas las armonías y nos dijimos: "Te amaré infinitamente, mientras el mar murmure y la primavera cante, y con el beso de los labios nos besamos así, así!... *(Se besan y Conrado cae muerto, con la cabeza apoyada sobre el pecho de Soledad.)*

SOLEDAD. — ¡Está dormido! ¡Ven, Sebastián! ¡Ven!

AMPARO. — ¡Hijo de mi corazón!

SOLEDAD. — ¡Está dormido! ¡Tiene las pupilas dilatadas como en el sueño!

AMPARO. — ¡Qué dolor, Dios mío!

SOLEDAD. — ¿Qué hay? ¡Ya sé por qué exclamas! ¡Está muerto, Conrado! ¿A ver? ¡Las manos yertas, la mejilla obscura! ¡No se mueve! ¡Yo no te he ofendido! ¡Háblame! ¡Toma mi cabellera! ¡Toma mis besos! ¡Amparo, ven! *(A Sebastián.)* ¡Tú no! ¡Tú no! ¡Lo

has herido! ¡Lo has vilipendiado! ¡Amparo, tú que lo amaste infinitamente como yo, tú ven! ¡Conrado es nuestro, de las dos solas! ¡Nosotras no más lo vamos a tocar, para que no sea profanado! ¡Yo perfumaré su mortaja! ¡Tú le pondrás el crucifijo entre las manos!

AMPARO. — ¡Ya no resisto más, Señor de los Cielos!

SOLEDAD. — ¡No hablemos fuerte! ¡No lo despertemos! ¡Está durmiendo en la eternidad! ¡Nunca tuvo descanso sobre la tierra! ¡Allí descansa!

(Sebastián y Amparo quieren llevarla.)

SEBASTIÁN y AMPARO.—¡Vamos, Soledad! ¡Vamos! ¡Ven con nosotros!

SOLEDAD. — ¡No! ¡No! ¡Amparo reza el rosario! ¡Yo voy a arrojar claveles rojos sobre su cuerpo! *(Toma claveles de la bandeja; los arroja sobre el cuerpo muerto. En eso se oyen sonidos lejanos de bandurrias, tocando una petenera. Soledad sigue hablando.)* ¿Ves, Sebastián, allá? ¡Bailan las mozas! ¡Son peteneras! ¡Lágrimas! ¡Lágrimas! ¿Oyes los cantos?

¡Yo soy un náufrago, tú la ribera!
¡Dame tu mano, Soledaita!
¡Estoy tan cansado, dame tu mano,
Soledaita! ¡Yo soy un náufrago!

(Mientras canta esa canción, Soledaita arroja flores sobre Conrado y va bajando poco a poco el telón.)

FIN

RAMIRO EL REY

Drama en cuatro actos

PERSONAJES

RAMIRO EL REY

TERESANA, madre de Ramiro

JUDITH, viuda, nuera de Teresana, madre de

TRISTÁN, oficial de marina

BERARDO, teniente del ejército, hermano de

ESTHER, nietos de Teresana, sobrinos de Ramiro y Judith

RAMIRO EL REY

ACTO I

Un hall con una puerta central y una ventana al costado. Una puerta a la derecha como entrada a los dormitorios de las dos mujeres. Otra puerta a la izquierda que da al dormitorio de Ramiro.

Escena I

Teresana y Judith

Teresana. — ¡No salgas esta noche! ¡He tenido una pesadilla siniestra!

Judith. — Es un corto paseo. Hay mucha luz de luna. ¿Qué miedo tienes?

Teresana. — ¡Miedo, no! ¡Tengo la certidumbre de una desgracia!

Judith *(fingiendo despreocupación)*. — ¿Y por qué?

Teresana. — ¡Hoy llega Tristán!

Judith. — ¡No dice eso en su carta!

Teresana. — ¡No sé! Tengo un presentimiento. Se han producido cosas de mal agüero. La Niobe que estaba sobre esa columna se hizo pedazos esta mañana. ¡Mientras tú dormías, Ramiro saltaba gruñendo en la covacha haciendo sonar los sucios arambeles de su traje!

Judith. — ¡Supersticiosa eres, Teresana!

TERESANA. — ¿Quién sabe? ¡Piensa uno tanto, que llega hasta hacerse profética! ¡Ramiro hizo lo mismo hace muchos años *(con terror)* en una noche como esta! ¡Qué horas terribles!...

JUDITH. — ¡Eres una supersticiosa! ¡Déjame salir!...

TERESANA. — ¡Lo harías de todos modos!... ¡Porque tu alma no es tuya y tu cuerpo tampoco!

JUDITH. — ¡Vamos, Teresana! ¡Estás perturbada! ¿Qué mal hay en todo esto?

TERESANA *(animándose poco a poco)*. — ¡Oh, nada! ¡Nada! ¡Hay un esposo muerto y una negra ponzoña que se apodera de nuestras fibras... Es otro hombre... ¡tal vez un bandido!... ¡Ese nos aferra de la nuca, nos arrastra, gira, danza alrededor de nosotras y nos emborracha... y nosotras giramos también abrazadas del cuerpo recio e infame y el bandido ríe, ríe y pisotea a la esclava rendida! ¡Nosotras pasamos así el día y la noche, acariciando en los soliloquios a la hosca e hirsuta bestia y por nuestro cuerpo se derrama una onda de lúbricas fascinaciones! ¡Hacemos esfuerzos, queremos luchar! ¡Hasta rezamos; pero el fuego malo puede más que nosotras y la llamarada consume la poca voluntad, la poca virtud! ¡Tú sales siempre! ¿Qué importa que te vayas una vez más? ¿Qué importa que haya un honor manchado y un hijo de veinte años?

JUDITH *(sacándose el sombrero)*. — ¡Sí, me importa de mi hijo!

TERESANA. — ¡Eso no basta! ¿Y tu marido muerto? ¡Los muertos merecen mucho respeto! ¡Es el honor de ellos que hay que cuidar! ¿Por qué no lo cuidas tú? ¡Si crees que no ven, te equivocas! ¡Están en todas partes, en la sala, en el asiento vacío del comedor, en los ojos, en el alma de nuestros hijos. No se van de la casa los muertos. Quedan como un intenso misterio. Saben de nuestra vida, de nuestras

sensaciones; por eso cuando manchamos sus venerandas memorias, pecando, ellos dejan caer sobre la conciencia delincuente una amargura inconsolable!... ¡Nos persiguen día y noche! Nos acusan: ¡abandonaste la vida inmaculada! ¡Has olvidado mis besos! ¡Has olvidado el amor de mi pobre alma vagabunda, que no cesó de amarte! ¡La carne, el miedo te hicieron caer! ¡Un cínico me roba el tesoro. Ese fué mi orgullo y noche a noche, por las calles tenebrosas, va rodando entre el fango la honra de mi santuario!

JUDITH. — ¡No prosigas! ¡He caído en un abismo!... ¡No puedo luchar! ¡Las fuerzas me faltan! ¡No me abandones! ¡Quédate conmigo!

TERESANA. — ¡Tú debes vencer! ¿Hablas del abismo? ¿Crees que eso concluye allí? ¿Y si tu hijo llega a saber?

JUDITH. — ¡No lo sabrá nunca! ¡Tú no lo dirás; Ramiro no lo dirá!

TERESANA. — ¡Eso no salva! El delito es parlero. Se ve en el gesto, en la mirada. Comprenderá que tus besos son fríos. Tú estás inquieta, casi violenta. ¡Verá que te asomas a cada rato, porque necesitas la ponzoña de ese que te llama desde la calle! ¡Ah, tiemblas! ¿No? ¡La carne te hace cobarde! ¡Ya no luchas! ¡Tu amante te ofrece la fruta contaminada y tú no puedes rehusarla!

JUDITH. — ¡Basta! ¡No me tortures más!

TERESANA. — ¡Ese no es mi objeto! ¡Quiero decirte toda la verdad! ¡Vienen después las horas solitarias! ¡Nos abandonan los amantes! ¡El hastío los domina! ¡Venga otra mujer, otra y otra! ¡Y las que van quedando en la cuesta dolorosa, esas están señaladas con estigmas indelebles, con la bofetada brutal, con el puntapié canalla! ¡Adúltera! ¡Adúltera! ¡No has respetado el honor de los muertos! ¡Dios te castiga! ¡Tu cuerpo fué vilipendiado! ¡Tu alma escarnecida!

¡Ya no eres nadie! ¡Te arrojaron a la sentina, con la repugnancia con que se tiran las medias sucias! ¡Es una vieja novela esta! ¡Mi deber es contártela!

JUDITH. — ¡Sí! ¡La novela de los canallas! ¡Los caballeros no hacen eso!

TERESANA. — ¿Qué? ¿Lo defiendes, tú? ¿Caballero un hombre que enloda el apellido de tu hijo? ¡Vamos!

JUDITH. — ¡Soy culpable! ¡No me excuso! ¡No creo que debo ser perdonada! ¡Merezco lodo, la bofetada, el abandono, el escarnio! ¡Yo quiero morir! *(Con desesperación.)* ¡Quiero morir; pero tú eres injusta! ¡Tus palabras son maldicentes y calumniosas!

TERESANA. — ¡No contesto eso! ¡Tú no conoces a Berardo! ¡Y yo te digo que tu corazón puede ser más lacerado todavía, porque si Tristán llega a saber!...

JUDITH. — ¡Nunca lo sabrá! ¡Nunca! *(Todo esto dicho con ímpetu.)* ¡Dios aparte de mí este cáliz!

TERESANA. — ¡Ay de ti, si lo sabe! ¡Quiero que te salves! ¡Te lo pido con lágrimas! ¡Sálvate!

JUDITH. — ¿Qué siniestras cosas estás hablando?

TERESANA. — ¡Sálvalo a Tristán!

JUDITH. — ¿A Tristán? ¿Por qué?

TERESANA. — ¡Escúchame! ¡Abrázame fuerte, hija mía! Yo tenía tu edad. Mi marido había muerto. ¡Ramiro venía poco a casa, como Tristán! Era estudioso y bueno; yo vivía muchas horas muy sola. Era una impetuosa, como tú, una sedienta de afectos! ¡Un hombre pasaba todas las tardes debajo de esa ventana! ¡Lo creí un caballero! ¡Me olvidé, como tú, del honor de los muertos! ¡Me abandonó después! ¡Ramiro se apercibió en seguida que yo tenía una crucifixión! ¡Para vengarse se volvió un espectro terrible! ¡Indagó! ¡Buscó por todas partes! ¡Una noche, la última noche, me sorprendió, despidiéndome! ¡El huyó! ¡Me atropelló con una luz de sangre en los ojos, me arrastró del pelo, me torció las muñecas

y me hizo arrodillar! ¡El retrato de su padre, arrancado de la pared, se hizo pedazos, sonando los fragmentos y saltando lúgubres por el pavimento! Lo acechó a él esa misma noche. Le clavó las manos sobre el hombro, fieramente. Llegaron al río; allí se dieron de puñaladas! ¡El murió; Ramiro, loco, fué a la cárcel, y yo quedé moribunda! ¡Desde que salió de la cárcel me cuida mucho, afectuoso, acre, violento! ¡Esa piedad amarga de su alma de loco me tortura! ¡Hubiera deseado la muerte más bien; pero no eso... porque me recuerda el desastre de mi sér moral y el remordimiento salvaje rechina en mi cerebro la estridente canción de una vida perdida y me grita en el sueño, en la vigilia: ¡Adúltera! ¡Adúltera! ¡Has hecho sufrir a los muertos, a sus corazones melancólicos que te acompañaban en la casa sola! ¡Abrázame y perdona! ¡Esta es toda la verdad, hija mía! ¡Ahora sálvate! ¡Piensa en tu hijo! ¡No se vaya a enloquecer como Ramiro!

JUDITH. — Y si yo no he de amar más porque soy viuda, ¿por qué tenemos carne y pasiones?

TERESANA. — ¡Para luchar y vencer! ¡Para hacernos dignas de Dios!

JUDITH. — Y si derivamos de él, ¿por qué me siento impregnada de bestialidad? ¡No tengo ni un átomo de la perfección infinita! ¡Me olvidé de todo! ¡Insulté todo, hasta el alma honesta de mi hijo! ¡Soy una meretriz! ¡De Dios no derivamos! ¡Las bajas pasiones de la tierra, el lodo, el rencor, la lascivia corrompen al espíritu humano!

TERESANA. — ¡Puedes retroceder, hacer de tu casa un santuario! ¡Abandona a Berardo!

JUDITH. — ¡Tú aconsejas, pero no puedo retroceder! ¡Lo amo! ¿Y mi sangre? ¿Y mi sexo? Y las bramas salvajes de mis años, ¿quién las apaga? ¡Tú aconsejas y has hecho lo mismo! ¡Tú no cuidaste el honor de

los muertos! ¡Hablas del deber, y lo que hay de verdad en la vida son funciones, ardores y sexos!

TERESANA. — ¡Piensa en tu hijo! ¡Si te abandona, tendrás una soledad sin consuelo! ¡Que no sepa!

JUDITH.—¡Eso es! ¿Y a ti, qué fuerza te arrastró? ¡Que no sepa! ¡Nadie debe saber! ¡Sé adúltera! ¡Sé dominada! ¡Rinde tu cuerpo al truhán de la calle! ¡Pero ay de ti si el mundo sabe! ¡Ay de ti si tu hijo sabe! ¡Y yo te pregunto si el delito no existe ya, porque nadie lo conozca, y si uno es menos culpable cuando medita el adulterio o cuando se derrumba en la saciedad vulgar?

TERESANA. — ¡No sé eso! ¡Lo que yo sé es que en la vida todo se rehace, hasta el honor, menos el alma de las madres, si las abandonan los hijos! ¡Hay que amarlos, llorar por ellos, lavar el alma manchada! ¡No se vaya a enloquecer Tristán!...

JUDITH. — ¡Berardo me da terror! ¡Soy su esclava! ¡No puedo dejarlo! ¿Por qué creas tú el cuerpo, Dios mío? *(Con desesperación.)* ¿Por qué no hay sobre la tierra sino un enjambre de almas, para que el pecado no sea posible? ¡Nos dió la pasión! ¿Por qué, Dios mío, no nos diste la fuerza para luchar con el mal? *(Voz de Ramiro, de adentro.)*

VOZ DE RAMIRO. — ¡Madre! ¡Mi dulce madre! ¡Te llamaré virtuosa y pura como la idea de Dios!

TERESANA. — ¿Oyes? ¡Es Ramiro! ¡Esa es mi tortura! ¿Yo pura? ¿Yo virtuosa?

VOZ DE RAMIRO. — ¡Te llamaré casta como el alma seráfica!

TERESANA. — ¡Adiós, Judith! ¡Adiós! *(Se va.)*

Escena II

Judith

Judith. — ¡Siento que si me llama Berardo no podré luchar! ¡Y dónde iré! ¡El está en todas partes! *(Voz de Berardo, de adentro; golpea la puerta.)*

Voz de Berardo. — ¡Judith! ¡Ven conmigo! ¡La noche es serena!

Judith *(acercándose a la puerta)*. — ¡No! ¡Hoy llega Tristán!

Voz de Berardo. — ¡Entraré, entonces! ¡Te arrastraré fuera!

Judith. — ¡Después; esta noche no! *(Se oye rechinar la llave en la cerradura.)* ¡No entres, malvado! ¡Perdón, Dios mío. *(Mirando el retrato.)* ¡Y tú no me mires! ¡No me mires! *(Sale apresuradamente.)*

Escena III

Ramiro

(La ve irse. Entra con traje de rey. Manto de armiño, corona, cetro. Todo muy usado. Algún remiendo.)

Ramiro *(señala la puerta por donde sale Judith)*. — ¡Se va, como Teresana! *(Indica la puerta.)* ¡Os voy a contar una historia! ¡En aquel tiempo sucedió esta siniestra aventura! ¡Yo era un rey, como es Tristán ahora, hermoso como Apolo, con carnes blancas de mármol, ojos azules, amables como el cielo y tenía la barba dorada, yo, con hebras de sol en mi rostro

apolíneo, mientras la mente más excelsa que el genio y más que Dios infinitamente creadora, meditaba la fórmula de la felicidad humana! ¡Ya se sabe lo que pasó! ¡Dios no fué capaz de encontrar la fórmula de la felicidad! ¡Y yo sí! ¡Yo la iba a dar! ¡Todas las generaciones rodeaban mi trono! ¡Alrededor resonaban las armonías de mil catedrales! ¡Y los pueblos gritaban: ¡Monarca! ¡Monarca! ¡Dadnos la dicha! ¡Tú eres Todopoderoso! ¡Dadnos la dicha! ¡A Dios se la hemos pedido a ruego herido! ¡Es impotente! ¡Tú eres Todopoderoso! ¡Dadnos la dicha! ¡Y yo la iba a dar; pero a lo lejos cruzó Teresana del brazo del adulterio *(muy lento)* y todo mi poder fué quebrado y obscurecido el genio de la mente! ¡Qué crimen horrendo! ¡La humanidad no es feliz por ella! ¡Mi corona se tornó de herrumbre y el manto de armiño se desfibró en arambeles! ¡Mi casa está sucia ahora; mi cuerpo viscoso destila grasa! ¡Empecé a remendar los pingajos de la real vestimenta y resultó este traje de una policromía sonriente! ¡Aquí lo ven ustedes! ¡Yo soy ahora el rey de los polichinelas! ¡He aprendido la carcajada de Arlequín! *(Ríe.)* ¡Bailo en la ronda hilarante de los átomos muertos! *(Baila.)* ¡Soy el emperador de la roña y digo que mi madre es culpable! ¡Por ella la humanidad no es dichosa! ¡Hay que aplaudir a Teresana, porque si los pueblos fueran felices la inercia se apoderaría de la inteligencia y la gordura innoble del cuerpo! ¡Oh, topo gris, tú serías el genio, y tú, Falstaff, la estética! ¡Amemos a Teresana! ¡Seamos tiernos con la casta madre, mientras yo bailo en la ronda hilarante de los átomos muertos! *(Baila con desenfreno.)*

(Entra Teresana.)

Escena IV

Teresana y Ramiro

Teresana. — ¿Por qué bailas? ¿Qué te hace reir?

Ramiro. — ¡Judith, pues! ¡Se ha ido a buscar la dicha, que siempre está en casa ajena! ¡Y tú hiciste lo mismo! ¡Antes rezabas! ¡Yo era el Dios de tu altar! ¡Mi mano se extendió sobre tu frente para bendecirte muchas veces! ¿Te acuerdas? ¡Desde la muerte de mi padre, tú guardabas el fuego sagrado, donde ardía el cedro y el cinamomo; pero un día te fuiste de la casa, el fuego se apagó y a mí me coronaron rey de los polichinelas! ¡Bien es verdad que desde entonces adoro tu alma seráfica! ¡Han visto, ustedes, cómo tiene esta mujer blanca la vestimenta, porque ha sido la santa madre de los dioses tutelares! ¡Oh, vosotros *(se dirige a los cuadros)* que miráis la conducta de los hijos desde la eternidad, arrojad a Teresana ramos de lirios! ¡Esa casta cuidó mucho el honor de los muertos!

Teresana *(con ímpetu)*. — ¡De una buena vez, qué eres tú? ¿Eres loco o cuerdo? ¡Habla! ¡Habla!

Ramiro.—¿Yo? ¿Quién soy? ¡Un emperador soy! ¡Ahora, contéstame tú: el Carnaval es loco o cuerdo? ¡Es un lúgubre aquelarre! ¡Los hombres llevan su monstruosa máscara! ¡Con ellos pueden reir esos pierrots blancos, esos payasos con el rostro pintado de minio! ¡Fíjate cómo alborotan y cómo resuenan las bulliciosas carcajadas en los diabólicos saturnales! ¡Con qué brama buscan la orgía, cómo se embriagan en las ágapes dementes! ¿Qué te parece? ¡Y los reyes de opereta con cetro de cartón y las princesas del suburbio con estrellas de papel brillante sobre el traje de percal! ¿Crees tú que son locos? ¡No te equivo-

ques! ¡Sacude el polvo al pierrot, ráscale al payaso el minio y tú verás debajo correr lágrimas! ¡Mira de frente a los reyes de opereta y a las pseudo-princesas y hallarás en esas almas el dolor, la envidia, la ambición de conseguir siquiera un mendrugo de la realeza y el odio feroz de la impotencia! ¡Todos quieren ser reyes! ¡Bregan, sudan, se matan los hombres y la careta con que ocultan el rostro revela un estado de alma, sus ambiciones, sus desventuras, sus dolores! ¡Luego el Carnaval es una verdad! ¡Y yo había encontrado la fórmula para la felicidad del mundo y tú, Teresana, has destruído ese soberano ensalmo porque pasaste del brazo del adulterio y fuí transformado en el rey de los polichinelas! ¡Te perdono! ¡No soy loco! ¡Tengo una careta risueña y grotesca para cubrirme el rostro, como los reyes de opereta!... ¿Pero en el corazón?... ¡Allí está la verdad! ¡Allí está el carnaval! ¡Estoy vengando un horrible ultraje! ¿Te acuerdas, Teresana, del honor de los muertos?

Teresana *(con desesperación)*. — ¿Hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo?

Ramiro. — ¡Yo te perdono, Teresana. Lo juro por el Sol, fuente de vida y, si no basta, por la Luna, que incomoda los adulterios!

Teresana. — ¿Por qué me torturas?

Ramiro. — ¡No! ¡No es tortura! ¡Es el lenguaje de la piedad filial ultrajada! ¿Por qué te quejas? ¡Yo me acerco a tu cama; arrullo tu sueño! ¡En invierno caliento tus manos ateridas con el respirar de mi sangre! ¿Dónde está el martirio?

Teresana. — ¡En eso está el martirio! ¡No quiero dulzuras! ¡Mátame de una vez!...

Ramiro. — ¡Yo no! ¡Una vez un rey mató a la madre! ¡Júpiter lo castigó transformándolo en un poetastro! ¡Su voz de cantor se hizo estrídula! ¡Fué el pavo

real de la corte! ¿Luego, tú quieres que mi cítara armoniosa se transforme en vulgar cornamusa y los cantos de mi garganta imperial sean disonantes y espeluznen? ¡Vamos, Agripina, tú quieres que yo sea Nerón?

TERESANA. — ¡Eres peor que eso! ¡Mejor es el veneno y el puñal! ¡Tú derramas sobre mi corazón la amargura de tus enconos sordos en forma de ternuras homicidas! ¡Una crucifixión como la mía no sufrió jamás ninguna criatura humana! ¡Mátame!

RAMIRO. — Sería una muerte infecunda!

TERESANA. — ¡Sería la paz! ¡Prueba!

RAMIRO. — ¡Eso no basta!

TERESANA. — ¿No basta? ¿Y qué quieres, pues?

RAMIRO. — ¡Tú no serías más consciente muriendo, ni podrías juzgar mejor tu honesta vida pasada! ¡La memoria de ese hombre *(señala el retrato del padre)* no podría despojarse por eso de su deshonra, ni hacerse pura, ni mi cuerpo, ni mi vestimenta serían aseados y yo no dejaría de ser el rey payaso, el rey juglar! *(Acre y sombrío.)* ¡Tú no resuscitarías a la Sulamita!

TERESANA. — ¡Dios mío! ¿Qué estás diciendo? ¿La Sulamita ha muerto? ¡Pobre tu novia! ¡Hija mía!

RAMIRO *(con mucho dolor)*. — ¿Te acuerdas de ella? ¡Era mi novia! ¡Sobre la tierra nunca hubo forma de mujer más divina, ni Dios creó un alma que más se pareciera al candor. ¡De sol era su pelo; eran de cielo sus ojos y olor a rosas tenía la blanca piel que modelaba su cuerpo! ¿Te acuerdas de la Sulamita? ¡Y todos decían: es una diosa la novia de Ramiro! ¡Dejadla pasar! ¡Y decían eso porque se movía en el éter con un ritmo de celeste gracia!...

TERESANA. — ¡Dios mío, qué calvario doloroso!

RAMIRO. — ¡No se retuerza las manos, mi madre! ¡No se mese el cabello! ¡Usted se fué de casa! ¿Y a mí?

¡A mí me coronaron rey! ¡Entonces mi novia se murió de tristeza! ¡Era una flor! ¡Yo y tú fuimos los huracanes! ¡Se marchitó! Se escondió en la madre tierra! ¡Oh, esa sí que es piadosa! ¡La encerró en su féretro, acarició su corazón muerto con sus fragancias y la arrulló con sus armonías! ¡Luego, mi madre, no te vayas a la Eternidad! ¡Tu conciencia no será mejor y yo seguiré siendo loco, un polichinela vulgar! ¡Mi Sulamita no va a resuscitar de su féretro de rosas! ¿Para qué quieres irte? ¿Para qué? ¡Has producido tres grandes males y no los vas a remediar! ¿Para qué? *(La abraza y la acaricia.)*

(En ese momento se oyen golpes en la puerta y la voz de Tristán, de adentro.)

VOZ DE TRISTÁN. — ¡Judith! ¡Mi madre! ¡Teresana!

TERESANA *(a Ramiro)*. — ¡No le digas a Tristán!

RAMIRO. — ¡El tiene una mente! ¡El tiene ojos!

TERESANA. — ¡No le digas! ¡Ocúltale el delito de Judith!

RAMIRO. — ¡Tristán tiene una mente! ¡Tiene ojos!

(Se oyen golpes en la puerta.)

TERESANA. — ¡Abrele, Ramiro!

(Ramiro abre la puerta. Entra Tristán vestido de alférez de marina.)

ESCENA V

TRISTÁN, RAMIRO Y TERESANA

TRISTÁN. — ¡Oh, abuela! ¡Oh, Ramiro! ¡Quiero abrazarlos! ¡Soy tan feliz! ¡Qué largo viaje! ¡Cuánta borrasca! Y mi madre, ¿no está? ¡Cómo desea uno estarse quieto alguna vez en su casa, sin oir los crujidos del maderamen ni el bramar del viento entre las jarcias! Y mi madre, ¿por qué no viene?

TERESANA. — ¡Ha salido! ¡Habrá ido a esperarte!

TRISTÁN. — ¿A esperarme? ¿Dónde? ¡Yo le he escrito! ¡Ella debió quedarse!

TERESANA. — ¡Estaba muy impaciente! *(Turbada.)* ¡Al muelle ha ido, tal vez!

TRISTÁN. — ¿A estas horas? ¿Y sola? ¿Cómo la han dejado ir? ¡Si es así vendrá pronto! ¡Le diré todo lo que pensé en ella, en ustedes, en ti, mi padre! *(Mira e indica el retrato.)* ¡Oh, noble! ¡Oh, generoso! ¡Tú eres el inspirador de mi conducta! ¿Pero, qué observo? ¿Qué observo? *(Se acerca.)* ¡Todo sucio de polvo!... ¡Con telas de arañas en los ángulos!...

RAMIRO. — ¿Ves, Teresana? ¡Tristán tiene ojos!

TRISTÁN. — ¿Qué dices, Ramiro? ¿Qué dice el Rey de los reyes?

RAMIRO. — ¡Oh, nada! ¡Que hay borrascas más lúgubres que las del mar!

TRISTÁN. — ¡Nada tiene que ver eso con el aseo del retrato!

RAMIRO. — ¡Eso lo sabe Teresana! ¡Pregúntaselo! ¡Te dirá, por ejemplo, que una conciencia sucia puede tener una magnífica y hermosa vestidura de carne! ¡Las estatuas pueden esconder en la entraña una colmena de vermes y detrás de una mirada inocente y de un rostro cándido y luminoso puede haber un cerebro soñador de lascivias y de deshonras! ¡Yo te digo en verdad que eso lo sabe Teresana! *(Esta se agita.)* ¿Puede haber, madre, sí o no? ¡Lo contrario pasa con el retrato! Detrás del polvo y de la tela de araña, es decir de lo sucio, está la frente noble de tu padre. Y pueden pasar los siglos, desvanecerse los colores, la tierra cubrirlo entero, el marco caer pedazos... ninguna fuerza destructora puede transformar en ignominia lo que ha sido virtuoso, como ninguna celeste misericordia puede hacer de un sátiro un casto y de una ramera una mujer honesta!

TRISTÁN. — ¡Cálmate, Ramiro! ¡Estás delirando!

RAMIRO *(agitado)*. — ¡Menos que tú! ¡Has hablado del mar, eh, de su borrasca que se alza al cielo gris y se hunde en el infierno, de la epilepsia del agua y del aire y tú crees que no hay espectáculos de más sublime horror! ¡Qué equivocado estás! ¡Ves aquí, dentro del cráneo humano, el alma bate las zambras de la pasión tormentosa, más infinitamente lúgubre y malvada que la borrasca de tu mar, y allí, en el seno de las sociedades, la necesidad de vivir agita los peligrosos resalceros que exigen el pan mejor, la habitación más sana, la vida más longeva para que todos puedan vivir en la virtud y ya no haya más sobre la tierra monareas polichinelas como Ramiro! ¡Vamos, muchacho! ¡La tempestad arrastró tu nave sin hacerla zozobrar! ¡Ojalá te salves de las pasiones de la tierra! ¡Ten cuidado con tu alma! ¡Ese sí es un océano pavoroso!

TRISTÁN. — ¡Dime, Ramiro, qué tiene que ver eso con el aseo del retrato? ¿Quién ha manchado el honor? ¿Por qué está abandonado? ¡Todos mis libros y papeles revueltos... Hay tufos malsanos en este cuarto; hay olor a delito aquí! ¿Dónde está mi madre? ¿Por qué ha salido? ¡Y lo ha hecho a pesar de haber recibido mi carta! ¡Aquí está! *(Se precipita sobre un papel que está sobre el escritorio.)* ¡La arrojó irritada, como si esa carta hubiera sido un reproche incómodo, una basura cualquiera! ¡Con razón a bordo se reían los compañeros cuando yo pasaba! A uno le oí decir: "¡Ese ya no tiene casa! ¡Está manchada!" Ahora comprendo. ¡Hablaba de mí!

RAMIRO *(a parte, a Teresana)*. — ¡Tristán tiene ojos! ¡Ay de los culpables el día que sepa!

TRISTÁN. — ¿Qué estás refunfuñando? ¿Acaso no deben guardarse como una religión los retratos de los padres? ¿Dónde está mi madre? ¡Y El *(señala el re-*

trato) fué un guerrero glorioso y se lo están comiendo las ratas! ¡Pero si hacen esto con lo que se ve, qué habrán hecho con las reliquias guardadas, con sus medallas, con su espada? ¿Habrán quemado la historia de sus campañas, de la sangre derramada, de sus cicatrices? ¿Dónde están sus medallas? ¿Dónde su espada? ¡Quiero verlas! *(Se acerca con violencia al ropero.)*

TERESANA *(interponiéndose.* — ¡No vayas! Ya no están allí.

TRISTÁN. — ¿Luego, dónde?

TERESANA. — ¡Judith las ha guardado!

TRISTÁN. — ¿Dónde? ¡Apártate!

TERESANA. — ¡Tu no irás! ¡Espera a Judith!

TRISTÁN. — ¿Dónde? ¡Apártate! *(Le echa mano.)*

RAMIRO *(con ímpetu).* — ¡Vamos, Tristán! ¡Esa honesta mujer tiene sesenta años! ¡Es mi madre! ¡Yo la defenderé!

TRISTÁN *(con rabia).* — ¡Estoy en mi casa! ¡No admito retos! ¡Yo le dije a mi madre: guarda eso en mi ropero! ¡Son sagrados esos recuerdos! ¡Yo los beso con lágrimas! ¿Por qué me desobedece?

TERESANA. — ¡No te desobedece!

TRISTÁN. — ¿Por qué te opones? ¿Por qué me dices que ya no están allí? ¿A ver? *(Atropella impetuoso y abre el ropero.)* Pero, ¿qué es esto? ¡Allí está su uniforme, sus medallas y en ese cofre su espada gloriosa! ¡Qué abuela ésta! *(Ramiro la acaricia.)* ¡Abrázame! *(Le abraza.)* ¡Eres tú, Ramiro, que la haces sufrir! ¡Si continúas te encierro en la cueva para que sigas gruñendo allí tus paradojas, tus parábolas y tus pesimismos! ¡No te ofendas, Ramiro! ¡Estrecha mi mano! Qué miedo tuve; pero ahora estoy alegre| Acérquense. Les voy a narrar una novela.

RAMIRO. — ¡De amor, por supuesto!

TRISTÁN. — ¡Sí! ¿Es acaso raro eso?

RAMIRO. — No; pero si tú llegas a ser rey, ¡ay de ti, porque tu novia morirá como mi Sulamita! ¿Es poetisa tu novia?

TRISTÁN. — ¡Sí, es!

RAMIRO. — ¡Ese es un error... como ser mujer!

TRISTÁN — ¡Siempre enigmático el Rey!

RAMIRO. — Los griegos llamaban poetas a los creadores porque daban a las quimeras formas, color y ritmo, pero crear es dolor!...

TRISTÁN. — ¡Siempre la paradoja, Ramiro!

RAMIRO. — ¡No! ¿Quieres una prueba? ¡Dios, padre de todos los poetas se entristeció después de haber creado el universo... Luego para que la humanidad sea feliz es necesario que nadie sea poeta y también todas las mujeres como la Teresana *(la indica)* deben ir al cielo, porque yo te digo en verdad: en el Infierno ya no reciben! ¡Está completo! ¡No me contradigas! ¡No me contradigas! ¡Y tú no seas ni poeta, ni rey, porque yo tenía una novia, hermosa como Esther, y cuando fuí rey se murió!...

TRISTÁN. — ¡Ya no hay tronos, Ramiro! Tú no me dejas contar con tus extravagancias. Siento que no esté mi madre. Si no fuera ella tan virtuosa, pensaría cosas muy tristes! ¿Ven esta medalla? ¡Mi novia me la prendió en el pecho! Yo había salvado un marinero náufrago. Sobre la cubierta del acorazado los oficiales bajaron la espada para saludar y los conscriptos presentaron las armas! Después ella me dijo al oído: "Yo te voy a armar caballero. Quiero ceñirte la espada de tu padre con un cendal bordado por mi." ¡Alcánzame el cofre, Ramiro! ¡Siempre me he puesto de rodillas para abrirlo; alcanza, Ramiro, pronto, pronto!

TERESANA *(oponiéndose a Ramiro)*.—¡Qué apuros! ¿Por qué no esperan? ¿Por qué no descansas, Tristán? *(Agitada.)* ¿Por qué no esperan a Judith?

Ramiro. — ¡Tristán, la mujer es complicada! ¿Ves? Teresana no quiere. Esas reliquias no deben ser profanadas por el aire siquiera. ¿Eso piensas, mi madre, no es cierto? ¡Porque tú cuidaste las de mi padre *(con ironía)* con una idolatría profunda y no manchaste jamás su memoria! ¡Oh, casta Teresana, por eso deseas que las del padre de Tristán no vean la luz para que se conserven puras! ¿No es eso? ¿No es eso? ¡Allí guardó la espada Judith! ¡Ella es pura. ¡Ella debe abrir el cofre! ¡O si no Esther! ¿No es verdad, mi madre? ¡Yo no debo tocarlo! Tengo lodo en las manos! ¡Tienes razón!

Tristán *(muy sombrío en todo este final).* — ¡Esa espada es mía! Es mi herencia. Ni tú, abuela, ni tú, Ramiro, ni todas las fuerzas de la tierra me impedirán verla, tocarla, adorarla! *(Se precipita sobre el cofre. No está la llave. Tristán hace saltar la cerradura.)*

Teresana. — ¡Oh desventura horrible! ¡Llega la hora de la tragedia!

Ramiro. — Yo te lo dije: Tiene ojos, Tristán; tiene una mente. ¡Ay de los malhechores!

Tristán *(agitado, terrible, revolviendo el cofre, corriendo hacia el ropero y buscando y tirando la ropa).* — ¡La espada no está! ¡Tú rezongas, Ramiro! ¡Tú sabes donde está! ¡Y tú, abuela, también! ¡Esta es una broma lúgubre! ¿Dónde está la espada? ¡Me lo van a decir! ¡Ustedes no han de querer que yo me vuelva loco! ¡La habrán robado! ¡Tú no sales nunca, Teresana! ¡Has de saber, pues! ¡Por favor, dímelo! ¡Yo soy tu nieto! ¡Te quiero! ¡Te respeto! ¿Por qué no me ayudas? ¡Y tú, Ramiro, me miras con esa mueca burlona, pero yo soy capaz *(atropellándolo)* de triturarte los huesos si tú conoces el infame secreto!

Ramiro *(recio y frío).* — ¡Cuidado, Tristán! ¡Yo no sé nada de esa arma; pero también te digo que tu dolor

es justo! ¡Cuidado, Tristán! ¡El rey harapiento no te ha ofendido!

TERESANA *(muy agitada)*.—¡Ramiro dice la verdad! ¿Por qué te encaras con él?

TRISTÁN.—¡Qué sospecha terrible! ¡Ya me lo dijeron a bordo! ¡Quiero pensar que han tenido hambre y la han vendido para comer! ¿Y por qué no las medallas y las charreteras? ¿Y por qué no vendieron el alma, antes? ¡Pero tú, abuela, sabías que no estaba; por eso te oponías a que yo buscase! ¡Si se tratara de un robo, si la hubieran vendido para comer ya me lo habrían dicho! ¡Luego aquí hay un delito! Confiesa, Teresana! ¡No me obligues a la violencia! ¡Tú la regalaste! ¡Dímelo y yo te perdono!

RAMIRO.—¡Cuidado, Tristán! Esa mujer es mi madre. ¡Yo la defenderé!

TRISTÁN.—¿Luego, eres tú? ¿Niegas, Teresana? ¿A quién la regalaste? ¡Yo te perdono! Dime la verdad. Yo se la pediré a quien la tenga. ¡Yo lo mataré, si es necesario! ¿Por qué no quieres que yo readquiera esa gloria, esa pasión salvaje, ese orgullo de toda mi vida? ¿Niegas? ¿Niegas?

TERESANA.—¡Sí, Tristán! ¡Yo no sé!

TRISTÁN.—¡Esto estaba cerrado! ¡Yo rompí la cerradura! ¿Y la llave? ¡Qué sospecha! ¡La tenía mi madre! ¡Ella es la dueña aquí! ¡Ella cometió el crimen! ¡Regaló la espada! ¡Regaló el corazón de su marido muerto y la herencia del hijo! ¿Y a quién se puede entregar eso sino a alguno que se quiere más que a los hijos? ¡Luego ella tiene un amante, bárbaras tinieblas del más infame delito! *(Como loco.)* Algún rufián de la calle... el trapo de algún muladar, alguna síntesis viviente de la ignominia humana! *(Cae sobre un sofá; se enternece.)* ¡Pobre honor mío manchado! ¡Todo llora sobre esta congoja tan honda! ¡Cómo vas a llorar, Esther, sobre el desastre de todo

mi cuerpo, sobre mi ruina moral! ¡No te mueras! ¡No! ¡No! *(Se oyen pasos en la escalera. Tristán se seca las lágrimas. Escucha. La escena en la penumbra. Sigue hablando con violencia:)* ¡Afuera, Ramiro! ¡Afuera, Teresana! ¡Es ella! ¡Déjenme con ella! ¡Ya me lo dijeron los compañeros: "Tu nombre está manchado!"

TERESANA. — ¡Horror! ¡Horror, Dios mío!

RAMIRO. — ¡Tu madre es mujer! ¡Guarda la crueldad para los de la calle!

TRISTÁN. — ¡Déjenme solo! ¡De una vez!

(Los empuja adentro. Ellos espían por otro lado. Tristán no los ve.)

ESCENA VI

TRISTÁN

TRISTÁN *(escuchando)*.—¡Se besan! Entran los dos. *(Se asoma a la ventana.)* ¡Canallas!

(Voz de Judith, de adentro:)

VOZ DE JUDITH. — ¡Huye! ¡Huye!

(Entra Judith, le cierra el paso a Tristán y le dice:)

ESCENA ÚLTIMA

TRISTÁN Y JUDITH

JUDITH. — ¡No pasarás de aquí!

TRISTÁN. — ¡Oh, sí! ¡Pasaré!

JUDITH. — ¡Es inútil! ¡No hay nadie en la noche! ¡Herirás algún inocente!

TRISTÁN. — ¡Luego hay un culpable! ¿No contestas? ¡Ese es tu amante! ¡Todo me han robado! ¡Algún

sucio, una puerca alimaña! ¿Quién es? ¡Quiero saberlo!

JUDITH. — ¡No lo diré!

TRISTÁN. — ¡Lo dirás porque yo voy a hundir mis puños dentro de tu carroña corrompida, para arrancar el secreto a su podredumbre... y te voy a transpasar el corazón, inmunda! *(La atropella. En la violencia le arranca un relicario del seno. En este momento asoman Ramiro y Teresana. Tristán sigue:)* ¡Es Berardo! ¡Es Berardo! ¡Mi mejor amigo! ¡Infame! ¡Los dos son infames! *(La atropella de nuevo, mal contenido por Ramiro y Teresana. El retrato arrancado por la violencia de la pared se cae y se hace pedazos. Tristán lo contempla de rodillas y exclama, terrible y dolorido:)* ¡No, pobre muerto! ¡No sufras! ¡Te has hecho pedazos por no ver la vergüenza! ¡Te lo juro! *(Se levanta, echándose hacia atrás como loco.)* ¡Te lo juro! ¡Esto se lavará pronto!

TELÓN



ACTO II

Salita en la casa de Esther. Flores. Un piano.

ESCENA I

ESTHER

(Entra Esther con violencia. Arregla todo. Se acerca a la ventana y llama:)

ESTHER. — ¡Tristán! ¡Tristán! *(Abre la puerta. Entra Tristán. Se abrazan.)*

ESCENA II

TRISTÁN Y ESTHER

TRISTÁN. — ¡Esther! ¡Oh, mi santa!

ESTHER. — ¡Te esperaba! ¿Cuándo llegaste?

TRISTÁN. — ¡Mejor era no haber llegado nunca!

ESTHER. — ¿Por qué? ¡Estás turbado! ¿Qué tienes? ¡Cuánto pensé en ti! ¡Al Señor le pedí te trajera sano hasta nosotros! ¡Pero tú estás turbado! ¿No me oyes? ¿Por qué miras así al aposento de Berardo con ese ojo terrible?

TRISTÁN. — ¿Está allí, acaso? ¡Es un malvado!

ESTHER. — ¡Nunca está! ¡Mi soledad es tan grande! ¿Por qué es malvado?

TRISTÁN *(con ímpetu)*. — ¿Dónde está Berardo?

ESTHER. — ¡Pasa las noches fuera de casa! ¡No sé!

TRISTÁN. — ¿Dónde está Berardo, te digo?

ESTHER. — ¿Qué ha hecho? ¡Cuéntame!

TRISTÁN. — ¿Dónde pasa sus noches? ¡Tú sabes eso!

ESTHER. — ¡Me dices eso con tanto enojo! ¡Me haces daño con tu palabra estridente! ¿A quién amenazas, tú? ¡Cálmate! ¡Besa mi frente! ¡Bésame como antes! ¡Si supieras todo! ¡Conservé tu retrato sobre mi corazón! ¡Conversé con tus ojos en mi desamparo para pedirles energía! ¡Tu recuerdo varonil llenaba esta casa! ¡Tus regalos están con las joyas de mi madre muerta, en ese cofre! ¡Los llené de besos! ¡Los llené de lágrimas! ¿Dudas de mí, acaso? ¡No eres como antes!

TRISTÁN. — ¡No dudo de ti! ¡Eres santa; pero quiero decirte que mi alma está enferma y podrida!... Si tú leyeras dentro de mi desesperación... ya sin fe en la virtud... ya sin fe en la honra... si tu vieras toda esta desolación, este desierto melancólico de mi espíritu... árido, árido y perverso como la calumnia... si tu supieras que tengo entrañas de galeote y rumio los más negros delitos!...

ESTHER. — Pero, ¿qué ha sucedido, Dios santo? ¿Será necesario pensar que la bondad ha desaparecido de la tierra, si te has transformado así? ¿Y las reverencias por tu carrera? ¿Y tu madre, Tristán?

TRISTÁN. — ¡Nunca pronuncies ese nombre. *(Bruscamente.)* ¡Eso empaña! ¡Es una pestilencia! ¡Oh, no quieres conservar el candor de tu persona y la Eucaristia de tus ojos? ¡Has pronunciado un nombre infame, tú! ¡Ya no podré besar tus labios! ¡Ya no podré amarte! ¿Por qué has pensado en esa gangrena? ¿No

te ha dado miedo de pronunciarlo? ¡Has hablado de una persona tan nefanda... tan nefanda como no vieron otra los cielos!... ¿Dónde está Berardo?

ESTHER. — ¡Qué tristeza mortal, Dios mío! ¡Cálmate, Tristán! ¡Siéntate aquí, al lado mío! *(Lo hace.)* ¡Quiero mirar tus ojos amables y dulces que me dijeron tantas cosas llenas de un divino silencio, de honestas promesas! ¡No quiero que estés así enfermo! ¿Por qué ese dolor tan hondo? ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Voy a rezar por ti y por todos los que sufren!

TRISTÁN. — ¡Levántate! *(Lo hace.)* ¡Levántate! ¡Escucha! ¡Estoy tranquilo! ¡Estoy consciente! Yo era un hombre bueno, con alma ingenua, cándida y fuerte! ¡Trabajaba! ¡Tenía por el mar una idolatría vigorosa y un orgullo: mi madre!... ¡Te tenía a ti, y tú y la memoria de un guerrero, que es flor de pureza *(se conmueve)*, uno de esos caballeros nacidos para honrar la tierra... un emblema casi... un símbolo heroico! ¡Yo iba más allá del deber... hasta la abnegación... hasta el sacrificio... porque quería que tú amaras un glorioso!... ¿Entiendes?

ESTHER *(impetuosa)*. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Tú eres un glorioso, una flor de pureza como tu padre! ¡Te amo hasta morir!...

TRISTÁN *(sin escucharla)*. — ¡Este hombre bueno fué traicionado! ¡Berardo es el traidor! ¡Y Judith! ¡Oh, qué asco! *(Con ira.)* ¡Una basura de manicomio!... ¡Vivo en un lodazal! ¡No me ames más, te digo! ¡Soy como el ángel del exterminio!

ESTHER. — ¡No te entiendo! ¡Me desesperas! ¿Qué han hecho?

TRISTÁN. — ¡Nada! ¡Nada! ¡Déjame!

ESTHER. — ¡Luego es una calumnia! ¡Eso no puede ser! ¡Tú eres un generoso! ¡Tú no alimentas esas torvas pasiones!

TRISTÁN *(muy emocionado)*. — ¡Y si yo te pidiera de

rodillas y te gritara, levantando las manos al cielo, como ahora: "Mi alma está muerta!... *(Agitado.)* Lloro sobre mi alma que está muerta, sobre el esfacelo de todas las cosas... arrodillado en el osario del mundo, cuajado de carnes corrompidas, de truhanes corrompidos... y te pidiera perdón de rodillas! *(Lo hace.)* ¡Esther santa! ¡Santa!

ESTHER.—¡Dios de bondad infinita! ¡Tristán! ¡Tú quieres hacerme morir!

(Entra Ramiro, que ha oído las últimas palabras.)

ESCENA III

RAMIRO, TRISTÁN Y ESTHER

RAMIRO. — ¡Eso no sucederá! ¡Soy el rey de los reyes! ¡Ordeno a los mundos en su marcha a través del espacio! ¡Eso no sucederá!

TRISTÁN *(que se ha levantado).* — ¡Déjame salir! ¿Dónde está Berardo?

RAMIRO *(sujetándolo de la muñeca, airado y terrible).*— ¡Estas manos están acostumbradas a triturar la roca y a doblar el hierro! ¡Acuérdate que tus huesos son frágiles! ¡Esther, vete! ¡Vete a rezar por los tristes! *(Esther se va.)*

ESCENA IV

TRISTÁN Y RAMIRO

RAMIRO. — ¿Y ahora qué vas a hacer?

TRISTÁN. — ¡Irme!

RAMIRO. — ¡Ya lo sé! ¡Hace una hora te fuiste de tu casa... loco, ciego... atropellándolo todo y dete-

niendo a los caminantes! ¡Y seguías, seguías siempre, loco, ciego, sin ver que yo iba tras tuyo!... Lo buscabas a Berardo... Ahora te vas de nuevo... agitado... entre las sombras de las casas, como un tenebroso espectro, iluminado a rato por los faroles, como un ángel siniestro... Ahí está el fulgor de un mesón... y tú cortas la luz hasta el fondo... Allá la penumbra de un garito... y tú entras en la penumbra... Más allá la boca obscura de un lupanar, y tú penetras para saltar fuera otra vez rápido, violento, y luego a otra venta, a otro garito, a otro lupanar... ¡Lo buscas a Berardo! ¡Jadeas y mientras los jugadores y las meretrices te azotan el dorso fugitivo con el escarnio canalla, con la carcajada insolente y tú, liliputiense, arrastras el uniforme, las medallas, la espada por los lugares malsanos... monarca sin cetro y sin manto, este polichinela ciclópeo está dispuesto a impedir!...

TRISTÁN. — ¿Que lo mate a Berardo?

RAMIRO. — ¡A él no! ¡Mátalo, si quieres; pero Esther no debe morir!

TRISTÁN. — ¿Qué estás diciendo?

RAMIRO. — ¿Qué estoy diciendo? ¡Yo también maté a un hombre! ¡La Sulamita, mi novia, era hermana de ese hombre y la Sulamita murió! ¿Sabes tú quien es ese que tú persigues? ¿No me contestas? ¡Yo te lo voy a decir! ¡Tengo todas las clarovidencias, como Dios! ¡Desnudo las almas de los hombres de su ropaje grosero y el dolo, la simulación, el engaño no perturban mi juicio omnisciente! ¡Leo en la entraña del alma humana y te voy a decir quién es él! ¡Ese no es hermano de Esthèr!

TRISTÁN. — ¡Por eso ha de morir! Tengo el corazón humillado. A bordo los compañeros me miraban con lástima. Yo no sabía por qué. Reté a duelo a uno. Ese me dijo: “Tú estás deshonrado”. No encontré

padrinos. Nadie quiso ser y en la calle no más le partí el cráneo de un sablazo... ¡Tengo el corazón humillado; por eso ha de morir!

RAMIRO. —Matarás a Esther! ¿Qué culpa tiene ella? ¿Qué sabe del alma de Berardo? ¡Ya te lo he dicho! Han nacido de los mismos padres y no son hermanos! ¡Ella es una mujer de celeste gracia; es retoño y flor de primavera! ¿No es verdad?

TRISTÁN *(conmovido)*. —¡Oh sí, Ramiro! ¡Sí! ¡Sí!

RAMIRO. —¡Yo comprendo, Tristán, que la mujer Teresana se disperse como un delito y que Judith se incinere en el fuego criminal... Son dos mundos marchitos... ¡Están ajadas, esas mujeres, en un lodazal de ignominia y la humanidad palidece de horror y de miedo cuando contempla esos dos monstruos de luto, lascivos como los cadáveres, fecundados por los vermes! ¡Se ve esto, Tristán, en el mundo!... ¡Todos los pueblos de la tierra están esperando que esas dos mujeres se vayan porque quieren respirar y no pueden, porque quieren amar y no pueden; pero que tú mates a Berardo para que tu novia se muera, que es flor y gracia, piedad y amor... la única mano que acarició a este pobre ogro, hirsuto y bueno, y le dió de comer y de beber cuando se moría de hambre y de sed y derramó bálsamos sobre mi alma solitaria de loco cuando Teresana me odiaba, porque era su reproche y su remordimiento, y me ató al amor de la tierra, haciéndome pensar que todavía yo podía llegar a ser un abuelo honesto y tener nietecitos bendecidos por la virtud y amados por sus bondades, y que esa luz de nuestra vida se obscurezca por culpa tuya y por mi cobardía!... ¡Ah no, Tristán! ¡No! ¡No, porque entonces seríamos nosotros dos pálidos, hechos de perversidad y de crimen, y dos monstruos como esas dos mujeres delincuentes, como los manchados de incesto, como los sacrílegos por felonías a

la patria! ¡Ahora, si quieres, vete, Tristán! ¡Mátalo a Berardo y destruye el idilio!

TRISTÁN. — ¡Mi vida está rota! ¡Mi carrera está perdida! ¡Soy hijo de una impúdica! ¿Cómo voy a caminar sobre la tierra, yo? ¿Cómo voy a adorar mi bandera? ¿Cómo voy a querer las glorias de las armas?

RAMIRO. — ¡No hablemos más! ¡No te has convencido! ¡Mátalo! ¡Así tu madre será pura y tú podrás querer las glorias de las armas!

TRISTÁN. — ¡Me desesperas! ¡Mi designio es irrevocable! ¡Es inútil! ¡Inútil!

RAMIRO. — ¡No es eso lo que hay que hacer!

TRISTÁN. — ¡Tú tienes la solución del problema! ¡Dámela!

RAMIRO. — ¡No es Berardo el que debe morir!

TRISTÁN. — ¿Luego quién? ¡Habla de una vez! ¡O me olvido que eres hermano de mi padre!

RAMIRO. — ¿Pretendes atemorizar al rey, tú? ¡Haz lo que quieras! ¡Mátalo a Barardo! ¡Yo había condenado a Judith!...

TRISTÁN. — ¿A mi madre? ¿Un parricidio? ¡Bárbaro!

RAMIRO. — ¡No se precisa el crimen! ¡Eso no es castigo! ¡Destiérrala! ¡Que viva con su delito enfrente todas las horas! ¡Destiérrala! ¡Y si no quieres hacer eso, corre, vuela, dale la puñalada a Berardo para que se muera Esther!

TRISTÁN. — ¡Sí! ¡Ahora mismo, aunque se desgarre el universo y reine el caos sobre la tierra!

RAMIRO *(tomándolo de un brazo y con voz agria)*. — ¡Y después de muerto Berardo, te aprecibirás que ese hombre no era nadie!

TRISTÁN. — ¿No era nadie? ¿Cómo?

RAMIRO. — ¡Habrás cometido un delito y la deshonra será más profunda! ¡Berardo es una negación! ¡Es un sátiro! ¡Vive, como los proxenetas, de las carnes

de las mujeres! ¡Es un ladrón! ¡A la hermana le quita todo el dinero y a ti porque le arrebata a Judith la herencia de tu padre! ¡Su alma es una síntesis de presidio, una emanación de los barrios miserables, un falsario, un traidor a la patria! ¿Es o no es una negación en la marcha de la humanidad? ¡Tú te podrías batir con un genio, con un corazón, con un héroe, pero con ese símbolo sucio y trivial... vamos... te desconozco, Tristán!...

Tristán. — ¡Oh, basta! ¡Basta! ¡Por los infiernos! ¡Morirá!

Ramiro. — ¡Está bien! ¡Vete! Cruza la espada con él! ¡Tristán el noble se batirá con un sátiro, con un felón! Vete! ¡Corre! ¡Sigue tu destino! ¡No hagas caso de este Rey bufón ¡No hagas caso; pero acuérdate que destruirás el idilio y que Berardo no es nadie... una vulgar perversidad!... *(Le indica la puerta, por donde sale Tristán, en momentos que entra Esther agitada.)*

Escena V

Esther y Ramiro

Ramiro. — ¿Ya rezaste por los tristes?

Esther. — ¡Ramiro, por qué lo arrojabas a Tristán? Tú le decías: ¡Vete! ¡Vete!

Ramiro. — ¡Escúchame bien! ¡En verdad, te digo: sólo pueden rezar con sinceridad los que ignoran la vida. Así ellos deben desear irse pronto, porque después, a medida que los años pasan, también pasa la bondad y ya no se puede rezar.

Esther. — ¡Pero tú lo echaste a Tristán!

Ramiro. — ¡No! ¡Me desvié de su camino! ¡Escucha!

¡Si te opones al torrente, el azote de las aguas fractura tu columna vertebral y tú caes revuelta en los saltos del oleaje y te ahogas en el vórtice... y si tú quieres sujetar una mongolfiera de la barquilla, serás arrancada de la tierra aires arriba hasta ser un punto en el éter! ¡No se puede detener el torrente, ni sujetar la mongolfiera! En ese caso tú te desvías como he hecho yo... porque aunque tú reces, ames, padezcas y aconsejes, las deshonras seguirán siendo deshonras y el odio odio..., y si tú colocas tu cuerpo entre dos hombres que quieren desgarrarse, te triturarán, y saltando sobre tu cadáver, como los tigres, se han de desgarrar lo mismo, porque lo que está escrito, está escrito... Luego tú te separas y se acabó!

ESTHER. — ¿Qué hombres son esos? ¿Cuáles las deshonras? ¿Cuáles los odios?

RAMIRO. — ¡Oh, Esther! ¡Tus manos son bienhechoras! ¡Eres piadosa! ¡Tú acariciaste el alma solitaria del Rey salvaje! ¡Oh, Esther! ¡Yo no quiero que tú conozcas la vida! Y yo también te digo esta paradoja: ¡Si no hubiera plegarias, si los niños no se arrodillaran juntando las palmas hacia el cielo, si los ancianos no se arrodillaran, todo este mundo admirable, ves Esther, este cielo tachonado de astros, esta alma naturaleza y el genio encerrado en el cráneo del hombre — los dolores y los poemas sublimes del genio, — y las nobles pasiones del corazón y los pueblos en marcha hacia el sol, donde está Dios y la virtud, todo, ¿ves, Esther?, todo se habría concluído: el cielo, el sol, los árboles, el genio y el corazón, si los niños no rezaran porque no han aprendido la vida, si los ancianos no rezaran porque han podido olvidarla! ¡Y también te digo que rezar es sufrir, amar, hacer caridad, perdonar, trabajar, es morir por la patria! ¡Y yo repito que si estas oraciones no hubieran vencido a la maldad, en el orbe,

arrasado por el delito, el Caos, emperador mudo, se hubiera sentado sobre escombros de lava y de fuego!

ESTHER. — ¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Empiezo a conocer! ¡Tristán y Berardo se odian! ¡Empiezo a vivir, Ramiro!

RAMIRO *(afectuoso)*. — ¡Vete, Esther! ¡Vete y duerme como los niños! ¡Yo me acostaré sobre ese umbral a cuidar tu sueño!

ESCENA VI

RAMIRO

RAMIRO. — ¡A soñar! ¡A soñar! *(Se acuesta en el suelo.)* ¡Y este será el sueño de un rey! ¡Los hombres no duermen nunca! ¡Todos están agitados porque hay siempre un más allá, aunque sonrían los pseudofelices. Ven la montaña y quieren dominarla. Para eso trepan la cumbre o perforan la montaña. Ven el mar a lo lejos y sientan sobre su lomo embravecido, para domarlo, una mole de hierro que le rompe las entrañas y vuela cabeceando, como un cetáceo gigantesco! ¡Pretenden revelar los misterios del cielo y escudriñar la vida arcana de los metales y quieren explicar los enigmas de la fuerza universal! ¡Bregan, pugnan, sudan descubriendo, y cuando creen haber entrado en la luz, encuentran nuevas tinieblas, amontonadas en pavorosa esfinge! ¡Entonces los hombres se encogen y arremeten contra la mole obscura para dispersarla, y cuando han pasado, dan con el tórax en otro "más allá" terrible, erguido delante de sus ojos, como una siniestra visión inescrutable! ¡Por eso ningún hombre duerme! ¡Y yo digo, en verdad, que el reposo ha sido desterrado de la tierra! ¡Si

esto no fuera cierto, ¿por qué no son los hombres serenos y bondadosos como las plantas en la primavera? ¿Por qué no hay una ley de amor y de piedad que fecunde la vida, como hay nidos, alegría de los árboles, flores, alegría de la pradera y frescuras de vertientes que suavizan la roca y los desfiladeros? ¿Por qué no hay una ley de amor y de piedad que fecunde la vida? ¡Por qué no hay reposo! ¡Al fin, los hombres se cansan! ¡Quieren morir! ¡En el cansancio mismo están agitàdos! ¡Buscan la guerra, el exterminio, ese espantoso "más allá", de donde no se vuelve! ¡Y para eso se arrojan armados los pueblos contra los pueblos, los cañones y la dinamita contra los cañones y la dinamita, y creen que la grandeza de la victoria es grandeza, porque se levanta sobre miembros mutilados, sobre cenizas y ruinas! ¡Y el descubridor de los secretos de la vida universal vuelve así al antro a rugir como los leones y desparramar en el aire la melena fulva! ¡Has vuelto al punto de partida! ¡Yo te perdono, agitada euménide! ¡Luego la brama de dinero te enferma; la envidia amarga tu vida; la ambición del poder te labra las entrañas; la hermosura de la mujer ajena suscita tus lascivias tanto como te ha cansado la propia en un hastío invencible; los celos sombrean tu espíritu y te hacen meditar el homicidio; la avaricia te pone receloso y desconfiado hasta el delirio; la lujuria calienta tu sangre y te enardece como animal en celo! ¡Eres un perseguido! ¡Las pasiones de la tierra te mantienen despierto! ¡Tu juventud fué creada para amar y esto está cerca del féretro; tu virilidad para las conquistas de la fuerza y esta es virtud que no te sará perdonada! ¡De aquí la lucha con la diatriba, el denuesto, la calumnia, el engaño, la truhanería, y cuando llegues a viejo te teñirás el pelo y

el bigote y empañarás los espejos a fuerza de mirarlos con el iris turbio y pensarás que con tu marchito rostro todavía podrás seducir vírgenes, triste anciano, noctámbulo del trivio, desenfrenado en los bestiales cultos, impotente, rabioso, que caminas a pasitos cortos, con la espina dorsal encorvada, la canilla seca y las articulaciones rígidas! ¡Eh! ¡Eh! ¡Toda esta inquietud te mantiene en zozobra, oh Excelso; pero si tú fueras como este rey, otros pensamientos cruzarían por tu mente! ¡Amarías los monumentos; serías idólatra de las estatuas, de las telas inmortales! ¡Arquitecto de templos maravillosos, resonarían entre sus naves las armonías del orbe! ¡Y este es el sueño del Rey! ¡Ya no hay en la naturaleza sino perfumes, gorjeos y sinfonías! ¡Los bramidos estridentes y las hediondeces han desaparecido! ¡Ni memoria queda de las gangrenas que entristecen y matan los cuerpos! ¡No hay osarios! ¡Sobre ellos crecieron las selvas ubérrimas de troncos y de frutos! ¡Sobre la guerra y la muerte, el Rey de los Reyes edificó el santuario de la bondad! ¡Y aquí están los diademas de diamantes para las vírgenes del templo y las coronas de oro para sus sacerdotes, y se verá entonces pasar bajo sus naves el estrépito de todos los pueblos de la tierra llevando gajos de olivos y ramas de palmeras! ¡Pasaron los adolescentes, los viriles, los ancianos! ¡El amor será dichoso, será reverente y honesto! ¡Yo os digo, en verdad, que ya no habrá suicidios, ni arrayanes, ni sarcófagos para encerrar azahares y larvas de novias! ¡Y a vosotras, que escucháis el sueño del Rey, bellas peregrinas de la primavera, a vosotras, que guardáis las ofrendas entre las pañueleras de raso y en la púrpura del corazón, el recuerdo de los ojos varoniles, yo os digo, en verdad, que ya no hay suicidios, ni sarcófagos

para encerrar larvas de novias! ¡El amor es dichoso! ¡Cada armonía de los mundos pone una nota en su divina lira! ¡Y el hombre construye siempre! ¡La ruina es una palabra vana! ¡Es el dominador del hierro! ¡Es el creador! ¡Son puentes sobre los ríos, túneles bajo las montañas, ciudades populosas, bañadas por el sol grande, sementeras inconmensurables, doradas bajo el cielo, frenético parir de haciendas sobre la pampa vasta, chimeneas, humaredas, vigoroso chasquear de músculos titánicos, ríos de sudor sano y fecundo! ¡Ya no habrá calumnias, ni denuestos, ni truhanerías, ni robos, ni asesinos, y el alma humana, arrojadas las sombras y depurada de las escorias, brillará como los astros, pura como la Eucaristía! ¡Y vosotros, que estáis escuchando el sueño del Rey, arrodilláos, porque os digo, en verdad, que ese es sublime como el espíritu de Dios! ¡Sabedlo! ¡Los hombres son hermanos! ¡Los hombres crean! ¡Tienen reposo! ¡Tienen paz! ¡Los viejos son honestos abuelos! ¡Las vírgenes pueden rezar tranquilas! ¡Los viejos ya no las miran con iris turbio y lascivo! ¡El hombre alcanzó la perfección infinita, porque Ramiro el Rey le ha entregado su fórmula de felicidad! ¡Ha entregado la virtud! ¡En ella encontró el Hombre reposo y paz... reposo y paz!! *(Se acuesta para dormir. Se oyen golpes apresurados en la puerta. Ramiro se acerca y dice:)* ¡Hum! ¡Virtud! ¡Eres un sueño! ¡Ese que golpea no es feliz! ¡Monarca! *(Moviendo la cabeza y dirigiéndose a sí mismo:)* ¡Pobre niño grande! *(Arrecian los golpes en la puerta. Ramiro se acerca más y grita:)* ¡Eh! ¡Mentecato! ¡Estás turbando el sueño de un Rey!

VOZ DE BERARDO *(de adentro)*. — ¡Esther! ¡Esther! ¡Abre o derribo la puerta!

RAMIRO. — ¡Creí que era Judith! ¡Esa mujer está le-

jos de Dios; pero es el otro! ¡Es Berardo, que está tan lejos de Dios, él también, como del infierno el alma de un niño!

Voz de Berardo. — ¡Derribo la puerta, te repito!

Ramiro. — ¡Ya abro! ¡Tienes prisa de morir, mentecato! *(Abre. Entra Berardo, vestido de teniente del ejército.)*

Escena VII

Berardo, Ramiro, después Esther

Ramiro. — ¡Malo es tener una espada! ¿Por qué se perturban ustedes cuando tienen una espada? ¡Cuando se lleva esa arma, uno está obligado a ser cortés, caballeroso y, sobretodo, muy tolerante!

Berardo *(recio)*. — ¡Yo no como con sermones!

Ramiro. — ¡Eso fuera cierto, si el hombre viviera de pan solamente! ¡Además, comer demasiado ha podido producir la muerte!

Esther *(a Berardo)*. — ¡Ven conmigo! ¡Yo te daré pan, vino, todo!

Berardo. — ¡No es eso! ¡Quiero irme de este país!

Ramiro. — ¡No te apures, porque algunas veces los hombres emigramos a regiones de donde ya no se vuelve! ¡Irse fué siempre fácil cosa; la vuelta suele ser difícil!

Berardo. — ¡Poco me importa todo eso! ¡Yo necesito dinero! ¡Dame, Esther, todo tu dinero!

Ramiro. — ¿Dinero? ¡Eso suele ser benéfico!

Berardo. — ¡De una vez! ¡Siempre es benéfico!

Ramiro. — Sí, cuando construye alguna cosa o mitiga

pobrezas y consuela dolores, cuando es óbolo y limosna!

BERARDO. — ¡Esther, de una vez! ¡Siempre es benéfico!

ESTHER *(agitada)*. — ¡Toma! ¡Toma! *(Le da una cartera.)* ¡Pero no salgas esta noche!

RAMIRO *(encarándose con Berardo)*. — ¡No, Berardo, no! Si tú tomas una moneda de oro y una meretriz te la arrebata, o la juegas a una baraja, el dinero no es benéfico, y si a tu hermana le quitas esa moneda y ella no puede comer después y si a tus amantes le arrancas con una bofetada el tesoro, o empleas la moneda en una copa de ajenjo o pagas con ella la orgía, eso no es benéfico!...

BERARDO. — ¡Estoy harto de tus paradojas! ¿Concluyes o no? ¡Dame más dinero, Esther!

ESTHER. — ¡No salgas! ¡No salgas! ¡Quédate a dormir aquí! ¿Lo has visto a Tristán?

BERARDO. — ¡Maldición de Dios! ¡No lo he visto! ¿Por qué me preguntas?

ESTHER. — ¡Nunca te pedí esto! ¡No salgas! ¡Es un presagio horrible! ¡Quédate! ¡Arreglaremos los recuerdos de nuestra familia! ¡Quédate conmigo una noche, siquiera! ¡Ya es tarde! ¡No salgas! ¡He encontrado las memorias de nuestro padre! ¡Cuánta gentileza! ¡Cuánto heroísmo! ¿Querrás leerlas, tú? ¿No es verdad, Berardo?

BERARDO. — ¡Dinero, eso quiero, eso quiero!

RAMIRO *(empezando a irritarse)*. — ¡Está harto el teniente de las paradojas! ¡Y a pesar de eso, si tú *(a Berardo)* con esa moneda corrompes a una virgen pobre, o la conciencia resbaladiza de un elector político, y si un abogado por dinero defiende el pro y el contra o un médico revela un secreto profesional y deturpa una honra, eso no es benéfico! ¡Y si tu capitán te coloca con una compañía cerrando un atajo,

y tú, porque te dan la moneda dejas pasar al enemigo, cometes felonía! ¡Eso es tan claro, como es tenebrosa la conciencia de los traidores! ¡Y tú me puedes contestar, en vez de fruncir el ceño, que es bueno que haya de todo en la vina del Señor!...

BERARDO. — ¡Por las breves! ¡Por las breves! ¡Dame más dinero, Esther! ¡No me fastidies más, Ramiro! ¡Lo que hay en la viña del Señor son tus borracheras! ¡No mientas, Esther! ¡Tú tienes más dinero!

RAMIRO. — ¡Y las de vino no son las peores, Berardo, aunque a veces es enfermedad y desventura! ¡Hay otras que son casi virtud! ¡Por ejemplo: vivir borrachos de ocio, como tú, de trampas y del sudor innoble de las rameras! ¡Eso es edificante, sí, muy edificante! ¡Y yo también te digo que, aunque hermano de tu padre, puedes insultarme! ¡Eres plebe tú! ¡Insultas a los reyes! ¡Sería capaz de poner mi mejilla para que la abofetearas; pero a tu hermana no! ¡Eso no! ¡No te permito que dudes de Esther! ¡No miente Esther!

ESTHER. — ¡Ahí están mis alhajas, tómalas! ¡No voy a dejar que te vayas!

BERARDO. — ¡Las alhajas! ¡Trae! ¡Trae!

ESTHER *(le da un cofre)*. — ¡Toma! ¡Toma!

BERARDO *(lo abre y lo arroja sobre el sofá)*. — ¿Qué voy a hacer con esa porquería? ¡Las otras quiero! ¡El cofre grande!

ESTHER. — ¡Eso no puedes vender, Berardo! ¡Eso no puede ir a una ropavejería! ¡Son recuerdos de mi madre! ¡Te lo pido con lágrimas!

BERARDO. — ¡El cofre! ¡El cofre!

ESTHER. — ¡Pero tú no te acuerdas que los muertos deben respetarse!

BERARDO. — ¡Lloriqueos tontos! ¡Jeremiadas tontas!

ESTHER. — ¡Dios mío! ¿Tonto el recuerdo de nuestros

padres? ¡Has perdido la razón! ¡Ramiro, pídele tú! ¡Convéncelo!

RAMIRO. — ¡Toma todos mis tesoros, pero no las alhajas a Esther..., porque tú puedes pelear con un hombre, romperle el cráneo, jugar, ser un malvado, descompaginar todo tu cuerpo, asustar al cielo con tus delitos, asustar al vicio mismo con los abismos de tu alma culpable... hasta ser traidor a la patria!

BERARDO. — ¿Qué estás calumniando? ¡Esther, el cofre o te rompo las muñecas! *(La atropella.)*

ESTHER. — ¡No lo daré! ¡Mi alma está toda encerrada allí! ¡No entregaré mi alma!

RAMIRO *(sujetándolo por los hombros, con gran indignación)*. — ¡Y hasta traidor a la patria, porque ésta puede defenderse; pero lastimar a Esther, estrujar las flores que lloran y las ternuras que no saben sino amar, enlodar esta obra de Dios *(señala a Esther)* con el asco frío de tus manos de escuerzo..., ah no... eso no, porque Ramiro tiene alma para domar malvados y músculos para triturar huesos! ¡Y todo te hubiera entregado: mi trono, mis riquezas, mis reinos, menos una cosa: el corazón de Esther y su destino, que tu padre me confió al morir! *(Lo atropella, echándole mano, terrible, airado.)*

ESTHER. — ¡No peleen! ¡No, por favor! ¡No se maten! ¡Llévate todo! ¡No te tengo miedo! ¡No te doy las alhajas por cobardía, sino porque quiero evitar crímenes!

BERARDO. — ¡Esas joyas no son tuyas! ¡Suéltame, Ramiro! ¡No me obligues a sacar el puñal! *(Hace ademán de sacarlo.)*

RAMIRO *(soltándolo)*. — ¡Bueno! ¡Tómalas, abominable! ¡Tú vas a vender las reliquias de los muertos y hasta esa espada que te regaló tu manceba; pero hay una mano vengadora acechando abajo, fuera de aquí, en la tiniebla, un espectro, enfermo de odio y de exter-

minio, un espectro esperando hace rato y que no quiere acongojar a Esther ensangrentando estos pavimentos! ¡Vete! ¡Roba el cofre! ¡Llévalo! ¡Llévalo! *(Lo empuja hacia el escritorio, donde está encerrado el cofre.)* ¡Vende también la espada del adulterio; pero, ay de ti! ¡Tus horas están contadas!
(En ese momento se abre la puerta con violencia. Entra Judith con todo el pelo suelto.)

Escena VIII

Judith, Esther, Ramiro y Berardo

Judith. — ¡Los soldados te buscan! ¡Huye! ¡Toma dinero! ¡Huye y espérame! ¡Los soldados se acercan! ¡Huye y espérame! *(Lo empuja fuera. Sale con él.)*

Escena IX

Esther y Ramiro

Esther. — ¡Dios mío! ¡Qué dolor! ¡Huye y espérame! ¡Qué bárbara luz ésta! ¡No haberme quedado ciega antes! ¿Por qué le dice eso?

Ramiro. — ¡Pobre Esther! ¡Has empezado a vivir! ¡Sé fuerte, porque los dolores no vienen solos! ¡Estoy cerca de ti, pobre santa!
(Se oye un tropel de gente en la calle, voces y gritos. Entra Tristán en ese momento, abrazando la espada del padre, arrebatada a Berardo. Besa la cruz de la espada.)

Escena última

Esther, Ramiro y Tristán

Esther. — ¿Y Berardo? ¡Esa es su espada! ¡Tú lo has herido! ¡Ya no eres nadie para mí! *(Se va.)*

Ramiro *(impetuoso, hacia Tristán).* — ¡Pigmeo! ¡Has destruído el idilio! ¡Has herido al escuerzo y a tu novia; pero te olvidas que Ramiro triunfará contra todos!!

Telón



ACTO III

Misma decoración.

ESCENA I

TRISTÁN Y RAMIRO

TRISTÁN *(abrazando siempre a la espada)*. — ¡Te reconquisté, gloria de mi padre! ¡Antes que entregarte te hundiré en mis carnes!

RAMIRO. — ¡Mucho te va a costar lo que has hecho!

TRISTÁN. — ¿Y Esther? ¿Dónde está?

RAMIRO. — ¡Donde debía! ¡Con el hermano!

TRISTÁN. — ¡Luego lo prefiere a mí!

RAMIRO. — ¡Prefiere la caridad cristiana! ¡Has derramado sangre de su sangre! ¡Su mano, blanca como la inocencia, ya no te tocará!

TRISTÁN — ¡Le narraré el delito! ¡Sabrá todo! ¡Podrá juzgarme!

RAMIRO. — ¡Tú no harás eso! ¡Yo lo voy a impedir!

TRISTÁN. — ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

RAMIRO. — ¡El crimen te ha hecho irrespetuoso; pero te olvidas *(amenazador)* que Ramiro ya fué homicida y puede volver a serlo y no es rey para que los vasallos menoscaben su autoridad!

TRISTÁN. — ¡Aquí no hay reyes, ni vasallos! ¡Hay una honesta pasión que debe respetarse!

RAMIRO. — ¡Y que ya dejó de ser honesta porquē tú la manchaste con sangre! ¡Fuiste cruel y sañudo y si tú a Esther le cuentas la tragedia de tu nombre, muerto por el delito de Judith y Berardo, te olvidas, Tristán, esta verdad: no se quiere con la razón, sino con el instinto! ¡Pretendes destruir su cariño de hermana y ella nunca creerá justas las heridas de Berardo! ¡Tú le causarás horror y asco antes y después de la narración! ¡Puedes hacerlo, si quieres! ¡También yo te dije: no lo hieras a Berardo! ¡Tu lo hiciste y Esther se ha alejado de ti! ¡Tiene mal olor la sangre! ¿Y tú crees que más tarde Esther se podrá acostar en tu mismo lecho y reposar su cabeza sobre el corazón tuyo, recibir tu aliento y tus savias sin que entre los dos ella no vea el espectro de Berardo? ¡Vamos, Tristán! ¡Eres ingenuo y tonto! ¡Los delitos de Berardo lo hubieran llevado a la cárcel y Esther, sola sobre la tierra, hubiera buscado en ti el árbol para apoyar su orfandad, para adherirse como la yedra!

TRISTÁN. — ¡Ha sido un duelo en la calle! ¡Nos hemos batido! ¡No fué delito!

RAMIRO. — ¿Y Judith, qué hacía?

TRISTÁN. — ¡Se precipitó entre los dos, sin lograr separarnos! ¡No fué delito, lo repito!

RAMIRO. — ¡Bueno! Aquí, como entonces, te diré: ¡Cuéntale todo! ¡No hagas caso de Ramiro el Rey! ¡Una cosa te pido! ¡No la hagas llorar a Esther! ¡Que no se desespere! ¡Qué no tenga deseo de morir después de tu cuento, porque entonces yo te asfixiaré, apretándote el tórax con las rodillas! ¡Has herido a tu novia! ¡Has destruído el idilio! ¡Y ahora tú le vas a decir: Ese Berardo, tu hermano, a quien compadeces por desventurado, es un lenón vulgar, y esa Judith, a quien amas y respetas, es una meretriz sucia, una inmunda piltrafa de taberna! ¡Yo soy el profeta!

¡Sé lo que va a suceder! ¡Esther va a venir a mí a decirme: ¡Adiós, Ramiro! ¡Adiós, mi padre! ¡Búscame un féretro de rosas! ¡Quiero dormir allí, como tu Sulamita, al lado de ella, en el mismo sepulcro! ¡Búscame un féretro de rosas! ¡Y va a palidecer poco a poco, adorando no a ti, sicario, sino al idilio muerto, y se va a ir de la tierra tan pura como si en ella no hubiera vivido nunca! ¡Ahora, haz lo que quieras! ¡No hagas caso! ¡Cuéntale todo, y pronto! ¡Los soldados te buscan! ¡Irás a la cárcel! ¡Vivirás, como Berardo, con un gorro rojo de forzado y grilletes en los tobillos! ¡Cuéntale! ¡Cuéntale todo!

TRISTÁN. — ¿Y a ti, alfin, qué te importa? ¡Estoy harto de reproches! ¿Por qué no me agarraste de la nuca y no me trituraste el espinazo? ¡Has debido hacerme desaparecer del mundo! ¡Ah, Ramiro! ¡No me hagas olvidar que eres hermano de mi padre! ¡Tú hiciste lo mismo! ¡Fuiste un homicida! ¡Has lavado la infamia!

RAMIRO. — ¡Yo podría haberte destrozado las mandíbulas, tu odio habría triunfado siempre! ¡Podría haberte dicho: Berardo se pierde solo; tú me habrías mirado atónito, sin comprender! ¡Tu odio habría triunfado siempre! ¡Hace mucho que tú acaricias al monstruo! ¡Desde a bordo querías la venganza! ¡Vivías con ella en tus soliloquios! ¡El odio era tu sangre, tu mente y tu brazo! ¿Crees que el raciocinio es capaz de endulzar las furias? ¿Y tú quieres saber lo que sucedió después de mi delito? ¡Teresana quedó moribunda y la Sulamita murió! ¡Yo no había arreglado nada! ¡Quedó siempre el recuerdo del honor perdido, yo fuí transformado en el rey harapo y para mi alma no hubo sobre la tierra nada más, nada más!

TRISTÁN.— ¡No me importa podrirme en una cárcel! ¡He venido aquí a despedirme de Esther! ¡Y si después

ha de desaparecer todo, que desaparezca! ¡Y si el infierno me ha de quemar vivo, que lo haga! ¡Espectro y todo, cuerpo me ha de sobrar para entrar en el alma de Judith y convulsionarla, mientras ella viva, y maldiciones ha de brotar mi lengua de cadáver para helarle la sangre facinerosa! ¡Pero yo no quiero que sufra Esther! ¡Que no sufra! *(Se enternece.)* ¡Que me condene ella, que es la única pureza de esta casa! ¡Y si ella me dice: has enlodado tu pasión, tírala lejos, yo la arrojaré de mí y la veré irse melancólicamente! *(Muy enternecido.)*

RAMIRO *(se acerca cariñoso a Tristán)*.—¡Pobre Tristán! ¡Yo cometí ese crimen porque, como tú, no conocía el alma de las novias! ¿Por qué no conociste el alma de Esther? ¡Hubieras respetado ese santuario divino, esa incontaminada esencia! ¡Ella, Tristán, nunca pensó sino en la misericordia, en la caridad infinita! ¡Su dinero era para todos, hasta para Judith!

TRISTÁN. — ¡Se va a quedar sola, con Judith, y cuando yo vuelva, Judith la habrá corrompido con su baba venenosa! ¡Esa mujer es tan deshonesta que es capaz de encenagar a la Eucaristía! ¡Cuídala tú, Ramiro!

RAMIRO. — ¡No temas! ¡Ramiro vela y la ciénaga no marchitó nunca la flor de la custodia!

TRISTÁN. — ¡Adiós, Ramiro!

RAMIRO. — ¿Te vas? ¡Los soldados te esperan en la calle! ¡Esther ya viene! ¡Oigo pasos!...

TRISTÁN. — ¡Llegaron los soldados para prenderme!... ¡Quiero evitarle ese dolor!

(En ese momento entra Teresana.)

Escena II

Teresana, Ramiro y Tristán

Ramiro. — ¡No son los soldados! ¡No es Esther! ¡Llega la mujer Teresana! ¡Yo te anuncio que va a llorar por las heridas de Berardo!

Tristán. — ¡Oh, mi querida abuela!

Ramiro. — ¡Y también te digo que Teresana, en un tiempo, vivió en un mechinal tan sucio como los cuarteles y, si quieres más, agregaré que los soldados honran la memoria de los muertos y Teresana hizo lo contrario; luego es inferior a los soldados!

Teresana *(a Tristán)*. — ¡Hiciste mal en lastimar a Berardo!

Ramiro. — ¡Pero Berardo hizo bien en lastimar a Tristán! ¡Qué incauto eres, Tristán! ¡Tú abrazas a Teresana y ella amó siempre a Berardo! ¡Y tú podrías haber sido el joven más virtuoso de la tierra, la concepción que Teresana tiene de la dignidad humana la hubiera realizado Berardo! ¡Tú, nunca!

Teresana. — ¡Mejor hubieras hecho, Ramiro, en evitar esta desgracia, y la has producido con tus paradojas y tus locuras!

Tristán. — ¡Quiero irme de una vez a la cárcel! ¡Adiós, abuela! ¡Adiós, Ramiro!

Ramiro. — ¡No, Tristán! ¡Espera a Esther y escucha esto que te voy a decir: Una víbora encuentra por allí, en un matorral, a un escuerzo y a un ruiseñor! ¡De seguro que la víbora se enamora del escuerzo! ¡Y la mujer Teresana tiene dos nietos: una nobleza, tú, y un falsario, Berardo, y su honesta conciencia *(señala a Teresana)* amará al falsario!

Teresana.—¡La maldición de Dios va a caer sobre ti, Ramiro! Yo estoy redimida y tú empiezas a condenarte, porque usas la ironía en mal momento y tu joviali-

dad perversa hará más grande la tragedia de nuestra casa! ¡Yo recé! ¡Yo estoy redimida!

RAMIRO. — ¿Dios? ¿Nuestra casa? ¿Y tú crees en Dios? ¿Y tú tienes casa? ¡Pero será necesario preguntar si Dios no ha muerto después que tú lo has nombrado y si no han desaparecido todas las casas de la tierra?

TRISTÁN. — ¿Por qué discuten? ¡Lo que hay que hacer es salvar a Esther, débil y abandonada!

RAMIRO. — ¡Has perdido la fe, Tristán! ¡Sobre mi honor de rey te prometo salvar a Esther! ¡Y tú espera, porque lo que ha de ser, será! ¡No te entristezcas en la cárcel! ¡Si hay una claraboya que te dé luz, vive el día entero en la luz y conserva tus fuerzas, porque ella va a seguir amando el idilio muerto! ¡No te enferme nunca la desesperación! ¡Acuérdate de la infinita ternura del alma de las novias! ¡Y a ti, Teresana, te diré, si eres capaz alguna vez de ser honesta dos minutos... no te pido mucho, ¿eh?..., compara eso con la inmensidad del tiempo..., si dos minutos eres capaz de ser honesta, te diré que el herido es Tristán, porque al otro éste le desgarró la carne de un sablazo y Tristán tiene heridas que nunca sanan, aunque el océano pase y las lave, aunque la eternidad pase sobre ellas con todos los siglos y sus silencios!

(Entra Judith.)

ESCENA III

RAMIRO, TERESANA, JUDITH Y TRISTÁN

RAMIRO. — ¡Tampoco es Esther! ¿Dónde está? ¿Qué se ha hecho?

JUDITH *(mirando airada a Tristán)*. — En el hospital con el hermano! ¡Está dónde debe!

RAMIRO. — ¿Y tú, por qué has vuelto? ¡No estás dónde debes!

JUDITH. — ¡Me hizo arrojar Berardo! ¡Me abofeteó delirante!

TERESANA. — ¡Cómo a mí, cómo a mí el otro!

JUDITH. — ¡Ahora lo amo más todavía! ¡Te lo azoto en el rostro, Tristán!

TRISTÁN. — ¡Siquiera porque ya soy un galeote, debieras esconder tu cinismo!

RAMIRO. — ¿Esconder, Tristán? ¡Un rayo de sol cae como un ascua sobre una osamenta y no quieres que los gusanos dancen su ronda antropófaga y no quieres que la osamenta hieda y los pastos se quemen debajo y se ennegrezcan! ¡El cuervo grazna, el ruiseñor gorjea! ¡Cada uno dice lo que le suena adentro!

JUDITH. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Lo que me suena adentro! ¡Tú has querido, Tristán, que esto se concluyera con una estocada traidora y ahora es más gigante, más brutal mi deseo! ¡Yo lo quiero! ¡Quiero su cuerpo, sus caricias, sus babas, sus bofetadas, sus insultos! ¿Es noctámbulo? ¿Es jugador? ¿Es borracho? ¿Me hiere? ¿Me revienta la piel a golpes? ¡Mejor! ¡Mejor!

TERESANA. — ¡Dios mío! ¡Está loca! ¡Cálmate, Judith!

JUDITH. — ¡Usted es una harpía! ¡No me aconseje! ¡Ha sido peor que yo!

RAMIRO. — ¡Teresana! ¡Santa cosa es redimir! ¡Sigue redimiendo!

TRISTÁN *(a la madre)*. — ¡Abominable! ¡Monstruosa! ¡Ya nada recuerda esta mujer, ni siquiera los besos que me dió en la niñez! ¡Yo maldigo todo, mi carrera, todo, hasta la esperanza!...

JUDITH. — ¡Frases! ¡Frases! ¡Con eso no me devuelves a Berardo! ¡Yo no nací para sometida! ¡No me has de ver con cenizas en la cabeza, como una anacoreta... con las ropas en girones, gimiendo como las bestias apaleadas! ¡No! ¡No! ¡Antes, con las uñas, me arran-

caría la vida! ¡Yo me voy a ver años enteros, por tu delito, entregada a lubricidades solitarias, yo que tengo el furor de su cuerpo de bandolero y la manía frenética de ser fecundada por él! ¿O te imaginas que me voy a transformar en una idiota de rostro marchito y labio caído por las degeneraciones?

TRISTÁN. — ¡Eso eres: una idiota!

JUDITH. — ¡Ni eso, ni una arrepentida hipócrita! ¡Soy tu madre; pero soy mujér, sábelo!

TRISTÁN. — ¡No! ¡No profanes! ¡No eres mi madre!

RAMIRO. — ¡Lo fué, Tristán! ¡Ahora eres más que mujer! ¡Ladras como una loba!

TRISTÁN. — ¡Berardo es un ladrón!

JUDITH. — ¡Mejor! ¡Lo amo!

TRISTÁN. — ¡Un falsario!

JUDITH. — ¡Lo amo! ¡Cuánto vales, Berardo!

RAMIRO. — ¡Oh sí! ¡Un héroe de leyenda! ¡Teresana! ¡Cálmala! ¡Redímela! ¿Por qué no la redimes?

TERESANA. — ¡Dios! ¡Bondad infinita! ¡Perdóname!

RAMIRO. — ¡No reces, Teresana! ¡Después de eso nadie rezará!

JUDITH. — ¡Tú lo has dicho, un héroe, sí... un sincero, no un sentimental hipócrita! ¡Porque si tú pretendes, Tristán, alejarme de él, antes con las uñas me arrancaré la vida!

TRISTÁN. — ¡Debí haberlo muerto a Berardo y tú debes hacer eso, arrancarte la vida! ¡Es inspiración del cielo!

RAMIRO. — ¡No puede, Tristán! ¡Eso no puede! ¡Esa mujer no tiene una vida! ¡Es un cadáver! ¿Pero no le ves *(impetuoso, hacia Judith)* los ojos sin brillo y las pupilas desmesuradas? ¿No le ves las liendres que le roen el cráneo? ¡Tiene manchas verdes en el vientre! ¡Tiene manchas rojas en el dorso! ¿Qué quieres tú que arranque? ¡Putrílago! ¡Putrílago!

JUDITH. — ¡Ahí está el visionario! ¡Lleva a cuestas su manicomio!

RAMIRO. — ¡Debiera aterrorizarte mi alma profética!

TERESANA. — ¡Cuánta blasfemia sacrílega! ¡Mejor era no haber nacido!

RAMIRO. — ¡Sí, casta Teresana! ¡Tú eres la única que no has blasfemado nunca! ¡Hubiera sido útil que no nacieras!

TRISTÁN *(señalando a la madre, con ímpetu y furor)*.— ¡Y ella también, esa barragana!...

JUDITH. — ¡Ten cuidado! ¡No me insultes! ¡No te temo, yo! ¿Qué me importa morir?

TRISTÁN. — ¡Una barragana, que asusta a los más negros delitos, una impúdica, que ha hecho desaparecer a la castidad y ha transformado en trapos de muladar a los linos de los altares! *(Avanza hacia ella.)*

JUDITH. — ¡Ten cuidado! ¡Yo me defenderé!

TRISTÁN. — ¡Una soez, que ha empañado el candor de los niños! ¡Y yo soy una fiera demente, *(con gran furor)* una emanación del caos demente, y mi padre me grita *(avanza más, con la mano levantada:)* ¡Abofetéala! ¡Abofetéala! ¡Acuérdate de mi honor! *(En momentos en que la va a abofetear entra violentamente Esther y se interpone.)*

ESCENA IV

ESTHER, TERESANA, RAMIRO, JUDITH Y TRISTÁN

RAMIRO. — ¡Esther! ¡Esther!

ESTHER. — ¿A tu madre, Tristán? ¡Qué sacrilegio!

TRISTÁN. — ¡No! ¡No es sacrilegio! ¡Sino que cuando se ha salido de la pureza de mi casa para entrar en las cuevas sucias!...

RAMIRO. — ¡Tú no hablarás! ¡Esther debe ignorar todo!

¿No querías despedirte? ¡Hazlo pronto! ¡La cárcel te espera y la ausencia!

JUDITH. — ¡Déjalo que diga! ¿Qué voy a temer yo ya?

RAMIRO. — ¿Tú? ¡Nada! Eres una muerta! ¡Una pobre suicida! ¿Y Berardo, Esther?

ESTHER. — ¿Por qué es una pobre suicida? ¡Habla! ¡Berardo está mal!

RAMIRO. — ¡Ah, no! ¡No! ¡Escúchame! ¡En este momento aquí no hay más que dos almas y dos vidas, tú y Tristán! ¡Lo demás, Judith, yo y Teresana, estamos muertos! ¡Todo lo que Tristán dijera de la conducta de Judith y lo que yo dijera de mi madre no podría servir sino para el gran libro de biografías que Dios escribe en el cielo! Dime, Esther, ¿no es inútil que Tristán te haga la biografía de una muerta? ¡Tú no debes saber nada! ¡Y a ustedes dos les digo: *(a Judith y Teresana)* ¡Larvas, idos! ¡Larvas! ¡Larvas! ¿Por qué quieren tocar con la mano helada al amor santo y afligir a la desventura? ¡Tú, Judith, tú, Teresana, sois un alma sola, una misma tragedia! ¡Y los tres somos cadáveres! ¡Vámonos, pues! ¡No contaminemos la vida! *(Se van los tres, las mujeres empujadas por Ramiro.)* ¡Vámonos! ¡Vámonos! ¡No contaminemos la vida! *(Señala a Esther y Tristán.)*

ESCENA V

TRISTÁN Y ESTHER

TRISTÁN. — ¡Adiós, Esther!

ESTHER. — ¡Dios te perdone, Tristán!

TRISTÁN. — ¡Tú eres la pureza! ¿Te acordarás de mí?

ESTHER. — ¡Tristán! ¡Dios te perdone la sangre de Berardo! ¡Yo tengo una fría resignación! ¡No estoy

irritada contigo; pero el velo de novia no puede tener manchas de sangre! ¡Me acordaré de ti para amar el idilio desde que empezó hasta hoy!... ¡Dios te salve, Tristán!

TRISTÁN. — ¡Si tú me permites, tus flores y tus cartas las llevaré conmigo al calabozo! ¡Se iluminará con esos recuerdos!

ESTHER. — ¡Llévalas! ¡Todo eso ha sido destruído en estas horas!

TRISTÁN. — ¡Gracias! ¡Quiero besar tu mano benéfica, Esther!

ESTHER. — ¡Sí, y ruega al cielo que Berardo viva, porque si eso sucede, esos recuerdos volveré a pedirte y espera; pero si muere, cada uno de nosotros irá a una tierra extraña para no vernos más!... ¡Toma mi mano, Tristán, y bésala!

TRISTÁN.—¡Junto las mías para pedirte perdón! ¡Adiós, Esther!

ESTHER. — ¡Adiós, Tristán!

(Se va Tristán como sonámbulo, con la cabeza agachada. Esther queda sola. Reza.)

ESCENA VI

ESTHER

ESTHER. — ¡Señor! ¡Que tu espíritu descienda sobre las almas torvas de rencor! ¡Reconcilia a los enemigos y tú, madre mía, ayuda a tu hija en la orfandad y ruega por los que se quedan solos!

(Apoya la cabeza sobre el piano cerrado y llora. Entra Ramiro, se acerca lentamente y pone su mano sobre el hombro de Esther.)

Escena VII

Ramiro y Esther

Ramiro. — ¡Yo te digo, en verdad, que son hijos del cielo los que lloran! ¡Y también te digo: los buenos nunca están solos! ¡Para ellos son las sonrisas de la tierra, la armonía de los jardines y la alegría de las joyas! ¡Tú no estás sola! ¡Eres la predilecta del Rey!

Esther. — ¡Berardo está herido! ¡Tristán en la cárcel! ¡La familia deshecha! ¿Qué queda para mí sobre la tierra?

Ramiro. — ¡El dolor no es eterno; la prisión tampoco! ¡Hay una diosa en el lejano horizonte que nos conforta: la esperanza! ¡La desesperación no es útil! ¿Quieres complacerme?

Esther. — ¡Sí, quiero!

(En este momento entra Judith. Ellos no la ven.)

Ramiro. — ¡No desesperes! ¡Si tú, que eres buena, pierdes la fe en la vida, qué les queda a los delincuentes sino morir todos?

Esther. — ¡Nadie debe morir, Ramiro! ¡A los delincuentes hay que amarlos más todavía y no hacerles sentir sus delitos! ¡Amo a Tristán, a Berardo! ¡Amo a Judith!

Judith *(a parte).* — ¡Y yo soy tan deshonesta que si vivo ni ella ni Tristán serán felices!

Ramiro. — ¡Tu consejera es la bondad! ¡Tú sabes más que el Rey!

Esther. — ¡Amar a todos! ¡Ese es mi corazón! ¡Ojalá sean todos felices!

Ramiro. — ¡Para eso es necesario vivir! ¡Tenemos de día al sol, de noche al sueño! ¡Usemos esas dos bendiciones! ¡Para amar a todos es necesario ser muy

fuertes! ¡La gente se opone a eso! ¡Para ser buenos es necesario ser fuertes, más que para el odio, más que para el odio! ¡Y para ser fuertes es necesario descansar! ¡Vete a dormir, Esther!

ESTHER. — ¡Te obedezco, pero no podré! ¡Estoy triste! ¡El amor hace doler mucho el alma, Ramiro! ¡Adiós!

RAMIRO. — ¡Espera! ¡Berardo curará! ¡Tristán saldrá de la cárcel! ¡Viene la dicha a lo lejos para ti! ¡Adiós.

(Se va Esther sin ver a Judith.)

ESCENA VIII

RAMIRO Y JUDITH

RAMIRO. — ¡A ti ya te he sentido! ¡Vienes aqui, tal vez, a seguir con tus ladridos de loba!

JUDITH. — ¡No sé! ¡Vengo a despedirme de Esther! ¿Y a ti qué te importa?

RAMIRO. — ¡Nada! Ya lo sé. ¡Vienes a despedirte porque cuando uno tiene la sangre llena de delitos, necesita confidentes! ¡Esto que te voy a decir se cae de viejo: un hombre mata a otro, eh? ¡Se hace un tumulto! ¡En ese tumulto está el asesino y habla del delito con cualquiera! ¡Necesita la confesión! ¡Así estás tú!

JUDITH. — ¡Tú no tienes derecho a escudriñarme! ¡Déjame tranquila!

RAMIRO. — ¡No podrás estar! ¡No puedes comer, ni dormir! ¡Huyes de aquí para allá, convulsa como una endemoniada, y quieres aturdirte, olvidarte de ti misma con el bullicio de tu logorrea procaz! ¡Has desnudado delante de tu hijo tus carnes libidinosas y le has mostrado un cuerpo y un espíritu tan corrompidos como ninguna tríbada pudo concebirlo siquiera!

¡Pero tú no eres así! ¡No! ¡Has mentido para ofenderlo más a Tristán! ¡Y ahora vienes aquí a repetirle lo mismo a Esther y yo lo voy a impedir! ¡Ella es una flor! ¡Pertenece a la virtud y a Dios! ¡Tú no le hablarás una palabra de tus degeneraciones!

JUDITH. — ¡Es un error tuyo! ¡No le voy a hablar de mis delitos!

RAMIRO. — ¡No es eso sólo! Tú no puedes comer. Tú no puedes dormir. ¡Una Némesis te agita las entrañas; una furiosa melancolía te labra y azota en una borrasca bárbara, como nave sin rumbo y sin timón! ¡Eso es remodimiento! ¡Le has dicho a Tristán muchas impudicias, pero no porque te falte Berardo o temas volverte una idiota de labio caído y baboso! ¡No! ¡Eso es mentira! ¡La verdad es esta! ¡Tú quieres morir! ¡Eres una suicida, Judith!

JUDITH. — ¿Y si lo fuera? ¿Eres, acaso, mi dueño?

RAMIRO. — "¡Con las uñas me arrancaré la vida!" ¡Tú lo has dicho!

JUDITH. — ¡Yo ya no tengo vida! ¡Tú ofreces tesoros! ¡Dámela tú! ¿Qué te importa, además? ¿Y si fuera una suicida?

RAMIRO. — Porque lo eres, yo te digo: ¡No hagas eso! ¡Eso nada crea, nada fecunda!

JUDITH. — ¡No tengo ya nada que hacer sobre la tierra!

RAMIRO. — ¿Ah no? ¡Bueno! ¡Hazlo en silencio, entonces, cerca de una cripta de cementerio... para que con una pala los sepultureros te aventen a la fosa... para que no hagas ruido ni daño al morir!... ¡Hazlo en silencio para que Esther no sepa!

JUDITH. — Ella dijo: "¡La quiero a Judith como a mi madre!" ¡No voy a herir el alma de Esther! *(A Ramiro, enojada:)* ¡Y tú, cuidado, furia! ¡La muerte tiene muchas zarpas y los cementerios muchos sepulcros! ¡Alguno ha de haber vacío para encerrarte con tus harapos!

Ramiro. — ¡Un mausoleo será! ¡Venga cuanto antes!

Judith. — ¡No! ¡Una huaca de osario!

Ramiro *(exaltándose por grados)*. — ¡Mejor! ¡Mejor! ¡Con los reyes de carnaval, con los pierrots, con los payasos pintados de minio!... ¡Estaré donde descansa el rey pueblo, donde se pudre la fábrica, la gleba, la cárcel, el conventillo, el manicomio, el lupanar y el genio!... ¡Qué poemas, allí! ¡Qué huelgas! ¡Los maridos deshonrados harán la más formidable para que todas las adúlteras desaparezcan del universo y sucederá con ellas un fenómeno inaudito! ¡Se dispersarán como una desolación; no tendrán átomos; serán una cosa vana; formarán la Nada! ¡Para ellas habrá muerto la ley de las metamorfosis de la materia... mientras los ángeles buenos, oye Judith, oye *(enternecido)*, los buenos ángeles, muertos de pena y de miseria, las pobrecitas que cosen sin fuego en las noches de invierno y tosen y tosen, como si quisieran así llamar a los hermanos del cielo, los ángeles buenos, muertos de pena y de miseria, formarán con sus átomos los aromas de primavera, los manantiales cristalinos, el corazón materno, la alegría de los niños y de las vírgenes y rezarán sobre la tumba de los suicidas! ¡Adiós, Judith! ¡Ahí viene Esther! ¡Ella no duerme de pena y si tú eres todavía capaz de hacer una obra honesta, si te acuerdas de Tristán, cántale *(cerca del oído de ella, muy emocionado)* a Esther, antes de morir, la canción de las cunas, arrúllala y dile que algunas veces, en la noche alta, cuando Tristán era niño y lo sospechabas enfermo, horas mortales pasaste a su cabecera, velando e interrogando sus ojos asustados y virginales, y dile que lo amas a Tristán! *(Se va retirando poco a poco y la saluda con la mano.)* ¡Adiós, Judith! ¡No te olvides! ¡Antes de morir, canta, Judith, canta para Esther la canción de las cunas que fecundan la vida! ¡Adiós, Judith! ¡No te olvides! ¡Canta! ¡Canta!

ESCENA IX

JUDITH

JUDITH. — ¡Sí, Ramiro! ¡Sí! ¡Porque mi alma ya está sola y sin afectos! ¡Mis ojos han ofendido todo lo que han visto, mis manos enlodaron todo lo que han tocado! ¡Ya no hay nada casto alrededor mío! ¡Y después, Tristán no mentía! ¡Descendí tan bajo hasta tocar con mi cuerpo en el cuerpo de un ladrón y de un falsario y siento que si lo vuelvo a ver voy a caer de nuevo entre sus brazos, bajo su boca obscena... con este fuego que me quema las entrañas! ¡Y ultrajé a Tristán con tanta infamia como nadie fué ultrajado! ¡No pido perdón; luego es necesario morir, pero lejos de aquí, para que Esther no vea! ¡Quiero besarla, antes! ¡No quiero que sufra! *(Entra Esther y la toma de las espaldas, cariñosamente.)*

ESCENA X

JUDITH Y ESTHER

ESTHER. — ¡Las madres cantan la canción de las cunas! ¿Quieres tú ser mi madre?

JUDITH. — ¡No puedo! ¡Ni de Tristán soy! ¡Me repudió!

ESTHER. — ¡Se fué sin besarte, pero yo no te ofendí y necesito ser amada! ¡Quédate conmigo!

JUDITH. — ¡No es posible! ¡Adiós! ¡Me voy para siempre! ¡Tengo una mortal tristeza! ¡Estas dos casas nuestras son dos congojas! ¡Mejor es estar lejos!

ESTHER. — ¡No es cierto! ¡No te vas por eso, sino porque quieres morir! ¡He estado oyéndote! ¡Escúchame: ni yo, ni Tristán, queremos eso!

JUDITH. — ¿Tristán? ¿Qué dices?

ESTHER. — ¡La verdad! ¡Cuando habla de ti su ternura es intensa!

JUDITH. — ¡Eso era antes, cuando yo tenía alma de madre y orgullo por sus méritos de caballero! ¡Eso se acabó!

ESTHER. — ¡No! ¿Por qué? ¡Tú no has cometido ningún delito! ¿Por qué no quieres que sea tu hija? ¡Lo esperaremos a Tristán, porque Berardo no ha de morir! ¿Por qué te conturbas? ¡Hablaremos del valor de tu hijo, de su amor por la gloria! ¡Yo rezaré contigo! ¡Para ti serán las flores de mi jardín! ¡No puedo estar triste! ¡Quiero tener la alegría de amarte y bendecirte! ¡No muevas así la cabeza con tanto dolor! ¡Ven acá! ¡Yo me voy a sentar a tus pies *(se sienta)* para conversarte de los honestos recuerdos de nuestra familia!... Y cuando tú sepas que ese honor debe seguir en nuestra casa, ¿cómo vas a impedirme que yo te bese y me sonría con los ojos en lágrimas, mirándote cara a cara?... ¡Dime que nada le has hecho a Tristán y que nada te ha hecho!

JUDITH.—¡Es un noble caballero! ¡Haces bien en amarlo!

ESTHER. — ¡Ves cómo tienes alma de madre!

JUDITH. — ¡El me odiará siempre! ¡Quiero escapar a ese odio! ¡Lo veo de día, de noche con la pupila airada y terrible, fija sobre mí y yo marcharé agobiada como una penitente bajo ese ojo de acero!

ESTHER. — ¡Tú lo estás ofendiendo, y si es cierto eso que dices es porque tú has cometido un delito! ¡Dime que estoy en error! ¡Tú eres santa y pura! ¡No has cometido delitos y cuando Tristán me habló de ti y

de Berardo, estaba equivocado! ¿Te callas? ¿Bajas la cabeza? ¿Lloras? ¡Luego es cierto! ¡Yo debía haberme quedado ciega y muda! ¡Pero tú puedes ser perdonada! ¡Dios perdona siempre! ¡Ven conmigo! *(Lo hace.)* ¡Tú eres la madre de Tristán! ¡Yo no sé otra cosa! ¡No quiero saber nada más! ¿Te arrodillas? ¿Quieres pedirle perdón a Dios?

JUDITH. — ¡A ti te pido perdón!

ESTHER. — ¡Yo te voy a ayudar! Sígueme: "Padre nuestro que estás en los cielos". *(Pausa.)* ¿No puedes? ¿No me sigues? "Santificado sea tu nombre" ¿No puedes rezar, Dios de la caridad infinita!!

JUDITH. — ¡No puedo! ¡Perdóname! ¡Adiós! ¡Conserva la bondad de tu alma *(muy cariñosa)* y acuérdate de mí cuando te cases con Tristán y dile que yo me he ido de esta casa amándole tiernamente! ¡Adiós! ¡Que no te falte nunca el amor de Tristán!

ESTHER. — ¡Dios te salve! ¡Tú tienes alma de madre! ¡Yo te quiero tanto!

(Se van las dos. Judith vuelve en seguida, envuelta en un rebozo.)

ESCENA XI

JUDITH

JUDITH. — ¡Llega la hora de la justicia! ¡Concluyamos! *(Quiere retirarse precipitadamente. Ramiro le cierra el paso. Esther y Teresana asoman una o dos veces en el diálogo.)*

Escena XII

Ramiro y Judith

Ramiro. — ¡Un momento!

Judith. — ¡Déjame pasar!

Ramiro. — ¡Esther no quiere y tú no pasarás! ¡Hablemos quedo, para que no nos oiga!

Judith. — ¡No puedo ser madre de Esther! ¡No quiero entristecer su bondad, ni ajar su nobleza!

Ramiro. — ¡Pero si tú mueres vas a entristecer su bondad! ¡Tú eres la madre de Tristán! ¿Te olvidaste, acaso?

Judith. — ¡Me maldijo Tristán! ¡Me repudió!

Ramiro. — ¡Pero tiene alma piadosa y, después, cuando el tiempo pase, pensará que tú has muerto porque él fué brutal y no perdonó! ¡Un alma en remordimiento será Tristán y vagará como un espectro, sin reposo, bajo el cielo de la noche! ¡Si tú quieres esto, vete! ¡Te abro el paso si tú quieres la infelicidad de Tristán! ¡Si Teresana se hubiera suicidado, Ramiro se hubiera ido también, porque no hubiera tenido a quien amar! ¡Vete, pues! ¡Mátalo a Tristán!

Judith. — ¿Pero tú qué eres, Ramiro? ¿Tú amas, acaso, a tu madre? ¡Mejor es morir si Tristán ha de ser conmigo como tú con Teresana!

Ramiro *(muy exaltado)*. — ¿Ah, yo quién soy, no? ¿No has comprendido todavía? ¿Quieres que te lo diga? ¡Ramiro el Rey es el hombre: un corazón lleno de compasiones, una mente llena de torturas y de genio! ¿Y a esa mi madre, *(enternecido)* a esa anciana santificada por el martirio de tantos años, zaherida por

la maledicencia humana y crucificada por mi crueldad... a esa anciana tú dices que no la amo? ¡Tuércele un cabello y verás! ¡Mírala recio, siquiera, y verás! ¡Dile a los que se atrevan a vilipendiarla por qué no lo hacen delante de mí! ¡Pero ella ha vivido y es superior a ti! ¡Ha subido su Calvario; el dolor la redimió; las lágrimas lavaron su falta y la caridad por mí, por ti, por todos la enaltecieron tanto que es casi seráfica! ¡Vamos a ver! ¿Por qué no vilipendian a mi madre? ¿Quieren morir? ¡Háganlo! ¡Pero ella ha vivido, te repito, y tú te suicidas! ¡No te importa la dicha de Tristán! ¡El te maldijo y tú nada hiciste, ¿no es cierto?, cuando lo ofendías, mostrándole en tu corazón un charco de suburbio y revolviste la mano en el lodo verde y pútrido para arrojárselo al rostro! ¡Te maldijo porque te creyó cínica! ¡Y tú no eres sino una pobre esclava! ¡Ya nada tienes que hacer sobre la tierra! ¡Ya ni rezar sabes!

JUDITH. — ¡Blasfemias serían! ¡Hipocresías! ¡O tú quieres que yo engañe a Dios?

RAMIRO. — ¡Tienes razón! ¡No hagas caso del rey polichinela; pero también te digo que mi madre no pensó lo mismo! ¡Ella reza siempre y esta acre amargura de mis palabras, esta crueldad mía te prueba que yo soy un hombre, porque recuerdo siempre un delito ya borrado por la maceración y la penitencia! ¡Mi dolor fué vencido por su conducta angelical y mártir! ¡Soy un monarca inferior y ella *(muy enternecido)* una santa y melancólica madre a quien hay que adorar! ¡Los hijos pueden perdonar a las madres culpables; pero para esto es necesario vivir y rezar como Teresana!

JUDITH. — ¿Yo vivir? ¿Yo rezar? ¿Con qué derecho? ¿Quién me va a creer?

RAMIRO *(animándose)*. — ¡Sí, tú! ¡Sí, tú! ¿Sabes, acaso,

lo que es rezar? ¡Es amar, hacer caridad, vivir en los hospitales, en las noches lóbregas, cuidar a los pobres, a los moribundos, eso es rezar! ¡Todo lo hizo mi madre! ¡Todos rezan, menos tú! ¡Luego busca la cripta para tu cadáver y suicídate! ¡Teresana! ¡Teresana! *(Se asoma a la puerta, llamando a la madre.)*

Escena última

Ramiro, Teresana y Judith

Ramiro. — ¡Madre! ¡Madre adorada!

Teresana. — ¡Perdón, hijo mío!

Ramiro *(teniendo a la madre abrazada y dirigiéndose a Judith)*. — ¡Suicídate, pero no te olvides del idilio de Tristán!

Judith *(acongojada)*. — ¡Ramiro, no me tortures más!

Ramiro. — ¡Chist! ¡Hablemos quedo! ¡No despertemos a Esther! ¡Vete, pero acuérdate que la dignidad está en vivir, la cobardía en la muerte! ¡El suicidio nada fecunda, nada crea; es una arma de las fuerzas destructoras; pero tú muere... puesto que no te importa amar, ni sufrir, ni ser abuela! *(Judith avanza hacia Ramiro, en medio de la mayor emoción.)* ¡Chist! ¡Silencio! *(Se pone el dedo en los labios.)* ¡Muere, pero no olvides de cantar, antes, la canción de las cunas que fecundan la vida! ¡No olvides que los hijos perdonan a las ancianas adoradas! ¡Oh, mi madre! ¡Oh, mi madre! ¡Déjame que acaricie tu cabello blanco! *(A Judith, que ha seguido avanzando.)* ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Esther no debe saber la tragedia! ¡No la

despertemos! ¡Quiero besar tus ojos, mi madre, llenos de amor y de virtud! ¡Déjame pedirte perdón y llorar sobre tu pecho, madre adorada! *(A Judith, que avanza siempre.)* ¡Silencio! ¡Silencio! No despertemos a Esther! ¡Silencio! ¡No mueras para que Tristán pueda besar tus ojos arrepentidos y venerables y pedirte perdón algún día y llorar sobre tu corazón de madre adorada!

TELÓN

ACTO IV

Un jardín con árboles. Bancos rústicos. La silueta de una iglesia en el fondo. Es la aurora. Ramiro está enfermo. Está sentado en un banco.

Escena I

Ramiro y Esther

Ramiro. — ¡Ya no puedo trabajar! ¡No puedo casi moverme! ¡Esther, el viejo Rey va a morir!

Esther. — ¡No, Ramiro! ¡La aurora y los aromas del bosque dan la vida!

Ramiro. — ¿La aurora, eh? ¿El bosque y la alegría del sol y de los nidos? ¡Qué bendición del cielo! ¡He visto muchas auroras! ¡Estos árboles los planté contigo! ¡Han crecido mucho en estos cuatro años y ahora son hermosos como la bondad! ¡Son mejores que los hombres! ¡Nunca hacen mal, ni cuando mueren! ¡En vida entregan a la naturaleza hasta la última gota de savia y, muertos, dan la leña para el fuego del invierno, mientras nosotros difundimos en la disgregación tanta cosa malsana! ¡Cuánta cosa malsana! ¡Más tarde, cuando seas viejecita, pídele a Dios que transforme tu rostro en una flor para que tus hijos te puedan besar!

ESTHER. — ¡Te olvidas que recién soy novia!

RAMIRO. — ¡Pero como Tristán no puede tardar!...

ESTHER. — ¡Cuatro años de cárcel! ¡Muy crueles han sido!

RAMIRO. — ¡Me va a hallar viejo y enfermo! ¡Cuando yo le hable de mis grutas con estalactitas de rubíes y lagos de oro, se va a reír del monarca! ¡Siento batir aquí adentro una marcha fúnebre! *(Señala el corazón.)* ¡Tengo un presentimiento triste!

ESTHER. — ¿No se podrá nunca ser felices, Ramiro?

RAMIRO. — ¿Felices? ¿Quién sabe? ¡La alegría de las cosas puede rodearte, Esther, mas si no has nacido con el alma feliz es inútil! ¡Tú no tendrás esa alegría! ¡Yo me acuerdo ahora de mi Sulamita! ¡Era gaya como una bandada de jilgueros; era gentil como las rosas! ¡Se parecía a ti! ¡Rubia, juguetona, amablemente caprichosa! ¡Por este jardín, que era entonces una inculta pradera, corrimos muchas veces! ¡Ella tenía miedo de las mariposas con alas de terciopelo negro y huía como loca bajo el sol y yo sentía en mi corazón sonar el murmullo de su vestido blanco y fugitivo como una lira! ¡Y esta novia que tengo ahora!...

ESTHER. — ¿Cómo es? ¡Cuéntame! ¡Yo no sabía! ¡Pícaro ogro! ¿Conque el Rey tiene su princesa y la oculta? ¿Por qué?

RAMIRO. — ¡Sí! ¡Tiene su princesa, pero ella huye siempre, siempre, cada vez más lejos, cada vez más dolorosamente sonriente! ¡Yo la llamo en mi delirio! ¡Ven! ¡Ven! ¿Por qué no besas al rey viejo en la frente? ¡Ahí están los árboles! ¡Toma para ti su fruta! ¡Huele a manzana jugosa y fresca! ¡Los ancianos beben el zumo y renacen! ¡Tómala! ¡Y ella, nada! ¡Sigue alejándose, vestida de azul de cielo, con guirnaldas de azucenas que le rodean la persona! ¡Yo le ofrezco la leche olorosa de las vacas de aquel esta-

blo y la miel de los panales luminosos, y le digo: "Mi novia, yo te daré el sol y las penumbras de las noches serenas! ¡Yo te daré los amores de la naturaleza y los besos de los árboles! ¡No huyas siempre delante de mí! ¡Ven! ¡Ven!" ¡Pero ella hace una mueca deliciosa, se echa la cabellera de oro a la espalda y susurra: "Viejo Rey! ¡Tú corazón late poco! ¡Tu sangre no calienta! ¡Tus pupilas ya no brillan y tu piel de mármol ya no es mórbida como la seda! ¡Yo soy la vida! ¡Me voy lejos de ti, cada vez más lejos." ¡Y yo siento sonar como una lira el crujir de su vestido blanco y fugitivo! ¡Ves, yo amo a la bella princesa que se va cada vez más lejos! ¡El viejo Rey está triste! ¡La vida se va sin que yo haya podido dar a los hombres la felicidad! ¡Los hombres, cuando se mueren, siempre dejan algo por hacer, que fué un sueño! ¡Tal vez sea el destino humano vivir soñando!...

ESTHER. — ¡Sí, Ramiro! ¡Hermosos sueños en que se ama, en que las almas se regalan sus átomos!

RAMIRO. — ¡Si no fuera que se suelen regalar malos átomos! ¡Ahí está Berardo! ¡Búscale a esa alma la quintaesencia! ¡Dará siempre lo pernicioso; aconséjalo, regáñalo, dará siempre lo pernicioso! ¡Su traje no ha mejorado; su espíritu es cada vez más tenebroso! ¡Siempre necesita dinero! ¡Me acuerdo de Judith! ¡Una vida perdida!

ESTHER. — ¡Judith está salvada!

RAMIRO. — ¿Cómo?

ESTHER. — ¡No vive con él!

RAMIRO. — ¿Y dónde?

ESTHER. — ¡Trabaja! ¡Pasa sus días cosiendo! ¡Llora siempre!

RAMIRO. — ¿Por qué no viene? ¡El la perseguirá! ¡Está sin amparo y él necesita plata! ¡La arrastrará de nuevo a la mala vida!

ESTHER. — ¡Tiene vergüenza de ti!...

RAMIRO. — ¡Si cose y llora es porque está redimida!... ¡Que venga! ¡Y aunque no estuviera redimida, dile que venga!

ESTHER. — ¡Ruego a Dios que lo salve a Berardo!

RAMIRO. — ¡Eso sería pensar que la hostia puede tener por cáliz el corazón de un presidiario y que la basura puede oler a mirra!... ¡No esperes!... ¿Me quieres disculpar esta barbaridad? Si ese hombre se hace bueno yo te aseguro que los viejos ya no van a correr, de noche, detrás de las muchachuelas procaces, y las mujeres en las fiestas no van a hacer otra cosa que elogiarse mutuamente! ¡Si se salva el sol va a salir por occidente y la humanidad habrá resuelto ser buena! ¡Me has dejado perplejo! ¡Te aseguro que Dios no lo puede salvar! ¿Para qué fué creado así, entonces? ¡Si no hubiera demonios, los ángeles no podrían distinguirse! ¡Tú comprendes que no habría lucha contra los perversos que destruyen! ¡La vida quedaría suprimida! ¡Vamos, Esther! ¡No esperes! ¡Si mejorara Berardo, sucedería esta paradoja: los escritores se amarían! ¡Jamás una palabra de maledicencia! ¡Nunca el denuesto! ¡Nunca la diatriba! ¡Y también te afirmo que el hombre no tendrá jamás el deseo de apoderarse de lo ajeno; la mujer pensaría cosas fundamentales; los maridos serían fieles y una nueva alma humana sería creada! ¡Esta barbaridad es imposible! ¡No esperes! ¡Ten recelos! ¡El silencio de ese hombre es siniestro! ¡Temo alguna violencia, alguna trampa! ¡Yo lo siento cada vez más cerca de Judith! ¡Uno podría ser tolerante, Esther, si esas conductas no se atravesaran a turbar la hora feliz de los demás!... ¡Yo impediré una desgracia! ¡Quiero que venga Judith! ¡No estoy quebrado! ¡Tengo alma de bronce! ¡Berardo ha salido del presidio más jugador, más borracho, más perdido! ¡Muy

útil la cárcel! ¡Es una institución benéfica! ¡Allí no puede entrar ningún hombre! ¡Corre el riesgo de salir fiera! *(Esther en ese momento mira al fondo de la quinta.)* ¿Qué estás mirando, Esther? ¡Tal vez llegue Tristán! ¡Tú te irás y el rey enfermo se quedará solo!

ESTHER. — ¡Los buenos nunca están solos, Ramiro!

RAMIRO. — ¡Ah, plagiaria! ¡Es cierto! ¡Tienen el sol o, como tú, la esperanza!

ESTHER. — ¡Pero no la dicha! ¡Me entristece lo que me dices de Berardo! ¡Espero en Dios! ¡Lo salvaré!

RAMIRO. — ¿Ya no te acuerdas de Tristán? ¡Hay otros que lo esperan!

ESTHER. — Sí, Judith! ¡Qué gran arrepentida! ¡Tristán perdonará!

RAMIRO. — ¡Tal vez, si la cárcel no lo ha transformado!

ESTHER. — ¡Le dije a Judith que hoy llegaba! ¡Ella lloró sobre mi corazón!

RAMIRO. — ¡Esa tiene más luto en el alma que en el vestido! ¿No has oído decir que hay un fantasma que ronda la casa a la media noche?

ESTHER. — ¡Me asustas! ¿Qué hay?

RAMIRO. — ¡Ah! ¡No sé! ¡No me hagas caso! ¡Recelos! Quiero decirte esto: Cuando uno es viejo aprende a ser misericordioso. Tristán no es viejo. ¡Quién sabe si perdonará! ¡Tú no debes sino amar! ¡No sufras! ¡Los que aman son los dueños del universo y cuando mueren se apoderan de la Eternidad, y conquistar la Eternidad es digno de un rey!

ESTHER. — ¡No quiero esas conquistas para nadie!

RAMIRO. — ¡Oh, ya sé! ¡Ya sé! ¡Mejor es vivir con el cabello de oro y los ojos azules! ¡Mejor es amar, soñar!...

ESTHER. — ¡Me dices eso con tanta tristeza!

RAMIRO. — ¡Una cosa te voy a recomendar: ámala mucho a Teresana!

ESTHER. — ¡Tú se lo dirás! ¡Tú, por muchos años!

RAMIRO. — ¡Si no sintiera aquí como una puñalada! ¡Ay! ¡Ay! *(Se desvanece.)*

ESTHER. — ¡Dios mío! ¿Ramiro, estás mal? ¡Teresana! ¡Teresana!

RAMIRO *(volviendo en sí)*.—¡Chist! ¡No la llames! ¡Acércate! ¡Escucha! ¡Yo he sido inhumano con ella; pero yo la quiero por su dolor y su arrepentimiento! ¡Oh, cómo la idolatro!

ESTHER. — ¡No estás bien, Ramiro!

RAMIRO. — ¡Chist! ¡Escúchame! ¡Las madres perdonan siempre a los hijos aunque sean ingratos! ¡Oye! ¡Cuando todos se van, ellas se quedan! ¡Si Judith y Teresana se quedan solas, no te olvides de amarlas!

ESTHER. — ¡Qué miedo tengo! ¿Qué miras tú, allá lejos?

RAMIRO. — ¿No te anuncian los pájaros que llega Tristán? ¡Fíjate cómo están agitados! ¡Cantan más en este momento! ¡La luz es más clara; el cielo más límpido! ¡Veo un esplendor en tu rostro, como un relámpago de júbilo! ¡Allá viene Tristán! ¡Allá viene! ¡Yo lo leo en tus ojos! ¡Hace rato que lo ves llegar! ¡Qué diadema el día de tu boda! ¡Todos los pueblos del orbe formarán tu cortejo nupcial! *(Entra Tristán con violencia, vestido de marino.)*

ESCENA II

TRISTÁN, ESTHER Y RAMIRO

ESTHER. — ¡Tristán! ¡Tristán!

TRISTÁN. — ¡Amor mío! ¡Esther! *(Se abrazan.)*

RAMIRO *(exaltado)*. — ¡Y Dios dijo: "Hágase la luz" y todo el universo contestó cantando el divino epitalamio!

TRISTÁN. — ¡Oh, mi buen Ramiro! ¡Dios conserve tu honesta vida!

RAMIRO. — ¡Mi vida es un sol que se extingue; pero hay nuevos soles, nuevas almas que surgen! ¡Tú eres una! ¡Tú sales de la cárcel! ¡Eso es fácil! ¡Lo difícil es salir de su propia alma para entrar en otra mejor! ¡Eso sería benéfico! ¡Por qué no ensayas esa metempsicosis! ¡Te prevengo que en los presidios sucede lo contrario! ¡Aquí hay mucho que perdonar, Tristán! ¡Aquí hay muchas arrepentidas! ¡Hay que salir de su alma para entrar en otra mejor!

TRISTÁN. — ¿Perdonar? ¿Arrepentidas? ¿Qué hay?

RAMIRO. — ¡Tu madre vendrá! ¡Esta casa es de ella! ¡Quiero que venga!

TRISTÁN. — ¡Siempre abominable!

RAMIRO. — Sí, y tan llena de virtud y de purezas que es superior a ti!

(Tristán se quiere retirar.)

ESTHER. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Cuéntale, Ramiro! ¡No te vayas, Tristán!

RAMIRO. — ¡Un momento! ¡Aquella noche funesta salió a la calle, como loca! ¡Cayó debajo de un coche, se enderezó, volvió a correr y otro coche la torció entre sus ruedas! ¡Toda se ensangrentó! ¡Diablos! ¡Me asfixio!

ESTHER. — ¡No hables, Ramiro! ¡Te hace daño!

RAMIRO. — ¿No hables? ¿Yo no hablar? ¡Vamos! ¡Es más fácil hacer callar a una catarata! ¡Toda se ensangrentó! La quisimos traer a casa. Contestó: "¡No quiero dar con Tristán! ¡Es implacable! ¡Tiene ojo de acero! ¡Quiero estar lejos de su ojo de acero!" ¡Del hospital salió! ¡Ha huído de no sé dónde! ¡No hace más que llorar y rezar! ¡Es una larva! ¡No tiene de mujer ni la fragilidad! ¡La desgracia ha sido sañuda con ella! ¡No hagas gestos, Tristán! ¡No seas implacable! ¡Cuando se trata de perdonar, el pasado no existe! ¡Tiene por base el presente, el perdón! ¡Y el presente de Judith es la más pura virtud, la más

sincera penitencia! ¡No seas implacable! ¡Tienes que admitir siquiera que Jesús era superior a ti! ¿O no lo admites? ¡Ese perdonaba! ¿Quieres que te diga una paradoja? ¡Judith es una buena a pesar de todo y los buenos cuando hacen mal no saben lo que hacen! ¡Por eso deben ser perdonados! ¡Ay! ¡Ay! ¡Me asfixio! ¡Me muero!

ESTHER. — ¡Ramiro! ¡Padre mío! ¡No hables más! ¡Teresana! *(Corre a llamarla.)*

RAMIRO *(repuesto, aferrando a Tristán).* — ¡Tú tendrás que defenderla a tu madre! ¡Yo he oído cerca los pasos del monstruo!

(Entra Teresana.)

ESCENA III

TERESANA, RAMIRO, TRISTÁN Y ESTHER

TERESANA. — ¡Ramiro, hijo mío! ¡Tristán, ven! ¡Quiero abrazarte! ¡Ayúdame a salvarlo a Ramiro!

RAMIRO. — ¡Tú sí, madre, me podrás salvar, porque tu alma es pura como el martirio! ¡Tus ojos tienen luz divina como el amor de madre; pero si quisieras hacer lo mismo con Berardo no podrías! ¡Si tu quisieras evitar la tragedia, no podrías! ¡Los destinos se cumplen hasta la muerte! ¡Acompáñame, mi madre! ¡Haz mover este cuerpo mío doloroso! ¡Pobre atáxico! ¡Esta es enfermedad leve! ¡Muriendo uno puede ir al cielo! ¡No sucede lo mismo con los que tienen ataxia en la cabeza o en el corazón; los desleales, los felones, los cínicos! ¡Eso es grave! ¡No van al cielo! ¡Yo lo afirmo, Teresana! Ayúdame a caminar! ¡El amor de madre mueve al mundo y ustedes dan vida

a los hijos por ese amor, aun después, cuando la ciencia ha perdido sus esperanzas! ¡Ven! ¡Ven, mi madre! ¡Dejemos a estos dos solitarios! ¡El idilio no quiere testigos! ¡Es egoísta! ¡Se oculta! ¡Dejémosles! ¡Van a cantar en este jardín el salmo de los salmos! ¡Y tú, Tristán, perdona a tu madre, porque tendrás que defenderla! *(Se va con dificultad, apoyado en Teresana.)*

Escena IV

Tristán y Esther

Tristán. — ¿Tú la has visto rezar? ¿Y llorar? ¿Será sincero ese arrepentimiento? ¿Habrá un poco de luz en esa tiniebla?

Esther. — ¡Si, Tristán! ¡Sí! ¡Es una penitente enferma! ¡Su rostro es una sombra; su persona está seca como la muerte! ¡Y qué hermosa es, asimismo! ¡Yo la acompaño siempre! ¡Yo la acaricio! ¡Cómo me impresionan sus ojos! ¡Parecen cansados de padecer! ¡Con qué orgullo y con qué pena me habla de ti! ¡Yo no sé por qué, cuando le miro las pupilas y la oigo hablar, me parece que su vida ha sido un calvario, pero con más angustias que las de Jesús! ¡Tiembla de miedo cuando piensa que puede volver a ella! ¡Déjame, Tristán, que yo la quiera y la consuele! Es una alma moribunda!...

Tristán. — ¡Déjame mirarte! ¿Tú no te has contaminado? ¿Tus manos están puras? ¿Tu corazón es virginal y santo como antes? ¡Esa mujer profana todo lo que toca! ¿No sabías eso, tú?

Esther. — ¡No, Tristán! ¡El martirio la ha redimido! ¡Así lo dice Ramiro! ¡Yo no sé nada! ¡Es tu madre! ¡Para mí eso basta! ¡Una santa, Tristán, no diría

cosas más llenas de candor doloroso! ¡Cuando le dije que te había devuelto tus recuerdos, me contestó: "El los va a cuidar como si se llevara con ellos a tu alma!"

TRISTÁN. — ¿Luego la pocilga no ha muerto a su corazón? ¿Tendrá razón Ramiro? ¿La osamenta fecundará el campo donde se pudre y el vicio no secará todas las vertientes saludables? ¿Las lágrimas que se vierten por esos excesos refecundarán, acaso, a la virtud muerta?

ESTHER. — ¡Yo le oí decir a Ramiro: "El exceso de sufrir la salvó! ¡Yo te aseguro que es un noble espíritu!"

TRISTÁN. — ¡Aquí están los recuerdos! *(Saca un cofre.)* ¡Judith tiene razón! ¡Yo los miraba todos los días, las horas enteras y recordaba las canciones de tu alma! ¡Estas son violetas secas! ¡Tú me dijiste, al dármelas: "Son de nuestro suburbio! ¡Adornan los cercos de las quintas y tapizan las zanjas. Tienen un precioso aroma. Más que las extranjeras! ¿Te sonríes? ¿El amor tiene buena memoria, no? ¿Y esto? ¡Son alhucemas! ¡Son flores de cedrón! ¿Te acuerdas? Tú me dijiste: "Con estas flores nuestros abuelos perfumaban la ropa en las viejas cómodas de caoba!"

ESTHER. — ¡Y temblaste ese día, me tomaste de las manos así *(lo hace)*, mirándome hondo en los ojos? ¿Qué tienes, Tristán?, te pregunté.

TRISTÁN. — ¿Quieres saber lo que tengo? ¡Yo adoro ese mundo desaparecido, el melancólico y dulce pasado, los recuerdos del heroísmo y del infortunio, esa anciana virtud, llena de caridad y de patria y te miro hondo en los ojos, porque quiero que seas eternamente virtuosa como ellas!...

ESTHER. — ¡Sí, eternamente!

TRISTÁN. — ¿Y después? ¡Con esta carrera del mar uno puede morir!

Esther. — ¡Yo te comprendo! *(Lo abraza.)* ¡Por los Evangelios, te juro! ¡Si tú te vas, yo no seré una apóstata! ¡Tú serás la idolatría de mi casa sola! ¡Yo te amaré en la vida, después de la vida, hasta el fin de los siglos!

Tristán. — ¡Dame, Esther, tu brazo! ¡Tú eres piadosa como las calmas del mar!

Esther *(sonriendo)*. — ¡Y tú caballeroso como los abuelos! ¡Es tanta mi alegría! ¡No te pregunté si has padecido mucho en la cárcel!

Tristán — ¡Allí se ama más intensamente! ¡La soledad agiganta la pasión! ¡Ven! ¡Quiero ver este jardín tan lleno del alma de nuestra familia! ¡Todo me gusta: sus flores, su fruta, los nidos! ¡Me hacen revivir la vida del pasado, son la expresión de la fecundidad, revelan el triunfo de la vida, hacen lógico y glorioso al sol!...

(Ramiro llega apoyado en Teresana.)

Escena V

Ramiro, Teresana, Esther y Tristán

Ramiro. — ¡Eso es! ¡Eso es! El amor es el triunfo de la vida, el amor hace lógico y glorioso al sol! ¿Dónde iban?

Tristán. — ¡A ver tu jardín! ¡A ver la obra del Rey! ¡Todo está cambiado!

Ramiro. — ¡Y el Rey mucho más! ¡Es una larva!

Tristán. — ¡Aquí te curarás, Ramiro, en esta gran luz!

Ramiro. — ¡Mi hermano el Sol me dice lo mismo; los árboles murmuran eso; pero se olvidan que yo soy un otoño triste! ¿Dónde iban? ¡No se detengan! ¡No pierdan tiempo! ¡Amense! ¡Amense! ¡Yo os digo, en

verdad, que la primavera es breve! ¡Ay del que no la viva! ¿Qué estás esperando para vivir, Tristán? ¿Los sesenta años? ¡No podrás! ¡Te teñirás el bigote inútilmente! ¿Y las arrugas? ¿Y los ojos sin brillo, y las canillas endebles? ¡Ah, viejo verde! ¡Las muchachas se reirán de ti! Vamos, Tristán! ¡Ay del que no tenga juventud! ¡Váyanse a vivir su divina primavera bajo los árboles, entre las flores y los nidos! *(Se van Tristán y Esther.)*

Escena VI

Teresana y Ramiro

Ramiro *(sentado en el banco).* — ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Qué dolor en el pecho! *(Se agarra el pecho.)* ¡Algo va a romperse aquí! ¡Pobre urdimbre humana! ¡Tu soberbia te hace creer que eres de bronce y te rompes como el cristal! ¡Oh, vida! ¡Oh, novia mía! ¡Te vas lejos de mí!

Teresana. — ¡Estás tan enfermo, Ramiro. *(Solloza.)*

Ramiro. — ¡Por qué llora mi madre! ¡Ponga su cabeza blanca aquí, sobre mi hombro. Quiero mirarte los ojos y besarlos! ¿Por qué lloras?

Teresana. — ¡Estás tan enfermo!

Ramiro. — ¡No! ¡Las madres lloran porque recuerdan y perdonan!

Teresana. — ¡Tú no me has ofendido nunca, Ramiro!

Ramiro. — ¡Ah, mi madre! ¡Estos hombres, estos reyes de las casas, que lastiman las afectuosas ternuras, esos guapos que os hacen sufrir, pobres viejecitas adorables! ¡Qué poco valen esos guapos que os hacen sufrir! ¡Y después llegan las horas dolorosas, cuando todos nos abandonan, hasta las novias y las esposas, y ellas son las únicas compañeras de nuestra vida!

TERESANA. — ¡Perdón, Ramiro!

RAMIRO. — ¡Ellas no saben sino amar! ¡Han visto ustedes, qué perfume de santidad exhalan! ¡Reyes de las casas, monarcas agitados en la brega brutal de la existencia, sois injustos! ¡Yo os digo, en verdad, que no saben sino amar las ancianas adoradas! *(Cae desvanecido sobre el hombro de Teresana. Se rehace en seguida, como asustado, y dice:)* ¡Que no lo vea Tristán! ¿Dónde está Tristán?

TERESANA. — ¿Qué hay, Ramiro? ¿Qué hay que hacer? ¡Explícame lo que dices!

RAMIRO. — ¡Por ahí anda Berardo! ¡Busca a Judith! ¡Precisa dinero para jugar! ¡La arrastró durante tres años por la mala vida! ¡Su cuerpo sirvió para la infamia! ¡Ese malvado comió del fango de su deshonra! ¡Yo lo he sentido estas noches rondar la quinta! ¡Judith huyó! ¡A él le falta su carne venal! ¡Se muere de hambre! ¡No tiene dinero para el juego y para sus borracheras! ¡El viene con la garra abierta para aferrar su presa! ¡Que no lo vea Tristán! ¡Ay de nosotros si no evitamos la tragedia! ¡Esther morirá de pena! ¿Qué tropel hay? ¿Quién viene?

(Entra Judith, corriendo, pálida, demacrada, vestida de luto.)

ESCENA VII

TERESANA, RAMIRO Y JUDITH

JUDITH.—¡Auxilio, Ramiro! ¡El me persigue! ¡No quiero estar sola! ¡No quiero volver más! ¡Quiero rezar con ustedes! ¡Cuánta bofetada, Ramiro! ¡Cuánta abyección! ¡Qué vida abominable! ¡Oh, las inmundas pocilgas! ¡He servido para todas las bajezas, como una vil esclava! ¡Jesús, aleja de mí el cáliz! ¡Dame muchas horas de vida honesta!

RAMIRO. — ¡Ya se lo dije a Tristán: Judith puede haber hecho todo el mal! ¡Ha amado! ¡Ha sufrido! ¡Será perdonada porque los buenos no saben lo que hacen cuando hacen mal!

JUDITH. — ¡Ramiro, gracias, bendito seas! ¡Tú no me dejarás llevar! ¡Te suplico! ¡Tengo horror de un nuevo naufragio! ¡Y yo no tengo voluntad! ¡Soy una cosa en sus manos facinerosas!

RAMIRO *(siniestro)*. — ¡Yo fuí homicida una vez! ¡Puedo volver a serlo! ¡De todos modos la muerte está cerca! ¡Es necesario salvar el idilio de Tristán! ¡Aquí ves, Judith, en el pecho está la aorta! ¡Por allí pasa la vida! ¡Ay de nosotros si se quiebra! ¡Qué dolor tengo! *(Se agarra el pecho.)* ¡Con la clarovidencia y la bondad pensé resolver todos los problemas del alma sobre la tierra! ¡Eso fué un sueño de niño enfermo! ¡Oh, virtud! ¡Huye, ángel divino! ¡No toques el fango! ¡El aliento humano, lleno de delitos, te empañará!

JUDITH. — ¡Qué horror, Ramiro! ¡Aquí está Berardo! ¡No quiero volver!

(Entra Berardo.)

ESCENA ÚLTIMA

TERESANA, RAMIRO, JUDITH Y BERARDO

RAMIRO *(a Berardo)*. — ¡Ni un paso más! ¡Fuera de aquí!

BERARDO. — Busco a Judith. — ¡Eso es mío!

RAMIRO. — ¡Eso es de Dios! ¡No violes el santuario! ¡Acuérdate que Ramiro no tiene miedo!

BERARDO *(aferrando a Judith y sacando un puñal)*. — ¡He muerto a un hombre! ¡Necesito dinero para huir!

¡Vamos, basura, mala yegua, dame dinero! ¿O quieres que te meta el puñal? ¡Allá va! *(Le tira una puñalada.)*

TERESANA *(se interpone, impetuosa).* — ¡Me has herido! ¡Caiga mi sangre sobre tu conciencia!

RAMIRO. — ¡Has herido a mi madre! ¡Miserable! ¡Delitos infernales, fuerzas destructoras del universo! ¡Epilepsia homicida! ¡Has herido a mi madre! *(Lo agarra, lucha con él y lo lanza entre telones. Vuelve Ramiro poco después con mirada de loco.)*

TERESANA *y* JUDITH. — ¡Ramiro! ¡Ramiro!

RAMIRO. — ¡Se quedó lívido y frío! ¡Sus pupilas eran ventanas negras! Por allí se veían todos sus delitos. Lo ahogué como a una víbora. ¡Ay! ¡Ay! ¡Se me ha roto la vida! *(Cae sobre un banco.)* ¡Perdón, Esther! ¡No maldigas mi memoria! ¡Soñé en el triunfo de la bondad! ¡Sueño de niño enfermo! ¡Mi destino de homicida se ha cumplido hasta la muerte! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Pobre rey niño! ¡Perdón! *(En este momento entran Tristán y Esther.)*

FIN

LA HORA HEROICA

Comedia en dos actos y tres cuadros

PERSONAJES

GUILLERMO SÁRTORI, padre de

CARLOS y de

COSTANZA

ROSA MARÍA

TERESA ESTENA, madre de

MARIO

MONELLO

DOS SOLDADOS

LA HORA HEROICA

ACTO I

Un hall con una salida al costado izquierdo, y dos puertas laterales.

ESCENA I

GUILLERMO Y COSTANZA

COSTANZA. — ¡Estoy muy sola, papá! ¿Por qué no me buscas una hermana?

GUILLERMO. — ¡Una mujer que sea tu compañera es fácil hallar; una hermana es difícil! ¡Consíguela tú!

COSTANZA. — ¡La tengo: Rosa María!

GUILLERMO *(sombrío)*. — ¡Imposible! ¡De ninguna manera!

COSTANZA. — ¡Te has vuelto sombrío! ¿Por qué imposible?

GULLLERMO. — ¡No querrá venir! ¡Es demasiado rica! ¡Vive bien sola e independiente!

COSTANZA. — ¡Vendrá por eso mismo, porque está aburrida de su soledad!

GUILLERMO. — ¡Imposible, repito! Y después, ¿quién sabe cómo es? ¡En la familia no deben vivir extraños!

COSTANZA. — ¡Con este exceso de previsión nada haremos! Y tú, ¿la conoces muy bien?

GUILLERMO. — ¡No! ¡Es muy rara!

COSTANZA. — ¡Tiene un alma linda! ¡Es buena!

GUILLERMO. — ¿Y qué es un alma linda?

COSTANZA. — ¡Es buena, te repito! La bondad es condición de la belleza. Es apasionada. ¡La pasión es una consecuencia de la fe!

GUILLERMO. — ¿Y nada más?

COSTANZA. — ¡Sí! El alma linda es artista. Por eso no ve sino la armonía de las cosas. ¡Es clara y abierta como el sol, o como la sinceridad! ¡Es humilde y fuerte porque desea triunfar sin herir!

GUILLERMO. — ¡Es un exceso de cualidades! Es peligrosa. No es una mujer, sino la Filosofía! Tengo miedo. ¡Que se quede en su casa!

COSTANZA. — ¡No seas irónico! ¡Te aviso que nadie se acerca a ella sin quedar fascinado!

GUILLERMO. — ¡Eso es peor! ¡Cualidad del áspid!

COSTANZA. — ¡No! Es la resultante de un raro equilibrio. ¡Es la virtud!

GUILLERMO. — ¿Y defectos no tiene?

COSTANZA. — ¡Sí! ¡No ha sentido amor!

GUILLERMO. — ¿En qué quedamos? ¿Y no era apasionada?

COSTANZA. — ¡Pero de otros ideales; la misericordia, la piedad para el pobre, para los sufrientes! Piensa que cada uno debe ser siempre mejor. Da su dinero para los ciegos, para los hospitales. No está contenta nunca. Tiene sed de actividad; apura las cosas. ¡Es impetuosa en la defensa de sus pobres, de sus enamorados zaheridos!...

GUILLERMO. — Pero, ¿no es indiferente?

COSTANZA. — ¡No entiendes! ¡Cuando sabe que alguien ha sido engañado por una mujer se subleva!...

GUILLERMO. — ¡Temo su venida; pero si tú lo deseas!...

(Entra Carlos.)

Escena II

Carlos, Guillermo y Costanza

Costanza. — ¿No sabes la novedad? ¡Huéspedes tenemos!

Carlos. — ¿Quién?

Costanza. — ¡Rosa María!

Carlos. — ¡Es mejor! Será tu hermana. De todos modos hablan lo mismo, piensan lo mismo. ¡Podrá no venir, puesto que está en tu espíritu, en tu gesto, en tu voz!

Costanza. — ¡Parece que no te gustara!

Carlos. — ¡Me es indiferente! A mí no me incomodará. Cada uno vivirá su vida: papá buscando hacer menos tristes sus horas, tú pensando en Mario, ella diciendo paradojas, yo escribiré novelas... ¡Esta casa será una arcadia!

Costanza. — ¡O un opio!

Carlos. — ¡Habrá una ventaja! Papá, tal vez, pueda ser más dichoso con una hija más...

Costanza. — ¿La dicha? ¡No la tiene uno! Está en casa ajena. Tampoco se goza hoy. ¡Se espera siempre para mañana!

Carlos *(a Guillermo)*. — ¿Ves? ¡Es Rosa María en pinta!...

Costanza. — ¡Nadie es igual a otro! Tu falta de observación me desespera. Ni el árbol es igual a su sombra. ¡Ella es ella!

Guillermo. — ¡Con tal que vivan de acuerdo!...

Costanza. — ¡La causa de los desacuerdos es siempre algún interés! Para eso se precisa no tener bondad. ¡Esta excluye el interés!

Carlos. — ¡Palabras! ¡Palabras inútiles!

Costanza. — ¡Ninguna palabra es inútil, puesto que es el principio de un concepto, cuando no es el concepto mismo! ¡Si las palabras fueran inútiles, cómo serán tus novelas, compuestas de palabras desde el principio hasta el fin!...

Carlos. — ¡Ahora me ofendes, Costanza!...

Costanza. — ¡La ofensa no está en lo que se dice, sino en la intención!

Carlos. — ¿Dime Costanza, tú has estado con Rosa María ejercitando la agilidad mental?

Costanza. — ¡Ese es un error! No se puede pensar hoy lo que se ha de decir mañana... Eso no se busca. ¡Se tiene o no se tiene!...

Guillermo. — ¡Es mejor declararse en derrota!

Costanza. — ¡Es difícil que haya quien se crea derrotado! La mayoría simula para volver al ataque. ¡Eso dice Rosa María!

Carlos. — ¡No me parece necesario citarla a cada rato!

Costanza. — ¡Te prueba dos cosas: que la quiero y merece ser citada!

Carlos. — ¡Pero qué rapidez! ¡Qué vértigo para contestar! ¿Qué te pasa?

Costanza. — ¡No sé! ¡Tengo una pena tan grande! ¡Estoy como ebria de eso! ¡No haría otra cosa que hablar! Y a ti, ¿qué te pasa?

Carlos. — ¡Me asusta la filosofía que está por llegar!

Costanza. — ¡Cuidado! ¡El miedo es el principio del amor cuando no es el amor mismo!

Carlos. — ¿Qué paradoja es esa?

Costanza. — ¡En el fondo de la paradoja hay siempre una verdad!... El amor da miedo... ¡A mí daban miedo los ojos de Mario!...

Guillermo. — ¡Temo alguna desventura en esta casa!... ¡Mejor es que no venga!...

Costanza. — ¡Eso es! Y tu Costanza se quedará sola, con su corazón roto, con su dolor a cuestas, viviendo

con la memoria de los muertos y de los vivos, que se han ido para no volver más... La desgracia no va a venir porque ya está... Acuérdate de mi pasión hecha pedazos... Yo estoy sola. Mario borracho y desterrado, mamá muerta, la casa llena de fantasmas, la noche desierta... ustedes fuera, las únicas voces humanas las que vienen de la calle, el único ruido amigo el tic-tac del corazón áspero y triste, como si fuera una campana quebrada por la desgracia... ¡No me hagan pensar que todos tienen el mismo miedo, tú, papá, tú, Carlos!...

GUILLERMO *(apurado)*. — ¡Inducciones erróneas! ¡Suspicacias gratuitas! ¡Piensas siempre lo inverosímil!... ¡Pero tú lo has dispuesto así y bien dispuesto! *(Se retira.)*

COSTANZA. — ¡Ahí viene Rosa María!...

ESCENA III

ROSA MARÍA, COSTANZA Y CARLOS

CARLOS. — ¿Cómo está, Rosa María?

ROSA MARÍA. — ¡Bien!

COSTANZA. — ¿Y tus víctimas? ¡Cuántos doloridos!

ROSA MARÍA. — ¡Exageraciones! ¡Es una leyenda!

CARLOS. — ¡Las compadezco!

ROSA MARÍA. — ¡Fíjese que la compasión es un amparo y, a veces, el principio de la redención! ¡Tenga cuidado! ¡Usted sabe que a los redentores no les va bien!

CARLOS. — ¡A usted la veo muy tranquila en el delito!...

ROSA MARÍA. — ¡En el delito no! ¡Usted no puede impedir que los demás sueñen! ¿Se refiere usted a las pasiones que uno despierta? ¿No es eso? ¡Con sinceridad le voy a decir: No he concitado a nadie en mi

entera vida, ni me he sonreído para despertar pasiones! Discúlpeme esta vehemencia; pero yo viviré con Costanza y quiero destruir de entrada esa leyenda errónea. ¡Sépalo, Carlos, no necesito ser amada! ¡La coquetería hace mucho daño! ¡A veces ignoramos esto!

CARLOS. — ¡Ninguna mujer ignora cuando apasiona!

ROSA MARÍA. — ¡Pero hay una diferencia! Las coquetas se ufanan; las que no son se apenan. Y, después, muchas veces no son pasiones. ¡Se equivocan los hombres; creen que aman!...

CARLOS. — ¡No estoy de acuerdo!

ROSA MARÍA. — Ustedes, ¿han amado alguna vez?

CARLOS. — ¡No me da por confesarme!

COSTANZA. — ¡Hazlo! ¡Te vamos a absolver!

CARLOS. — ¡Y como usted, Rosa María, sabe tantas cosas, debe adivinar si he amado! ¿Y usted, qué dice? ¿Le sucedió eso?

ROSA MARÍA. — ¡Sí!

CARLOS *(impetuoso)*. — ¿Pero qué? ¿Cuándo? ¿A quién?

ROSA MARÍA. — ¡A mis ciegos, a mis pobres, como usted a las mujeres de sus novelas y Costanza a las flores de su jardín!

COSTANZA. — ¡Con esas quimeras y otras se llena el día!...

ROSA MARÍA. — ¡Es cierto! ¡Yo adoro ese trabajo mío por gratitud! ¿Niegue que quiere a las mujeres de sus novelas, Carlos?

CARLOS. — ¡Usted no me contesta si ha amado, usted elude la contestación!

ROSA MARÍA. — ¡Y usted pregunta lo que no debe!

CARLOS. — ¡Lo hizo usted primero! He sido su eco. ¡He repetido sus palabras!

ROSA MARÍA.—¡No! Usted dudó de mi afirmación cuando dije que los hombres creen amar y no aman. ¡Usted ha creído que con una pregunta podía abrir un alma

como se abre un retoño! ¡Qué equivocado está! ¡Para saber una psicología es preciso hacer un libro y para hacerlo bien es necesario haber vivido el libro! ¡Yo no lo he vivido!

CARLOS. — ¡Lo vivirá!

COSTANZA. — ¿Y por qué no, si el libro es hermoso? ¡Tortura; pero es hermoso!

ROSA MARÍA. — ¡Bien lo sabes tú, Costa! ¡Eso es tu tristeza!

COSTANZA. — ¡No me quejo! El se ha ido; pero el alma suya está conmigo. Nadie puede arrebatármela. Eso es música mística; tiene nostalgia del cielo. ¡Vive esa vida, Rosa María!

ROSA MARÍA. — ¡No he llegado al prólogo! El epílogo está lejos. Seré sincera. Quiero vivirla. ¡Tengo el anhelo divino de la música mística! ¡Es como un sueño! Usted escribe y debe saberlo, Carlos. ¡Es una comunión de pensamientos, una reverencia de almas, una armonía de abnegación y de fe! ¡Usted escribe estas cosas! ¡Usted sabe!

COSTANZA. — ¡Carlos, te está hablando Rosa María!

CARLOS. — ¡Escucho!

COSTANZA. — ¡Si escucharas habrías contestado! El silencio suele ser un embeleso. ¿Qué estás mirando allá lejos?

CARLOS. — ¡A las mujeres que escribo!

ROSA MARÍA. — ¡Y que usted ama!

CARLOS. — ¡Exacto! Son almas que pasan. Son nuestras caricias! ¿Cómo no se ha de amar esas sonrisas, esas evocaciones?

COSTANZA. — ¡Yo te dije, Carlos: no te burles! ¡Rosa María te ha convencido! ¿Por qué no te ríes, ahora?

ROSA MARÍA. — ¡Luego tengo razón! ¿Por qué me pregunta: "Qué ama usted? ¿A quién? ¿Cómo?" ¡A mis ciegos, le repito, a mis pobres! Si no fuera esto cierto, dejaría de ser yo. ¿Ve usted esta rosa? *(Toma*

una rosa de un florero.) ¿Por què no le dice usted: no quiero que perfumes esta sala? ¡Y a esa fuente: no cantes más el misterio de la roca profunda! ¡Y al árbol: no digas la charla fecunda de los nidos, ni el crujir del renuevo que rompe de la rama! ¡Es decir: sé lo que no debes ser, flor de la rosa! ¡Y tú también, fuente! ¡Y tú, árbol! ¿Y qué sucede cuando se desvía el destino de las cosas? ¡La rosa se marchita, la fuente se calla, el árbol se seca, como usted se entristecería si le quitaran el amor a sus libros y a las almas que los escriben, y yo también si me alejaran de este fuego de piedad que llena mi vida!

CARLOS *(pensativo)*. — ¡Feliz de usted que hace! ¡Nosotros escribimos no más! ¡Qué inferiores somos!

COSTANZA. — ¡No, Carlos! La idea precede al hecho. ¡No solamente te convence, Rosa María, sino que ya te crees inferior!...

ROSA MARÍA. — ¡Vamos! ¡Si para que haya paz es necesario retirar las palabras!...

COSTANZA. — ¡No se puede! Lo dicho, dicho. Es más fácil decir otras. Las palabras llevan un principio de acción. ¡No se puede retirar la acción!

CARLOS. — ¡Ve usted, Rosa María! Esta Costanza es un comentario perpetuo. ¡No deja correr una idea sin glosarla!...

COSTANZA. — ¡Eso es fácil! ¡Lo difícil es glosar un estado de alma! El alma es tan movible; tiene matices tan diversos. Es según la hora, el cielo gris, o el sol pleno. Yo estaba taciturna, antes, las horas enteras... ¡Ahora hablo, Rosa! ¡Pon la mano sobre mi corazón! *(Lo hace.)* ¿Por qué habla tanto mi alma? ¿No será la pena? *(Conmovida.)* ¿Por qué tiene tantas palabras la pena? ¿Por qué tiene tantas lágrimas?

ROSA MARÍA. — ¡Vamos, Costa! ¡No te acuerdes! ¡Tú me has enseñado todas las fortalezas!

COSTANZA *(conmovida).* — ¡Exacto! ¡No renuncio a mis energías; pero yo cambio porque todos cambian! ¿Por qué me quieres quitar ese derecho? ¡La alegría sonríe; la angustia llora; pero, cómo los fuertes, para vencerse! ¿Acaso no es el mismo ser el que sonríe y llora? ¡Y tú también has cambiado, y Carlos! ¡Antes eran tus pobres, tus ciegos; ahora son los libros de Carlos, las mujeres y las almas de sus novelas!... *(Entra Guillermo.)*

ESCENA IV

GUILLERMO, CARLOS, COSTANZA Y ROSA MARÍA

GUILLERMO. — ¿Qué estás comentando, Costa?
COSTANZA *(señalando a Rosa María).* — ¡Te la presento, papá!
ROSA MARÍA. — ¿Cómo está, Guillermo?
GUILLERMO. — ¡Bien!
ROSA MARÍA. — ¡Tiene suerte!
GUILLERMO. — ¿Tal vez porque le va mal a todos? ¡Usted *(a Rosa María)* quedará con nosotros! ¡Será la hermana de Costa!
ROSA MARÍA. — ¡Oh sí! ¡Mucho la quiero!
CARLOS. — ¡No le cuesta nada! Se quiere usted a sí misma. ¡Rosa María es Costanza y viceversa!
COSTANZA. — ¡La mucha insistencia, Carlos, en un pensamiento acusa la ausencia de otros!
CARLOS. — ¡O significa la manifestación reiterada de una persuasión profunda!
GUILLERMO. — ¡Y con todo esto se olvidan de arreglar el aposento de Rosa María!...
COSTANZA.—¡Carlos, ven conmigo! Necesito poner libros

en la pequeña biblioteca. Alcánzamelos de la tuya y elegidos. *(A Guillermo.)* ¿Sabes lo que va a hacer éste? ¡Le va a poner sus novelas! Como si lo viera. ¡A Carlos se le quitó ya la ironía!

GUILLERMO. — ¡Ah, demonio!

(Se van Carlos y Costanza.)

ESCENA V

GUILLERMO Y ROSA MARÍA

ROSA MARÍA. — ¡Encantadora Costanza! ¡Qué vivacidad tan útil! ¡Qué alegría fuerte y qué bondad en medio de su martirio!

GUILLERMO. — ¿Sabe usted por qué es? ¡Nunca he estado sola! ¡Temo que se entristezca, ahora que no está la madre!

ROSA MARÍA. — ¿Usted piensa que la soledad entristece?

GUILLERMO. — ¡Y apoca!

ROSA MARÍA. — ¡Luego es necesario huir de ella; por eso me tiene usted aquí!

GUILLERMO. — ¡Ha hecho bien! Tiene usted razón. La soledad hace daño y más cuando el corazón fué ocupado por un gran afecto. Queda un luto para el cual no hay rayo de sol. ¡Fuera menester que la compañera de tantos años!...

ROSA MARÍA. — ¡Quedara siempre con nosotros, no es verdad, Guillermo?

GUILLERMO. — ¡Esos seres no se reemplazan más!...

ROSA MARÍA. — ¡He oído decir que de esos poemas no se escriben sino uno en toda la vida; pero otros amores pueden venir! Por ejemplo: apurar más el trabajo, buscar el olvido en la preocupación constante, dar con una pasión hacia un "más allá" difícil,

crearse problemas imposibles y enardecerse en su solución! ¿Por qué no recomienza su vida? ¡A la tristeza se contesta con la esperanza!...

GUILLERMO. — ¡Faltan el vigor y la fe!

ROSA MARÍA. — ¡Trabaje! ¡Eso es fe! ¡Abrace, como yo, una quimera! ¡Recomience la vida!

GUILLERMO. — ¿Por qué me aconseja eso? ¡No quiero recomenzar la vida!...

ROSA MARÍA. — ¿Y qué va a hacer? ¡Ya me había dicho Costanza: "Papá está muy solo, muy afligido. Medita el día entero!" Tenga cuidado con la melancolía, Guillermo. No se deje agarrar por el veneno. ¡Mire que eso es una voluptuosidad maligna! ¿Conoce la leyenda del manzanillo? ¡Ay del que se acuesta a su sombra!

GUILLERMO. — ¿Y usted dónde ha vivido? ¿Cómo sabe todas estas cosas? ¿De dónde saca esa fascinación que en todas ejerce?

ROSA MARÍA. — ¿De dónde vengo? ¿Fascinación? ¡Pero no, Guillermo! Creo en la sencillez, en la sinceridad. ¡Me aconsejan; me hacen ver los peligros. Me dijeron: "apártate de la riqueza y no te arrugue el dolor en los rincones obscuros. ¡Busca la luz! ¡Ama! ¡Ama! ¡Ese es el acicate!" ¡Haga lo mismo, Guillermo! ¡Dé su alma a alguna nobleza, a algún heroísmo! ¡No la entregue a la inercia! ¡No la entregue a la melancolía!

GUILLERMO *(emocionado)*. — ¿Y usted cree suficiente eso? ¿Y si hubiera una necesidad más intensamente cariñosa y si fuera sed de los besos que se ha llevado la muerte, y si uno necesitara una nueva mujer para rehacer la vida? *(Suplicante.)* ¡Oh, Rosa María, Rosa María!

ROSA MARÍA. — ¿Por qué se perturba, Guillermo? ¡Yo le diría: que no entre nadie en su corazón!

GUILLERMO. — ¡Se equivoca usted! ¡Esta inquietud no

la cura el trabajo, ni el ideal! Los hombres somos unos niños. Queremos cantos de cunas. ¡Necesitamos el amparo de una mujer, que sea también nuestra madre!

Rosa María. — ¡Yo no puedo saber tanto! ¡Pensé que fuera bastante el amor a los muertos y que ellos imperasen en nuestro corazón con la despótica dulzura del recuerdo!

Guillermo. — ¡Eso aumenta la pena! ¡Eso no es renovación!

Rosa María. — ¡Pero dónde estuvieron ellos nadie debe colocarse! ¿No será una profanación substituirlos? ¿No será el desamor? ¿No será el olvido cercano?

Guillermo *(muy conmovido, avanzando hacia ella).* — ¡No! ¡Usted me ofende, Rosa María! ¡Una nueva pasión hace más profunda y más santa la religión del recuerdo muerto! ¡Es la savia que lo alimenta, el fuego sagrado que lo templa en acero inmortal!...

Rosa María. — ¡Oh no, Guillermo! ¡No lo ofendo! ¡Respeto su dolor! ¡Es posible que así sea; pero yo digo: esas almas no vendrán a cada minuto para decirnos: tú me olvidas! ¿Qué te he hecho yo en mi larga vida de amor y de penas? ¡Yo no estoy muerta, Guillermo! ¡Yo te cuido, te sigo; esta casa está llena de mi alma! ¿Por qué me abandonas?

Guillermo. — ¡No sigo más, no sigo más! ¡No ve que está raspando mis heridas!...

(Se oye la voz de Costanza; al mismo tiempo Rosa María llama:)

Rosa María. — ¡Costanza, ven, ven!

Voz de Costanza *(de adentro).* — ¡Voy, Rosa María! Está todo arreglado. *(Entra.)* Tu aposento te espera... Carlos me dió para ti una novela con este título: *Rosa María.* ¡Vete! ¡Yo lo acompaño a Guillermo!...

(Sale Rosa María.)

Escena VI

Guillermo y Costanza

(Guillermo se ha sentado lejos, saca un retrato de mujer. En esta actitud se acerca Costanza.)

Costanza. — ¡Estás conmovido! ¿Qué te ha dicho Rosa María? ¡Es el retrato de mamá! ¡Dame! ¡Le voy a poner flores! *(Lo hace.)* ¿Qué te dijo Rosa María?

Guillermo. — ¡Nada!

Costanza. — ¡Tú no querías que viniera! ¿Por qué?

Guillermo. — ¡Te repito: no deben vivir extraños en la casa! No se les perdona fácilmente los defectos!

Costanza. — ¡Tú no me contestas! ¿Por qué? ¡Yo observo! El cariño es suspicaz. ¡Tú tienes un dolor callado y huraño y por lo mismo más hondo! ¿Qué tienes?

Guillermo. — ¡Estoy demasiado solo!

Costanza. — ¡Ya sé que estás muy solo! ¡Y cuando no tranquiliza y no satisface el afecto de los hijos, es porque se tiene sed de otros afectos, esos que pasan por la calle, esos que están en casa ajena!

Guillermo. — ¿Y si así fuera? ¿No es natural eso?

Costanza. — ¡Necesario es eso! ¿Y si tú has hallado fuera tu pasión, por qué sufres? ¿De quién se trata?

Guillermo.—¡Es una desgracia muy grande! ¡No quiero herir tu delicadeza!

Costanza. — ¡Si no me dijeras tu alma te haría un reproche! ¿Y a quién, entonces? ¿A los de afuera? ¡No te rías! ¡No les cuentes tus cuitas! ¡Te mirarán con asombro; luego se reirán de ti con la ironía y la befa! ¿Tú crees que los hombres se van a ocupar de los dolores de los otros? ¡Les sobran los propios! El día entero en sus intereses, poco dispuestos a perdonar, con esa malignidad discreta con que disminuyen a sus semejantes. Son fríos, utilitarios. No los

sacarás de ahí. ¡No comprenderán la lucha de tu espíritu enfermo, ni se les importa!

GUILLERMO. — ¡Tú sabes, acaso, que yo tengo el espíritu enfermo!

COSTANZA. — ¡Sí, sé! Desde entonces te quiero mucho más; te sigo en tu tristeza. ¡El cariño prevee, adivina! ¿Dónde están tus alegrías de antes? ¡Ahora, sombra y silencio! ¡No trabajas! ¡Has perdido tus energías! ¡Tú amas, papá, como yo! ¡Tal vez un amor imposible, un calvario lleno de angustias y de miedo!...

GUILLERMO *(serio)*. — ¡La suspicacia te engaña!

COSTANZA. — ¡No te subleves, papá! ¡No te pongas serio! ¡Yo sé lo que hay! ¡Te faltó su cariño *(señala el retrato)* y tú saliste fuera a buscar un rayo de sol y viste que el sol era de otro y su calor y sus bendiciones para otro!

GUILLERMO *(con vehemencia)*. — ¡Es eso! ¡Es eso!

COSTANZA.—¡Entonces dijiste: a luchar! ¡A luchar hasta vencerse, hasta destruir el hermoso y noble poema!

GUILLERMO *(con vehemencia!*. — ¡Y con eso he entristecido tu juventud!...

COSTANZA. — ¡Sí; pero estoy orgullosa de tu heroísmo, orgullosa de tus silencios! Tú no has revelado a nadie eso. ¡Ni ella sabe! ¿He dicho mal? ¿No es así? ¡Confiesa que es así! *(Guillermo le estrecha la mano con gesto afirmativo.)* ¡Yo adiviné! Y ahora sé que quieres curarte, huir de ese mal, que ha turbado tu vida! ¡Yo he querido también arrancarlo a Mario de mi corazón! ¡No he podido! ¡Pobre mi sueño muerto! ¡Qué alma tan grande le suponía! ¡Por eso comprendo tanto tu dolor!

GUILLERMO. — ¡Yo tampoco puedo! ¡El encanto se renueva a cada rato y se hace más hondo!

COSTANZA. — ¿Y por qué no huyes? ¡Si tienes la ponzoña cerca te ofrecerá su vaso!

GUILLERMO. — ¡Esto es terrible!

COSTANZA. — ¡Luego huir, huir!

GUILLERMO. — ¡Pero yo llevaré esa cruz, esta embriaguez que hace perder la voluntad!

COSTANZA. — ¡Yo te acompaño, papá! Vendrá Carlos. ¡Vendrá Rosa María con nosotros!

GUILLERMO *(violento)*. — ¡No quiero! ¡Esa es una mujer que hace daño!

COSTANZA. — ¡Nunca me has hablado así de ella! ¿Por qué dices eso?

GUILLERMO *(con ímpetu)*. — ¡Me has precipitado! ¡No me callo más! ¡Ella es la culpable! ¡Me ha hecho perder la alegría y ofender la memoria de tu madre! ¡Estoy ebrio de su rostro, de sus ojos, de su aristocracia! ¡Estoy enfermo de esta pasión perniciosa!

COSTANZA. — ¿Pero ella sabe, Dios mío?

GUILLERMO. — ¡No! ¡Nada sabe; pero a cada rato está contigo!... ¡La veo y me hunde más el puñal! ¡He tenido que encerrar a mi alma por Carlos!

COSTANZA. — ¿Luego tú sabías?

GUILLERMO. — ¡Tarde lo supe! Lo disimuló con su jovialidad. Tuvo miedo, tal vez, de un rechazo. ¡Es tan extraña, tan misteriosa!

COSTANZA. — ¡Luego huir pronto, desgarrarse el corazón para alimentar a los hijos, como el ave sagrada, dar la vida, si es necesario, para que ellos vivan! ¡Así los muertos tendrán orgullo de tu abnegación melancólica!

GUILLERMO. — ¡Yo he de quebrar el encanto! ¡Oh, cómo sufro! ¡Ayúdame tú, noble pureza, ofendida por mi maldad! *(Besa el retrato.)*

COSTANZA.—¡Maldad no, papá! ¡Una gran tristeza, porque tú ignorabas el amor de Carlos! ¡Estabas tan solo, con el alma desierta, sin calor y sin vida! *(Con dolor.)* ¿Cómo no va a buscar uno fuera la fuente que lo sacie, la carne que lo alimente, la realidad viva que reemplace al recuerdo?

GUILLERMO *(severo y serio).* — ¡Así son dos las desgracias! ¡Yo que estoy ultrajando el corazón de Carlos y tú que lo sabes! ¡Soy el sicario de mi hijo! ¡Quiero destruir la mala pasión!...

(Entra Rosa María. Ha oído las últimas palabras.)

ESCENA VII

ROSA MARÍA, COSTANZA Y GUILLERMO

ROSA MARÍA *(sonriendo).* —. ¡Tú malas pasiones? ¡Guillermo! ¡Es una broma! ¡Pero es más fácil que la aurora no despierte la vida y que los árboles no tiemblen cuando pasa la luz! ¡Tú te perturbas, Guillermo! ¡Será cierto eso? ¡Dios mío!

COSTANZA *(apurada).* — ¡No hablaba de sí! Es una novela. ¡Es el amor de otro... de un amigo!

ROSA MARÍA. — ¡Me interesa la novela! ¡Cuéntamela, Costa!

GUILLERMO *(impetuoso).* — ¡Yo te la voy a contar!

COSTANZA *(rápida, hacia Guillermo).* — ¡Sería una falta al deber! ¡Ese amigo te confió su vida! ¡Si tú la revelas te deshonras, te haces indigno de la amistad!

ROSA MARÍA *(a Guillermo).* — ¡Esta es una rebelión de Costa! ¡Rételа, Guillermo! ¿No le parece?

GUILLERMO *(reponiéndose).* — ¡No! ¡Es ley humana! ¡A la vejez nos regañan los hijos!

COSTANZA. — ¡No cuentes, papá! ¡Aconséjale a tu amigo lo que siempre dice Rosa María: el mejor trabajo, la mejor piedad, querer más, apurar algún gran ideal.. olvidar, olvidar!...

GUILLERMO *(interrumpiendo).* — ¡Con eso no se borran las catástrofes, ni las derrotas morales! ¡Eso no da la resurrección!

(Entra Carlos.)

Escena VIII

Carlos, Guillermo, Costanza y Rosa María

Carlos. — ¿En plena psicología, como siempre, no?

Rosa María. — ¡Nos hacía falta su ironía! ¡Estamos muy trascendentales!

Carlos. — ¡Eso aburre!

Rosa María. — ¡Cuando lo que se dice no tiene substancia!...

Carlos. — ¡O cuando la tiene en demasía!

Rosa María. — ¡En la vida, Carlos, escasea la esencia que convence!

Carlos. — ¡Y sobre la apariencia que deslumbra sin convencer!

Guillermo *(sombrío)*. — ¡Los dos discurren y no creen! Son excépticos. Ni lo más sagrado resiste a la ironía de ustedes. ¡Piensan lo peor! ¡Serían capaces de perturbar el alma de un niño! Yo prefiero la fe. Soy optimista. Creo en la victoria de lo que es y no de lo que parece ser. Creo en el triunfo de la verdad, en la pasión y en lo que ustedes parecen no creer, en la necesidad de amar intensamente para poder vivir y más todavía cuando se está cerca del naufragio!... *(Se va muy sombrío.)*

Costanza. — Yo te acompaño, papá!

Rosa María. — ¡Parece que tuviera en el alma una tragedia!

Costanza. — ¡Está muy solo! *(Se va.)*

Escena IX

Rosa María y Carlos

Rosa María. — ¡Quiero acompañarlos!

Carlos. — ¡Me dejará solo!

Rosa María. — ¿Y el recuerdo?

Carlos. — ¡El recuerdo no basta! ¡Más calientan los ojos y el eco dulcísimo de la palabra!

Rosa María. — ¡Voy a escribir, si me permite, para no olvidarme!

Carlos. — ¿Un libro?

Rosa María. — ¡No! ¡Este pensamiento: creo en lo que ustedes parecen no creer, en la necesidad de amar para poder vivir!

Carlos. — ¡Se ha referido a usted mi padre, porque usted no ama!

Rosa María. — ¡La Rosa María de su libro ama!

Carlos. — ¡No es usted!

Rosa María. — Luego, ¿quién?

Carlos. — ¡Una divina alma, una alegre flor! ¡Cómo la he soñado! ¡No recuerda cómo termina el poema!

Rosa María. — ¡Yo no soy! ¡Pregúnteselo a esa divina alma!

Carlos. — ¡Más hermoso será si usted lo declama! A ver si se recuerda. ¡Si pudiéramos decirlo los dos!

Rosa María. — ¡Tal vez; pero sencillamente, sin melodrama, sonriéndonos! ¡Voy a empezar: "Y se oían en la noche los murmullos misteriosos de los nidos, en el seno de los árboles, con susurros de amores inmortales, y una armonía bajo el cielo sereno, en la piedad del azul profundo y manso, como de un órgano escondido en una catedral lejana, iluminada

por los astros...” Y no sé más... ¡Diga usted!

Carlos. — ¡Era la novela de dos palomas! ¡Se buscaban, tubando, bajo las estrellas, sin encontrarse nunca!

Rosa María. — ¡Eso no es cierto! Así no es la leyenda. ¡Usted es el poeta de las estrofas crueles! ¿Por qué no se han de encontrar alguna vez en su vuelo?

Carlos *(acercándose al oído de ella)*. — ¡Porque cuando él la llamaba, la paloma huía lejos, hasta perderse, *(pausadamente)* porque ella no quería oir el canto de la vida y contestaba riendo, siempre incrédula, al amor que le ofrecía su copa de alabastro!

Rosa María. — ¡No es cierto, le repito! No reía. ¡Volaba lejos para que la siguiera más tiempo la caricia del verso inefable!

Carlos. — ¡Yo dije entonces: tal vez ella busca otro nido, entre los azahares de alguna tierra ignorada, o la luz del cielo, porque no cree sino en Dios, no cree en la sinceridad de los hombres!

Rosa María. — ¡Ese Carlos de su libro es un injusto! ¡No conoce el alma de Rosa María! ¡Si la conociera debió saber quién era el Dios de su fe, debió conocer esa fe en la alegría de sus ojos!

Carlos *(impetuoso)*. — ¡Rosa María! ¡Tú tienes la fe en la alegría de tus ojos! Tú eres la augusta! ¡Eres la esposa mía!

Rosa María. — ¡Sí, Carlos! ¡Sinceramente! ¡Por la memoria de mis muertos, te lo juro! ¡Yo te diré eternamente el verso inefable! ¡Tú tienes la culpa! ¿Por qué pusiste mi nombre a esa novela?

Carlos. — ¡Para tenerte cerca en mis horas solitarias, para decirte el amor y la vida!

Rosa María *(sonriendo)*. — ¿Sencillamente, es verdad? ¡Sin melodrama!

Carlos. — ¡Cómo si no fuera cosa de hombres, Rosa María, que saben mentir y saben el odio y el rencor,

sino pasión de la Naturaleza, toda amor y verdad, toda casta armonía!

Rosa María. — ¡Ay qué desgracia! ¡Qué pena! ¡Deme su mano! ¡Me olvidé de mis pobres y de mis ciegos!

Carlos. — ¡Y yo de todo para amarla sobre todas las cosas! *(Le besa la mano.)*

Rosa María. — ¡Siempre, siempre!

(Entran Guillermo y Costanza.)

Escena X

Guillermo, Carlos, Rosa María y Costanza

Guillermo. — ¡Tú prometes, Rosa, lo que acaso no puedas mantener! ¡Yo también juré y fuí perjuro! ¡Yo manché una memoria inmaculada!

Carlos. — ¿Tú, papá? ¡Tú, nunca!

Guillermo. — ¡Cuida el alma de Carlos, que es tuya! ¡Que no llegue nunca el desamor!

Rosa María. — ¡No, Guillermo! ¡Eso sería falta de virtud!...

Guillermo. — ¡Ahí está Mario!... ¡Fué perjuro!

Costanza. — ¡No! ¡Lo arrebató la desgracia! ¡Pudo más que El!

Carlos. — ¡Soy su amigo! ¡Conozco su alma! ¡Costanza tiene razón!

Costanza. — ¡Vivía solo! Era un insaciable. ¡La inquietud lo ha perdido!

Guillermo. — ¿Por qué no se lastiman solos, no se pierden solos? ¿Por qué dejan amarguras como las de tu corazón, Costanza?

Rosa María. — ¡Costanza ha vencido!

Guillermo. — ¡Triunfos que son derrotas! ¡Para las gentes el disimulo, la sonrisa, la palabra jovial, y

para las horas solitarias la angustia sin consuelo! ¡Ese es tu triunfo, Costanza!

Rosa María. — ¡Temo haberte ofendido, Guillermo!

Guillermo. — ¡Tú nunca! ¡Oh, si tú leyeras en mi alma!

Costanza *(agitada)*. — ¡Hallarías un hidalgo capaz de hacer felices a sus hijos!

Carlos. — ¿Qué es eso? ¿Por qué contestas tú?

Costanza. — ¡Están comentando mi tragedia! ¿Por qué no he de contestar?

Guillermo. — ¡Sí, Costanza! ¡Yo no puedo ser un padre maldito! ¡Buscaré el sacrificio para cumplir con mi deber!

Carlos. — Pero, ¿por qué el sacrificio? ¿Por qué eres un padre maldito? ¡No! ¡Nunca, nunca!

Guillermo. — ¡Yo tengo el corazón de hierro!

Costanza. — ¡Papá, Dios mío! ¡Cálmate! ¡Dios de misericordia!

Carlos. — ¡Exijo que se expliquen! ¿Qué hay?

Guillermo. — ¡Escúchame! ¡Me voy lejos! ¡No habrá fuerza humana que me detenga! ¿Pero no dicen ustedes, no dices tú, Rosa María, que se triunfa entregando el esfuerzo propio a un ideal superior? ¡Mi país está en guerra! ¡Hay una cruz roja; hay heridos! ¡No serías mi hijo si me detuvieras, Carlos! ¡Si tú lo haces, Costanza, le quitarías al náufrago el madero que flota cerca! Y tú, Rosa Haría, no me has dicho: ¡no se deje agarrar por la inercia! ¡Trabaje, luche, recomience la vida!

Carlos. — ¿Pero qué hay, Costanza? ¡Tú estás turbada! ¿Y tú qué tienes, Rosa María? ¡Hablen! ¿Qué significan todas estas palabras: sacrificio, corazón de hierro, deber, inercia, ideales? ¡Aborrezco la fraseología estéril! ¿Qué hay? ¡Habla, Costanza! ¡Padre mío, yo voy contigo!

Costanza. — ¡Déjalo, no lo perturbes! ¡Yo quiero que

se vaya! ¡Me quedaré sola! ¡Y Rosa María también, si tú te vas! ¡Déjalo! ¡Es su resurrección! ¡No me preguntes más! ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero!

(En ese momento se oye el canto de Mario, entre telones. La voz avanza.)

VOZ DE MARIO. —

¡Vengo de la taberna — que es mala ausencia,
vengo a pedir perdones — en esta iglesia!

COSTANZA. — ¡Es Mario! ¡Recíbelo tú, Carlos!

GUILLERMO. — ¡Siempre malvado! ¡Arrójalo, Carlos, de aquí!

ROSA MARÍA. — ¡No, Guillermo! ¡Sé a qué viene! ¡Usted hará lastimar a un alma que pide perdón!

VOZ DE MARIO *(más cerca)*. —

¡Tengo vicio en mis venas — de pordiosero
¡Soy un andrajo errante! — ¡Yo soy un muerto!

GUILLERMO. — ¡Arrójalo! ¡Ha hecho sufrir a Costanza!

COSTANZA. — ¡Es un dolor, papá! ¡Lo amo! ¡Lo amo!

CARLOS. — ¡No lo echo! ¡Es mi amigo! ¡Conozco su alma! ¡Es lúgubre y grande!

(Costanza se lleva a Guillermo y a Rosa María. Entra Mario, despeinado y torvo.)

(Carlos se queda a un costado.)

ESCENA XI

MARIO

MARIO. — ¡Todo está igual... *(mira por todas partes)* los mismos muebles, los mismos retratos... un poema de honor y de fe en todas partes... un ramo de rosas, como antes... el libro de mi vida escrito en esta casa

venerable! *(Toma un retrato de Costanza.)* ¡Tú me miras con la misma dulzura... tú que tienes el aroma de las huertas sagradas, oh divina solitaria, tú que has perdonado a mi espíritu enfermo y torvo!...

(Avanza Carlos.)

Escena XII

Carlos y Mario

Carlos *(lo abraza)*. — ¡Mario, has hecho bien en venir! ¡Te esperábamos todos!

Mario. — ¡Te creo, Carlos! Has dicho siempre la verdad. ¡Eres el corazón más noble de la tierra!

Carlos.—¡Antes debiste venir! ¡Esta casa siempre pensó en el hermano ausente!

Mario. — ¿Luego no hay odio aquí para el pordiosero que golpea la puerta de la casa ultrajada para pedir misericordia?

Carlos *(sonriendo)*. — ¡No hay odio! Tú no eres un pordiosero! ¡Eres un niño grande e inquieto! ¡Has buscado la felicidad en la quimera!

Mario. — ¡Para hallar la tristeza detrás de todo, más allá de la vida, más allá de la quimera! ¡Cuando supe esto, empecé a beber, a perder el decoro!...

Carlos. — ¡No, Mario! ¡A ser desventurado!

Mario. — ¡En todas partes el hastío y la tristeza, menos en una cosa... donde no hay esto nunca! Cuando uno se ha extraviado en la ingratitud, en el vicio, si un trozo de alma queda, hay que redimirla por el sacrificio. ¡Y si tú has herido con tu manopla a un ser celestial y lo llenaste de pena, serás redimido

solo por el sacrificio! ¡Si con él no aplacas la ira de Dios, teme! ¡Tú caminarás entre las sombras como una negación! ¡La gente indicará tu camino para decir: ese que va ahí, mancha todo lo que toca! *(Entra Rosa María.)*

Escena XIII

Rosa María, Carlos y Mario

Mario. — ¿Tú aquí, Rosa María?

Rosa María. — ¡He venido a saludarte con veneración!

Mario. — ¿Por qué dices eso?

Rosa María. — ¡Tú te marchas a la guerra! ¡Tú vas a morir allí! ¡Ese es el sacrificio!

Mario. — ¡No he hallado otro sendero!... Yo había ultrajado todo... ¡Era una larva miserable! ¡No hallé otro sendero!...

Rosa María. — Los había! ¡No has querido seguirlos! ¡Te esperaba tu madre anciana! ¡Hace dos años que te espera! ¡Yo la he visto! ¡Todas las noches va a visitar a tu dormitorio vacío, a tus libros abandonados!... ¡No has querido seguirlos! ¡Ahí está Costanza! ¡Has ofendido su nobleza! ¡Tienes razón! ¡Has ultrajado todo; pero tú, en medio de la orgía, la has amado lo mismo! ¡No me niegues! ¡Has abrazado su memoria; has besado en silencio sus pupilas misericordiosas; pero no tuviste el coraje de acercarte a decírselo para disminuir una pena más sublime que todo tu ser y enjugar lágrimas que no has merecido se derramen por ti! ¡Y ahora vienes a echar la losa sobre su féretro y a decirle: voy a morir en la guerra! ¡Toma mi suicidio! ¡Yo te lo ofrezco, Costanza!

¿Y para qué? ¡Para que ella también se vaya desesperada y mártir!...

Carlos. — ¡Cuidado, Rosa María! ¡Estás hiriendo a una grande alma! ¡No sigas más!

Rosa María. — ¡Tú te callas porque ignoras cómo está roto el corazón de tu hermana y yo te pregunto, Carlos, ¿dónde está la grandeza? ¿En el silencio, dónde se callan los pesares, o en la marcha de un hombre a quien le daña el dolor y busca el reposo en la muerte?

Mario. — ¡Yo he venido a pedir misericordia! ¡No sé si lo que tú dices lo piensas tú o lo piensa la casa entera!...

Carlos. — ¡Ni ella, ni yo, ni Costanza, ni nadie piensa eso en esta casa! ¿La quiere a Costanza? ¡Eso es todo!

Mario. — Entonces, ¿por qué no está Costanza aquí? ¿Por qué no me trae las flores del amor y del perdón? ¿Por qué yo soy un leproso y mancho, como los miserables, todo lo que toco? ¡Es cierto eso; pero tú, Rosa María, acuérdate! ¡Tú has ofendido a un muerto! ¡Adiós!

(Hace por retirarse. Entra Costanza con las manos llenas de violetas.)

Escena XIV

Costanza, Rosa María, Carlos y Mario

Carlos *(corre hacia él)*. — ¡Mario, no te vayas!

Mario. — ¡Soy un infame, Carlos! ¡He dudado de su alma!

Rosa María. — ¡Mario! ¡Mario!

COSTANZA *(avanzando hacia Mario, con gran tristeza).* — ¿Por qué te vas? ¡Estas son las flores del amor y del perdón! ¡Son tuyas! *(Sonriente.)* ¿Por qué te vas?

MARIO. — ¡Y si tú no me amas ya por mis maldades! ¡Antes mi frente era tersa y limpia; hoy la enlodó la orgía! ¿Acaso soy Mario, yo? ¡No soy nadie! ¡Mejor es borrarse; por eso me voy! ¡No quiero ser ludibrio!... ¡Una metralla que deshaga el corazón... y se acabó!

COSTANZA. — ¡No es por eso! ¡No quieres confesarlo! ¡No quiero que te vayas! *(A Carlos y a Rosa María.)* ¡Déjenme con El!

(Se van Carlos y Rosa María.)

ESCENA XV

MARIO Y COSTANZA

COSTANZA. — ¡Yo te voy a decir porque te vas! ¡Has dudado de mi bondad! ¡Has supuesto que el agravio era tan grande que yo me había hecho incapaz de perdonarte! ¡Tú tomaste la calle; atropellaste la vida para devorarla y para que te devorase! ¡Y no te atreviste a volver, temiendo mi desdén! ¡Bueno! ¡Oyeme bien! ¡Esta es la única ofensa que no te perdono! ¿Y sabes lo que yo hacía mientras pasabas tus horas en las tabernas y en las bacanales? ¡Quererte más, llamarte, leer tus cartas, besar tus flores!... ¡Y tú querías que yo te perdonara... sí, sí querías, *(muy emocionada)* y tú dijiste: para que me bendiga yo voy a pasar muerto, sobre una cureña, bajo sus balcones, para que cubra mi féretro con mis flores predilectas, para que todos sepan que Costanza era la novia de un héroe! *(Un poco antes entra Guiller-*

mo. Ellos no lo ven. Sigue Costanza.) ¡No me niegues! ¿Ves? ¡Yo estoy sollozando! ¡Ahora has venido aquí no para decirme, como Rosa María: aquí está mi suicidio, tómalo, sino para verme, para hablarme otra vez, antes que suceda lo que va a suceder! Has entrado; has visto que nada cambió. ¡Están las mismas almas, las mismas rosas que tú amas y yo soy siempre Costanza, el corazón bueno de tu camino doloroso, la compañera de tu niñez!...

MARIO *(besándole las manos).*—¡Oh, santa! ¡Tú eres la conciencia más angelical, la más divina pureza! ¡Te veía siempre! ¡Tú protegías mi pobre cabeza de náufrago!

GUILLERMO *(aparte).*—¡Dios mío! ¡Cómo lo he ofendido!

MARIO.—¡Y en las horas de arte eras como un numen de gracia y de poesía! ¡He sido injusto y malo! ¡No te creí capaz de perdonarme! ¡Tantos meses lejos! ¡Tanto sombrío descenso! ¡Tarde he conocido tu caridad tan humana! ¡Perdón!

COSTANZA.—¿Y por qué tarde? ¡Contéstame, Mario! ¿No lo haces? ¡Yo sé por qué es! ¡Te quieres ir! ¡No te atreves a decírmelo! ¡Conozco tu resolución!... ¡Tú amas a esa tierra de dolor, de genio y de martirio, llena de ergástulas y de cadalsos para sus redentores, ahogados en sangre, y tú quieres vengar eso y temes! ¿No es cierto? ¡Temes que yo pueda disuadirte! ¡Bueno! ¡No! ¡No! ¡Dame tus manos! ¡Mírame en los ojos hondo, hondo! ¿Ves? *(Con energía.)* ¡Yo no titubeo! ¡Yo no vacilo! ¡Vete! ¡Vete! ¡Quiero consagrarte! ¡Arrodíllate! En este escapulario está el primer ramo de rosas que me regalaste! *(Se lo coloca.)* ¡Será tu talismán! ¡Será tu égida! ¡Vete! ¡Sé grande! ¡Yo lo exijo para que la justicia tenga un soldado más; pero vete con mi perdón!

Escena última

Guillermo, Mario y Costanza

Guillermo *(avanzando)*. — ¡Mario, me voy contigo! ¡Eres una grande alma! *(Lo abraza.)* ¡Contigo!

Costanza *(los tiene abrazados a los dos, con voz sollozante)*. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Los dos; pero con mi perdón, con la luz de mis ojos, con los besos de mis labios!...

TELÓN

ACTO II

CUADRO I

Estudio de Mario.

Escena I

Teresa

(Teresa, en el estudio de Mario, hojeando cuadernos, sentada cerca de un escritorio.)

Teresa. — ¡Pobre mi hijo! ¡Tanto tiempo que no viene! ¡Cómo sufrirá con ese ímpetu de afecto tan suyo! ¡Qué noble corazón!
(Entran Costanza y Rosa María.)

Escena II

Costanza, Rosa María y Teresa

Costanza. — ¡Teresa, madre mía!
Teresa. — ¡Toma un abrazo! ¡Qué alegría me das! ¡Siempre veo a Mario cerca de ti!
Costanza. — ¡Estuvo en casa!

TERESA *(emocionada).* — ¿Luego ya no hay vida enferma? ¿Ya no hay tinieblas? ¿Dímelo, Costanza? ¿Lo habremos recuperado?

COSTANZA. — ¡Vino a despedirse! ¡Me pidió que lo precediera!

TERESA. — ¿Está enfermo, acaso? ¿Se vuelve a ir? ¿Y dónde? ¿Por qué te pidió que lo precedieras? ¿Dónde va? ¡Contéstame! ¿Titubeas? ¿Por qué? ¡Habla no más! ¡Ya sabes que las madres perdonan todo! ¡Ya sabes que el dolor alimenta el amor materno! ¡Lo esperé tanto, sola, aquí, en esta casa tan llena de mis amores muertos, tan llena del recuerdo de los que no están más! ¿Dónde va? ¿A despedirse por qué? ¿Vuelve, acaso, allá... a las casas de juego, a la desgracia de su pasado tan triste?...

COSTANZA. — ¡No! ¡No!

TERESA. — ¿Luego?

COSTANZA. — ¡Yo lo perdoné!... ¡Yo le di las flores del amor!... ¡El vuelve a la vida, a la luz del sol!... ¡Me besó las manos!... ¡Nunca dejó de amarnos!... ¡Dile a mamá todo, me dijo!

TERESA. — ¡Tú, Rosa María, habla tú! ¡Costanza no quiere decirme! ¡Dime lo que sea! ¡Si él está redimido! ¡Oh, venga cualquier martirio! ¡Dime, Rosa María! ¿Qué me importa a mí un dolor más si lo sufro por él, si yo no tengo vida sino para él!... ¡Dime, dime, Rosa María!

ROSA MARÍA. — ¡Teresa, yo quiero besar tu frente! ¡Eres la madre de un héroe!

TERESA *(muy emocionada, abrazando a Costanza).* — ¡Se va a la guerra! ¡Oh, Dios de mi alma! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Oh sí, hijo mío! ¡Sí! ¡Yo te voy a dar mi corazón, las heridas de tu padre, todo la noble raza de tu casa gloriosa!

Costanza. — ¡Teresa, madre mía santa! ¡No te exaltes así! ¡Cuánto te quiero!

Teresa. — ¡Tú, tal vez, no lo conoces bien! ¡Tú no lo amas como yo, Costanza! ¡Yo lo voy a tomar de los brazos, lo voy a empujar al fuego! ¿Estaré loca? ¡No sé! ¡Quiero que lo hieran para que la sangre lave sus errores, para coronarlo con las alhucemas! ¿Qué crees tú? ¡Están perfumando el uniforme desgarrado del padre, las viejas medallas y su espada!... ¿Qué crees tú? ¿Que el decoro que cubrió los cabellos negros de Teresa Estena ha abandonado sus canas? ¡Cuando lo trajeron moribundo al padre no derramé una lágrima, mi alma no se quebró! ¿Por qué me ocultaste tanto rato, Costanza! ¡Tú no lo quieres como yo!

Costanza. — ¡Le dije: mírame en los ojos! ¡No titubeo, no vacilo! ¡Vete! ¡Vete!

Teresa. — ¡Luego tú tienes el alma llena de lágrimas! ¡Luego estás desgarrada como yo! ¡Ha estado dos años sin venir! ¡Lo he deseado! ¡Lo he llorado! ¡Lo llamé a gritos en la noche solitaria! ¡Oh, qué miedo tenía que se perdiera en la mala vida! ¡A Dios le rezaba todas las noches! ¡Cuántas veces rechacé la calumnia que lo hacía un galeote! ¡Cuántas veces soñé que se había muerto, pero puro y digno, con las purezas inmaculadas del padre!

Costanza. — ¡Teresa! Ven a mis brazos! ¡Yo lo amo tanto como tu! ¡Dame tu corazón! ¡Quiero llorar! ¡Quiero llorar! *(La abraza.)*

Teresa. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Ahora, para que no llores después, cuando él venga! ¡No importa! ¡Yo sé a lo que va! ¡Los mejores mueren en la guerra; pero nosotras debemos ahogar la pena! ¡Nuestra sonrisa debe acompañarlo! ¿Cuándo se va? ¡Contéstame, Rosa María! ¡Contéstame, Costanza!

Rosa María. — ¡Hoy se va, Teresa!

Teresa. — ¡Bueno! ¡Ayúdenme! ¡Vengan! ¡Vamos a preparar su ropa! ¡Esperen! *(Saca dos valijas y pone todo lo que dice.)* ¡Hay que poner camisetas gruesas! ¡Allá hace mucho frío. *(Lo hace.)* ¡Estos gabanes de invierno son necesarios! ¡Yo estoy segura que será valiente! ¡Le diremos que escriba siempre! ¡Dicen que hay mucha nieve, mucha escarcha! ¡Harán grandes fogatas porque no se puede dormir con frío!... ¡Pon estos guantes, Rosa María! ¡Son abrigados! ¡Tienen un colchado de lana por dentro! ¡Tú y yo, Costanza, lo protegeremos en la batalla con nuestra alma para que no muera! *(Se conmueve.)* ¡Aquí está este poncho! ¡Fué del padre! ¡Que lo lleve! ¡Pañuelos, Rosa María! ¡No te olvides! ¡Esos de seda que están allí... ¡Toallas! ¡Muchas! ¡La pelea ensucia! ¡Las carpas son desaseadas! ¡Estos cordones que los lleve sobre el pecho y estas rosas que tú, Costanza, le has regalado! *(Saca unas rosas secas.)* Tú tienes miedo, ¿es verdad, Costanza? ¡Tienes miedo de su coraje, de su desprecio por la vida! ¡Tú sabes lo que son estos poetas que no piensan como todos, estos hijos nuestros, este hijo mío *(toma un retrato y lo besa)* que tiene el alma de los héroes, la honda inquietud de los mártires!... ¡No sé qué tengo, Costanza! ¡Un torbellino en la cabeza!... ¡Esas mantas tiene que llevarlas Rosa María!... ¡Se me rompe el pecho!... ¡Dios mío! ¡No me puedo contener! ¡Voy a llorar como un niño!

Rosa María. — ¡Llega Mario! ¡Llega Mario!

Teresa. — ¡Sí! ¡Dame ese pañuelo! ¡No quiero llorar! ¡No quiero! *(Se seca los ojos.)* ¡Ven! ¡Vamos a liar estas mantas! *(Lía dando la espalda a Mario y Carlos que llegan.)*

Escena III

Mario, Carlos, Rosa María, Costanza y Teresa

Mario. — ¡Madre mía! *(La abraza, sollozando.)*

Teresa. — ¡No quiero que llores! ¿Ves? ¡Estoy contenta!

Mario. — ¡Perdóname!

Teresa. — ¡Has venido y eso basta! ¡Siéntate acá! ¡Estás enfermo! ¿Por qué estás tan pálido?

Mario *(con fuerza).* — ¡La mala vida, la orgía, el garito!...

Teresa. — ¡No, Mario! ¡Eso no es mala vida! ¡Nunca has sido desleal, ni deshonesto! ¡No has perdido tu raza allí! ¡No traicionaste la amistad nunca! ¡No cometiste ninguna villanía! ¡Fuiste loco, sí, pero bueno, generoso, intrépido! ¡Has bebido; has jugado; no has dormido en tus largas noches! ¡Nunca hiciste mal sino a ti mismo, todo contra tu cuerpo, todo contra tu pobre alma! ¡Eres sano en tus afectos! ¿No me olvidaste, no es cierto?

Mario. — ¡Sí, madre! ¡Es cierto! ¡En todas partes me seguía tu recuerdo!

Teresa. — ¿Y a ésta *(señala a Costanza)* tampoco? ¡Ahora todos somos felices! *(Se van Carlos y Rosa María.)* ¡Ven! ¡Ayúdame, Costa! ¡A las mantas, para que tenga calor de noche! ¡Te hemos arreglado casi todo! ¡Un rebozo mío también! ¡Te lo pondrás como boa, alrededor del cuello, en el cierzo de la montaña, en la nevasca que daña los pulmones! ¿Ves? ¡Este!

Mario. — ¿Tú sabes, madre? ¿Por qué te dijeron? ¡Un dolor más para tu corazón! ¡Y siempre soy yo la causa... un miserable que no debió nacer! ¡Oh, pero el camino a seguir ya lo conozco! ¡No me perdones, madre!

Teresa. — ¡No tienes la culpa tú! ¡Es tu descontento eterno, es tu calvario que te pone así! ¡Es la sed del más allá que te agita, te arrebata y te lleva a aturdirte para ser feliz, a buscar el olvido de tu martirio en cualquier cosa, en el vino, en el éter, en los besos ponzoñosos, en la danza que embriaga!

Mario. — ¡No me justifiques! ¡Yo estoy maldito! ¡Ojalá fuera ese calvario! Podría redimirme en una glorificación nueva; pero esta furia que me exalta, esta garra que me roe el alma es una condena de infierno: ¡Oh, si pudiera castigarme! ¡Oh, si pudiera morir!

Teresa. — ¿Morir tú? ¡Ven acá! ¿Por qué? ¿Por mal hijo? ¡No! ¡Me has querido siempre! ¿Por mal amante? ¡Di que Costanza ha cesado de ser tu novia! ¿Dilo si eres capaz? ¿No tienes ideales? ¿No has querido a tu patria? Luego, ¿qué has hecho? ¿Ya no quieres que te bese? ¿Ya no quieres las lágrimas, las adoraciones de Costanza? ¡Tengo miedo! ¡Dime qué has hecho por la memoria de tu padre!

Mario. — ¡No es eso! ¡Es lo que no he hecho! ¡He sido estéril como un desierto! ¡No he hecho nada! ¡Eso me da vergüenza!

Teresa. — ¡Pero quieres hacer! ¡Tienes brazo, mente y valor! ¡Todo se mueve al lado tuyo! ¡Has vivido en la muerte, pero ahí está la vida que te ofrece su fuerza y sus galas!

Mario. — ¡Madre mía! ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres de mí? ¿Qué quieres?

Teresa. — ¡Delante de ti están todas las noblezas! ¡La humanidad está enferma! ¡Quiere ser mejor y la

maldad no quiere que sea! ¿Por qué no te opones? ¿Qué estás esperando? ¡Recuerda a tus abuelos! ¡Perecieron en el cadalso, en las guerras por la libertad humana! ¡Fíjate qué anhelo de perfección sacude al mundo! ¡Cuánta sangre! ¡Cuántos osarios! ¡Los pueblos han tenido el hambre; han tenido el dolor! ¡Han sido sometidos! ¡El grillete les puso cárdenos los tôbillos; el destierro los enfermó de nostalgia! ¡Y ahora ya no! ¡Se acabó el mundo viejo! ¡Se llevó sus desastres, sus escombros, sus espectros! ¡Los pueblos están cansados! ¡Quieren el sol porque es de todos; quieren el amor, que es el alma de Dios sobre la tierra! ¡Por eso se están haciendo romper el corazón en la guerra! ¿Y tú qué haces, Mario?

MARIO. — ¡Madre, bendíceme!

COSTANZA. — ¡Teresa! ¡Dame tu valor, tu grande alma!

MARIO. — ¡Bendíceme como cuando era un niño!

TERESA. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Eres mi niño grande! ¡Veo la resurrección en tus ojos! ¡Siento aquí *(le pone la mano sobre el pecho)* el corazón de tu padre!

MARIO. — ¡Déjame conversar contigo, así cerca, largo rato, como si no te fuera a ver más... porque he ofrecido mi vida para que la maldad humana la haga pedazos!... ¡Costanza se va a quedar sola!

TERESA. — ¡No! ¡Conmigo! ¡Es mi hija! ¡Tú sabrás, allá, que pensamos en ti!

MARIO. — ¡Guillermo se va! ¡Tú, madre, no puedes quedar sola tampoco!

TERESA. — ¿Y tu recuerdo? ¿Y todas tus cosas? ¿Y tu alma que vivirá aquí, a mi lado, santificada por el amor mío, por el amor de Costanza, fecundada por el llanto de mis ojos?... ¡No! ¡No! ¡Digo mal! ¡Discúlpame! ¡Tú te afliges! ¡Digo mal! ¡Ven acá! ¡Dame tus manos! Yo tengo alegría! ¡Tengo el or-

gullo de ti! ¡Costanza, vete al piano! ¡Ahora que se va Mario, salúdalo, como a los héroes, con la canción de la vida! *(Se oye una música con sordina entre telones.)* ¡Rosa María! ¡Eres tú! ¡Tú también conmigo, hija mía! ¡Tú estás tocando la plegaria divina, la eterna reverencia de las cosas a los que van al holocausto! ¡Adiós, Mario! ¡Adiós! ¡Yo quiero darte el jubileo de mi alma, quiero con sonrisas acariciarte el cabello como antes, como antes, cuando te hacía dormir! ¡Mi sol! ¡Oh, corazón mío tan idolatrado! *(Se oye siempre la música interiormente.)*

TELÓN

CUADRO II

Una enfermería en el campamento. Soldados. Un muchacho, tambor, de 14 años. Un soldado con el brazo vendado. Otro con la cabeza vendada. Un tambor en el suelo.

ESCENA I

MONELLO, PRIMERO Y SEGUNDO SOLDADO

PRIMER SOLDADO. — ¡Trepé por las escarpas como una cabra! Estaba sobre el precipicio, agarrado de una roca. ¡Me cortaron la mano y caí como muerto!

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Y yo corrí, como una sombra, entre los árboles secos cubiertos de nieve! La luna fría se entraba entre las ramas... ¡Tiros a lo lejos, en un silencio de sepulcro! ¡Era necesario saber dónde

estaba una batería que dañaba mucho! ¡Vi a los enemigos vivaqueando alrededor, y cuando llegué a los nuestros una bala me atravesó el pecho! *(Un rato de silencio.)*

PRIMER SOLDADO. — ¿Y lo tuyo, Monello, cómo fué?

MONELLO. — ¡Yo no hablo! *(Sonriendo.)* Quiero un cigarrillo. ¡Déjenme tocar el tambor si no no hablo!

PRIMER SOLDADO. — ¡No! Están los heridos. Necesitan descanso! ¡Toma un cigarrillo! *(Monello lo prende y ríe.)*

MONELLO. — ¡Yo batía la carga! El sargento Mario me seguía gritando: ¡Vamos a crear, muriendo, a la tercera Italia! ¡Yo sentía el soplar de los soldados cerca de mis orejas, en un infierno de tiros y de malas palabras!... El tambor se hizo pedazos; yo me doblé sobre él como un arco... ¡Pero ahora estoy mejor!...

PRIMER SOLDADO *(al segundo soldado)*. — ¡Llévalo al tambor! Después batirás la carga cuando volvamos al frente. Hay otros que no vuelven más. ¡Me refiero a Guillermo!

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Me colocó en la camilla! ¡Lo hirieron al lado mío!... Era valiente como las armas. Era frío. No se le movía un músculo. Murió allí mismo... El sargento Mario le estrechó la mano antes de morir. ¡Pronto le iba a tocar al sargento también! ¡Aquí nadie sabe si va a vivir un cuarto de hora!

MONELLO. — ¡A ese lo vi caer! ¡Besó un escapulario y se tiró, con la cabeza agachada, sobre el enemigo! ¡Siguió siempre adelante, en medio del fuego, con la bayoneta llena de sangre! ¡Lo vi caer de bruces! ¡Después no supe más; rodé como un trapo sobre el tambor!...

PRIMER SOLDADO. — ¡Lo traen a tomar sol! ¡Tiene la pierna hecha pedazos!

(Lo traen a Mario, en una silla de ruedas, con la pierna vendada.)

Escena II

Mario, soldados y Monello

Mario. — ¡Día de sol, compañeros! ¡Y de victoria!

Primer soldado. — ¿Está usted mejor?

Mario. — ¡Muy despacio va esto! ¡Ya no podré asaltar baterías! ¡Monello, ven acá!

Monello. — ¡Firme, sargento! *(Hace la venia.)* ¿Quiere que bata la carga? ¡Dígales a éstos que me den el tambor!

Mario. — ¡No! Ahora no. ¡Escúchame! ¿Tú sabes trepar sobre los robles?

Monello. — ¡Hasta la copa!

Mario. — ¡Busca el más alto y trepa! Estoy esperando una visita. Espía los valles lejanos y si la ves llegar canta algunas de tus canciones desde la altura; mándame un grito de esperanza! ¡Dile a Ella que tú eres la inocencia heroica y la saludas en mi nombre!

Monello. — ¡Sí, voy, pero usted me va a dar eso! *(Señala el tambor.)*

Mario. — ¡Te prometo! *(Se va Monello. A los soldados.)* ¡Su primavera me asusta! *(Señala el sitio por donde desapareció Monello.)* ¡Es temerario! ¡No sabe lo que es morir! ¡Tal vez he hecho mal en mandarlo! ¡Díganle que vuelva!

Primer soldado. — ¡Imposible! ¡Se ha subido sobre el roble más gigantesco!

Mario. — ¡Hemos de volver al frente! ¡Es necesario escribir el poema de la redención humana hasta la muerte! ¡Nuestras madres nos están mirando!... ¡Ustedes tienen novias!

Segundo soldado. — ¡Le voy a contar, sargento! Yo iba a matar a un enemigo. Lo había tendido de un ba-

lazo. Se le cayó del bolsillo un retrato de mujer joven y hermosa. Todo lo comprendí. ¡Lo cargué sobre mis espaldas y lo llevé a la ambulancia!

MARIO. — ¡El perdón es fecundo, compañero, y el alma de la mujer acompaña siempre a los generosos! ¡Y más, te digo: si tú hubieras rematado a ese herido, tu honor de soldado habría muerto! ¡Y si eso hubieras hecho con quien besa en el silencio de la tienda un retrato de mujer, hubieras ultrajado viriles afectos y a Dios mismo, que ha creado la pasión para la virtud como el sol para la vida!

(Se oye la voz de Monello que canta, acercándose.)

MONELLO. —

¡Son tres! ¡Son tres!
¡Dos mujeres y un hombre! ¡Es al revés!
¡Mejor es para la guerra
dos hombres y una mujer!
¡Son tres! ¡Son tres!
¡Dos mujeres y un hombre! ¡Es al revés!

(Entra Monello.)

MONELLO. — ¡Deme el tambor, sargento!

MARIO. — ¡Tómalo! *(Monello se lo coloca.)*

MONELLO. — ¡Sargento Mario! ¡Yo le he compuesto un verso!

MONELLO *(empieza a marchar y cada dos versos da un golpe de tambor).* —

¡Las madres para sufrir,
las novias para querer,
las aves para cantar,
el soldao para morir!

(Sale de la escena y redobla el tambor.)

Mario. — ¡Cómo me conmueve ese niño! ¡Cuando lo veo en el campo de batalla, temerario e inquieto, mirando a todas partes como si interrogara al enigma, me da mucha pena el misterio de su destino! ¡Pobre huérfano! ¡Ojalá halles en tu camino una madre con el alma de Costanza!

(Entran Costanza, Carlos y Rosa María.)

Escena III

Costanza, Mario, Rosa María y Carlos

Carlos. — ¡Mario, amigo mío!

Costanza y Rosa María. — ¡Mario! ¿Mario, cómo estás? ¡Te recordamos tanto!

Mario. — ¡Yo sentía eso! ¡Yo he pensado mucho en ti! ¿Y mamá?

Costanza. — ¡Te espera! ¡Me dijo: llévale este beso mío y dile que se cure bien, que yo lo espero!... ¡Dáselo en la frente! *(Lo hace.)*

Rosa María. — ¡Y nosotros pensamos en tu heroísmo, Mario!

Mario. — ¡Gracias! ¡Sé que eres muy feliz con Carlos!

Carlos. — ¡Deseo ir al sepulcro de papá!

Mario. — ¡Está bajo un ciprés! ¡Un soldado a quien él recogió herido lo cuida!

Rosa María. — ¡Nosotras recordamos tu sacrificio!

Mario. — ¡No es sacrificio! Las horas del mal pesan mucho! ¡Eso es martirio! ¡Hace más daño el dolor silencioso de los que nos aman que las heridas!...

Costanza.—¡Siempre fué silencio de amor y de perdón!

Mario. — ¡Entonces vienen estas guerras contra la injusticia, llenas de horrores, las madres viudas, las amantes desiertas, los bienes confiscados, la familia en la miseria peligrosa!... ¡Son ellas el agua lustral que rebautiza la sangre derramada, que borra las cobardías y las deshonras!...

Costanza. — ¡Siempre dijimos de ti: Mario es un niño grande y bueno!...

Rosa María. — ¡Muy travieso! En esta su travesura trágica hay mucha bondad. ¡Empiezo el comentario!

Carlos. — ¡Esperemos que sea breve!

Mario. — ¡Estás en error, Rosa María! ¡La tragedia no está en morir; está en la vida sin luz y sin conducta! Tengo un retrato para ti, Costanza. Es de tu mamá. ¡Me lo dió Guillermo! ¡Toma! *(Le da el retrato.)*

Carlos. — ¡Mario, voy a buscar su sepulcro! *(Se va con Rosa María.)*

Escena última

Mario y Costanza

Mario. — ¿Te quedas conmigo? ¡Tengo tanto que hablarte!

Costanza. — ¡Sí, Mario!

Mario. — ¿Recibías mis cartas?

Costanza. — ¡Sí! ¡Aquí está la última de papá! Me hablaba de ti... ¡Escucha! *(Lee.)* "Estoy herido. Quién sabe si te veré más. Amalo mucho a Mario. ¡Es un noble espíritu!" *(Ella guarda la carta, conmovida. Mario le besa la mano.)*

Costanza. — ¿Estás mejor, ahora?

Mario. — ¡Tengo la pierna hecha pedazos! ¡Si sano quedaré mutilado y enfermo para toda la vida!

Costanza. — ¿Por qué dices eso, Mario?

Mario. — ¡No quiero tu sacrificio!

Costanza. — ¿Sacrificio por qué? ¡Yo amo a tus heridas! ¡Son una caricia más, una idolatría más!

Mario. — ¡Sería tu desgracia! ¡Mejor es vivir solos! ¿Cómo quieres seguir hasta el fin de mis días el tranco rudo de una pierna de palo, la miseria de mi cuerpo enfermo?...

Costanza *(interrumpe impetuosa)*.—¡No sigas más! ¡Tú quieres que te abandone porque estás herido? Pero entonces, ¿no sabes nada del alma humana? ¿No sabes que eres mi sangre y mis lágrimas? ¡Me quedas tú sólo! ¡Eres mi glorioso, el alma heroica de mi orfandad! ¡Yo me moriré, Mario, si tú me quitas el derecho de acariciar tus penas!

Mario. — ¡Chist! ¡Habla despacio... acá... cerca de mi oído! ¡Que no oiga nadie tus palabras! ¡Déjamelas para mí sólo! ¡Yo quiero confesarme contigo! ¡La muerte no vino! ¡Yo me arrojé, desesperado, para castigarme!

Costanza. — ¡Tus heridas son mías! ¡Eres mi soberbia! ¡Todos mis besos para ti! ¡Yo bendigo tus heridas, que te colocan sobre lo humano, al lado de Dios!...

Mario *(sonriendo)*. — ¡Costanza, más cerca... más cerca! ¡Qué armonía tiene tu voz! ¡Y yo, qué egoísta! ¡Para mí solo! ¡Y toda la vida así!... Serás mi infinita dulzura... Y cuando, después, tengamos el cabello blanco me mirarás, como ahora, suavemente, serena, como una santa... volveremos a estos lugares con nuestros hijos... Rezaremos todos sobre el sepulcro del gran abuelo, rodeado de violetas, de rodillas sobre este osario enorme cubierto de anémonas, al

lado de todos los espectros estremecidos de gloria y de inmortalidad!... ¡Y los dos besaremos, como ahora, *(besan el escapulario)* este escapulario manchado con sangre!

(En ese momento se oye el canto de Monello, entre telones.)

VOZ DE MONELLO. —

¡Es uno y es dos,
Es uno y es dos,
el romadizo y la tos,
el amor y la muerte!

FIN

LA VIRTUD MATA

Boceto trágico en un acto

PERSONAJES

ROBERTO

TERESA

MARÍA

FANNY

LA VIRTUD MATA

ACTO ÚNICO

Dos dormitorios que miran adelante, con puerta de comunicación.

ESCENA I

ROBERTO Y TERESA

ROBERTO. — ¡Ya le escribí! ¡No me caso! ¡Has podido tú más que María!

TERESA. — ¡Gracias! ¡Gracias!

ROBERTO.—¡Tienes razón! ¡Agradéceme! ¡Yo quedo destrozado, mi sueño perdido, el amor muerto! ¡En adelante ya no seré Roberto, sino un catafalco fúnebre!

TERESA. — ¡Cuánto dolor te causo! ¿Por qué te habré pedido este sacrificio? ¡He tenido miedo por ti! Deseo que sigas siendo honesto. Te eduqué para eso. ¡Te perderás si te casas!...

ROBERTO. — ¡Tú no me dices por qué! Cansado estoy de preguntártelo. ¡Ya no soy niño!...

TERESA. — ¡Sí, eres! Eres un niño! No te vayas de aquí. Quiero que estés conmigo. ¡Tú no te acuerdas, Roberto! ¡Eramos pobres! ¡Pasé mi vida trabajando para ti! De noche hasta muy tarde cosía con la cabeza cansada... No teníamos dinero... ¡Hubiera faltado tu alimento!... ¿Cómo iba a instruirte? ¿De

dónde iba a sacar para tus trajes? ¡Hacía tanto frío, a veces, en las noches de invierno... tú no tenías frazadas... y en ese cuarto del conventillo sucio entraba el viento por todas partes!... Y yo no quería que te enfermaras... Y después los libros, los cuadernos, la escuela... ¡Qué terror! ¡A veces no conseguía costuras! ¡Tantas malas épocas!... ¡Te hubiera dado mi sangre! ¿Y si llega un momento en que no hubiera pan? ¡Me arrodillaba!... Le pedía al Señor para que no me faltara trabajo... Y yo era joven, Roberto, y tú chico... Golpeaban mi puerta los malvados, como hacían con otras mujeres aquí mismo... Me llamaban: ¿Para qué trabajas tanto? ¡Te vas a morir tísica!... ¡Ven con nosotros!... ¡En frente se baila!... ¡Se toma vino!... Está la alegría... ¡Ven, Teresa!... ¡Ven! ¡Y yo cerraba más la puerta y te estrechaba sobre mi corazón!... ¡Cuántas veces lloré! ¡Era tan fácil tener pan! ¡Yo podía haber hecho como las demás; pero te miraba, Roberto, en los ojos y me erizaba de frío y de asco!... ¿Y tú, después? ¿Y tú? ¿Cuándo supieras?

ROBERTO.—¡Santa madre mía! ¡Comprendo! ¡Cuánto cuesta ser virtuosos! ¡Tú lo has dicho alguna vez: la virtud mata!

TERESA.—¡He triunfado! ¡Has crecido en ella! ¡Eres un hombre de honor!... ¡Cuánto te agradezco! ¡No me dejarás sola!...

ROBERTO.—¡Estoy muy triste, mi madre! ¡Me parece que todo está tan vacío! ¡Me parece que la vida es inútil!... ¡Había soñado en una casa formada por mi trabajo, al lado de María... en una casa como la que tú has hecho alrededor mío!... ¡Es tan buena María!... ¡Sus palabras son como bálsamos para mí!... ¡Nunca un reproche... la dulzura más profunda!... ¡Es una criatura bendita!... ¡Ayer le

mandé todas sus flores y sus libros!... ¡Ahora estoy solo, solo! *(Con desesperación.)* ¡Mejor era no haber nacido, entonces, si el mal está en todas partes, como tú sueles decir, y si puede haber razones para que uno abandone el alma de las novias!...

TERESA. — ¡Tú abandonas una casa contaminada!...

ROBERTO. — ¿Por qué? Dime, ¿por qué? ¡Ella es una flor de pureza!...

TERESA. — ¡Crecida en el fango y para el fango!

ROBERTO. — ¡Oh, mi madre! ¡No me exaspere! ¡No me obligue a ser impío con usted! ¡Estás calumniando! ¡Tú no sabes! ¡Mi futuro te hace injusta! ¡Sombras son las que ves y nada más!

TERESA. — ¡No! ¡Como yo nadie te quiere! ¡Ven! ¡Abrázame! No me dejes nunca. Eres muy joven. Tú no penetras el espíritu humano. A mí la desgracia me ha hecho suspicaz. Tu novia no es pura. ¡No! ¡No! ¡Yo lo afirmo!

ROBERTO. — ¿Ah no? ¿Tú lo afirmas? ¡Pruebas! ¡Dame pruebas... pruebas!...

TERESA. — ¡Yo sé! ¡Yo he visto! Tú no dudarás de mi cariño. No miento... ¡Te quiero salvar!...

ROBERTO. — ¡Y me precipitas en la desesperación!... ¡Eres cruel e inhumana!...

TERESA. — ¡No! Ellos son inhumanos... Te han engañado. Has caído en una trampa. ¡Pretenden unirte a un desperdicio!... ¡Tú sabes que hace años que los conosco; antes vivían aquí, en esta misma casa! ¡Tú ignoras quién era el padre ¡Era un presidiario! ¡Escúchame bien! Robaba a los muertos. Abría las bóvedas. Hacía saltar la tapa de los féretros... Se llevaba los sudarios de seda... Dejaba desnudos a los cadáveres... Robaba todo... los candelabros, las flores, las coronas... Era un sacrílego... un profanador... una hiena que raspaba la tierra sobre los

sepulcros... Murió en la cárcel; pero antes había corrompido a la mujer... Vendía su carne a todos, en todas partes... La echaba a la calle de noche y cuando volvía sin dinero la abofeteaba... Ella era una loba de los burdeles nocturnos!

ROBERTO. — ¡Qué horror, mi madre! ¡Es una calumnia; no es posible; no hay almas tan nefastas!

TERESA. — ¡No miento ni te engaño! ¡Y para qué, Dios mío, si tú eres mi sangre y mi alma!

ROBERTO. — ¡María es inocente; la siento pura como Dios!

TERESA. — ¡Esa gente no trabajaba! Se reía de mí. Yo era una tonta. No podía convencer a nadie de mi virtud. Una noche no tenían qué comer y cuando ella volvió con la madre, pasó llorando delante de este mismo cuarto! ¡Estaba perdida! Yo lo he oído de sus labios. ¡Nunca quise revelarte esto! ¡Eres tan callado y tan triste! ¿Dónde vas, Roberto?

ROBERTO. — ¡A verla! ¡Quiero que confiese su culpa!

TERESA. — ¡No! ¡Tengo miedo por ti!

ROBERTO. — ¡No temas! ¡No tengo corazón para hacer violencias! ¿Por qué tienes miedo? ¿Acaso tú también habrás cometido delitos? ¡Me ha hecho decir María que vaya por última vez y que vaya solo!

TERESA. — ¡No vayas! ¡Están meditando algún crimen! ¡No quiero! ¡No quiero!

ROBERTO. — ¿A mí una cobardía? ¿A mí? ¡Poco me conoces, madre! ¡Dame ese revólver! *(Busca el revólver sin encontrarlo.)* ¡No está! Estoy seguro que lo tienes tú. ¡Me voy sin él! *(Se va.)*

TERESA. — ¡Qué expiación la mía! ¿Por qué lo habré educado en la virtud?

(Se levanta el telón de atrás. Se ve un comedor. Están sentadas Fanny y María:)

Escena II

Fanny y María

Fanny. — ¡Roberto llegará pronto! ¡Averigua por qué no quiere casarse contigo!

María. — ¡Yo no me casaré con él! ¡No lo engañaré!

Fanny. — ¡Ah, tonta! ¡Hace dos meses que te desconozco! ¡Eres una rebelde! ¿Y para qué? ¡Has obedecido tanto!

María. — ¡Estoy harta de maldades, de embustes y de vida infame! No me casaré con él. ¡Le diré todo!

Fanny. — ¡Tonta! ¡Tonta! ¡Es peor nacido que nosotros! ¡La madre era una mala mujer! ¡Guárdate bien de revelar tu secreto!

María. — ¡Quieres servirte de mí para saciar tus venganzas! ¡No lo conseguirás! ¡El me enseñó a ser honesta y yo no voy a herir su corazón! ¡Tú no has sido mi madre. Te has servido de mí como de un trapo para limpiar tus mugres y ahora quieres que yo ensucie a Roberto! ¡Prefiero morirme! ¿Oyes?

Fanny. — ¡Esa mujer es una soberbia! ¡Me ha despreciado! ¡Si no te vengas, todos te humillarán!

María. — ¡Lo hemos merecido! ¡Tú viviste en cualquier forma, bien o mal no te importó! ¡No te obedezco más!... ¡Me has hecho descender tanto que te odio! ¡Me voy a ir de aquí!

Fanny. — ¡Siento los pasos de Roberto! ¡Haz lo que quieras! ¡Yo también estoy harta de tus sermones! ¡Adiós!

(Entra Roberto.)

Escena III

Roberto y María

Roberto. — ¡Acércate, María, quiero mirarte los ojos! ¡Tus pupilas debieran ser castas como el cielo y tu boca piadosa como la Virgen! ¡Esas flores que te devolví están mojadas con mis besos! ¡Tú olvidaste todo! ¡Nunca supiste la amargura de este amor mío! ¿Por qué me acariciaste? ¡Yo era bueno! ¡Yo trabajaba! ¿Por qué no me dejaste seguir mi camino? ¿Por qué me mirabas con ese mirar tan intenso, María?

María. — ¡Yo quería amar, Roberto! ¡Yo necesitaba ser amada! ¡Estaba aquí en una cueva sucia! ¡Quería salvarme! ¡Creí que tú me ibas a salvar!

Roberto. — ¡Es cierto eso! Has vivido en el pantano. Estás corrompida. ¡Me lo ha dicho mi madre!

María. — ¡No estoy corrompida! ¡Quiero salir de aquí! ¡Dame la luz del sol, Roberto! ¡Yo te suplico! ¡Dame la luz del sol!

Roberto. — ¡Me engañaste vilmente! ¡Has manchado la honestidad de mi nombre! ¡Has echado lutos sobre mi conciencia! ¡Yo era un hombre, María! Ahora tócame. Soy un espectro. ¡Todo ha muerto para mí: tú, mi madre, todo!... ¿De dónde quieres que saque luz yo? ¡Estoy quemado por dentro! ¡Soy un montón de cenizas!

María. — ¡Te he llamado para confesarte todo! Antes no tuve valor. Eran tan dulces tus palabras y había tanta gallardía en tu alma y tanta conducta. ¿Cómo no quieres que me callara si he vivido embriagada de ti, si eres mi día, mi dicha, el amor mío? ¿Por qué me he de callar? ¿Por qué he de renunciar a

esta alegría divina? ¡Yo te juro, no me hubiera casado nunca contigo; pero hubiera sido tuya, tuya sólo para que me llevaras dónde tú quisieras, y te hubiera besado la mano para pedirte perdón, como hago ahora! ¡Cuánto he sufrido!

ROBERTO. — ¿Y se puede sufrir cuando se vive cómo tú?

MARÍA. — ¡Me he rebelado a mi madre, a todos los truhanes, a la vida infame a que fuí condenada!

ROBERTO. — ¡La misma vida de Fanny y la del presidiario que te dió su apellido!

MARÍA. — ¡Ah, tú sabes! Mejor, pero yo nunca manché tu memoria. Yo te adoro. Me purifiqué en esta pasión. Tú puedes hacer lo que quieras: pegarme, escupirme, matarme! ¡Hace un año que te amo y no miro a hombre ninguno! ¡Dios mío! ¿Qué sacrificio haré para que no se avergüence de mí?

ROBERTO. — ¡No podrás ser pura más!

MARÍA. — ¡Dame tu perdón! ¡Yo exijo eso! Lo demás no me importa. Me iré lejos dónde nadie sepa más de mí. ¡Qué poco me conoce mi madre! ¡No sabe el asco que me da la vida pasada! ¡Ah, si supieras, Roberto! ¡Me torcieron sobre una cama a viva fuerza; me tomaron de los brazos y me apretaron allí como a un montón de basuras!

(Entra Fanny, con violencia.)

ESCENA IV

FANNY, MARÍA Y ROBERTO

FANNY. — ¿Por qué pides perdón? ¡Yo he oído todo! Teresa mintió para borrar tu recuerdo de la memoria de Roberto. Le ha dicho que yo soy una prostituta, tu padre un galeote y tú una deshonesta! ¡Ahora

podrías preguntarle a ése *(señala a Roberto)* si él ha tenido padre!...

ROBERTO. — ¡No manche lo que no conoce!... ¡No insulte!

FANNY. — ¡Podrías preguntarle si la madre de él es una mujer honesta!

ROBERTO. — ¡Un crimen voy a cometer! No me cierre el paso... ¡Déjeme ir!...

FANNY. — ¡Usted debe saber todo! ¡No lo dejo pasar! Usted no tiene padre! ¡Usted es un bastardo! ¡Ese apellido que lleva no es suyo!

ROBERTO. — ¡Oh! ¡Hembra brutal! ¿Por qué no será usted un hombre?

FANNY. — ¡Usted ignora! Por eso habla. Hace veinticinco años, en una casa, cerca de aquí, usted nacía... Las cosas no andaban... Su madre fué operada... Ella no era casada... Un señor la protegió... Tenía canas... Estaba con ella esa tarde... A usted lo quisieron arrancar de los brazos de Teresa... Casi se muere ahogado usted... Mire si sé detalles... Ella no quiso entregarlo... Lo iban a llevar a la inclusa... Después la casó el seductor... Usted lleva el apellido de este último hombre, que fué engañado también, y su madre fué abandonada por él cuando supo su mala acción!...

ROBERTO. — ¡Pruebe eso! ¡Pruébelo!

FANNY. — ¿Quiere más detalles todavía? ¿Más pruebas? ¡Su madre fué en esta casa un reproche para todos! ¡Cosía, cosía! Día y noche no se oía sino el ruido de la máquina. Después usted estaba aseado. Iba a la escuela... Sacaba premios, mientras los hijos nuestros iban a parar a la cárcel!... ¡Ella nos despreciaba! Y había sido igual a nosotras. ¡Ya ve dónde hemos llegado en la venganza las despreciadas de

esta casa! ¡Usted ha amado a mi hija! ¡Es igual a mí ésta! ¿Oye?

ROBERTO. — ¡Qué infamia! ¡Qué maldición de Dios! ¡Ni madre es esta mujer!

FANNY. — ¡Así es! Yo no perdono. Todo hubiera tolerado si usted hubiera cumplido su promesa de casarse con María, todo, hasta las rabias que me causa esta tonta con sus resistencias y que usted mande aquí en la voluntad de ella.... ¡Me hubiera callado!...

MARÍA. — ¡Antes que engañarlo yo me hubiera muerto!

FANNY. — Sí, pues!... Te has puesto a trabajar como un asno. Echas el alma el día entero... Ahora estás de virtuosa como la madre de éste y en casa no hay sino pan negro y trapos sucios... Yo me hubiera callado; pero ahora sé lo que vas a hacer, María... Me quieres abandonar y yo estoy vieja. Quieres meterte en un asilo, hacer penitencia. Y yo estoy vieja. Eso lo quieres hacer por Roberto; pero es inútil. Roberto ya no es tuyo. Es, como tú, el hijo de una mala mujer... Y la madre le ha dicho todo. Te lo arrancó de las entrañas... Lo quiere todo para ella... Ya ves. Ahí lo tienes a Roberto ya sin fuerzas. *(Este se ha sentado en una silla, sombrío y torvo.)* Y también te digo, Roberto, que yo no hablo sin pruebas. Aquí están las cartas del seductor. *(Las saca.)* Ya ves. Nosotras somos precavidas... Hace años están en mi poder. Tu madre sabe que se las han robado... Y sospechaba de mí. Yo se lo conocí en los ojos... Más o menos todas somos iguales, Roberto... Las más no ocultan la verdad; las otras son hipócritas. Ya no hay santas, Roberto. Tu madre hace rato que dejó de serlo... ¡Adiós! *(Le da las cartas y se va.)*

Escena V

Roberto y María

(Roberto abre una carta, lee, llora y se retira lentamente. María, arrodillada, exclama:)

María. — ¡Roberto! ¡Déjame besar tu mano! ¡Perdón! ¡Perdón!

Roberto. — ¡Se acabó todo!... No me detengas... Tú puedes irte a la eternidad... Y para qué vivir más con esta carcoma adentro, con la deshonra en los ojos... ¡Ya uno no puede besar nada, ni los retratos de los muertos, ni la frente de la madre! ¡No se puede salir de día! El sol no alumbra a la deshonra. Yo soy la noche. Tengo en los labios la repugnancia de los besos que le di a mi madre!... ¿Y tú? ¿Y tú, María? Estás llena de gusanos... Te están comiendo la cara. ¡Tápala con un manto! ¡Que no te vea Dios! ¡Lo vas a matar con tus fetideces! ¿No ves lo que sucede? *(Como extraviado.)* ¡Estamos solos los dos en el mundo! ¡Han huído todos! ¡Cómo repugnamos! ¡Somos como la peste! ¡En el cielo ya no hay astros! ¡La naturaleza ha muerto y nosotros hemos hecho un daño muy grande, María! ¡Vámonos a la eternidad! ¡Vámonos!

María. — ¡Sálvalo tú, Padre nuestro que estás en los cielos!

Roberto *(como extraviado)*.—¿Por qué rezas? ¿Por qué ultrajas así a Dios? ¿Todavía te acuerdas de rezar? ¿Y no eres tú un lupanar? ¡Contéstame!

María. — ¡Santificado sea tu nombre! ¡Sálvalo!

Roberto. — ¡No uno, dos lupanares!... Mi madre ha vivido, como tú, entre el fango... ¡Y había sido hasta hoy una santa! ¡En el corazón se me ha quebrado un altar!... ¿No será mejor que yo me tire al sepulcro? ¡Déjame! ¡Déjame!

MARÍA. — ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No te dejo!

ROBERTO. — ¡Cómo hiedes tú! ¡Vamos! ¡Vamos! *(La empuja.)* ¿Quieres borrar lo que está escrito? ¡Te torcieron como a un junco podrido! ¡Adiós! *(Se va de la escena.)*

MARÍA.—¡Virgen de los dolores! ¡Teresa, ayúdame! ¡Teresa! *(Sale de la escena, detrás de Roberto.)*

(La escena representa dos dormitorios abiertos adelante. Comunican por una puerta central: el dormitorio de Teresa y el de Roberto.)

ESCENA VI

TERESA

TERESA *(sale afuera, escucha hacia el cuarto de al lado, vuelve a su costura)*. — ¡No viene! ¡Qué habrá sucedido, Dios mío, en esa casa, con esos criminales!

VOZ DE FANNY. — ¡Abrame! ¡Abrame!

(Voz de Fanny, de adentro.)

TERESA. — ¡Usted es, Fanny! ¿Qué quiere usted acá a esta hora? ¡Entre! *(Abre la puerta.)*

FANNY. — ¡Su hijo acaba de entrar a casa!

ESCENA VII

FANNY Y TERESA

TERESA. — ¡Usted se olvida una cosa: la suya no es casa! ¡Nunca lo fué! ¿Casa dónde vive usted? ¡No se equivoque! Todos pisotean sus umbrales y ensucian sus pisos. ¡Es la vergüenza y el escarnio!

FANNY. — ¡Ha sido irrespetuoso cómo es usted perversa y altanera!

TERESA. — ¡Cada uno cuida su vida! ¡Cada uno tiene una conciencia! ¡Mi altivez sirve para que mi vida sea útil y para que mi conciencia esté tranquila!...

FANNY. — ¡Es fácil decir eso cuando se ha tenido honradez!...

TERESA. — ¿A mi pasado se refiere? ¡Ya sé que usted lo conoce; pero yo le digo a usted que mi pasado no ha sido escuela de corrupción!... ¡En cambio usted!... ¿Para qué voy a hablar? ¿Ve usted esa Virgen? ¡Yo me arrodillo todos los días a rezar! ¿Ve usted esa máquina? ¡Aquí no ha habido más música que su repiqueteo! ¡Aquí no se ha sabido sino de sufrir, de hambres, de noches sin sueño!... ¿Ve usted este cuarto? ¡Es el de mi hijo! ¿Sabe usted lo que es eso? ¡Es un altar! ¡Allí él duerme su sueño santo de trabajador! ¡Mi hijo ha ido a su casa! ¿Dónde está?

FANNY. — ¡Es un perjuro! Y por culpa de usted!

TERESA. — ¡Es cierto, por mi culpa! Vivía ignorando. ¡Nunca supo!

FANNY. — ¡Y usted le refirió todo!... ¡Usted reveló mi secreto, el secreto de María y se imaginó, tal vez, que yo me iba a callar!... ¡Su hijo no es mejor que María; usted no es mejor que yo!...

TERESA. — ¿Dónde está Roberto? ¡Ya lo sé! Usted no se habrá callado, ¿pero le habrá dicho toda la verdad?, ¿le habrá explicado mi sacrificio? ¿Dónde está Roberto?

FANNY. — ¡Ahora sabe Roberto que usted no es mejor que yo!...

TERESA.—¡Por lo menos usted le habrá dicho que cuando yo no tenía pan, usted se mudó más lejos, a una casa llena de lujo... que usted tenía sedas, perlas y convites y cuando yo vivía aquí sin pan y sin fuego, en su casa se bailaba, se bebía!... ¡Qué feliz era usted! ¡Qué orgías! ¡Cómo derrochaba usted el dinero del

vicio! ¿Qué éramos nosotras, pobres locas? ¡Creíamos en el trabajo! Amábamos a nuestros hijos. A Dios le ofrecíamos nuestros sacrificios. Roberto estudiaba, estudiaba. Yo lo eduqué así. Era bueno, era una noble alma llena de dulzura! ¡Y mientras crecía así, mientras yo hacía la comida, remendaba la ropa y cosía la noche entera, yo la veía por la mañana salir a usted lívida porque había vendido su cuerpo a todos los vampiros, porque se había emborrachado hasta caer sobre las alfombras!... ¡Y mientras Roberto trabajaba, después, todo el día para ayudarme, lleno de fe, lleno de candor y de ingenuidad, usted hacía rodar a su hija por todas las posadas, comiendo usted y ella, las dos lujuriosas, el pan de los deshonestos!... ¿Ha entendido? ¡No! ¡No! ¡Usted no es igual a mí! ¡María no es igual a Roberto!

FANNY. — ¡Cómo declama usted! ¿Ya se ha olvidado? ¡Vamos! ¡Por favor! ¡No tome a lo serio su papel de santa! ¡Nadie le va a creer! ¿Cuántos años vivió con ese hombre? ¡Usted fué su mujer!

TERESA. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Orgullo tengo!... ¡Yo lo amé y respeto todavía su memoria!

FANNY. — ¡Pero usted lo engañó al casarse!... ¡Usted no le reveló que tenía un hijo!...

TERESA. — ¡Es cierto!... Yo lo adoraba... Tuve miedo. No quería que me abandonase!

FANNY. — ¡No pudo usted evitarlo!...

TERESA. — ¡Algún facineroso le reveló todo... algún facineroso!...

FANNY. — ¡Tendría pruebas!

TERESA. — ¿Pruebas? ¡Mi culpa fué no habérselo dicho!

FANNY.—¡Ese hombre la abandonó porque dejó de creer en su virtud! ¡Su hijo tampoco cree ya!... Yo he dicho todo... Yo le he entregado las cartas de su seductor... ¡Usted las perdió, pues!... ¡Su hijo ya no cree en su virtud!...

TERESA. — ¡Usted me las ha robado, infame! ¡Entréguemelas!

FANNY. — ¡Deshaga lo que ha hecho! ¡Dígale a Roberto que es mentira lo que le ha dicho de nosotras!... ¡Usted no sabe nada! ¡María es una desesperada!

TERESA. — ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Prefiero el ludibrio de la calle, el desamor, el desprecio, la muerte antes que la desventura de Roberto!... ¡Usted me cree capaz de aconsejarle a mi hijo el matrimonio con una ramera! ¡Retírese! ¡Usted es una miserable!

FANNY. — ¡Tenga cuidado! ¡Usted va a matar a su hijo! ¡Deshaga lo que ha hecho!

TERESA. — ¡Yo quiero que viva!... ¡Ay qué miedo, Dios mío! ¡No le entregue esas pruebas!

FANNY. — ¡Deshaga lo que ha hecho!... Usted me ha humillado... Yo soporté con ira sus desdenes... Me zahería usted siempre! ¡Yo era una basura...! ¡Yo era una infame! ¡Ahora tengo en mis manos la vida de su hijo!...

TERESA. — ¡No me importa nada de mí; pero usted no haga eso! ¡No lo haga! ¡Tenga miedo de un alma desesperada!...

FANNY. — ¿Usted tiene miedo? ¡Ve la catástrofe, ahora, porque él sabe su origen, sabe que el apellido que lleva no es de él! ¡Y usted quiere salvarlo! Y a María, ¿quién la salva? ¡Yo leo en su corazón! ¡Mi hija se va a ir! ¡Me va a dejar sola, vieja y abandonada de todos! ¡Usted cree que yo no la quiero! ¡La quiero conmigo! ¡Dígale a Roberto que usted ha mentido!

TERESA. — ¡Tenga miedo de un alma desesperada! ¡Déjelo vivir a Roberto! ¡No haga inútil todo mi martirio! ¡Tengo un dolor negro! ¡Déjemelo a Roberto! ¡No me haga ver luces de sangre! ¡Virgen María, dile tú! ¡Conmuévela tú!

(Entra María con violencia.)

Escena VIII

Teresa, Fanny y María

María. — ¡Sálvelo, Teresa, sálvelo! ¡Está como loco!

Teresa. — ¿Dónde está?

María. — ¡Creo que viene! ¡Yo, para avisarle, quise llegar antes!

Fanny. — ¡Te han despreciado! ¡Nada tienes que hacer acá! ¡Vamos!

María *(airada)*. — ¡No voy! ¡Usted no es mi madre! ¡Con Teresa me quedo! ¡Ella es mi madre! ¡Déjeme! *(La rechaza.)*

Fanny. — ¡Tenga cuidado, Teresa! ¡Usted va a matar a su hijo! *(Se va.)*

Escena IX

María y Teresa

María. — ¿Lo vas a matar? ¿Por qué?

Teresa. — ¡Me ha robado las cartas! ¡Allí está mi deshonra!

María. — ¡Qué horror, Dios mío!

Teresa. — ¡Confiésame! ¡Se las ha mostrado a Roberto y él se enloqueció! ¡Le ha dicho mi pasado! ¡Confiesa!

María. — ¡No sé! ¡No sé, Dios de misericordia!

(En ese momento se oye ruido en la pieza de al lado; entra Roberto.)

Teresa. — ¡Ha llegado! ¡Déjame sola con él!

María. — ¡Dios la bendiga! ¡Usted no me desprecia, Teresa, es verdad?

Teresa. — ¡Eres una desgraciada y has sido la amada de Roberto! ¡Toma mis besos, toma mi cariño! *(La besa; se aleja María.)*

ESCENA X

ROBERTO EN SU CUARTO — MARÍA EN SU CUARTO

TERESA *(escuchando a través del tabique).* — ¡Se ha sentado! Parece que oigo la pluma correr sobre el papel. ¡Cuánto silencio! Cuánto silencio!
(En este intervalo Roberto saca, agitado, un pequeño frasco y bebe.)

ROBERTO *(desde su cuarto).* — ¡Este veneno concluirá mi calvario! *(Roberto solloza.)*

TERESA *(desde su cuarto).* — ¡Solloza! ¡Ay, solloza! ¡Se acerca, se acerca, Dios mío! ¡Que no sepa que lo estoy espiando, pobre alma dolorosa!
(Teresa entra al cuarto de Roberto.)

ESCENA XI

ROBERTO Y TERESA

ROBERTO. — ¡Madre mía! ¡Yo te quiero, mi santa! ¡Yo te quiero lo mismo! *(La besa y la acaricia.)* ¡Ahora más y tan profundamente, como si hubieras sido siempre mi única idolatría!...

TERESA.—¿Qué tienes, Roberto? ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué sollozas? ¿Qué tienes? ¡Dime, hijo mío! ¡Dime!

ROBERTO. — ¡Tanta necesidad tengo de llevarme a tu alma conmigo... para beber tu aliento, para sentir tus latidos!... ¡Cuánta pureza en tus ojos! ¡Dime que ha sido siempre noble y santa tu vida!... ¿Te acuerdas cuando yo estudiaba en la noche, solo, y tú cantabas cosiendo?... ¡Cuánta dulzura en nuestra pobreza! ¡Después te sentabas en mi cama para abri-

garme los pies con la tibieza de tu cuerpo, para arrullar mi sueño de niño! ¡Oh, dame el arrullo de tu alma de santa! ¡Cómo lo necesito en este largo viaje tan largo!

TERESA. — ¡Tú palideces! ¿Estás enfermo? ¿Qué tienes? ¡Dímelo! ¡Yo, malvada y todo, no he dejado de ser tu madre! ¡No tienes fuerza! ¿Qué has hecho?

ROBERTO. — ¡La vida me pesa! ¡No he podido pensar que tú no eres una santa! ¡He preferido morir!

TERESA. — ¡Auxilio, Dios mío, auxilio!

ROBERTO. — ¡No quiero que te muevas! *(La retiene.)*

TERESA. — ¡María! ¡María! Pero por favor, dime, ¿qué tienes?

ROBERTO. — ¡No la llames! ¡Quiero estar solo, contigo! ¡Todo es inútil! ¡Dame tus labios, madre adorada! ¡Yo te quiero besar! ¡Te bendigo!

TERESA. — ¡Ven, María! ¡Pronto!

(Entra María.)

ESCENA XII

MARÍA, ROBERTO Y TERESA

ROBERTO *(extraviado)*. — ¡Me cantabas para hacerme dormir... así... sobre tu corazón!...

MARÍA. — ¡Roberto! ¡Roberto!

ROBERTO. — ¡No la dejes a mamá! ¡Teresa, un favor!

TERESA. — ¡Hijo mío!

ROBERTO. — ¡Amála mucho a María! *(Muere.)*

TERESA. — ¡Oh, Roberto, oh querido mío! *(Sollozando.)* ¡Ojalá yo me hubiera perdido! ¡Te habrías educado en el fango; pero vivirías, Roberto! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Para qué sirve, Dios mío, la virtud, si mata? ¡Me has dejado sola!

MARÍA. — ¡No, Teresa! ¡No! ¡Quédate conmigo! ¡Lo he amado tanto!

TERESA. — ¿Tú? ¡No te redimas! ¡Vive en la orgía! ¡Sé una loca de los burdeles! No reces! ¡No cosas! ¡No críes a tus hijos! ¡No ves cómo son? ¡Se quitan la vida para castigar a las madres! ¿Para qué sirve el martirio y la virtud si mata a los hijos? *(Entra Fanny con otras personas.)*

ESCENA ÚLTIMA

FANNY, MARÍA, ROBERTO, TERESA Y OTROS

FANNY. — ¡María, vamos de aquí!

MARÍA. — ¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Mi madre es Teresa!

TERESA. — ¡Ah! ¿Eres tú, miserable? ¡Yo te lo dije! no tentes a los desesperados! ¡Me lo inmolaste, miserable! ¡Malograste todos mis sacrificios; pero yo le quité el revólver! ¡Será para ti! *(Corre, agarra el revólver, atropella, es contenida por María; huye Fanny.)*

MARÍA. — ¡Lo vamos a querer más... más! ¡Madre mía! ¡Madre mía! *(Abraza a Teresa. Sollozan las dos, arrodilladas al lado del cadáver.)*

FIN

LA FUENTE GENEROSA

Comedia en dos actos

PERSONAJES

EDUVIGES (EDU), hija de

CLARA

ANTONIO, hijo de

CARLOS

MAGDALENA

LA FUENTE GENEROSA

ACTO I

Sala en la casa de Clara.

ESCENA I

ANTONIO Y EDUVIGES

ANTONIO. — ¡Tu mamá no quiere que nos casemos! ¿Por qué? ¡Eso me violenta! Quiero hablar con ella. Yo le pedí tu mano esta tarde. Tu madre titubeó, balbuceó. ¡Pidió reflexionar! ¿Qué tiene que reflexionar? ¡Me conoce! ¡Conoce a los míos! ¡Tú no sufrirás pobrezas a mi lado! ¿Por qué titubea, entonces? ¡No he cometido ningún delito!

EDUVIGES. — ¡No! ¡Eres un caballero; pero a tu padre tampoco le gusta!

ANTONIO. — ¿A mi padre? ¿Cómo?

EDUVIGES. — ¡Le referí que me ibas a pedir! Me contestó: "¡Ustedes no pueden casarse!"

ANTONIO. — ¿Y tú?

EDUVIGES. — ¡Dime por qué, Carlos! "Imposible", contestó. "¡No consentiré! ¡No consentiré!" Se puso áspero y sombrío.

ANTONIO. — ¿Cuándo fué eso? ¡Dime toda la verdad!

EDUVIGES. — ¡Hoy vienen acá Carlos y Magdalena! ¡Es el aniversario de la muerte de papá! Cuando tu padre me dijo eso, la miró a mamá profundamente en los ojos... ¡Ella se entristeció y me besó en la frente!...

ANTONIO. — ¿Y luego? ¡Pronto!

EDUVIGES. — ¡Ella iba a hablar! ¡Tu padre se adelantó, suplicando!

ANTONIO. — ¿Y ella? ¿Y ella?

EDUVIGES. — ¡Bajó la cabeza sin contestar! ¿Qué tienes? ¿Qué sombra hay en tus ojos?

ANTONIO. — ¡Nada! ¡Llámala a tu madre!

EDUVIGES. — ¿Te has ofendido?

ANTONIO. — ¡Llámala! ¡Aquí hay un odio para mí!

EDUVIGES. — ¡No! ¿Quién te odia?

ANTONIO. — ¡Hay un delito! ¡Te ruego por esta adoración de mi alma! ¡Llámala! ¡Me va a decir por qué se oponen! Tengo un dolor muy grande en el corazón. ¡Aquí hay un siniestro misterio! ¡Llámala! ¿Por qué no me haces caso?

EDUVIGES. — ¡Yo sufro en esta casa! ¡No quiero quedarme más!

ANTONIO. — ¿Tú? ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Qué hay?

EDUVIGES. — ¡Salen a menudo juntos! Salen de noche. Se ocultan de mí. ¡Les incomodo, yo!

ANTONIO. — ¿Se ocultan? ¡Dime toda la verdad! ¿Por qué te dejan sola?

EDUVIGES. — ¡No estoy sola! ¡Pienso en ti! ¡Rezo mis oraciones!

ANTONIO *(cariñoso)*. — ¡Mi vida es para ti! ¡Tú llenas mis silencios, mi soledad! ¡Te amo tan sinceramente!

EDUVIGES. — ¡Una noche estaba tu padre enojado! Hablaba con vehemencia, casi con brutalidad: "¿Dónde

están esas memorias? ¡Allí está nuestro delito!" ¡Yo me puse a llorar!

ANTONIO. — ¿Ves, Edu? ¡Hay un delito y hay mucha gente que llora! ¡Pobre madre mía! ¡Tan callada, tan sumisa! ¡Así era tu padre también!

EDUVIGES. — ¡Cuando mamá se acercó a besarlo, antes de morir, el estiró la mano para alejarla, y le dijo, con tristeza: "No, Clara, tú no puedes besarme! ¡Déjame morir puro!"

ANTONIO. — ¿Eso dijo ese noble caballero? ¿Eso dijo? ¡Qué duda atroz! ¿Y a ti te besaba? ¡Llámala!

EDUVIGES. — ¡Está fuera!

ANTONIO. — ¿Y a ti te besaba?

EDUVIGES. — ¡Tú no tienes la culpa de nada! "¡Eres un ángel!", me dijo ese día. *(Se oye un campanillazo.)* ¡Viene mamá!

ANTONIO. — ¡Déjame con ella!

ESCENA II

CLARA Y ANTONIO

CLARA. — ¿Por qué está usted aquí?

ANTONIO. — ¡Es el aniversario de su marido muerto! ¡Vengo por eso y porque tengo derecho a venir!

CLARA. — ¡No tiene derecho!

ANTONIO. — ¿Las razones?

CLARA. — ¡Tengo toda la autoridad para negar mi consentimiento!

ANTONIO. — ¿Las razones? ¿Las razones?

CLARA. — ¡Su padre se lo niega a usted! ¡No accede!

ANTONIO. — ¿A qué horas se lo dijo? ¡Ha de ser de noche! ¡Cuándo sale con él, cuándo deja sola a su hija!

CLARA. — ¡Siempre está declamando la tragedia, usted! ¡Déjeme pasar!

ANTONIO *(cerrándole el paso).* — ¡Yo no declamo! ¡Esta pasión mía es torva y terrible! ¡No juegue usted con ella! ¡Su consentimiento! ¡Quiero su consentimiento! ¡Cometería yo un crimen si la dejara a Edu aquí!

CLARA. — ¡Su delito sería casarse!

ANTONIO. — ¡Hable claro! ¡No quiero ambajes! ¡Diga por qué!

CLARA. — ¡Váyase para que su vida no sea una tristeza!

ANTONIO. — ¿No es pura Edu? ¿No es pura? ¡Hable! ¡La obligaré!

CLARA. — ¡No me ofenda, porque hasta los nichos ultrajados pueden decir la novela de sus muertos! ¡Déjeme en paz!

ANTONIO. — ¿Paz? ¡No tiene usted! ¡Su marido la rechazó cuando moría!

CLARA. — ¡Era un delirante! ¡Eso es mentira!

ANTONIO. — ¡Miente su hija, no es eso? ¡No he concluído! ¡Su marido era un caballero! ¡Nunca salía de sus labios una palabra amarga! ¡Era un hombre lleno de luz y de bondad! ¿Por qué sublevó usted esa mansedumbre? ¿Qué ofensa? ¿Qué crimen abominable habrá sido el suyo? ¡Esta es una casa malsana!

CLARA. — ¿Quiere saber para que su vida sea un lodazal? ¡Usted ha pisado la víbora! ¡Le voy a morder el alma! ¡Le mostraré una sentina tan baja y tan malvada!

(Carlos ha oído las últimas palabras. Entra con violencia.)

Escena III

Carlos, Clara y Antonio.

Carlos. — ¡Ni una palabra más!

Antonio. — ¿Dónde está tu furor, Clara? ¿Por qué te domina ese hombre? Y tú, también, ¿por qué niegas tu consentimiento? ¿Eres mi enemigo, acaso?

Carlos. — ¡Tú me ofendes sin razón!

Antonio. — ¡Y usted ofende a una pasión cuya virtud no es capaz de sospechar! ¡Y usted hace años ultraja a mi madre! ¡Abandonó su casa! ¡Nunca estaba usted allí! ¡Hasta el pan faltó, alguna vez! ¡Lo que yo valgo se lo debo a mi madre, a usted no! ¡Y yo no le perdono su indiferencia, su desamor con ella, que es una sagrada nobleza a quien usted profanó llenándola de amargura!

Carlos. — ¡No me justifico; pero tú no tienes derecho a hacer reproches! ¡Esa santa de quien tú hablas te abandonaría si supiera tus rencores acres!...

Antonio. — ¡Es capaz, tanto lo quiere a usted! ¡Y ahora usted pretende que yo renuncie a Edu! ¡La mataré con eso! ¿Seré un homicida? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Pero no es usted! ¡No! ¡No! ¡Es esa que se ha ido! ¿Qué tendrá en los labios esa tríbada?

Carlos. — ¡Menos diatribas! ¡Menos ultrajes! ¡Respete lo que no conoce!

Antonio. — ¡A usted le aferró ella el cuerpo y el alma! ¡Usted es un esclavo de sus malas artes!

Carlos. — ¡Vete! ¡No me obligues a la violencia!

Antonio. — ¡No me hará usted callar ni con la violencia!

(Se echan mano el uno al otro. Entran Clara y Magdalena.)

Escena IV

Clara, Magdalena, Antonio y Carlos

Magdalena. — ¡Dios de misericordia! ¡Es tu padre!

Antonio. — ¡Quiere arrancarme mi pasión! ¡Ha sido tu verdugo durante años!

Magdalena *(con energía)*. — ¡No! ¡Yo he sido mi verdugo! ¡He tenido en el corazón el cadalso! ¡No acuses!

Antonio. — ¡No sé! ¡Tú tienes un pobre vestido y una noble frente! ¡Esta viste de rasos; usa perlas y brillantes! ¡Tú estarías rezando en un día como hoy, ella honra la memoria de su marido sacrificando el alma de la hija! ¡Y yo estoy aquí para pedir lo que es mío y mi padre injuria tu sangre y me arrebata el tesoro!

Magdalena *(a Clara)*. — ¡Tienes razón! ¡Ella está acostumbrada a arrebatar tesoros!

Carlos. — ¡Te desconozco! ¡Tú vienes a apurar el incendio!

Magdalena. — ¡No! ¡A revelar un alma!

Clara *(a Carlos)*. — ¡Hazla callar!

Magdalena. — ¿Callar? ¿El me va hacer callar? ¡Ha perdido el derecho! ¡Ven, Antonio! ¡Acércate a mí! *(Se acercan Carlos y Clara.)* ¡Ustedes no! Conversen lejos. Dame tus manos, Antonio. ¡Yo amaba las violetas como Edu, y mi juventud era una flor de gracia. Era inconsciente como los niños. Creí en Carlos. Me dió este anillo, que conservo como un querido recuerdo!

CARLOS. — ¿Por qué no guardas silencio? ¡Nadie debe conocer esos poemas! ¡Si tú los sacas de tu alma para los otros perderán su pureza!

MAGDALENA. — ¡Los hijos deben saberlos porque son los jueces de nuestra conducta! No te acerques. Conversa con Clara. ¡Un día el marido de ella se empezó a entristecer, Antonio! Ella nunca lo sacó de su dolor silencioso. ¡Tuviste miedo, Clara, y quisiste sondar esa conciencia!

CLARA. — ¡Cómo inventas! ¡Las humillaciones te han hecho rencorosa!

CARLOS. — ¡Harás más lúgubre este aniversario!

ANTONIO. — ¡Habla, mi madre! ¡Déjenla hablar!

MAGDALENA. — ¡No me desmientan! Yo digo la verdad, siempre. No conseguirán nada. No he de abandonar mi dulzura. ¿Te acuerdas, Clara? ¡El te decía siempre lo mismo: "tengo un dolor sin protestas"! ¡No es más que dolor, no insistas, Clara! ¡Pero tú querías saber, tenías miedo que él hubiera leído en tu corazón, insistías y él ni una palabra, siempre la resignación, como si fuera un desterrado en su casa! ¡Y tú lo rodeabas con tus insinuaciones para que confesara, sin conseguir nada!... ¡Entonces querías besarlo! ¡Oh, entonces no consentía, te rechazaba para decirte: eres una eterna ausente; eres una desgracia!

CLARA. — ¡La humillación te ha hecho feroz! ¡Eres una impostora! ¡Retírate!

ANTONIO *(impetuoso)*. — ¡Te insulta, mi madre!

MAGDALENA *(resuelta)*. — ¡No contestes! ¡Te lo prohibo! ¡No vas a conseguir, Clara, hacerme abandonar mis dulzuras! ¡Acuérdate! ¡Nunca pudiste irritar el alma de tu esposo, llena de benignidad y de perdón! ¡Se fué en silencio, como los mártires; pero dejó sus memorias! ¡Me las entregó a mí!...

CARLOS. — ¡Tú las tienes! ¡No te pertenecen! ¿Dónde están?

ANTONIO. — ¡Ahí está el delito!

CLARA. — ¡Eres suave como los verdugos!

MAGDALENA. — ¡Y resignada como las víctimas honestas!

ANTONIO. — ¡Vamos! ¡Que no quede Edu en esta casa!

MAGDALENA. — ¡No! ¡Todavía no! ¡No es delito, Antonio! ¡Es la fatalidad! ¡Y tú, Clara, sábelo! ¡Tengo el alma apacible y serena! El dolor la enalteció. Me ha hecho fuerte este amigo fiel. No perderé mi tranquilidad por tus insultos! Esas memorias las tengo; son mías porque tu marido me las dió, besándome la mano... un día gris en que su enfermedad había recrudecido y tú no estabas tampoco, porque eras la eterna ausente, y me dijo: "¿Vd. ve esto? ¡Quién sabe dónde anda, bajo estos relámpagos, bajo este viento y esta lluvia helada e implacable como su remordimiento! ¡Estoy solo y tan enfermo! ¡Si no fuera por Edu, esa pobre desventura, ese ángel cariñoso!... ¡No la abandones! ¡No es culpable de nada!" ¡Y esas memorias!...

CARLOS. — ¿Las revelarás tú? ¿A quién? ¡Habla!

CLARA. — ¡Yo me retiro! ¡Hazme respetar, Carlos!

ANTONIO. — ¡Sigue, sigue!

MAGDALENA. — ¡No, todavía no te retires! ¡Era una nobleza tu marido! "¡Guárdelas, me dijo, donde nadie las vea!" ¡Era profético! "¡Léalas usted sola! ¡Evite las desgracias futuras! ¡Hacía mucho tiempo que ese hombre vivía lejos de tu cuerpo y de tu alma! *(Clara hace por irse. Magdalena lo impide con energía.)* ¡No te vayas! ¡Tengo mucho que hablar todavía! ¡Tú, Carlos, me has hecho llorar mucho! ¡Me dejabas sola los días y las noches interminables! ¡Te rogaba como a Dios: quédate; no me dejes sola! ¡Tus horas son

para los otros; pero yo te amo, te amo infinitamente... Tú me lo arrebataste, Clara, tú tenías los besos de este amor mío hondo... y los rasos y las joyas... y yo la miseria, las sarazas rotas, el frío, el terror de la catástrofe futura... porque tú derrochabas, Carlos, con ella, todo lo mío, lo tuyo, lo de tu hijo y yo tenía miedo que se muriese de hambre y yo del desamor, porque tú también eras un eterno ausente!...

ANTONIO. — ¡Vamos! ¡Es una casa contaminada!

CARLOS. — ¡Has perdido tu grandeza de alma! ¡Antonio me odiará! ¡Has olvidado el perdón! ¡Tienes el alma pequeña!

MAGDALENA. — ¡Te equivocas! ¡No prejuzgues! ¡Espérate! ¡Yo amo tus caricias, tu talento, toda la fascinación de tu persona; pero tú has preferido el veneno! ¡Oh, si me besaras, Carlos! ¡Embriágate, embriágame! *(Avanzando hacia él.)* ¡Ven conmigo a la vida! ¡Bebe las savias de la fuente generosa! ¡Cuánto sol tengo que darte!

CARLOS. — ¡Eres la cizaña! ¡Estás matando la vida!

ANTONIO. — ¡Peor es haber perdido el honor!

CARLOS. — ¡Usted no ha de ser mi juez, nunca!

MAGDALENA. — ¡No, Carlos! ¿Por qué cizaña? ¿Por qué me acusas? ¿Qué te he hecho yo? ¿Mi corazón, mi esperanza, mi fe, toda mi sangre no son tuyas? Antonio, ¿qué te he enseñado yo? ¡A venerarte! ¡Has calumniado al amor mío hacia ti! ¡Tú no sabes nada! ¿Por qué me acusas?

CLARA. — ¡Por sacrílega! ¡Porque estás profanando la memoria de los muertos!

MAGDALENA. — ¡Y tú la profanas con los hechos, con la conducta! ¡Poco me conoces! ¡Me mides con tu pequeñez! ¡Tú has pretendido deshacer una familia; pero este amor mío tú no has podido borrarlo! ¡Se

alimentó con lágrimas, con celos, con el deseo inextinguible! ¡Hoy, ¿me oyes? ya es una locura! ¡Vengo a buscarlo a Carlos porque es mío... porque lo he perseguido día y noche, porque es mío! *(Avanza hacia él.)*

ANTONIO. — ¡No, madre! ¡No! ¡El es indigno!

(En este momento entra Eduviges. Ellos no la ven.)

CLARA. — ¡Ahora me ultrajas! ¡Has pisado la víbora! ¡Ojo por ojo!

CARLOS. — ¡No hables! ¡No hables!

CLARA *(rápida)*. — ¡Cásate, Antonio! ¡Eduviges es tu hermana! ¡Es tu hermana!

(Eduviges da un gran grito y se enloquece; desciñe los cabellos.)

CARLOS. — ¡Qué horror!

MAGDALENA *(lo abraza)*. — ¡Hijo de mi alma!

ANTONIO. — ¡Abominables! ¡Pobre vida mía!

(Avanza Eduviges en medio de la consternación de todos.)

ESCENA V

EDU, CLARA, ANTONIO, CARLOS Y MAGDALENA

EDUVIGES *(a Magdalena)*. — ¡Buen día, señora! ¡Las flores crecen por donde usted pasa y dicen que en el mundo el amor ha muerto! ¡Es una pena! ¡Por eso el alma tiene frío y está triste! ¡Y también porque todos los niños se han ido al cielo y se llevaron la alegría!...

CARLOS. — ¡Eres buena como la virtud!

Eduviges.—¡Y tú no, porque eres grande, porque cuando los niños se hacen grandes ya no son buenos!

Antonio. — ¡Cuánto sufres!

Eduviges. — ¡Tú sí, porque eres el amor mío, el único amor que queda sobre la tierra! ¡Te veo en la luz! ¡Pero a ellos *(a Clara y Carlos)* no; están rodeados por la noche! ¡Tu voz, Antonio, es como una música; pero ellos son mudos como el silencio! ¡Yo no sufro! ¡Tengo la calma de los estanques; pero ustedes (*a* Carlos y Clara) no son así, viven en la tormenta y pueden perecer en ella!...

Clara. — ¡Cuánto te quiero, hija mía! ¿No me conoces?

Eduviges. — ¡Sí! ¡Eres una caminadora de la tiniebla! ¡Te olvidaste de cultivar las violetas, que enseñan la humildad y la pureza! ¡Vete! ¡Quiero quedar sola con Antonio para que me repita su canto de bodas: tendremos una salita con una chimenea de mármol!... ¡Qué júbilo al lado del fuego! ¡Leeremos las novelas donde triunfa el amor y la vida! ¡Sigue, Antonio, sigue!

Antonio. — ¡Cómo me desespero, mi madre!

Eduviges. — ¡No! ¡Si no es necesario! ¿No te acuerdas? ¡Tú eres Edu, me decías! ¡Y tu voz era armoniosa como el canto de la torcaza! ¡Edu! ¡Edu! ¡Parece un eco lejano! ¡Y yo corría tras tuyo por el jardín con las manos llenas de nardos para dártelos! ¡Me daba risa *(se ríe)*, una risa que no me dejaba respirar!...

Clara. — ¡Qué castigo, Dios mío! ¡Qué expiación!

Eduviges. — ¡Pero no, madre! ¡Yo te voy a adorar como a una santa, después que Antonio me diga la canción de la boda! ¡Ven acá, Antonio! ¡El sauce arde y crepita! ¡Está narrando la quimera! ¡Esa noche tú, Antonio, estabas leyendo los divinos versos!... Habías trabajado mucho! ¡Querías soñar la bondad para

el descanso de tu espíritu! ¡Estábamos casados! ¡Y yo me acerqué y te dije un secreto! ¡Entonces me besaste la mejilla y yo me vi en un espejo en frente! ¡Estaba colorada como una amapola! ¡Eso va a suceder y yo le voy a poner a la cuna un tul celeste y y un ramo de rosas!... ¡Ven Antonio! ¡Ven Magdalena! *(Se acercan Clara y Carlos.)* ¡No! ¡Ustedes no porque no me quieren! ¡Vamos a cortar las rosas, vamos al jardín! *(Se lleva a Antonio y Magdalena.)*

ESCENA VI

CLARA Y CARLOS

CLARA. — ¿Y tú? ¿Te vas también?

CARLOS. — ¡Me quedo!

CLARA. — ¿Y el mundo?

CARLOS. — ¡Calumniará; no importa!

CLARA. — ¿Y tu hijo? ¿Y tu apellido?

CARLOS. — ¡Los mancharía si me fuera!

CLARA. — ¡Nuestra pasión ha concluído hace rato!

CARLOS. — ¡No importa! ¡Tú estás enferma! ¡Edu está enferma! ¡No quiero huir del contagio! ¡No quiero huir de la tragedia! ¡Sería un vil! ¡Que me corroan la vida! ¡Es mejor!

CLARA. — ¡Adiós, Carlos!

CARLOS. — ¡No digas adiós mientras haya penas aquí! ¡Yo estaré siempre! ¡Yo las cuidaré, y si las puedo salvar, qué me importa a mí de todo? ¡Vete! ¡Llévale a Edu mis besos! *(Se va Clara.)*
(Entran Magdalena y Antonio. Carlos aparte.)

Escena última

Magdalena, Antonio y Carlos

Magdalena *(a Carlos)*. — ¡Tu casa te espera siempre, llena de amor!

Carlos. — ¡Mi deber está aquí donde se sufre! ¡Estaré hasta lo último! ¡No se me puede pedir que abandone la desgracia! ¡Sería destruir mi casa, sería arrojar mi vida a la deshonra! ¡Quiero evitar el anatema de mi alma contra mi mala conducta! ¡Quiero que mi conciencia no me reproche! ¡Además, arrostrar la diatriba subalterna nunca me costó nada! ¡Es más difícil ser malos! ¡Es más difícil hundir a los que nos dieron todo, ser ingratos! ¡Esto hacen los galeotes! ¡Yo tuve tu amor, Magdalena! ¡No quiero que pienses que amaste a un facineroso!

Magdalena. — ¡Eres un noble caballero! ¡Quédate!

Antonio. — ¡Madre, olvidas lo que ha pasado aquí!

Carlos. — ¡Te prohibo que la hagas sufrir!

Antonio. — ¡Debió usted dar el ejemplo!

Carlos. — ¡Nuestro duelo vendrá después, cuando la muerte haya pasado por aquí y tú serás vencido! ¡No interrumpas su camino!

Antonio. — ¡Ya pasó la muerte! ¡Edu perdió la razón! ¡Usted ha hecho pedazos el alma de sus hijos!

Carlos. — ¡Y tú, con tu saña, el alma de Magdalena!

Magdalena. — ¡No, Carlos! ¡No, Antonio! ¡No es cierto lo que dicen! ¡No me hagan llorar! ¡El amor perdona todo y se hace perdonar todo! ¡Es la pasión salvadora, el bálsamo de las heridas, la caricia al dolor! ¡Oh, cómo besa Carlos, cómo ama, cómo per-

dona Antonio la divina pasión! ¡Triunfa! ¡Triunfa! ¡Oh, amor de mi alma, oh santa Eucaristía redentora! ¡Están matando la bondad! ¡Si los hijos y los padres se odian se va a secar la fuente generosa! ¡Soy yo; es este corazón mío, transido de dolor! ¡Ustedes son mis hijos! ¡Los alimenté con mi amor y la sangre de mi corazón! ¡No se odien! ¡No lo hagan llorar! *(Se arrodilla.)* ¡No hagan morir, oh Dios de la angustia, a la fuente generosa!

TELÓN



ACTO II

Sala que da al jardín. Lejos, la montaña y el mar. Una chimenea con fuego.

Escena I

Magdalena

Magdalena *(lee en alta voz).* — ¡Qué vivan! ¡Estaban siempre en frente de su delito, con el remordimiento constante! ¡Cuando sepa Eduviges, la matará con sus caricias y con sus besos! ¡Qué memorias crueles! ¡Al fuego! ¡Al fuego! *(Las va arrojando al fuego.)* *(Entra Antonio.)*

Escena II

Antonio y Magdalena

Antonio. — ¿Qué estás quemando?

Magdalena. — ¡Esas memorias tan proféticas! ¡Sucedió eso! ¡Eduviges, con sus dulzuras y con sus besos, los entristeció a los dos! Adivinaba, tal vez, todo en su

delirio! "¿Por qué no te vas con Magdalena?", le decía a tu padre. "¡Ella es santa! ¡Te espera con las manos llenas de flores, con los labios llenos de sonrisas y de besos! ¡Y tú, Clara, ponte aquí de rodillas! ¡Reza por papá que te mira desde el cielo! ¡Y todos los días y a cada momento repetía esas palabras! ¡Lo que pasó tú sabes! ¡Clara murió y Carlos nos trajo a Eduviges!

ANTONIO. — ¡No quería hacerlo!

MAGDALENA. — ¡Sabía tu mala voluntad!

ANTONIO. — ¡Tú fuiste! ¡Tú la trajiste! ¿Quién sabe, madre, si todo se arregla con la bondad?

MAGDALENA. — ¡Ahora es necesario llamarlo!

ANTONIO. — ¡Nunca!

MAGDALENA. — ¡Edu está enferma! ¡Carlos es padre!

ANTONIO. — ¡Ahora lo defiendes! ¿No te acuerdas ya del abandono inmerecido, de tus pobrezas? ¡Te escarneció; prefirió a su manceba!

MAGDALENA *(airada)*. — ¡Vamos! ¡No sigas más!

ANTONIO. — ¡Juré no verlo! ¡Tú no recuerdas nada!

MAGDALENA. — ¡Es el padre de Edu!...

ANTONIO. — ¿No recuerdas mi noche interminable, después de la tortura, en ese diálogo tuyo tan trágico? ¡Y ahora lo defiendes! ¡Con su conducta ha roto el alma de Edu y me ha hecho pedazos! ¡El es el culpable! ¡Que no pise más acá! ¡No precisamos de él! ¡Tú eres la madre de Edu! ¡Tú eres la nobleza misma por eso!

MAGDALENA. — ¡Antonio! ¡Ven acá! ¿Sabes por qué es grande tu madre? ¡Porque ama! ¿Y sabes a quién? ¡A ti! ¡A Edu! ¡A Carlos, a Carlos, con una sed inextinguible! ¡Por él me sentí mujer, me sentí madre! ¡Si tú me quitas mis amores me moriré!...

ANTONIO. — ¡Hemos concluído! ¡Me voy! ¡No quiero ser testigo de esta abdicación tuya! ¡Ha destruído mi juventud! ¡Ha enfermado el alma de Edu! ¡No! ¡No! ¡Yo o él! ¡Elije!

MAGDALENA. — ¡Edu está enferma! ¡Tú eres el amor de ella! ¡Se marchitará como una flor! ¡Quiero que Carlos venga!

ANTONIO. — ¡Yo o él, te repito!

MAGDALENA. — ¿Y es posible que las palabras de Edu te hagan estremecer de miedo narrándote la hidalguía de tu padre?

ANTONIO. — ¡Basta, mi madre, basta! ¡No justifiques su conducta!

MAGDALENA. — ¿Narrándote la hidalguía de tu padre, te repito, la grandeza de su sacrificio, herido por la sociedad, menospreciado por los amigos, sospechando el vilipendio del hijo a quien tanto quiere?... ¡Ah! ¿Te asustas? ¡No sabías el amor de Carlos por Edu y su temor por la deshonra posible en esa casa, su vigilancia día y noche, al lado de esa mujer, a quien él amó y a quien acompañó hasta morir como hacen los caballeros!...

ANTONIO. — ¡Caballero no! ¡Se escurría! ¡Buscaba la noche como los cobardes!...

MAGDALENA. — ¡Injusto, injusto! ¡Clara era la leprosa! ¡La lepra le había comido la cara! ¡La socorrió a la luz del día, con las ventanas abiertas! ¡Mentira! ¡No es un cobarde! ¡Fué temerario! ¡Arrostró el contagio sin inmutarse, sin escurrirse! ¿Y qué debía hacer? ¿Abandonarla para que se hablara de su virtud? ¿Y esa hipocresía hubiera sido virtud? ¡Soportó la maledicencia como un estoico! ¡El desprecio no lo ha conmovido! ¡Un insuficiente habría vuelto al hogar, vencido por el respeto humano; él prefirió acompañar a su manceba en todas las horas dolorosas, en las no-

ches largas y tristes, pagando de esa manera el sacrificio de la mujer caída por él en la deshonra! ¿Has entendido? ¡Es muy fácil hablar de virtud cuando no hay pasiones, cuando no se ha pasado por la prueba del fuego! ¡Y yo te digo, en verdad, que Carlos ha sido perdonado por su grandeza de alma! ¡Es necesario que venga! ¡Yo lo llamaré! ¡Soy la señora aquí! ¡Yo lo llamaré!

ANTONIO. — ¡Bueno! ¡Adiós, mi madre, adiós!

(Entra Eduviges y lo detiene.)

ESCENA III

EDUVIGES, MAGDALENA Y ANTONIO

EDUVIGES. — ¡No quiero que te vayas! ¡Eres el amor mío! ¡Quédate! ¡Toma estos claveles! ¡Yo los he regado; pero cuando los corté me dió miedo!... Vi salir un verme asqueroso que me dijo: "¡No te asustes! ¡Te voy a morder después, cuando estés muerta!" ¡Si te vas, Antonio, tengo miedo! ¡No me abandones!... *(Se desmaya sobre un sofá.)*

MAGDALENA. — ¡Se nos muere, Antonio!...

EDUVIGES *(recobrando el sentido)*. — ¡Yo me abalancé al balcón! ¡Lo llamé a Carlos!

MAGDALENA. — ¿A Carlos?

EDUVIGES. — ¡Se paseaba bajo los árboles! ¡Me saludó sonriendo!... ¡Miren! ¡Todavía está paseando!

MAGDALENA. — ¡Cálmate, Edu! ¡Te hace mal conversar!

EDUVIGES. — ¡Estaba allí! ¡Quiere venir; pero Antonio no quiere al padre!... ¡Ya no me ama! ¡Qué lejos estás de mí! ¡No protestes! ¡No protestes!

Antonio *(besándole las manos).* — ¡Toma mis besos!

Eduviges. — ¿Por qué en las manos? ¡Aquí, en mis labios! ¿No eres el esposo mío? ¡Tengo sed de tus besos! ¡Siéntate cerca de mí! ¡Así! ¡Tú no me amas ya! Hay otra en tu alma, ¿verdad? ¡Tu chiquita se fué como un tenue rayo de luz, como una misericordia silenciosa! ¡Eso decían los pájaros esta mañana en los árboles!

Antonio. — ¡Por el honor de mi madre, te juro! ¡Tú estás sola en mi alma!

Eduviges. — ¡Esos pájaros cuentan tantas historias! ¡Le decían a las compañeras: las mujeres ponzoñosas, ladronas de almas, no son como las otras... Dicen que viven desnudas, en fiestas llenas de flores y de vino... Se embriagan y seducen con siniestras fascinaciones a los hombres, los hacen esclavos. Entonces las novias se mueren de pena como las torcazas heridas, como el día que se esconde en la noche! ¡Por eso hay tantas novias que lloran!... ¡Es como un invierno en el corazón humano, un invierno frío como los cadáveres! ¡Ya no tienen flores! ¡Ya no tienen besos! ¡Ya no hay sino lágrimas en los árboles! ¡Hay un desierto mudo en los pobres corazones heridos!

Magdalena. — ¡Pero en ti el amor mío, el amor de Antonio!

Antonio *(emocionado).* — ¡Edu! ¡No hables más! ¡No quiero más dolores para ti!

Eduviges. — ¡Bésame, entonces! ¡Dime que soy tu novia!

Antonio. — ¡Eres más venerada, más angélica, más divina mártir!

Eduviges. — ¡Entonces una gracia ahora que se me va la vida!...

Antonio. — ¡Qué palidez extrema! ¡Qué sombra hay

en tus ojos! ¡Toma mis besos! ¡Son puros! ¡Tus labios son como la Eucaristía! ¡Tú vivirás! ¡Tú vivirás con nosotros!

EDUVIGES. — ¡No me importa irme si yo me llevo tu corazón! ¡Déjame amarte siempre! ¡Eres mi adoración! ¡Este amor mío se ha nutrido de dolor hasta la muerte! ¿No ves mi cabellera? ¡La he soltado para ofrecértela! ¿No ves todo el cielo que tienen mis ojos? ¡Es tuyo! ¡Es tuyo! ¡Una gracia ahora! ¡Cuándo yo esté muerta no dejes entrar a ninguna mujer en tu alma!

ANTONIO. — ¡No! ¡No! ¡Edu, tú no morirás! ¡Te llevaremos a la montaña! ¡Los aromas de los pinos dan la vida! ¡Hermana mía!

EDUVIGES. — ¿Por qué te afliges? ¡La muerte es una sonrisa! ¡Sobre nuestro cuerpo crecen las violetas y las madreselvas! ¡Y después yo estoy contenta! ¡Eres el esposo mío! ¡Cuántas cunas! Aquí está el mayor, ¿ves? ¡Se parece a ti! ¡Yo lo arrullo de noche con los versos del poeta! ¡Suena el quieto aposento y las calles lejos en mi perpetuo canto!

ANTONIO. — ¡Madre mía, ayúdame! ¡Bésala tú también! ¡Ayúdame a llevarla! ¡Necesitas descansar! ¡Ven! ¡Ven! *(Los dos la llevan hacia adentro.)*

EDUVIGES. — ¡Ten cuidado! ¡Los pájaros dicen que hay mujeres ponzoñosas! Yo te voy a decir: ¡amor mío, amor mío! ¡Ayúdame a acostar! ¡Te voy a regalar todas mis violetas con el llanto de mis ojos!...

(La llevan al domitorio. En seguida sale Antonio. Se sienta en una silla. Entra Carlos.)

Escena IV

Antonio y Carlos

Carlos. — ¿Dónde está Edu?

Antonio. — ¡Condenada a morir!

Carlos. — ¡No pregunto eso! ¿Dónde está? ¡He venido a verla! ¡No he venido a resolver mi problema! ¡Tampoco es el momento de resolverlo!

Antonio. — ¡Ella lo ha resuelto con eso!

Carlos.—¿Dónde está? ¿Qué tiene? ¡Sé que está grave! ¡No he venido a disculparme, sino a cuidar su destino!

Antonio. — ¡Tarde me parece! ¡Las almas delicadas se hacen pedazos en el dolor! ¡Ay del que lo produce!

Carlos. — ¡No acepto reproches! ¿Dónde está? ¡Si se muere, vendrá nuestro duelo y tú serás vencido! ¡Anatemizar es fácil! ¡Saber sufrir es difícil! ¡Los que saben hacerlo son superiores a los aristarcos! ¡No es contra ti, Dios es testigo! ¡Es contra ese hato de hipócritas!... *(Alza el puño.)* ¿Usted cuida a su manceba? ¿No la deja morir de abandono y de miseria? ¡Pues usted es un maldito! ¡Al ostracismo! ¿Usted cuida a las seducidas y las conforta? ¡Anatema al leproso! ¡Anatema! ¡Pero usted es un vil! ¡Vuelve al hogar dominado por la crítica, como un cobarde! ¡Ha dejado escombros llenos de lágrimas, huérfanos en la miseria, hijos suyos expuestos a todas las ignominias y ese hato de hipócritas aplaude al nefando delito! ¡El registro civil los casó; por eso usted no debe ser humano, ni respetar las leyes morales! ¡Los varones a la inclusa para que sean carne de cárceles; las muchachas a la inclusa, para que

sean carnes de la mala vida! ¡Y mientras esto sucede la sociedad lo considera un caballero y lo recibe en su seno! ¡Aplaude a la inconducta, a la crueldad fría para el inocente que no puede defenderse! ¡Y tú serás vencido y todos serán vencidos por las vigorosas y santas energías del amor para los hijos, vengan de donde vengan!... ¡No es ira contra ti, Antonio! ¡Es el lenguaje de mi dolor! ¡Es ese ángel! ¡Es el grito de la protesta contra el martirio inmerecido! ¡Y yo rechazaré la victoria! ¡Me volveré al destierro! ¡Eres un caballero! ¡Defiendes a Magdalena, que es una santa y admirable alma y tú *(muy conmovido)*, cuando sepas perdonar, como ella, serás un arquetipo de hombre! ¿Dónde está Edu?
(Antonio señala el dormitorio de Eduviges. Entra Carlos. Sale Magdalena.)

Escena V

Magdalena y Antonio

Magdalena. — ¡Entró! ¡Lo he visto! ¡Está muy pálido! ¡Está enfermo! ¡El sabía lo de Eduviges, toda la dolorosa verdad! ¡Cómo habrá sufrido con esas vehemencias suyas, con sus ímpetus cariñosos! ¿Te habló de mí? ¿Qué te dijo? ¡Habla! ¿Por qué te callas?

Antonio. — "¡Cuándo tú sepas perdonar, como tu madre, serás un arquetipo de hombre!" ¡Eso me dijo!

Magdalena. — ¿Y por qué? ¿Tú lo rechazaste, acaso? ¡Ah, hijo mío! ¡No se debe estrujar al dolor! ¡No! ¡No!...

Antonio. — "¡Tu madre es santa!", me dijo. "¡Es una admirable alma!

MAGDALENA. — ¡Pienso en esa gran tristeza! ¡Cuánta soledad en ese corazón generoso! ¡Oh, Carlos! ¡Oh, amor mío!

ANTONIO. — "¡Rechazaré la victoria!", agregó. "¡Me volveré al destierro!"

MAGDALENA. — ¿Victoria? ¿Y de qué lucha? ¿El destierro? ¿Por qué el destierro? ¡Tú has estado violento con él!

ANTONIO. — ¡Ha leído en mi espíritu; ha visto toda su amargura! ¡Sabe lo que yo he dicho! "¡Nuestro duelo vendrá después!", me dijo al fin! ¡Y se olvida que soy sangre de su sangre, que te defiendo y que no puedo de golpe borrar de aquí *(señala el pecho)* las sensaciones acres de la vieja ira por su conducta! ¡Eso está en mis entrañas; se ha incrustado allí! ¡Hace meses que lucho conmigo mismo; pero siento que la desgracia de Eduviges me ha quebrado la energía!... ¡Deseo que se vaya!... ¡No quiero saber de mi padre nada más!

MAGDALENA. — ¡Con tu rencor harás más grave su desgracia!... ¡Eduviges morirá de dolor!...

ANTONIO. — ¡No, madre! ¡Yo la quiero tanto!

MAGDALENA. — ¡Luego perdonar, salvar a Carlos! ¡Que no se destierre! ¡Porque si eso sucede, yo, ves, Antonio?...

ANTONIO. — ¿Qué amenaza es esta?

MAGDALENA *(con firmeza)*. — ¡Iré dónde él vaya!

ANTONIO. — ¡No te dejaré!

MAGDALENA. — !Aquí él es el caballero, tú el rencoroso!... ¡Lo elijo a él! ¡Oh, qué te imaginas? ¿Que voy a acompañarte en tus malas pasiones? ¿No piensas que si a la fuente le quitas sus amores se puede morir? ¡Tú me pusiste el dilema: o tú o él! Bueno, yo lo resuelvo: ¡El! ¡El!, mientras tú no perdones, mientras no seas mejor que Carlos. ¡Decídete!

(Entra Carlos, con violencia; se dirige a Antonio:)

Escena VI

Carlos, Antonio y Magdalena

Carlos. — ¡Edu te llama, Antonio! ¡Quiere conversar contigo!
(Se va Antonio al cuarto de Edu.)

Escena VII

Carlos y Magdalena

Magdalena *(muy cariñosa)*. — ¡Carlos! ¡Carlos!
Carlos. — ¡He venido a ver Edu! ¡Comprendo que debí pedirte permiso!
Magdalena. — ¡Esta es tu casa, tuya solamente! ¡Lo que hay acá te pertenece! Nosotros hemos cuidado y nada más. ¡Eres el único señor!
Carlos. — ¡Gracias! ¡Yo vengo del destierro! ¡Cuando Edu se vaya me iré otra vez y se habrá concluído todo!
Magdalena.—¡Nada ha cambiado aquí! ¡Todos te aman y te respetan! ¡Quédate! ¿No me contestas? ¿Qué tienes? ¡Tú estás enfermo!
Carlos. — ¡No! ¡No! ¡Tengo el alma cansada! ¡Yo he vivido para ella *(señala el cuarto de Eduviges)*, que se va a extinguir! ¡Tengo el alma cansada! ¡Después me iré hacia la espesa tiniebla, hacia el enigma de los infinitos silencios, porque es necesario que nadie deprima la altivez mía, ganada en mi lucha de hombre, y es bueno conservarla pura, no contaminada, ni empañada siquiera por el aliento malsano de la tierra! Y al fin, ¿qué voy a ser para los necios, para

el criterio de los mediocres vulgares? ¡Un reptil, un impío, la vergüenza de mi casa! ¡Cretinos! ¡Después del deber, el sacrificio! ¡Esa será mi respuesta!

Magdalena *(impetuosa)*. — ¡No sigas! ¡Tú no eres eso! ¡Tú eres el amor mío! ¡Yo no sé nada más! ¡Has estado siempre en mi corazón! ¡Te besé! ¡Te besé! ¡Eras mi Dios! ¡Te adoré con más ardor que antes! ¡Todas tus cosas habían adquirido una inmaculada sublimidad! ¿Me entiendes? ¡Todo, todo... los libros, los papeles, tu retrato, el perfume de tu dormitorio... todo adoraba, embriagada en la adoración de tu memoria! ¡Cuánto más te alejabas más te atraía, más te adhería a mi alma, eras más mío, más mío! ¿Entiendes? ¡Tu recuerdo se hizo tan intenso como todas las congojas humanas juntas! ¿Pero qué te habías imaginado? ¿Ya no recuerdas nada? ¿Yo me di a ti toda entera! ¡Sentí tu luz en mi cuerpo! ¡Sentí el temblor de todas las germinaciones! ¡Has sido mío, mío! ¡Tus ojos, tus labios, el tumulto de tu corazón son míos! ¡Y tú te imaginabas que yo me iba a olvidar y que iba a acompañar a los cobardes en su vilipendio! ¡Oh, Carlos! ¡En el amor cabe Dios, cabe el martirio, todo lo que sepa a infinito... pero no las cosas pequeñas ni el absurdo, ni la calumnia, ni la maldad! ¡No tengo nada que perdonarte! ¡No has cometido ningún delito! ¡Yo te amo! ¡Has entendido! ¡Y nada más, nada más! ¡Yo lo besaba a Antonio! ¡Tiene tu misma alma! ¡Me parecías tú! ¡Y tú pensaste mal de tu Magdalena! ¡Malo! ¡Malo! *(Llora y lo besa.)*

Carlos. — ¡No me beses, Magdalena! ¡No pareces cosa de la tierra! ¿Por qué son ustedes tan buenas? ¡Y con nosotros, que las abandonamos! ¡Y si las dejamos solas, si no tienen savia para beber y amores que acariciar, con cuánto derecho los pueden buscar fuera, si ustedes viven porque aman, si ustedes viven

para amar! ¡Y después usamos la diatriba maligna! ¡Están malditas; están condenadas! ¡Lejos de nuestras casas, lejos! ¡Si vienen a pedir perdón, rechazarlas! ¡Si quieren besar a los hijos, esconderlos! ¡Nada para ellas! ¡Sólo la ausencia sempiterna de todos los afectos!...

MAGDALENA. — ¡Es cierto, Carlos! ¡El alma de la mujer es eso: amor, amor! ¡No es sino eso! ¡No he tenido ninguna otra pasión!

CARLOS. — ¡Y se quedan a pesar del desamor y del abandono!

MAGDALENA. — ¿Sábes por qué es?

CARLOS. — ¡Será la virtud! ¡Será la perseverancia en la virtud!

MAGDALENA. — ¡No! ¡No es por eso! ¡Es que el amor herido brota en un prodigio de eflorescencia! ¡El dolor lo abona; el desamor es como la poda! ¡Da renuevos más frescos, más vigorosos y perfumados! ¡Y luego también *(abrazándolo, sonriente)* pobre niño mío!...

CARLOS. — ¿Qué es eso, Magdalena? ¿Te burlas de mí, acaso?

MAGDALENA. — ¡No te ofendas! ¡Así lo trato a Antonio! ¡Eres bueno como él... pero muy ignorante! ¿No ven ustedes? ¡Este filósofo no sabe nada, nada!... *(Sonríe.)*

CARLOS. — ¡Dios bendiga tus divinas alegrías!

MAGDALENA. — ¡Por muchas cosas estoy alegre! ¡Tú estás aquí! ¡Conversas conmigo! ¡Comprendo que te equivocaste! ¡Has creído que te ibas a encontrar con caras largas y serias, con solemnidades ásperas! ¡Te equivocaste! ¡Me alegro! No hay virtuosos acá. Es una lástima, pero no hay. Es una casa deficiente. ¡No se hace aquí sino amar! ¡Qué atrasados estamos, señor filósofo! ¡Tengo otra alegría! ¡Eduviges puede curar!

Carlos. — ¿Esperas tú? ¡Pobre corazón sin madre y sin amor! ¿Qué será de esa pobre alma, Dios mío? ¡Antonio ya no me quiere! ¡Me lo dijo! ¿Para qué voy a vivir?

Magdalena. — ¡Necesita el aire de la montaña! ¡Correrán por los senderos con Antonio, cantando los aires campesinos sanos y gloriosos! ¡Te llamará mi padre! ¡Te besará, llena de alegría! ¡Serán libres como los pájaros de las alturas y robustos en el sol pleno! ¡Entonces le diremos que es tu hija, la hija adorada de tu corazón!

Carlos. — ¡Adiós, Magdalena! ¡Gracias! ¡Me voy tranquilo porque tú estás con ella! ¡Adiós!

Magdalena. — ¿Para volver, sí? ¿Para siempre, no?

Carlos. — ¿Para qué luchar más con Antonio? ¿Para que tú te aflijas más?

Magdalena. — ¡Te has olvidado de todo! ¡No te irás! ¡Mi dolor será muy intenso, como el de una madre... porque yo he sido eso contigo... una madre, porque ustedes no pueden estar solos! ¡Son niños! ¡Hay que hacerles todo: arreglarles la corbata, cuidarles la ropa, alcanzarles el pañuelo cuando salen por la mañana!... ¡No te sonrías! ¡Nosotras, desde chicas, no somos sino madres: primero las muñecas, después los novios, después ustedes y los hijos! ¡No protestes! ¡No somos sino eso! ¡Y si son así, un poco como tú... un poco poetas, un poco náufragos... sí, sí, aunque no quieras... un poco vagabundos, un poco náufragos... si nosotras sospechamos que pueda haber por allí alguna sirena enamorada de los ojos negros y bravíos que pueda dominarlos, arrebatados en la fascinación de esas sirenas... no bajes la cabeza, Carlos... eso es humano... oh, entonces los queremos más, mucho más, los creemos más niños, más hijos nuestros! ¡Qué temblor nos asalta! ¡Qué miedo de

perderlos! ¡Y llegamos hasta las supremas abnegaciones, hasta las lágrimas sin consuelo, hasta la muerte sin resurrecciones!... ¿Has entendido? ¡Tú no puedes irte lejos de mí! ¡Yo no quiero! ¡Y después yo iré dónde tú! ¡No te dejaré más! ¡Estaré donde tú estés! ¡No puedes vivir solo! ¡Haremos casa en cualquier parte y yo estaré allí contigo, para besarte, para darte flores y perfumar tu ropa y amarte infinitamente, infinitamente, pobre y querido niño mío!... *(Le toma la cabeza y la besa con gran ternura.)*

CARLOS. — ¡Dios mío, Magdalena! ¡Déjame ir! ¡Tú eres un alma superior! ¡Me arrastré por el lodo! ¿Cómo voy a besar tu pureza; pero antes déjame contemplar de cerca, de más cerca, la belleza de tu rostro, el candor de tus ojos!...

MAGDALENA. — ¡Sí! ¡Sí! ¡Yo necesito tu aliento varonil, la fuerza de tu heroísmo!

CARLOS. — ¡No me interrumpas! ¡Tengo muchos salmos aquí! *(Señala el corazón.)* ¡Déjame ser un rato más tu poeta! ¡El dolor me ha destruído; la soledad me ha cubierto al alma de canas! ¡No puedo vivir contigo! ¡Voy a ser el frío en tu vida! ¡No muevas la cabeza! ¡Déjame que te diga todo! ¡Voy a apagar con mi escepticismo tu fuego sagrado y venerable! ¡Moriré de tristeza, lejos! ¡No puedo vivir en este santuario con el corazón podrido! ¡No! ¡Lejos, lejos... con el recuerdo de tus besos, Magdalena! ¡Soy un desesperado! ¡Bendito sea el cielo de tu alma y la religión de tu noble vida! ¡Soy un pordiosero, un andrajoso; pero tú has vestido de luz a este espíritu muerto y le diste tu regocijo divino, el impetuoso amor de tu corazón de mártir! ¡Gracias! ¡Adiós, mis hijos!...

(Entra Eduviges sostenida por Antonio, muy enferma.)

Escena última

Magdalena, Carlos, Antonio y Eduviges

Carlos. — ¡Edu! ¡Oh, pobre hija mía!

Eduviges. — ¡No quiero que te vayas! ¿Ves? ¡Estoy casada! *(Muestra un anillo.)* ¡Este *(a Antonio)* me dió el anillo! ¡Te traigo los azahares! ¡Todavía oigo la marcha nupcial! ¡La escribió Schumann! ¡Fué la historia de una gran pasión, llena de armonías! ¡El idilio se cantó bajo los tilos en flor, entre el olor de los rosales, al lado de una fuente de mármol!... ¡Un día, el esposo se quiso ir... éste! ¿Ven? *(Señala a Antonio.)* ¡Y tú, Carlos, le dijiste adiós a Magdalena! ¡Adiós mis hijos!, has estado repitiendo! ¡Arrodíllate, Magdalena, conmigo! *(Se arrodillan.)* Recemos. Se quieren ir los dos. ¡La fuente se quedará sin sus amores! ¿Oyen lo que dice la fuente? ¡Se van mis hijos y yo nada tengo que hacer! ¡No te vayas, Carlos, padre mío! ¡No hieran el corazón! ¡No hagan morir la fuente generosa!

(Carlos y Antonio se abrazan afectuosamente en medio de la mayor emoción.)

FIN

ÍNDICE